

Luvina 114 A LA MODA

«**Son los trajes los que nos usan, y no nosotros**

los que usamos los trajes: podemos imponerles la forma de nuestro brazo o de nuestro pecho, pero ellos forman a su antojo nuestros corazones, nuestras lenguas, nuestros cerebros. Si comparamos el retrato de Orlando hombre con el de Orlando mujer, veremos que aunque los dos son indudablemente una y la misma persona, hay ciertos cambios [...] Si hubieran usado trajes iguales, no es imposible que su punto de vista hubiera sido igual». Como apunta Virginia Woolf a través de su personaje Orlando, la moda consigue de manera única la reunión de permanencia y mutación, canon social que surge de la imitación de un modelo para conducir a los individuos por el camino de «todos». Hasta la gesticulación está influida por la forma de vestir. Por otra parte, la moda busca diferenciación, sobre todo a nivel de clases sociales. La moda de la clase alta se convierte en tendencia hasta que se extiende a los demás estratos, es cuando cambia para distinguirse del resto. Unir y diferenciar son funciones radicales, juntas de manera indisoluble.

En la esfera de la apariencia, en la indumentaria, la moda se manifiesta con mayor brillo y radicalidad. Sin embargo, otros sectores como el decorativo, los gustos, las ideas, el lenguaje, las artes, la cultura, también han sido cuestión de modas, lo que ocasiona un tempo de significaciones prácticas de las cosas y la homogeneidad de una época. La moda es artificio y seducción. Es negación del pasado tradicional, fiebre por la novedad, celebración del presente social. ¿Cómo funcionan las

mutaciones de su organización y su estética?

Lo nuevo como expresión de la individualidad humana hizo que surgiera en el mundo occidental en la tardía Edad Media. En la actualidad, la vida colectiva se organiza sobre los principios de la fantasía y lo efímero, y está dominada por la frivolidad del mundo capitalista.

No obstante, la moda, con su ingrediente lúdico, encara y encarna una conciencia de lo real y activa la autonomía de las personas en un medio que integra cálculo, técnica e información. Para Gilles Lipovetsky «la trampa de la sinrazón de la moda no excluye la inteligencia, la libre iniciativa de los hombres, la responsabilidad de la sociedad respecto a su propio porvenir».

Luvina abre las arcas de la ficción literaria para entrar en el misterio del artificio de la moda como sistema, sus metamorfosis y extravagancias, sus sacudidas por la renovación de las formas, sus efectos fascinantes, las delimitaciones de la superficialidad, el poder que ejerce en la vida social y su extensión histórica, pues la moda se ha convertido no en excepción sino en regla permanente. ✖



Luvina 114

- * **El poder de la moda** Entrevista inédita a María Vox Populi
Nedda G. de Anhalt 8
- * **Intervención en el vestidor de K** 15
Jorge Esquinca
- * **Descuaderne** 17
Gabriel Wolfson
- * **Signo de león** 22
Salvatore Quasimodo
- * **Museo** 30
Mario Heredia
- * **el brillo implantado** 35
Renata García Rivera
- * **Interés restringido** 37
Valeria Rueda
- * **Ser muxe está de moda** 41
Carlos Rodríguez
- * **Patikulamanasikara** Reflexiones sobre lo repulsivo 47
Esther Mondlak

- * **Poemas** 52
Paulo Caffo
- * **Eclipse en Berlín** 55
Yirmi Pinkus
- * **En medio del desastre** 61
Stéphanie Filion
- * **Niños** 63
Ileana Garma-Estrella
- * **Poemas** 72
Fabricio Gutiérrez
- * **Aprender el instante** La poética de la modernidad y la moda 74
José Homero
- * **En las pestañas del tiempo** 82
Rogelio Pineda Rojas
- * **Poemas** 89
Adán Echeverría
- * **Ensayo sobre la ropa heredada o carta para una hermana mayor** 90
Cindy Hatch
- * **Quisiera tener siempre el cabello lindo como esas monas del anime** 93
Paola Llamas Dinero
- * **La distancia no es suficiente** 98
Nicolas Kouzouyan
- * **Sobre ciertas modas** 104
Jaime Londoño
- * **Pagar por milagros** 106
Daniel Centeno
- * **Polvo** 116
Orvin Muñoz
- * **Danza en el laberinto** 120
Ericka Zapata Rodríguez
- * **¿Dónde vas los domingos?** 122
Teresa Figueroa

- ✿ **Semillas en el cuerpo** 127
Andrea Reed Leal
- ✿ **Entre la niebla y la moda** 131
Silvia Eugenia Castellero
- ✿ **El eclipse de las abejas** [fragmento] 135
Cecilia del Toro

✿ **Poemas** 143
Horacio Benavides

✿ **21 de diciembre de 2012** 150
Alejandra Jaramillo Morales

PREMIO INTERNACIONAL DE POESÍA DEL ITALIANO AL ESPAÑOL

✿ **M'illumino d'immenso** 162
Jorge Yglesias

LUVINA JOVEN

✿ **Un silencio en alguna casa** 167
Melissa Cordero Novo

✿ **El hombre revuelto: el otro hombre** 171
Alejandro Gómez Medina

ARTE

Yinka Shonibare

Víctor Ortiz Partida

PÁRAMO

- Avatares de un palacio de cristal** 178
María Negroni
- Vallejo & Co. Diez años de poesía: entrevista a Mario Pera y Bruno Pólack** 179
Carlos Vicente Castro
- La sed como síntoma de la eternidad** 180
Roberto Abad
- Retazos de sol y tiempo** 182
Juan Fernando Covarrubias
- Demasiado tarde para ser otra cosa** 187
Roberto Ramírez Flores
- Josu Landa: poeta, filósofo, sabio** 188
Rebeca Maldonado Rodriguera
- Violenta sinfonía latinoamericana** 193
Silvia Eugenia Castillero
- Mesa de novedades** 195
- La ópera viste a la moda** 197
Gamaliel Ruiz
- Brevísimo ensayo sobre las modas del cine** 199
Hugo Hernández Valdivia
- Narrativa extraterritorial** 201
Armando González Torres
- Aviesc Who? es la pieza de arte** 202
Víctor Ortiz Partida

Las piezas de Aviesc Who? aparecen en las páginas 14, 21, 29, 34, 62, 97, 105, 115, 119, 126, 134

*La moda, al igual que Lucifer, es un ave fénix
que renace siempre de sus cenizas*

El poder de la moda

Entrevista inédita a María Vox Populi

Nedda G. de Anhalt

NEDDA G. DE ANHALT Las túnicas que usaban desde tiempos inmemorables en Mesopotamia, Egipto, Grecia, Roma, no parecen haber quedado atrás en el tiempo. En Senegal, por ejemplo, mujeres y hombres continúan ataviándose con estas y caftanes de colores y dibujos bellísimos, porque la moda, al igual que Lucifer, es un ave fénix que renace siempre de sus cenizas. En esta entrevista solicitada por una prestigiosa revista literaria vamos a situarnos en el presente siglo XXI. Dígame, María, ¿usted sigue la moda?

MARÍA VOX POPULI Oh, sí, me encanta. Para mí es una bendición porque me da la seguridad de que estoy correctamente vestida, elegante. Yo no tengo tiempo para andar comprando en tiendas, pues me la paso en la oficina trabajando. Cuando regreso a mi departamento debo cuidar a mi madre discapacitada, así que por internet veo los modelos y, como conozco mi talla, no necesito probármelos.

NGA Curiosa mención ha hecho sobre que la moda «le confiere seguridad». Justamente el sociólogo Vance Packard realizó estudios psicológicos de cómo la moda produce inseguridad al obligarte a comprar prendas. «Señora, ¿se ha visto últimamente de perfil en el espejo?» Y la mujer en cuestión, por supuesto, corre a comprar la faja y el brasier publicitados. En una época yo leí muchos de sus libros, por eso sé que desde pequeño, al vivir en un rancho, se fijó en el comportamiento de las vacas, aves, peces, y ahí encontró una base de conocimientos psicológicos que sería muy parecida a la conducta humana. Pero cuénteme, ¿cómo sigue usted los dictados de la moda?

MVP Compró revistas, veo en televisión los desfiles, me fijo cómo van vestidas a ciertos actos mujeres distinguidas, artistas en las redes sociales y, hasta a veces, en los sombreros de la realeza.

NGA ¿Por qué específicamente los sombreros?

MVP Porque me provocan una risa loca, parecen una competencia de andamios disparejos, uno más ridículo que otro. A mí me gusta lo clásico: las boinas, alguna pamelita, un arito de terciopelo con velo como usaba Greta Garbo; lo discreto.

NGA ¿No le importa que la moda cambie a cada rato y la obligue a comprar algo similar, pero ahora de diferente color o dibujo?

MVP Ni modo, los que somos adeptos y adictos a la moda nos vemos forzados a seguir los dictados de sus creadores.

NGA Ah, entonces, usa los *blue jeans* rotos en la rodilla o se pinta el pelo de rubio dejándose la raíz negra como un trofeo de honor porque así está ahora la moda.

MVP [Risas] Mire qué comentario tan acertado me ha hecho, porque da la casualidad de que no me tiño el cabello y aunque esté de moda no lo haría. No lo encuentro bonito. Como dice el refrán «de la moda, lo que te acomoda».

NGA ¿Cómo definiría la moda?

MVP Simplemente es un negocio que busca obtener ganancias, no pérdidas. ¿Usted qué piensa de la moda, cómo la ve?

NGA María, la entrevistada no soy yo, es usted, pero le contesto. La percibo como una telaraña inmensa que no sólo cubre vestuario, peinado de hombres, mujeres o niños con sus juguetes y juegos, sino que abarca además joyería, calzado, sombreros, guantes, ropa interior, chamarras, *t-shirts*, impermeables, abrigos, cinturones, corbatas, bufandas, pantalones, perfumes, maquillajes. Veo la moda como una araña cuyas extremidades se despliegan por diferentes campos de nuestro ser: conducta social, sexual, afectiva y ética, nutrición, medicinas, gimnasia y otros deportes; asimismo invade la música, el campo literario, el cinematográfico, la creación artística, la educación desde la primaria hasta la universitaria.

MVP Todo lo que me ha dicho es cierto, yo la veo como un negocio. Dígame su definición en pocas palabras.

NGA La moda es una dictadura totalitaria que tiene su agenda. El filósofo McLuhan afirmó: «el mensaje es el masaje», lo cual significa que trae un mensaje oculto o no y, a fuerza de repeticiones, condiciona al individuo.

MVP Deme algún ejemplo.

NGA Hay muchos pero voy a hablar de las corbatas masculinas. Primero las hicieron anchas. La siguiente temporada, estrechas, ya sea que fueran tejidas, de seda, nylon, con rayas, otros diseños o moñitos. Las feminizaron y las mujeres empezaron a usarlas también, pero la venta no prosperaba y decidieron que, por el momento, no se usaran; ya reaparecerían cuando lo consideraran conveniente porque en la moda con el tiempo todo regresa, se repite para las diferentes generaciones.

MVP Pero no me ha dicho cuál es la agenda oculta.

NGA Si se fija, de una manera sutil, los objetos masculinos los van feminizando y, al revés, las prendas femeninas las van masculinizando. Es un modo eficaz de confundir los sexos para, más adelante, empujar la agenda de lo transgénero. Algo similar ha pasado con ciertas publicaciones literarias.

En 1931 apareció *Brave New World*, de Aldous Huxley, que se tradujo como *Un mundo feliz*. En su prólogo él vaticinó una serie de acontecimientos que parecían irrealizables. La gente pensó que se trataba de ciencia ficción. En los

años cincuenta reapareció el libro sin dicho prólogo y fue cuando tuvo mayor éxito. Yo lo leí en 1952. Ahora, después de setenta años, lo están reeditando y se vende como pan caliente, pero ya muchos piensan que *no* son ficciones. A los vaticinios de Huxley se sumaron también los de George Orwell con sus celebrados *1984* y *Rebelión en la granja* (1945), que postulaba que todos los animales son iguales, pero en realidad esta alegoría se refiere a que entre los seres humanos, como entre los animales, «unos son más iguales que otros». Y la moda es una prueba fehaciente de ello cuando diseña ropa para ciertas clases sociales. Orwell no sólo nos advirtió que el «Gran Hermano» —léase gobierno o cualquier entidad poderosa— te vigila. Hoy en día, los aparatos domésticos como el microondas, la secadora de pelo y el celular (por dar tres ejemplos actuales tan de moda) que ya nadie puede vivir sin ellos, se han convertido en armas letales por ser conductores de radiación, una de las asesinas más peligrosas de este siglo porque no se oye, no se ve, no se siente, no se toca, no huele y está ayudada por el maléfico sistema del G5.

En cuanto a la pintura, recuerda, María, ese gran invento que se usó en la época de los impresionistas cuando salieron los tubos que contenían los diferentes colores, fue una revolución. Los artistas no necesitaban pintar en sus estudios, podían salir al aire libre y hacerlo en cualquier espacio elegido. Sólo que se puso de moda que ahora, para el color rojo, en las creaciones pictóricas utilicen sangre humana, y aunque parezca inaudito existe un mercado ávido de esas obras. Está sucediendo lo mismo con las «zapatillas rojas», tan suaves que hasta parecen seda, pero están hechas de piel humana y se pusieron de moda. Es inconcebible que diseñadores de marca, con el mismo producto, hayan confeccionado carteras, chamarras, bolsas. Lo mismo pasa con personas carentes de ética que siguen esta tendencia.

- MVP** Mencionar lo de la piel humana me recuerda una vez en la oficina que escuché una conversación entre dos compañeros; decían que aquí en México están comiendo carne humana. No lo pude creer.
- NGA** María, el canibalismo no ha sido exclusivo de México sino que existe desde la Antigüedad y a nivel mundial. Pero aunque ahora esté de moda, haría la salvedad de que lo practica un grupo numeroso de satánicos, además realizan otros rituales de ese abominable culto. Los humanos no estamos diseñados para el canibalismo porque existe una enfermedad llamada kuru que afecta al sistema neurológico de muchísimas maneras. Pero mejor dejemos este tema y hablemos de otro, por ejemplo, la fotografía.
- MVP** Ah, mire, cuando era pequeña me regalaron una camarita fotográfica y retrataba a mis muñecas, mis padres, los perros que veía por la calle, los gatos no porque no me gustaban; pero después lo dejé.

NGA Es lo maravilloso de la fotografía porque cualquier objeto, animal o persona fallecida cobran vida en la imagen y se pueden captar los momentos felices o los más tristes. En la actualidad, se ha vulnerado al entrar en otro negocio execrable de retratar a niños y niñas para ponerlos con claves secretas en internet a la venta del mejor postor. El tatuaje...

MVP Ay, no me hable de esta moda horrorosa de tatuarse cualquier cosa por donde sea.

NGA Espera, desde el punto de vista literario, el tatuaje era tratado como una obra artística. Existe un cuento muy famoso, creo que de Jun'ichirō Tanizaki, donde el tatuador está enamorado de su creación realizada en la espalda de una bella mujer. Pero esta aristocracia quedó vulnerada cuando muchos nazis, que lograron salvarse, se tatuaron la esvástica en el pecho que siempre mantienen cubierto. En esto tienes razón, ahora está de moda tatuarse este símbolo y otros más en cualquier parte del cuerpo visible; hasta el cineasta Peter Greenaway tiene una película en donde precisamente se usa la piel para grabar ciertos escritos.

MVP Usted me ha dicho cosas que nunca me imaginé que estuvieran sucediendo. Yo tenía un concepto muy diferente de la moda. Una cubana que trabaja en la oficina me obsequió una novela famosa que se titula *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel* del escritor, poeta, editor y patriota Cirilo Villaverde. Se trata de una historia de amor imposible porque Cecilia se enamora del hijo del patrón y, a su vez, hay otro que está enamorado de ella. Le pido no se burle de mí por lo que voy a decir. Me encantó de esta novela que se describía cómo iban vestidos los personajes con tal precisión hasta contar detalles mínimos como el ancho de las mangas.

NGA Ese tipo de descripción en una novela es muy válido, no es motivo de burla. Así eran las narraciones de la época y Balzac es un buen ejemplo.

MVP Para mí, la moda siempre ha sido algo hermoso y me parece admirable que haya museos dedicados al vestuario de otros tiempos y desfiles de moda, porque aprendemos muchísimo. Claro, me doy cuenta de que tiene razón, cada vez están feminizando más a los hombres. Empezaron con un anillo de matrimonio, después con un aretito en una sola oreja, luego en ambas, siguieron con collares, brazaletes y el pelo largo, mientras que a las mujeres les gustaron los pantalones, el pelo corto, cero joyas, o sea, es una masculinización de la mujer, cuyo fin, como usted dijo, es preparar el camino para la moda transgénero. Aunque también hay mujeres que se rebelan exagerando el pelo largo hasta con extensiones.

NGA Con usted hay esperanzas y qué buena fue la mención del desfile. ¿Ha visto el de Balenciaga?

- MVP** No, ¿por qué?
- NGA** Pues le interesará saber que ocurre en la noche en un lugar amurallado donde desfilan por un camino lodoso hombres altos, sumamente delgados, usando zapatos de mujer con tacones elevados y un maquillaje poco favorecedor. El público pegado a una muralla observa un desfile interminable. Al comienzo modelan chamarras; después, ropa de mujer. Es un muestrario de transgéneros y, si lo traigo a colación, es porque cumple uno de los vaticinios de Aldous Huxley, quien en su prólogo de 1931 pronosticó que en el futuro «las mujeres serían prescindibles», ni siquiera necesarias para crear nuevos seres.
- MVP** ¡Un mundo sin mujeres! No, no, eso no puede ser. O es que el teléfono está fallando y oí mal. ¿Sabe qué?, nuestra conversación me ha hecho reflexionar el camino torcido que está tomando la moda. Y admito que ha habido veces en que he tenido ganas de vestirme de otra manera o de otro color y no del que están imponiendo.
- NGA** Bravo, María, la felicito. Dígame, ¿usted trabaja los sábados?
- MVP** No, ¿por qué?
- NGA** Porque esta entrevista saldrá publicada en una revista de Guadalajara y ellos exigen que se retrate a la persona. Quiero mandarle al fotógrafo a su casa el próximo sábado a las once de la mañana porque la luz es buena a esa hora.
- MVP** Sí, por supuesto, gracias, ¿cómo se llama la revista?
- NGA** Ahora se me fue el nombre, ¡qué barbaridad! Tengo recursos nemotécnicos y sé que está relacionada con Juan Rulfo. Este sábado que vayan a fotografiarla se lo escribiré en una nota. De antemano le advierto que saldrá publicada en 2024. Ay, tengo otra pregunta que se me olvidó hacerle, ¿sabe coser?
- MVP** Sí, y muy bien porque me enseñó mi abuela que ya murió.
- NGA** Pues, entonces, hágase usted la ropa ya sea usando la imaginación o copiando modelos. O mejor, revise el baúl de su abuelita, si es que dejó alguno, y le aseguro que encontrará diseños preciosos que estarán a la moda. Bueno, María, gracias por tomar la llamada para esta entrevista, que tenga buen día... ¡Luvina!
- MVP** ¿Qué? No entiendo.
- NGA** Me acabo de acordar: la revista se llama **Luvina**. ✕



Intervención en el vestidor de K

Jorge Esquinca

LOS ZAPATOS

Todo comienza por los zapatos. Son los zapatos quienes deciden el rumbo del paso, el balanceo de las piernas, la reverberación de la cintura. Cuando K despierta los zapatos están ahí, esperándola. Han dormido en su caja fuerte, en el arcón de las sorpresas. Esta mañana tienen un brillo extraño, como si hubieran pasado la noche bajo una lluvia tenue que les da una apariencia de almíbar. Ella caminará investida de ese dulzor que alcanzará pronto la actitud con que mira las otras cosas del mundo. Todo hace pensar que los pies de K —dedos translúcidos, talones alados— tendrían que encontrar en esos zapatos la confirmación de su existencia, la exactitud de su forma. Nada entonces podría interponerse entre K y la altura que alcanza desde las perfectas agujas que la elevan a una nueva dimensión de lo humano, tan lejos del mortal contacto, pero a la vez condescendiente, dispensadora de suavísimas miradas para el consuelo de las demás criaturas, tan efímeras ellas. K avanza entonces como un silbido de plata que abre un hueco en el acontecer del mundo.

Ciudad de México, 1957. Su libro más reciente es *Rimbaud A/Z* (Bonobos Editores, 2023).

EL ESPEJO

Es un lago de azogue vertical, un lagarto mercurial que se filtra desde la altura y cae y se fija al contacto con el aire. Hay quien afirma haber visto a K surgir inmaculada de ese espejo, libre de espumas, como la diosa aquella desde su concha marítima. Lo cierto es que ella, una vez que surge de la noche abisal que la envolvía y sólo cobijada por los dóciles pétalos del sueño, se calza las agujas y se mira en el mercurio cómplice. Otra K le devuelve entonces la mirada y le asegura su inmortalidad de los pies a la cabeza. Ella se estremece sólo un poco, como si al mirarse ahí, albergada por esa luna eléctrica, radiante, fuese algo más que el sueño de ella misma, el espejismo que mostrará luego —ocultando su esencia— ante otros ojos que no se atreverían a profanarla. Ella ahí, suspendida como un cántico, como una oración que se detiene en el instante exacto de su comienzo, reúne las palmas de sus manos finísimas en actitud de esfinge y permite que la vida, más allá del espejo donde es K y es la otra, devane el hilo de su siempre exigua madeja.

EL VESTIDO

Caerá del cielo esa levísima textura, esa confección de sutiles naderías. Es apenas un murmullo, un viento que viene y gira en torno a ella casi sin tocarla. K, en religioso abandono, permite ese contacto menos sentido que soñado, esa repentina manifestación de lo invisible que ahora la guarda. K entiende la sacra mutación de su crisálida: vestida por resplandores su desnudez es más desnuda y las líneas de su cuerpo adquieren proporciones que nos muestran la cercanía del infinito. Ella desfila, justo ahora, expuesta, abierta, entregada y al hacerlo exhibe esa impalpable constelación, ese tejido de un vapor adivinado. Ella misma es la metáfora de toda sastrería, el encuentro del meteoro con su andar gatuno, la sílaba perdida en una selva encantada. ✕

Descuaderne

Gabriel Wolfson

Quieren darse a cultos difíciles de abrazar —cuarzos y ángeles, zodiaco tropical, constelaciones, reblandecimientos mayas y celtas, poliedros chinos y andinos, cábala pop o, claro, el giro vegetal— sin probar primero algo contundente. Por ejemplo, la adivinación por parto. No predecir el sexo del bebé, no: convencerse de que la forma del parto: su escenario, la posición, la mayor, menor o nula incidencia de drogas e instrumental, el tiempo del trabajo, evidentemente si cesárea o no, determinarán la vida del que nace. Infancia es destino, se juró, pero aquí hay que hacerse callar por esa magia anterior, donde cada rasguño, cada aterradora exactitud del acontecimiento, bien descifrada y tejida, explicaría una entera personalidad, una vida. Y agreguemos los primeros minutos a la superficie: dejar trepar al crío al amamantamiento antes aun del corte de cordón tal vez augure imperios. Yo peleo por zafarme de esa secta.

Puebla, 1976. Su libro más reciente es *No sé lo que soy pero sé de lo que huyo: crítica de una literatura mexicana* (Fondo Editorial de la Universidad Autónoma de Querétaro, 2023).

Puede leerse en Diego de Torres lo que uno quiera. La confirmación —sumarnos a la secta—, la refutación y los colores entremedias. Nació entre libros, dice. O no entre libros: entre cortaduras de papel y rollos de pergamino. Su vida sería el manejo cínico y ciclotímico de la Biblioteca; o bien, un cuerpo manejado, atravesado por ella para hacerlo decir lo que se resiste a decir: soy un trepador. Pero nacer en la imprenta de su padre —ojalá *nacer* aquí no sea metáfora: deseo la escena— le abre un sendero verbal propio. No es el primero; en cambio, lo transita como ninguno. Antes, por ejemplo, el jesuita y luego exjesuita bogotano Hernando Domínguez Camargo, hiperbarroco e intransigente, en un texto realmente salvaje donde hace pedazos un poemita que le enviaron, malabarea una descoyuntada metáfora del remitente: el cuerpo martirizado de Cristo es un «descuadernado volumen». Torres, sin embargo, pródigo, ve descuadernos por todas partes: en su salud violentada por malos médicos, en sus ideas idiotas y sus impulsos de disparate, en un cónclave de catedráticos que se harta y se disgrega; también, claro, Torres se encuaderna a una tropa de toreros, y en vez de *volumen*, evocando su desmadrada juventud, «Fui, en un tomo —dice—, el doctor, el cirujano y el enfermo», así como un librero madrileño, al que visita con el fantasma de Quevedo en un sueño, si no de opio, al menos de leguminosas, es «garrafal de narices, frondoso de cejas» y «con prólogos de calvo».

Los pueblos, esa palabra tantas veces menesterosa, suelen vanagloriarse de sus decadencias, una coquetería de adolescente obvio que aúlla malicia. ¿Funcionan igual los gremios? Como me temo que sí, que en algún cuadrante todos se preciarán de su alcoholismo, improvisación, candor sacrificial o sus bajos salarios, la particularidad del de los profesores descansará en que hablan, les pagan por hablar. Gente cuyo oficio consistiría en leer, escribir y hablar, hilvana cuentos, epigramas, cápsulas, paréntesis y hasta tesis y libros contra esa exacta misma gente. «Vicuña Porto era uno de los soldados de la legión a la caza de Vicuña Porto»: así el párrafo más asombroso en la novela de Di Benedetto, y así los profesores, a la caza de sí mismos, salvo que, a diferencia de Vicuña Porto, a veces sí parecen querer darse alcance. El siglo xx si no previos, desde su *pathos* argumentativo que regurgitaba pueblo o desde su melancólica y terca demanda deconstructiva, puso al gremio en el camino de fantasear con su propia desaparición, y fantasear, aquí, se abre a dos concreciones: volverse la inminencia o la necesidad de

esa desaparición el material de trabajo del propio gremio, en una espiral sin fin tediosa o fascinante según se haya almorzado, o producir un lenguaje: unos cuantos tópicos, cierto fraseo, algunas locuciones y algunas reacciones, como un sonrojo en coro. O unos cuantos memes.

Un tópico: el fanfarrón, el farsante. Un imbécil pero del que se dice: «¡qué tono de voz estupendo!, ¡qué porte tan científico!» El erudito a la violeta, ahí el nombre gachupín del tópico. Y el miedo de todos a encarnarlo, ese voltaje subcutáneo de inseguridad más o menos razonable, más o menos neurótica: esa temblorina. Un sueño común al gremio: ser descubiertos en su esencial cualidad de embaucadores.

Un meme de estos días (31 de octubre): «tuitear una opinión polémica puede dañar mi carrera», y abajo, la foto de Edward Said lanzando una piedra en un puesto de control israelí en la frontera del Líbano. La imagen del gesto de Said, que protesta contra la colonización y en todo caso polemiza, bravucona, sobre las responsabilidades políticas de los profesores, en el azucarado cobijo de las redes se deslíe hasta la extremaunción: un chiste sobre el SNI o sobre el currículum vitae. Además, un chiste *boomerang*: no he visto más que a profesores retuitearlo, repostearlo y celebrarlo. Gris destino del gesto de Said, quizá signado así desde su alumbramiento.

Mejor otras dos figuras torrianas, como suyas son las frases del fanfarrón de gran tono y porte. En la primera, un profesor tiene ante sí un futuro brillante porque «carece por completo de ideas propias», causalidad inhóspita e intoxicante que escarba en nuestro cajón de pedagogías, relaciones públicas y material didáctico. En la segunda, alguien renuncia a «las palabras sagradas», al don, al llamado, y, en «un rudo sacrificio», trueca la creación por la enseñanza.

Nos gusta la humildad del sacrificio, de la renuncia. Provee de materia a nuestro sentimentalismo. Por algo a un subgénero de aquellas láminas que se vendían hace treinta años —tonos pastel, letra garigoleada, verbo edificante, aroma entre espiritual y de chantaje paterno, y que colgaban en paredes de misceláneas, cubículos o dependencias públicas— lo definía el fervor por el sacrificio profesoral. Sólo una renuncia de ese calibre podría torcer con credibilidad el rumbo aquel de artista, destino sin duda fundado en un parto largo y aburrido. Yo, sin embargo, humildemente pienso que casi toda humildad es estratégica, y más, o peor, el autoescarnio profesional, por más ruidoso e intrusivo, en especial si se ha vuelto objeto o justificante del propio discurso, esto

es: esmaltada «línea de investigación», grasoso nombre de «cuerpo académico» o, tristemente, este preciso párrafo. Irrefrenable el gusto de verse en el espejo fantaseando que el reflejo es de otro, hay que advertirlo y escapar, o bien quedarse y encontrar la verdadera y sencillísima renuncia. El asunto es quebrar el encantamiento, y más porque, en este caso, conduciría a las «palabras clave», la «evaluación docente», el «alto impacto» y demás cascajo indigno, ruines frases hechas sin más recompensa que «descuadernar los intestinos», según la barbaridad gallega con que Emilia Pardo Bazán abrió uno de sus libros más famosos.

Como Luisa Capetillo dice: «La moral establecida, o lo que se llama moral, no lo es», me gustaría decir «El sacrificio no lo es», lo que se llama el sacrificio del artista no lo es. En realidad, con esa ataráctica contundencia me gustaría decir lo que fuera. Y no sólo porque ser artista y renunciar a serlo ha de suponer el mismo duelo o la misma ligereza que a cualquier otra labor: por algo luchamos contra la genimancia. Mejor será olisquear las esquinas donde el profesor, renunciando a lo que cualquiera, ha extraviado felizmente toda meta; donde la lectora, exhausta, no quiere dejar de leer. La lectora es Luisa Capetillo; el cansancio, aquel tras hasta seis horas de lectura en voz alta en fábricas de tabaco de Arecibo y Nueva York. Empleo formal, el sueldo sin embargo no lo pagan los dueños, reacios más bien al rito, sino los tabaqueros mediante cuotas semanales; constituida así la sala, los trabajadores eligen un presidente, quien, cuenta Julio Ramos, sugiere la prensa que se leerá por las mañanas y las obras filosóficas y literarias para las tardes. En ese lugar, en algunos momentos de ese lugar, cuando encima negociaría sus propias propuestas de autores rusos y colaría brevedades libertarias ajenas al rígido canon sindicalista, Luisa Capetillo acaso no sentiría renunciar a nada. ✦



Signo de león

Salvatore Quasimodo

SELECCIÓN, VERSIÓN Y NOTA DE GUADALUPE ALONSO Y MYRIAM MOSCONA

De 1936 a 1959, el poeta siciliano Salvatore Quasimodo (1901-1968) intercambió correspondencia con la bailarina milanesa María Cumani (1908-1995), con quien mantuvo, durante un par de años, una relación clandestina.

En esta breve selección podrá constatar que no son cartas concebidas para la posteridad sino el testimonio de un vínculo de admiración, celos, incertidumbre, añoranza y reclamos. Durante este largo epistolario que se mantuvo durante veintitrés años (de 1923 a 1959) también se registra la actividad intelectual del poeta en pleno ejercicio de sobrevivencia durante los difíciles años de la guerra. Las cartas están fechadas de manera irregular, ya sea según el calendario convencional o en aquel que se llevaba durante la era fascista en Italia con números romanos. También su firma se modifica caprichosamente.

Traducir a Salvatore Quasimodo es lidiar con cierto desenfoque del lenguaje, notorio en la ruptura de la sintaxis, donde verbos y artículos con frecuencia se suprimen. Su fraseo nervioso, su peculiar modo de puntuar, implicó un desafío en la toma de decisiones. Al ser un conjunto de cartas casi todas autógrafas, el autor usaba comillas en vez de itálicas para citar un título, literario o no, pero el uso exagerado de comillas iba más lejos, era su forma de acentuar ciertas expresiones. En la mayoría de los casos, las conservamos.

Quasimodo recibió el Premio Nobel de Literatura en 1959 y, aunque su poesía no goza de la misma trascendencia que la de Ungaretti, o la de Montale, es un exponente insoslayable del Novecento. Su poesía, cercana durante un largo periodo al simbolismo, mantiene un admirable espíritu de libertad y de belleza.

Módica, Italia, 1901 - Nápoles, Italia, 1968. Uno de sus libros más célebres es *La vida no es sueño* (1949).

27.vi.xiv

Pucci:

Con la voz, quizá nosotros sabemos crear ritmos, detenernos en ciertos tonos y escuchar los ecos, consternados, pero nunca sabremos decirnos nada de nuestra historia de criaturas que transitan por la tierra y sufren con doble corazón. Y nos ayudó la noche con una profunda quietud, casi como aquella que nos asalta antes de entrar al sueño. Sin embargo, al mirar tu rostro cambiante, al sentir en ti las figuras del sonido que nunca te abandonan, ni siquiera cuando habríamos podido tenerlo todo, volviéndonos leves por el movimiento improvisado de una mano, de los labios, al buscar tus ojos, también destinados a cambios repentinos, ¿quién no sentiría la miseria de las palabras? No obstante, todo está dicho. Después de superar el tiempo gris, ¿qué nos espera? Vuelvo a oír en la noche de los tilos el rugido del león. Su signo zodiacal está cercano. Y será mi destino que empiece la vida intensa en este cielo celeste. Aun si tuviera que destruirme quiero pensar en tu corazón, en el corazón que tienes mientras bailas y desatas los brazos y levantas la cabeza como para entregarte de lleno al aire. Ese corazón es lo que busco, con él podrás alcanzar la expresión precisa que te hará destacar en el arte que amas y por el cual, como yo, lo apuestas todo. ¡Pero cómo estás distante en el tiempo! Sospecho a veces, y temo hasta la angustia en mi soledad de hombre, que puedas desaparecer tal como llegaste de improviso aquella noche con un poco de fuego sobre la frente y el pelo. Pienso también que ahora te irás a donde no pueda verte, aún más apartada de mí. La memoria me ayudará a sufrir todavía más porque en el fondo somos de aquella raza que tiene por ley la angustia constante de buscar la armonía conquistando el dolor. Te podría decir más cosas si quieres, Pucci. Y también hálame tú, así, en secreto. Tuyo,

Quasimodo

15.VIII.XIV

Milán

Mi Pucci:

El alba me sorprendió por las calles hace poco. Triste su luz, casi repentina, llega por la espalda cuando se cree que aún la noche es profundísima. Y entonces, se busca refugio como al estallido del rayo previo al aluvi6n. Estoy ahora en mi estudio escribiéndote con los primeros rumores de la mañana: son máquinas que aplanan la grava de una calle en obra cerca de la estación (¿cuál? Nunca he tenido curiosidad de saberlo), tranvías que comienzan su monótono giro de carrusel alrededor de la ciudad todavía desierta. Pero esta es mi hora, la hora más secreta que conquisto con fatiga. Antes estaba solo, ahora advierto tu presencia como la única fuerza que regula mi mundo. Pienso en ti con intensidad, te reconstruyo de la cabeza al hueso del tobillo, viviente. Nada olvido, estoy seguro de tus gestos, es más, de la armonía de tus gestos. Tu boca está levemente abierta, como cuando «los sentidos» la tocan; tu cabeza, apenas inclinada, como si quisieras escuchar un gran secreto. Querida. Tengo aquí tu última carta (con esta ira reprimida, con este acto de rebelión, la había sentido) también rica de movimientos suaves. La tristeza que me queda de aquella noche reside, tal vez, toda en «vernos» en la entrada de la estación como dos seres cualesquiera, dominados por un juego banal preparado con mucha destreza e ironía. Nada mueve mi deseo de «desaparecer» como aquello que pueda hacernos sentir viles e impotentes. Nunca lograremos vencer ciertos pudores. Además, me causó mucho dolor encontrarme solo en una ciudad a la que había vuelto para estar pocas horas junto a tu aliento. Ahora me dices con dulzura que te confesaste con otra mujer enamorada. Quizás haga bien contarle a alguien esos grandes «temblores» que cambian desde las raíces nuestra vida. Claro, da fuerza. Pienso en ustedes bajo el sol de la ribera soñando cambios en la historia cotidiana de quienes las quisieran encadenadas, perezosamente dóciles. Pero aquello que «se pierde», ¿quién nos lo podría devolver? ¿Quién podría hacernos renunciar al bien o al mal que un hecho, nuestro, necesario, llegara a desatar? Pienso en Esquilo: «Lo sabía todo y quise pecar» (Prometeo). Supe, cuando comencé a amar la poesía, que por ella iba a sufrir hambre, los padecimientos de la carne, los huracanes del espíritu. Las mujeres sirvieron como un «espejo de tristeza» (lo digo en uno de

mis poemas más conocidos), pero no eran la mujer. Aquella era el sonido mismo, «soñado». Ahora, aquí, estoy seguro de que serás capaz de expresarte en la danza con una potencia y una claridad lírica que ninguna bailarina ha logrado jamás. Y tú lo sabes, eres la Mujer, la que todo hombre (aun si hay pocos hombres sobre la Tierra) construye con sus extravíos de celos, aquella a la que no se puede renunciar sin morir. Sueño con la calle de Liggia, la noche fluye silenciosa en la casa que te abraza en el amor. Espero ir a Liguria la próxima semana, pero quiero estar mucho tiempo contigo. Y las cartas ¿las envió a Génova? Y el número de teléfono de Génova (el 27442), ¿en qué caso podría servirme? El sol ya está aquí, sobre mis manos. Cierro los postigos y me echo algunas horas en mi precioso diván de la «deserción». Pero te quisiera conmigo. ¿Cómo te besaría? Tuyo,

Virgilio

8 DE ENERO DE 37

Adorada:

Ayer fue un día lejano. Tenía tu sueño en mí y en él buscaba las señales que se habían cumplido y aquellas que pudieran indicar vivencias futuras. Incluso aquí tus palabras llegan como vibraciones musicales, pero el aura es de grandeza. Wagner, mejor dicho, su imagen, salió de la figuración de la selva, pero quizá su verdadero héroe no es Sigfrido. En nuestro espíritu hemos encontrado nuestra humanidad, los héroes románticos amaban la superficie, todavía estaban demasiado «atados» para llegar al loco vuelo. Y también pensaba en tus miedos. En mí no hay duda alguna: tú lo tendrás todo en la vida. Es imposible que Dios piense en el fruto y lo haga nacer directamente de la rama. Tendrás tu flor y la flor su miel. Llego a ser solemne y literario sin proponérmelo. ¡Pero si supieras cómo a veces me siento sin capacidad de «consuelo» frente a tu silencio! Así es como nace la tristeza.

[Salvatore Quasimodo]

12.I.XV

Amor:

Aquella carta que interrumpí terminaba en el origen de la tristeza.

[Salvatore Quasimodo]

8.2.xv

Pucci adorada:

Hubo silencio en mí en estos días de dolor constante. Silencio que me sirvió para estar más pendiente de los ecos de tu voz tan resuelta a destruir, tan inmediata a recrear. Y me dije, con insistencia, que vanas habían sido las fuerzas del espíritu, vanos los inmensos abandonos en los que entregué lo mejor de mí; esa misma sustancia que me da el alivio del canto, la superación de los días monótonos en el extraño fluir de esta vida que me volvió áspero y melodioso al mismo tiempo. ¿Qué quería de mí la Delfica si nada la satisface? ¡No la luz sonora que surge de sus brazos cuando se pierde en la danza con el amor que hace felices a los adolescentes, no aquello que consume la tristeza de los adultos, no el arte ni la gloria que la nutre en los confines de la juventud, ni las horas de sueños, ni los «arrebatos» por los que hermosa entre todas las muchachas abre sus grandes ojos verdes, celestiales, ojos como si el mundo naciera a cada instante con sus ríos, sus árboles, sus animales inermes y aquellos de sangre oscura! Me preguntaba todo esto y me sentí lleno de dolor. Medía mi incapacidad de comunicar cualquier ímpetu, un profundo lamento de los sentidos, la felicidad absoluta que se experimenta sometiéndose a la materia, pero hoy tu palabra era todavía «marina», era siempre el dulcísimo sonido esperado en la distancia. Todo esto ya es historia. Nos queda escuchar a nuestro corazón vivo. Te beso. Tuyo,

Virgilio

28 DE JULIO DE 1943

Amor mío: La tarde transcurrió con bastante calma. Apenas ahora, hacia la noche, se escucha el rumor de las metralletas y las bombas. Pero hay cierta claridad en el aire. Habrá un periodo de calma, estoy seguro de que durará algunos días. Tú sabes lo que quiere el pueblo. Quédate tranquila y goza el sol y el agua. Sigue los acontecimientos y procede según su curso, pero no escuches las voces de alarma que los fascistas circulan para intimidar la península. Ahora es el ejército quien defiende la libertad conquistada por los últimos «perseguidos» del nefasto régimen. Te amo. Te beso fuerte. Tuyo,

Salvatore

23 DE SEPT. DE 49

Amor mío:

«quizás es otoño» y el deseo de apoyar mi cabeza atormentada por los sueños sobre tu hombro se hace más vivo. Será dentro de algunos días. Y quisiera que estuvieras más serena, más atenta a tus reclamos internos y no a las astucias malvadas de quien tiene un destino mediocre y alma de merolico. A mi regreso de Venecia (espectáculo aburrido y académico), escribí el artículo y comencé a traducir *Ricardo III*. Mondadori me escribió y dijo que debido a la crisis no puede comprometerse con la traducción de Shakespeare. Ya veremos si Einaudi tiene intenciones de que trabaje en las mismas condiciones que me había planteado Mondadori; de lo contrario pensaré en Bompiani para *La Tempestad* y *Ricardo III*.

Para el premio San Vincent (que se define el 1º de octubre y si gano tendría que ir a presentarme ante público y jurado) sigo teniendo esperanzas;¹ pero sé que Ungaretti² lucha como «presidente» para desviar la atención y la tensión que se ha creado en torno a mi último libro de poesía.³ Presentó unos versos inéditos de Barilli y a toda costa querrá premiarlos. Luchar, siempre luchar; pero es bueno conocer los humores subterráneos de quien te sonríe y te estrecha la mano cordialmente. Te veo citada en *Avanti* desde hace unos días

¹ En el último momento, la situación dio un giro y Quasimodo no fue premiado.

² Muchos años después, Quasimodo, y vale decirlo por quienes lo acusaron de ser un espíritu polémico o faccioso, «luchó como presidente» para que le otorgaran el premio «Etna-Taormina al propio Ungaretti».

³ *La vida no es sueño*.

(para la comidilla de los críticos) y en *El Europeo*, en la crónica social de Venecia.

Ayer, hoy y mañana, exámenes. Estoy un poco cansado, te beso con muchísimo amor,

Tuyo,

Salvatore

Saludos a todos, besos a Sandro.

MOSCÚ, 11 DE SEPTIEMBRE DE 1958 (TELEGRAMA VÍA ITALCABLE)

Nada de qué preocuparse. Me atacó un leve malestar — Internado en Hospital Botkin de Moscú — Pabellón 5 — por algún tiempo — te informaré — Afectuosamente —

Salvatore

GARDONE, 25 - 7 - '59 (POSTAL EN SOBRE CERRADO)

Querida Pucci:

No es tiempo ahora de diálogos. Mejor esperar hasta septiembre. No odio a nadie. Hubo errores más que mentiras. Errores graves que despedazaron mi sistema nervioso. No estoy en paz ni conmigo ni con los otros. ¿Cómo podría estarlo? Mi salud es todavía oscilante, no me engaño.

Son días «condicionados» y no sé si mañana estará peor. No vengas a Gardone. Es mejor, por ahora, saludarnos desde lejos.

Salvatore

GARDONE, 3 - 8 - '59 (POSTAL EN SOBRE CERRADO)

Recibí. Difícil, muy difícil, ahora.

El tiempo para mí se precipitó de golpe. Me llegó la foto de Sandro.

Dale las gracias. Trata de sacar el alma al sol — no los nervios.

Cariños a Sandro,

Salvatore ✕



Museo

Mario Heredia

¿Crees que con una prueba resucitará el mundo?

Konstantin Lopushansky

Cartas de un hombre muerto, 1987

En tiempos difíciles la moda siempre es extravagante

Elsa Schiaparelli

A Gabriela Hernández

1

Un ciervo camina entre los pasillos y las salas de un museo, el ciervo es joven y son muchas las salas y muchos los pasillos. Imposible saber de qué museo se trata, sólo un gran conocedor lo sabría, un buen conocedor que, al ver alguna pintura que no estuviera tan estropeada, o una cabeza, un brazo de mármol, un folleto, dijera: es el Museo...

de lo que sí se puede estar seguro es de que este fue uno de los grandes museos del mundo, un museo de arte, con obras tan antiguas como los gatos momificados del Alto Egipto y tan modernas como los perros globo de Jeff Koons. Pero eso no lo sabe el ciervo, que mira con desconcierto aquellos enormes cuadros destrozados que, con gran celo, muestran apenas fragmentos de una escena mitológica donde se retuercen seres descomunales, o las urnas cuarteadas llenas de brazaletes y coronas que han perdido su brillo por completo, o las vitrinas humedecidas con copones de oro y fichas ininteligibles y dioses olvidados. La luz del sol invade una sala, el techo ha cedido y ha dejado que la naturaleza la invada, no sólo con su luz y su lluvia, sino también con troncos, lianas y raíces, insectos y serpientes. Muchas paredes antes cubiertas de papel tapiz han dejado su intención a lo primigenio

Orizaba, Veracruz, 1961. Su libro más reciente es *La necesidad de las cosas de allá* (Atípica Editorial, 2023).

y se han convertido en simples rocas, y otras, más audaces, han tragado agua de tal forma que ya son parte del misterio de una gruta. El ciervo prosigue su camino, se detiene en un estanque, una fuente, un charco y, cuidándose de las sombras, bebe agua turquesa en donde se refleja el cielo. El sonido de sus patas se escucha sobre el mármol manchado, luego se pierde en la mudez del pasto o en el murmullo de la fina hierba. El museo es un bosque dentro de otro bosque, una historia dentro de otra historia...

pero si ya no hay hombres no puede haber historias, no puede haber memoria y por lo tanto no pueden existir las consecuencias, quizá sólo una escena, eso sí, como una de esas fotografías instantáneas que se deshacen en el segundo piso del museo, entre montañas de tuercas y sillones despanzurrados

cada paso del ciervo elimina al anterior, borra todo. A diferencia de este edificio que trata de acumular memoria, la vida del ciervo es, solamente, y anula lo que le rodea, metáfora o reflejo de lo que fue el hombre y en lo que acabó. Románticos despojos iguales a los que la vista del explorador captaba en las ruinas de Creta, de Etruria, de Copán. Pero que hoy, en este momento, a nadie pueden ya asombrar porque no hay nadie. Nadie podrá contar a las generaciones venideras lo que ve el ciervo:

1. porque no hay nadie y
2. porque no habrá generaciones venideras

el ciervo se acerca a una carpeta, quizá un libro de registro. El animal, quien vive, sólo vive, como hubieran querido vivir los seres humanos, sin tanta filosofía, terapias y pastillas, no sabe que ahí están registrados miles de nombres de gente que visitó hace muchos años este lugar, que apuntó sus impresiones sobre las maravillas que se atesoraban, sobre ese absurdo laberinto donde se perdieron y que ni siquiera les pertenecía. Pero el ciervo no sabe leer, ni le importa leer, ni le importa el tiempo, ni el universo. El ciervo, con sus inmensos ojos profundos, huele el papel y lo muerde, y lo come hasta que se harta de ese sabor a tinta y celulosa húmeda y vieja del último libro, porque quizá ese es el último sobre la Tierra, porque los libros se deben haber extinguido después de que aumentaron su demanda por ser tan inflamables y calentar a los miles de hombres que, tarde o temprano, se murieron.

El ciervo come pasto, tréboles, pequeñas flores...

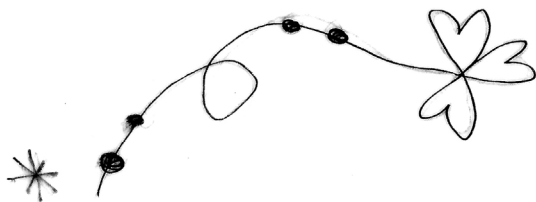
no sabe que en otro tiempo fue una imagen idílica que el ser humano recreaba una y otra vez...

pero el ciervo sólo come pasto, tréboles y flores para subsistir, para permanecer, para encontrar otro ciervo y procrear. De pronto levanta la cabeza, ha escuchado algo que se acerca, ha percibido el fuerte aroma de la bestia, mira hacia un lado y hacia el otro, sus patas se tensan, también sus orejas; su nariz tiembla buscando ese tufo que le indique hacia dónde debe correr para salvarse. El mundo se detiene, no hay tiempo, no hay espacio, sólo miedo. Entonces aparece, la bestia es sólo una zarigüeya que anidó bajo un sarcófago egipcio y en este momento cruza el espacio cargando a sus crías

después de un rato de buscar comida, se dirige a un pasillo largo donde cientos de monedas pertenecientes a una cultura rica y próspera duermen, cruza una sala, luego otra, y otro pasillo, y otro donde un hombre que alguna vez se sintió inmortal la mira con desprecio desde su caballo. Una escalera por donde corre un arroyo de aguas límpidas le corta el paso, la zarigüeya se desvía hacia el otro lado, el que está seco, donde han surgido helechos y una escultura de una ninfa decabezada trata de huir. El animal desciende con lentitud, su cargamento es pesado y valioso, llega a una sala inmensa, el techo de cristal se ha desplomado aplastando a una serie de esculturas metálicas que, quizá, en algún momento, fueron

rojas o amarillas o plateadas...

de una de las vigas que sostenían los vidrios cuelga un extraño aparato que no deja de moverse con el viento. Es tan perfecto aun en su decrepitud, tan exacto, tan balanceado que podría dejar a cualquiera con la boca abierta, pero de eso ya ninguno de quienes pasan por el lugar se percata, ni el ciervo, ni la zarigüeya, ni las aves que fabricaron sus nidos en las salientes y que hacen un hermoso escándalo en las mañanas.



hace muchos años alguien hubiera dicho:

qué hermoso Calder, mira cómo contrasta con el

Miró del fondo y cómo logra distorsionar los rayos de luz...

pero no, toda esa gente exquisita, para quienes cada uno de esos artistas realizaron sus obras, que pagaron sumas estratosféricas por una caja de cartón o una toalla sucia enmarcada en dorado, ya no están. La zarigüeya atrapa un escarabajo y lo come con fruición, luego se tira en una esquina para que sus crías puedan alimentarse de su leche. Arriba, sobre esa pared, un Cristo alargado y azul asciende a un cielo que ha desaparecido, lo mismo que el ciervo que ha vuelto al bosque, primitivo, al verdadero, al que no tiene paredes

alrededor de este edificio hay muchos otros, parecidos pero diferentes. Algunos se conservan mejor que otros que son apenas cimientos y anuncios:

MUS O DE ARTE ÁNEO

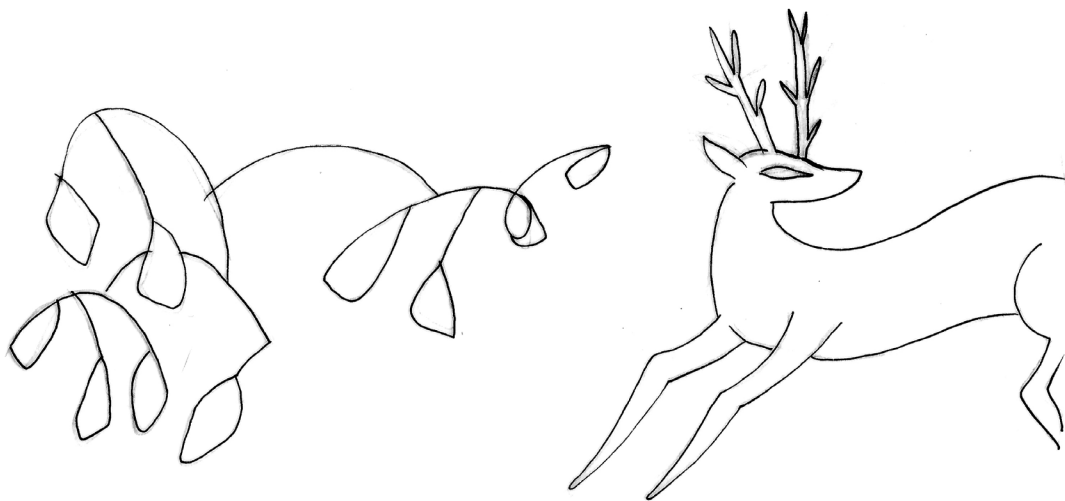
el miedo de cualquier ser humano a morir no era tanto por dejar de estar, sino porque nadie lo recordará y eso, precisamente, ha pasado. Y es algo tan triste que cualquiera podría ponerse a llorar, pero ya no hay ningún cualquiera para llorar. Nadie para recordar. La memoria es una palabra que nadie entiende porque no hay nadie.

Pero ¿quién narra esta historia?

¿y quién la lee

si todos estamos muertos?

¿cómo es que el arte, aun sin artistas y sin almas que lo admiren y lo compren, sigue existiendo? ✖





el brillo implantado*

Renata García Rivera

1

quítenme los zapatos
yo quiero diamantes en los ojos
una encarnación de cristales
en lo níveo o quizá
una joya de platino entre raíces rojas

2

puedo ver
el mundo:
escucho el panal de humanos
el zumbido de un edificio que yo no habito
el zumbido lejano del que es uno con el otro

las abejas se acercan
y atraviesan mi cuerpo
verde sobre lo verde
blanco cuando lo blanco
gris
siempre gris
como el espionaje
o la guerra

soy un árbol que se imagina en un bosque
siempre caigo
en el punto ciego

Guadalajara, Jalisco, 1997. Su libro más reciente es *Sombras desde el árbol* (Calle de Cervantes, 2020).

una ventana sin sombra

el viento me presta su voz

3

los ojos me han servido para ver
no para ser vista:

el platino es un metal de transición
se deforma no se rompe
resiste a las lágrimas
no se disuelve

su presencia puede
causar
ceguera

una perforación en el vacío

un corazón único en el planeta

una pestaña en el ojo

4

yo estaba detrás de la ventana

mi cuerpo apareció
delante del médico
delante de las abejas

no necesité puntos de sutura

caminé por la calle luminosa
con un brillo en la mirada
sólido y encarnado
caminé con cualidad de espejo
caminé con un corazón de platino en el pliegue
caminé en su sombra
caminé
y todas las abejas me siguieron ✕

*En 2013, Lucy Luckayanko, una mujer rusa de veinticinco años, se sometió a una cirugía en Estados Unidos para incrustarse un corazón de platino de 3.5 mm en la conjuntiva del ojo derecho.

Interés restringido

Valeria Rueda

Ayer me dormí a las tres de la mañana, confiesa mi abuela mientras nos encontramos en la sala de estar, todas mujeres, alrededor de la criatura que hace dos meses salió del vientre de mi hermana por su diminuto canal cervical. La escuchamos, pero cada quien sigue en lo suyo. Mi hermana baila con su bebé haciéndose la chistosa, yo la abuceo, las dos nos carcajamos.

—¿Y por qué te dormiste a las tres de la mañana? —pregunta, al fin, mi madre.

Mi abuela, que no podía esperar a que le hiciéramos caso, ya un poco aburrida del niño, se apresura a responder que estuvo viendo *Tribunal implacable*, que qué cosa, que qué barbaridad.

—¿Y es coreana?

—Sí.

No dice más porque seguro recuerda que varias veces le han pedido diferentes personas que no acapare la conversación con un tema que es únicamente de su interés. Le piden autorregular sus ganas de hablar de lo que ama, como a las personas con autismo, porque si fuera por ella seguiría contando una escena tras otra, enlistando al modo de Perea cada detalle, medio en broma, medio en serio, señalando siempre la pulcritud de los hombres coreanos.

Acapulco, Guerrero, 1992. Su publicación más reciente es el ensayo «Contra la vergüenza impuesta de señora» (*Revista Catástrofe*, vol. 9, 2022).

Sus hermanos, sus hijos y algunas de sus amigas, sin ponerse de acuerdo, le impusieron esa medida porque unos meses atrás no hablaba de otra cosa más que de un tal Vincenzo, una tal Yoon, y otros personajes que según ella eran terriblemente encantadores. Decía, cuando descubrió el mundo de los k-dramas, que no había visto nunca nada igual a pesar de ser fanática de las telenovelas desde hacía muchos años. Para mí son la misma cosa. Una fórmula que funciona pero que no por eso deja de ser menos chafa: personajes ridículamente peinados y maquillados con gestos que van más allá de lo sobreactuado, dando vida a una historia boba centrada en la atracción totalmente irreal entre los dos personajes principales, por lo general provenientes de mundos opuestos (pobre/rico, feo/bonito, introvertido/extrovertido). Desde que soy niña recuerdo a mi abuela viendo telenovelas, la entretenían. También le gustaban las películas europeas, oscuras, independientes, que veía sola en el Cineforo, hasta que tuve edad para interesarme en esas salidas misteriosas de ella y acompañarla. En la vida de mi abuela lo que verdaderamente tiene valor es encontrar los puntos medios. Para ello, ha de verlo todo. Su teoría es que no hay que abusar ni de una cosa ni de otra, ni jugarle sólo al intelectual ni quedarse con puro producto popular: su misión es conquistar la variedad.

En los inicios de la formación de su nueva filia era divertido verla enganchada con temas de adolescentes, principales víctimas de la influencia de la cultura pop coreana. Saludaba con un *annyeong* de entonación forzada y se despedía haciendo la seña del corazón con el dedo índice y el pulgar en las dos manos. Me resulta admirable que encuentre la forma de estar a la vanguardia, enterada de las nuevas tendencias y, a su manera, que se atreva a adoptarlas, aunque lo haga mal, o sólo por un rato, para no aburrirse. Pero los k-dramas se instalaron en su tele durante semanas, y luego, meses. Ahora lo cierto es que sí cansa. Viki es su plataforma favorita y se acaba los episodios igual que los borrachos se empujan las caguamas, con mezcla de desespero y satisfacción. No quiere hacer otra cosa. Mi abuela es adicta a «las coreanitas» (así llama a las series), y como tal, ha de proteger su vicio siendo cautelosa en qué tanto permite que los otros conozcan sus manías. Sin embargo, los k-dramas son la punta del iceberg, el formato de moda; si lo recuerdo bien, ella ya era adicta a las historias de amor.

Cuando yo era niña me daba miedo. Siempre habló muy alto, golpeado, y nunca titubeaba antes de herir los sentimientos de los demás; minimizaba cualquier expresión de afecto con un chasquido de lengua y un «estate quieta». Nunca ha sido cariñosa con sus palabras ni con sus ademanes. No me dejaba, bajo ninguna circunstancia, decirle abuelita, solamente abuela, porque abuelita se le figuraba a viejita. Cuando le preguntaba en qué había trabajado de joven invariablemente respondía con solemnidad: artista de radio, cine y televisión. Usaba ropa estampada con *animal print* y rojo en los labios y el cabello. Manejaba un Tsuru color verde oscuro destartelado que adoraba. Tenía una colección de camisetas con frases para los fines de semana. Los sábados eran para la belleza con su estilista de confianza, Luz, que le hacía la pedicura por treinta pesos y, a cambio, ella soportaba las cortadas accidentales hechas con sus filosas tijeritas. Lo relataba triunfante, cómo miraba correr la sangre por su pie, inmóvil. También los sábados eran para ir al tianguis o al mercado y desayunar ahí. Para ella todos los placeres de la vida se concentran en los alimentos preparados con enormes cantidades de aceite: tostadas, pozole, enchiladas y tacos dorados. Los domingos eran para el menudo: ella, su plato grande con librillo; yo, mis tortillas hechas a mano y mi caldito. Una vez mi mamá me dijo que a mi abuela le gustaba mucho platicar conmigo, que le sorprendía lo bien que se podía hablar con una niña. No cupe de orgullo y vanidad, tendría yo unos siete años.

Por las tardes íbamos a su casa porque cerca estaba la academia de baile regional a la que nos llevaban a mi hermana y a mí, a unas cuadras del templo de la Santa Cruz. Nos íbamos caminando, de la casa a la academia, pasábamos por una fonda en una esquina que tenía los muros bajos para que los transeúntes pudieran mirar a los comensales y antojarse. Desde afuera también se alcanzaba a ver una tele empotrada en una columna. Al terminar la clase de baile mi abuela ya estaba esperándonos para volver. Nos decía que rápido, que ya iba a empezar la novela, pero siempre hacíamos una parada estratégica en la tienda de Abi por un lonche. Caminábamos a toda prisa en dirección a la casa y, al pasar por la fonda, mirábamos la tele desde la banquetta y si ya había empezado *Catalina y Sebastián* nos quedábamos ahí paradas hasta que iniciaba el primer corte comercial.

—¡Vámonos, niñas! —gritaba entonces mi abuela.

Todavía más a prisa recorriamos la segunda parte del camino deseando lo que nunca nadie desea: que no se acaben los comerciales. Ya en su casa gritaba de emoción cada que Catalina y Sebastián se daban un beso, y si el beso se convertía en algo más (dos personas tiasas en la cama cubiertas hasta la nariz) nos decía que nos taparamos los ojos, que seguían los arrumacos.

Cuando mi abuela dejó de darme miedo empecé a querer copiarle. Nos echamos un sinfín de telenovelas del Canal de las Estrellas y TV Azteca. Al tiempo que cumplí trece años y conocí la pena de no reconocer ni el propio cuerpo frente a la brutalidad de la adolescencia, mi abuela supo lo que se sentía ser expulsada de una casa que se heredó a otros de sus hermanos. Se vino a vivir temporalmente a la casa de mis padres. Todas las noches veíamos *Contra viento y marea*, con Adela Noriega y Sebastián Rulli, en el canal tres. Mi abuela, sentada al borde de su cama; yo, sentada en el suelo, recargada en sus piernas, recién salida de bañar, me cepillaba el pelo empapado y me hacía trenzas para dormir. No importaba qué tan terrible hubiera estado la secundaria, qué tan sola, qué tan vil, tenía la plácida certeza de aquel momento. De lunes a viernes, de ocho a nueve de la noche, pausa al miedo. Y soñábamos juntas, mi abuela y yo, que éramos Adela Noriega y que Sebastián Rulli nos estrujaba entre sus brazos, haciendo que nos olvidáramos de todo.

Quizá a mi abuela ahora le pase eso con los k-dramas; este año cumple ochenta. Quizá le resultan irresistibles porque conservan lo que tanto le gusta y también son novedad. Además los puede maratonear, no tiene que esperar un horario. Tiene a su disposición un repertorio de telenovelas lo suficientemente iguales como para sentir las casa; lo suficientemente distintas (tan sólo por reflejar una cultura diferente a la suya) para traer de vuelta la emoción del inicio. Asediada por el tedio, algo más que ver.

Quiero contarle que la entiendo. Frente a su casa, toco a la puerta y no me abre.

—Está en Seúl —me dice mi madre al teléfono, mientras por su ventana alcanzo a ver los trastes sucios sobre la mesa: un platito con morusas de pan dulce y un vaso con la marca del labial rojo. ✕

Ser muxe está de moda

Carlos Rodríguez

A unos pasos de la casa de Serge Gainsbourg en la Rue de Verneuil, en el séptimo distrito de París, una pequeña vitrina llama la atención. «*Un muxe à Paris*», se lee en letras rojas en una de las ventanas; debajo de la frase, la fotografía de una persona —¿es un hombre o una mujer?— con un vestido ampón de plumas amarillas que despuntan en el escote y se desbordan hasta alfombrar el piso; de fondo, una poética cortina azul que, como en un acto de magia, enmarca y encubre. Del otro lado, en el otro escaparate, el nombre del fotógrafo: Nelson Morales. Se trata de la primera exposición de la galería Lodo, fundada por la italo-mexicana Loredana Dall'Amico, que durante septiembre exhibió la obra de Morales, quien nació en Unión Hidalgo, población que forma parte del Istmo de Tehuantepec, en Oaxaca. Ya desde el escaparate se intuye algo particular y estimulante en una ciudad que es toda gris y verde con sus edificios haussmanianos y hermosos jardines y parques. Resuenan las palabras de una mexicana que fruta no vendía sino gallardía: «Esto es una fiesta mexicana, esto es un éxito mexicano. ¿Y cómo quieren que me sienta? Porque china no soy, soy mexicana. ¿O qué soy? ¡China poblana!» La ingeniosa frase de María Félix reviste bien la propuesta fotográfica de Morales, pero hay que ahondar en ella para adentrarse en un fenómeno que parece estar de moda: el de las políticas de identidad. «¿Quién soy?», «¿qué soy?» Son preguntas que ahora, más que nunca, se formulan, quizá porque la humanidad atraviesa un periodo de adolescencia con hondas dudas que requieren, más que respuestas, el ensayo de las mismas.

Ciudad de México, 1984. Actualmente trabaja en la traducción de una obra de la cineasta Chantal Akerman, como parte de una residencia en Seneffe, Bélgica.



El atractivo de los muxes o las muxes es internacional. Tanto reportajes como documentales comprueban la fascinación que, de un tiempo para acá, despierta el tercer género en la cultura zapoteca del Istmo de Tehuantepec, una manifestación antiquísima e incluso ignorada en México. Las producciones más recientes son las de la DW de Alemania y la RTVE de España que, a su manera proponen una lectura sobre todo antropológica para entender quiénes conforman esta comunidad, cómo se articula y de qué manera participa en las dinámicas sociales y sexuales de esta región enclavada en el sur de México. La palabra *muxe* es *mujer* en zapoteco. Más que ciencias sociales, se invoca aquí a la poesía para dibujar un panorama de la muxicidad, echando mano de los versos de Elvis Guerra, poeta y traductor muxe, que en el poema «Un *muxe* es...», publicado en su libro *Ramonera* (Círculo de Poesía Ediciones, 2019), desgana la riqueza y complejidad de su universo, ave difícil de enjaular en una taxonomía:

Muxe' es un salto a la boca del abismo.
Muxe' es una sonrisa siempre deslumbrante.
Muxe' es un indígena que se sueña princesa.
Muxe' es un cuerpo de hombre con voz de mujer.
Muxe' es una burla en la escuela,
 una carcajada en la calle,
 un payaso para todos.
Muxe' es un universo poblado de hombres.
Muxe' es estar desnudo en una calle llena de miradas.
Muxe' es un sí a todo y a todos.
Muxe' es retar al otro,
 al que odia, al que nunca supo amar.
Muxe' es una enagua preñada de flores bordadas a mano.
Muxe' es una casa siempre abierta.
Muxe' es el que nunca dice «no».
Muxe' es mirar a quien te desprecia con los ojos.
Muxe' es soñar que te casas con un hombre.
Muxe' es llegar al altar del brazo del padre que no supo quererte.
Muxe' es el que fue golpeado por sus hermanos.
Muxe' es el niño que juega con una muñeca de palo.
Muxe' es la vestida que llega a una fiesta.
Muxe' es una flor en la boca.
Muxe' es un incendio en la montaña.

En la comunidad muxe hay variantes significativas. De manera somera se puede decir que existen muxes hombres y muxes mujeres; todos y todas aceptan y viven su parte femenina. A veces se cree que el Istmo de Tehuantepec es el paraíso de la performatividad de género, para ampararse en el pensamiento de la filósofa estadounidense Judith Butler, el cual ha sido determinante en las políticas de identidad, pero no es así; quizá esa es la inquietud, atractiva y espinosa, que habita a escondidas en las palabras del poema de Elvis Guerra. La raíz violenta de los problemas que enfrentan las muxes roza la trama de *Carmín tropical* (2014), quizá la mejor película mexicana de los últimos diez años, donde una chica muxe que regresa a Oaxaca se propone encontrar al asesino de su amiga, otra integrante de la comunidad. El filme de Rigoberto Perezcano no es un thriller; evade con sensualidad las lecturas de noticiero amarillista. En realidad es una obra casi cines-tésica —donde el color es un estado de ánimo erótico y somnoliento que amenaza con despertar— sobre el deseo. Nelson Morales se hizo cargo de la fotografía fija de *Carmín tropical*, es decir, las imágenes que se toman durante la filmación. Sobre esa misma línea sensual se desplaza el fotógrafo oaxaqueño, que va tras los pasos de personajes cuya belleza elaborada descubre su autenticidad y que, al posar frente a la cámara, le arrebatan un disparo. Aunque los inicios de Morales como fotógrafo datan de la preparación de *Carmín tropical*, es ahora que su labor encuentra un lugar a cabalidad en la producción internacional; sus imágenes pertenecen a una corriente artística que recupera y reclama otras formas de belleza, aluden al canon estético y también lo rebasan —aquí vuelven a resonar las palabras de Guerra en las que *Muxe'* es un indígena que se sueña princesa. Este atrevimiento artístico, que viene de las protestas del racismo que fundamenta la

desigualdad, así como también de internet y del DIY (*do it yourself*), se acompaña incluso de un estilo musical; suena la voz de, entre otras, la cantante dominicana Tokischa: «ser perra está de moda / es tendencia nacional / pasarela de bellacas / estilazo sexual».

Si el escaparate de la galería parisina era sugestivo, el interior confirmaba que efectivamente las fotografías de Morales son como aves del paraíso detenidas en una postura, un gesto, un golpeteo, un retumbe. Por ejemplo, la chica que desciende de un mototaxi que parece impulsado por su melena al viento y el vestido del color de una llamarada. Una verdadera visión en un paraje anodino, unos arbustos y un cielo con algunas nubes, y más que eso, su presencia es una fuerza, un motor que pone en marcha todo lo que la circunda. En otra fotografía un muchacho desnudo, de párpados azules y boca rosa, yace sobre una lancha en la playa: su pose altiva es casi sobrehumana, como las divas de la música y el cine; es un ensueño, una venus que quiere rozar con su mano la espuma del mar.

Las puestas en escena articulan la dramaturgia fotográfica de Morales, en su práctica la identidad es una representación. Como el autorretrato en el que aparece por entero semiacostado en un sillón, sólo vestido con la enagua y el torso desnudo, un espejo descubre su perfil, como si fuera una invitación a mirarlo de otra forma, desde otro lado. Morales cree en el *atrezzo* como catalizador de la verdad, por eso abundan cortinajes, enaguas preñadas de flores, joyas. La saturación manifiesta la irreductible identidad de sus modelos, que se transforman frente a la cámara, pero también en su ausencia. El quién soy y qué soy no queda resuelto en las fotografías de Nelson Morales, pero en esa búsqueda la constante es la belleza, la infatigable labor de capturarla, elaborarla, guardarla, apropiársela, meterse con ella, ser ella. ✖



Patikulamanasikara

Reflexiones sobre lo repulsivo

Esther Mondlak

Make good medicine from the suffering of sickness

Kyong Ho en *Living in the Light of Death*, Larry Rosenberg

Cuando en el hospital dijeron que tendría que guardar cama por completo, enseguida lo pensé. Me enfrentaría esos días a todo aquello que entrara y saliera de su cuerpo. Lo que en condiciones normales se encuentra en manos de uno mismo sin ni siquiera pensarlo, en el momento en que uno se enferma o se hace demasiado viejo, alguien más tiene que encargarse.

Temo ese momento en que lo más privado pasa a ser del manejo público: se mide la orina del enfermo, se pregunta con frecuencia si ha evacuado, si expulsa flemas; y las uñas crecen y la barba crece y el cabello crece y la nariz escurre, y si los dientes son lavados, hay que desechar lo que la boca escupe. Si el que hace la tarea no es el dueño del cuerpo, cada orificio se vuelve conspicuo y está a la vista: algo secreta o algo debe introducirse en él. Y quien está a cargo, no sólo puede, sino que debe interesarse en ello, si quiere procurarle el bien.

El que estaba ahí en la cama del hospital era el hombre con el que compartía mi vida. De él me había enamorado hacía muchos años. En medio de la seducción, ¿quién piensa en lo poco atractivo que puede

Ciudad de México, 1951. La autora ha vivido en un largo anonimato literario.

ser lo que nuestro cuerpo expulsa? Líquidos y olores rebosantes de hormonas, en algún momento, son sensuales. Uno es capaz de lamer la piel del otro, de intercambiar salivas y secreciones. Uno desea introducir al otro, o introducirse en el otro, empleando esos mismos orificios que, ese día, en el hospital, me parecían una amenaza.

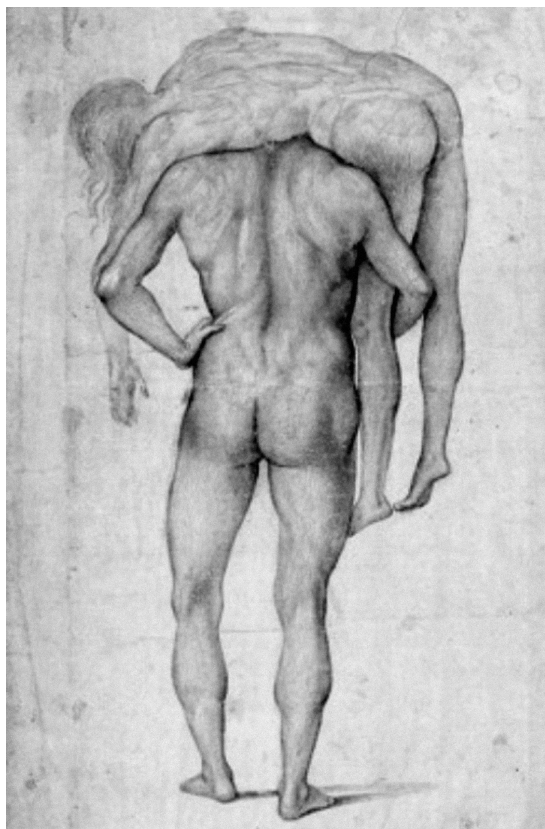
Tendido bocarriba, las medias de presión blancas para evitar coágulos dejaban ver, por un boquete en la punta, las uñas que ya no había podido cortar parejas. Me pregunté si sucio, enfermo, desarmado, podía amarlo.

SATI: SOSTENER EN LA MENTE, SOSTENER EN LA ATENCIÓN

En el discurso del Buda sobre los fundamentos de la atención plena — *Satipattana Sutta*— dice que un monje debe saber con claridad cuando ve hacia adelante, cuando aleja la vista, cuando flexiona o extiende sus extremidades, cuando usa su bata, cuando carga su plato, cuando come, bebe, defeca, orina, camina, está de pie, se sienta, duerme y despierta, habla o está en silencio. En todo momento el monje debe actuar con claridad, sabiéndolo. El monje debe recorrer el cuerpo de abajo hacia arriba, desde las plantas de los pies, y de arriba hacia abajo, desde el pelo. Meditar recorriendo cada parte: el pelo de la cabeza, los vellos del cuerpo, uñas, dientes, piel, carne, tendones, huesos, médula, riñones, corazón, hígado, diafragma, bazo, pleura, pulmones, intestinos, mesenterio, estómago y su contenido; heces, bilis, flema, pus, sangre, sudor, grasa sólida, grasa blanda, lágrimas, saliva, mucosidad, líquido de las articulaciones, orina. Como si el cuerpo fuera un costal abierto por ambos lados, con muchos tipos de granos: arroz rojo, frijoles, chícharos, mijo y arroz blanco, y un hombre lo abriera y lo repasara de esta manera: esto es arroz rojo, estos son frijoles, estos son chícharos, esto es mijo, esto es arroz blanco. Así, el monje debe repasar el cuerpo. Como un carnicero experto que corta una vaca en pedazos, así el monje debe repasar el cuerpo. Como si fuera a contemplar un cadáver —uno, dos o tres días después de muerto— hinchado, lívido, rezumando materia, siendo devorado por los cuervos, halcones, buitres, perros, chacales o diferentes tipos de gusanos, un esqueleto con carne o sin carne untado de sangre, sostenido por tendones, huesos desconectados diseminados en todas direcciones, huesos blanqueados con el color de las conchas, huesos amontonados más de un año, huesos podridos y desmoronándose y convirtiéndose en

polvo; el monje compara ese cuerpo con el suyo: este cuerpo, de la misma naturaleza, no está exento de ese destino.

Yo sabía que existían discursos del Buda sobre la contemplación del cuerpo. Había leído —en un primer momento horrorizada— de monjes budistas que pasaban días meditando en lugares donde se depositan cadáveres a cielo abierto, observando las etapas de descomposición de los distintos tejidos, enfrentando los olores que despiden cuando se van pudriendo. Lo que dice el Buda y cómo lo dice, me produce fascinación. Traspasa ese velo que bordamos con gran cuidado, sobre la llana realidad que nos devuelven los sentidos. Componemos historias hermosas, o historias aborrecibles, o ni hermosas ni aborrecibles, sobre lo que la vida nos entrega crudo. ¿No nos gusta el sabor? La aderezamos. Pero ya aderezada empiezo a querer escupirla.



Luca Signorelli
*Desnudo visto de espaldas
 con un cadáver sobre los hombros*
 (circa 1450-1523)
 Dibujo al carbón

VEDANA: TONO DE LA SENSACIÓN

Pon tu mano en el corazón cuando notes un momento de sufrimiento.

Steve Hickman

En el punto en que nuestros sentidos y el mundo se tocan, dice el Buda, surge una primera experiencia que no podemos evitar, algo preverbal, inmediato: *vedana*. Nadie se escapa, sirve para sobrevivir.

Esa primera experiencia tiene un tono: placentero, no placentero o neutro. Es bastante predecible la reacción a la que estamos sujetos. De lo placentero queremos más, de lo no placentero preferimos menos y dejamos pasar lo neutral. El tono acompaña el primer encuentro de nuestros sentidos con el olor, el sabor, los sonidos, el tacto, las sensaciones físicas, incluso el pensamiento —la mente para el Buda es otro de los sentidos. El tono puede resultar buen material para fabricar insatisfacción, *dukkha*, sufrimiento.

El Buda recomienda estar atentos a esa primera sensación en el instante mismo en que aparece. La atención funciona como una cuña: abre una grieta, un intersticio, un segundo, dos segundos, se dilata la conciencia y nos inunda. Cortar a tiempo los hilos con los que nos sujeta aquello que da placer o nos lo quita, lo que nos jala con su atracción o nos repele porque no nos gusta, hace posible responder al momento, con lo que el momento requiere. Responder en lugar de reaccionar. En ese lugar donde ha penetrado la luz, aparece la posibilidad de elección, la posibilidad de experimentar un instante de libertad, el *nibbana* dice un maestro budista. Justo antes de que las palabras, las historias, el drama, el juicio, las opiniones, lo oscurezcan.

Está frente a mí. Le digo algo al oído y sonrío. Voy por la palangana, la lleno de agua. Lo empujo suavemente para que se recueste de lado, coloco una toalla. Tomo la esponja, la mojo, la exprimo y comienzo desde su espalda hacia abajo. Imito al monje: de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba. Sin distraerme. Una y otra vez cambio el agua. Lo seco. Le hablo al oído y él solo vuelve a recostarse bocarriba.

La muerte es lo que les pasa a todos los demás. En cambio, el futuro en el que yo estoy muerta no es ningún futuro. No tiene realidad. Si lo hiciera —si yo creyese de verdad que ser un cadáver no sólo es un futuro posible sino «mi único futuro garantizado»—, haría las cosas de otro modo. Me desharía de mi iPhone, para empezar. Viviría de otra manera. (Zadie Smith, en *Hombre contra cadáver*)

Son las 3:20 de la mañana. Él ya no está. Doy vueltas en la cama. Construyo frases que se disipan en mi cabeza. Me digo que, si de veras me creyera que algún día seré cadáver ya estaría en mi escritorio frente a la computadora, escribiendo eso que en mi mente nace deshilado. Pero me quedo dando vueltas. Muy en el fondo he de creer que soy eterna. ✱



Paulo Caffo

DÍAS DE VERANO

1

Odio los días de invierno.
Amo la lenta
caricia del verano:
risas, besos, pájaros.
Días felices que siempre duran poco.
*Las penas son largas como los inviernos,
las alegrías cortas
como la luz de las flores
en verano, me sonreías.*
Alzo los ojos
hacia el horizonte más cercano:
un pueblo lleno de fe, seres
limpios de miradas y de abrazos.
*Todo nos tienta bajo el sol
porque nos creemos sin recelo, me advertías.*
Venimos al mundo
con ojos de cal
con manos llenas de otras manos
que alimentan las noches.
Amo la lucidez del verano:
risas, besos, pájaros.

2

Se abre el día
como un fruto
ligero en mis labios, caprichoso
palpo su certeza,
aguardo sus horas inciertas, nunca
con el mismo nombre, pero
siempre evocar al júbilo
liberarlo del desencanto.

Huánuco, Perú, 1987. Fue ganador del Premio Diario Ahora en 2016.

Todavía se puede sentar bajo
 la sombra de un árbol
 y mirar hacia el valle de Huánuco
 saboreando en soledad las frutas:
 pacay, naranjas, duraznos.
 Conversaciones matutinas,
 el saludo cortés y amable.
*El aroma de la mañana es mejor
 si el café invade nuestra casa,*
 cantas como aquel pájaro.
 Se abre el día
 como una flor
 fugaz ante tu canto, pero
 eterno como el aroma,
 un pensamiento nos salva.

CUERPO

qué hará mi cuerpo
 a dónde irá mi cuerpo
 qué vestirá mi cuerpo
 si en verano o invierno
 desea o no a otro cuerpo

no suelo preguntar
 si un cuerpo es suficiente
 para todos los recuerdos

no suelo preguntar
 qué callará mi cuerpo
 si odia o ama otro cuerpo
 si la herida vencerá
 el límite azul de todos mis cuerpos

EPÍSTOLA A FREDY

Pienso en tu amistad y pienso en la esperanza como una luz que no quema, como un relámpago de risas, como un brindis fugaz de la infancia. *Lo tuyo no es escribir, es latir en cada palabra.* Tu don es fruto del trabajo, poeta de Cátac. Yo sé que la vida nos duele, que el lenguaje muchas veces no alcanza, que nunca basta la noche. Pienso en tu abrazo de hombre, de hermano, ahí donde la soledad es un fruto que abraza los corazones huérfanos de nostalgia. Tu poesía es una promesa de idiomas, el alfabeto de la noche, la antorcha en los ojos del mundo. Pienso en tu amistad y pienso en la música. Y si alguna vez, amigo mío, perdiera las palabras, ven y háblame desde el eléctrico celaje de Cátac. Si alguna vez no encontrase la Poesía, *compañero del alma, compañero*, tiéndeme tu mano y ven desde el país que nos hiere y nos ama.

RIMBAUD EN BARCELONA

Besé el anochecer de la primavera. En mis manos se posó el alba y pronunció su nombre.

Todo se movía en las esquinas de la Rambla. El agua como antaño arropaba nuevas flores. Viajeros conquistando mapas y trazos borrados que otros desearon. Una promesa era el mar mediterráneo entre las sombras de sus bosques. Deambulé anunciando el canto migratorio de las aves, extranjeras como yo, no me miraron. Impaciente vino el frescor de la mañana hacia el *día enloquecido de puro entendimiento*.

Reconocí el antiguo secreto amurallado de su arquitectura, la alfarería de su ignota alegría. Me besó el azul pálido de sus ojos y peregrina en su mirada habitó el mundo fiero. Entonces me vestí con su geografía y agitando el génesis de las horas fundé archipiélagos como rito para iniciar la sospecha efímera de un rumbo.

Besé el anochecer de la primavera y desperté al cenit, entre aullidos de aves. ✕

Eclipse en Berlín

Yirmi Pinkus

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR ORTIZ PARTIDA DE LA VERSIÓN DEL HEBREO AL INGLÉS DE YARDENNE GREENSPAN



—Disculpe, ¿de casualidad sabe a qué hora está programado el evento?

Estaba sentada en la banca como alguien que hubiera llegado temprano al teatro, congelada e indiferente al bullicio de la calle; tenía un sombrero de fieltro con plumas, un traje de tweed azul y las piernas bien cerradas bajo la falda. Los tendones de su cuello se estiraban entre los pliegues de una bufanda de seda mientras me miraba.

—En veinticinco minutos —le dije—. Pero no se quede aquí. Es mejor esperar a cielo abierto, donde la visibilidad sea mucho mejor.

—Gracias por su amabilidad.

Una cara puntiaguda; aburridos ojos, escondidos detrás de gruesos lentes. De seguro sobrepasaba los ochenta años.

—El parque Lietzensee queda aquí a la vuelta —le ofrecí.

—Sí, sí.

—Vamos para allá. Acompáñenos si gusta.

Su rostro se suavizó. —Qué amable.

—¿Qué hace, por qué invita a esa tarada? —escuché a Amir susurrar a mis espaldas.

Sophie se encogió de hombros.

La viejita diminuta —no mediría más de un metro cincuenta de estatura— se abrió paso entre nosotros y se agarró de mi brazo. Su determinación superó fácilmente el lánguido disgusto de mis anfitriones, mientras seguían luchando contra el bajón luego de la parranda de la noche anterior.

Tel Aviv, Israel, 1966. Su libro más reciente es *Too Lazy to Die* (Keter, 2021).

Dimos la vuelta en Friedbergstrasse. Siempre adormilada, la callecita berlinesa estaba llena de actividad aquella mañana. Hasta el Café Emilio se había vaciado y sus clientes habituales se mezclaban con la multitud que fluía hacia el parque. Un espíritu de buena voluntad reinaba sobre todos: la gente platicaba, bromeaba y se trataba con extrema amabilidad.

Amir prendió un churro.

La noche anterior, él y Sophie habían organizado una reunión íntima del fin del mundo para celebrar el último eclipse del milenio, que terminaría en ciento cuarenta y un días. El alcohol fluía como agua y el humo de la marihuana llenaba la noche. Yo había llegado de Tel Aviv días antes para pasar unas vacaciones cortas y, como me estaba quedando con mis amigos, los ayudé a preparar la fiesta.

Un número indecoroso de invitados llenaba el pequeño departamento. El último en llegar —un precioso rubio con barba de chivo, único descendiente, según me dijeron, de un banquero de Frankfurt— insistió en pontificar sobre el papel del socialismo en la era postsoviética antes de desnudarse y tumbarse con una sonrisa en mi colchón del cuarto del fondo.

A las siete de la mañana, cuando me levanté para orinar, noté que se había ido. Con la vista nublada, me arrastré hasta la cocina para prepararme un espresso doble. Tuve la oportunidad de recuperarme un poco e incluso logré afeitarme antes de que Sophie despertara.

Amir inhaló hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas antes de ofrecerme el churro.

—No, gracias.

—¿Por qué no le ofreces una calada a tu nueva amiga? —murmuró, mirando a la anciana por el rabillo del ojo.

—¡Oye, dijimos que nada de hebreo! —protestó Sophie.

Amir y yo nos habíamos conocido en el ejército. Él había servido como intendente en la misma base desolada donde yo estaba destinado. La piadosa kipá que llevaba en la cabeza confundía a los jóvenes oficiales ingenuos, quienes jamás imaginaron que un hombre de fe pudiera mostrar tal hastío e indiferencia hacia ellos y sus órdenes. Lo único que Amir consideraba sagrado era su siesta diaria de la tarde.

Después de ser honorablemente dados de baja, él se mudó rápidamente de la casa de sus padres y se deshizo de la kipá enseguida. Compartimos un departamento sórdido en el corazón de Tel Aviv, cerca de la playa, donde malgastamos nuestra juventud en películas de medianoche y aventuras sexuales, todas las cuales más tarde nos contábamos el uno al otro, hasta el más íntimo detalle, en las cafeterías de la ciudad.

Yo vagaba de aquí para allá hasta que me ofrecieron un puesto de editor en un periódico local. Amir comenzó a tomar clases de alemán y me convenció de acompañarlo. Un año después, en la primavera de 1994, fue aceptado en el departamento de psicología de la Universidad Libre de Berlín. Se demoró en sus estudios, utilizándolos principalmente como excusa para extender su visa una y otra vez. Sus ingresos, que dependían de trabajos temporales y de la modesta pensión de su padre, eran suficientes para una habitación amueblada en Kreuzberg y una vida de barata depravación.

Una noche de noviembre, en la inauguración de una expo, conoció a Sophie, una productora de radio ágil y alegre que se había mudado a Berlín desde un aburrido pueblo del norte. La noche era fría y su habitación estaba cerca. A la mañana siguiente, se dieron cuenta al mismo tiempo de que no podían soportar estar separados. Tres meses después, se mudaron juntos al ático de un antiguo y grandioso *altbau* en Charlottenburg.

—¿Sabes? —dijo la anciana—, este no es mi primer eclipse. Cuando era joven, al final de la guerra, hubo un gran eclipse, pero no tuve la oportunidad de verlo. Todo era tan complicado. Mi esposo estaba en el este, y yo estaba ocupada con los niños.

—Me encantaría saber qué estaba haciendo exactamente el esposo de esta vieja nazi en el este —murmuró Amir.

—¡Cállate! —exclamé asustado.

—¿Cuál es el problema? Ella no habla hebreo.

—No tenía ningún momento libre —continuó ella—. Todas nosotras, las mujeres, tuvimos que ayudar a limpiar los escombros. No quedó un solo edificio intacto en todo Berlín. Bueno, es una vieja historia... ¿Quién iba a pensar que tendría una segunda oportunidad?

El buen clima —un tardío verano europeo— fue eliminado por un cielo gris. El viento aullaba. Pasamos un pequeño prado arbolado. Cuanto más nos acercábamos a nuestro destino, más emocionada se

ponía la viejecita. Su cuerpo pesado, apoyado en mi brazo, tiraba de mí hacia el suelo.

De repente, el parque apareció ante nosotros, extendido en todo su esplendor. Un paseo bien cuidado conducía hacia el lago. En su centro, estanques artificiales en terrazas murmuraban, el agua fluyendo pacíficamente de uno a otro, derramándose en el lago bajo un puente ornamentado. Docenas de personas ya estaban sentadas en las anchas paredes de piedra que flanqueaban los estanques. Otros abarrotaban el césped.

Caminamos por el paseo hasta encontrar un espacio libre en la piedra y nos sentamos. Sophie y Amir se mantenían a cierta distancia de nosotros, dejándome a la anciana toda para mí. Junto a nosotros, un pequeño grupo se reunió alrededor de un par de cazadores de eclipses ya maduros de Estados Unidos, quienes entusiasmaban a su público narrando a voz en cuello historias de persecuciones pasadas del fenómeno natural. El hombre, un tipo gordo y enrojecido, se jactaba de haber conducido una vez mil kilómetros sólo para presenciar un eclipse. Alguien le preguntó qué pensaba de los eclipses lunares, pero la pregunta fue descartada de inmediato.

El cielo se oscureció. Pedazos de papel revoloteaban, las copas de los árboles susurraban. Sophie se recogió el cabello en una cola de caballo y repartió discos para proteger nuestros ojos de los rayos. Le ofrecí uno a la anciana.

—Gracias, pero estoy bien. Frau Rupke me compró un par de lentes especiales en Bahnhof Zoo —dijo ella, rebuscando en su resistente bolso. Se sumergió en una bolsa de celofán, de la que sacó un par de lentes de un solo uso desplegándolos cuidadosamente en su regazo, pulió los oscuros cristales con un trapo—. Mire. Sólo cuatro marcos alemanes. Es difícil de creer.

—Realmente es difícil de creer —murmuré—. Ojalá hubiera comprado un par para mí.

La anciana sonrió. —No todos tienen tanta suerte con sus vecinos. Frau Rupke siempre piensa en mí. Cada Navidad le compro un pastel de mazapán en Leysieffer.

—Qué bien.

La oscuridad descendió como en cámara rápida. Los pájaros enmudecieron y un frío extraño llenó el aire. Nos envolvimos en nuestras chaquetas. La charla fue reemplazada por un silencio tenso. Las personas

sentadas en el césped se levantaron y se acercaron más unas a otras. Algunos se tomaban de las manos. Otros se abrazaban. La expectativa mezclada con el asombro se extendía entre todos.

—Ahí viene —declaró Amir.

Mis ojos se desviaron por un momento: el jardín, los árboles, las casas distantes. El mundo se replegó en la sombra, perdiendo su palpabilidad familiar.

Sostuve el disco frente a mis ojos.

—¡Un momento! —gritó la anciana.

La silueta de la luna mordió el sol. Por un instante, agudo y aterrador, sentí que la enorme bola dorada que había estado saliendo y poniéndose toda mi vida nunca volvería a renacer. A partir de ahora, parecía, sólo habría un invierno eterno, que es la verdadera esencia del universo. Estaba allí, rodeado de completos extraños, apiñados, mirando hacia el cielo, atrapados en un horror primordial debajo de su elegante fachada urbana. Pensé en nuestros antepasados, ignorantes campesinos medievales o idólatras, plantados en lo alto de sus torres de Babel, mirando, impotentes e hipnotizados, mientras fuerzas monumentales dejaban sus marcas en la faz de los cielos, marcas misteriosas y lejanas, en las cuales esperaban en vano encontrar un significado para su mortalidad ineludible.

Miré a la anciana. Sus manos temblaban. Intentó ponerse su equipo de protección, pero sólo logró colgarlo en una diagonal grotesca sobre sus pesadas gafas.

Puse mi disco sobre el muro de piedra e intenté ayudarla.

—¡Señor! —me apartó la mano de un manotazo—. ¡¿Qué hace?!

Sophie me miró, conteniendo una sonrisa.

Amir cambió nuevamente al hebreo. —¿Podrías darte por vencido? ¿No ves que la mujer está completamente ciega y probablemente un poco zafada también?

La anciana giró la cabeza de un lado a otro en una búsqueda desesperada. Sus ojos parpadeaban como desde un abismo. —¿Dónde? ¿Dónde? —clamaba. Su boca se abría en un asombro retorcido. La pluma se erigía desafiante desde un lado de su sombrero.

—¡Ahora! —gritó Sophie—. ¡Un aura casi perfecta!

Me invadió un impulso persistente de ayudarla, incluso forzarla a mirar al sol. Esta vez, vería el eclipse, costara lo que costara. Todo dependía de ello. Agarré la nuca de la anciana y le incliné la cara hacia el sol, como si fuera un títere. No presté atención a su resistencia.

Justo en ese momento, antes de que tuviera la oportunidad de presenciar la maravilla, el sol comenzó a brillar de nuevo tan repentinamente como había desaparecido.

La multitud se regocijó. Algunas personas incluso aplaudieron. El grupo que estaba junto a nosotros descorchó una botella de champán con un estallido explosivo. Alguien cantó una melodía de broma. El gordo americano se apresuró a sacar su cuaderno para anotar algunos datos, resumiendo las estadísticas y parámetros del eclipse a sus oyentes curiosos, comparándolo con otros que había presenciado antes.

Nada de esto impresionó a la anciana, que finalmente había logrado ponerse sus gafas protectoras y ahora estaba sentada erguida, mirando al cielo, apretando con fuerza las asas de cuero oscuro de su bolso. —¿Ya comenzó? —gritó—. ¿Pueden ver algo?

Sophie y Amir me miraron, con vacilación.

—Lo siento, señora —dije—, ya terminó.

Sophie se inclinó y tocó suavemente el hombro de la mujer.

—¿Le gustaría un poco de agua?

No estaba segura de que la mujer la hubiera escuchado. Permaneció petrificada en su lugar durante uno o dos minutos más, luego se quitó las gafas protectoras, las dobló cuidadosamente y las puso de nuevo en la bolsa de celofán. La boca de su bolso se cerró con un clic decisivo. Se levantó, alisó su chaqueta y metió los extremos de su bufanda en su cuello. —Una pérdida de tiempo —murmuró—. Una completa pérdida de tiempo.

Sin decir una sola palabra de despedida, se dio la vuelta para irse.

La multitud comenzó a dispersarse. Amir encendió otro churro.

—Bueno —dijo—, ¿vamos al Emilio?

—Tengo ganas de un croissant —rumió Sophie.

—¡Entonces vámonos! ¿Qué estamos esperando?

Caminaron abrazados y riendo hacia Friedbergstrasse. Yo me quedé atrás, de mal humor. No tenía paciencia para soportar a Amir, que no paraba de hablar, relatando el eclipse hasta en el más mínimo detalle.

Al acercarnos al café, le pedí a Sophie las llaves y le dije que no estaba de humor para tomar café y que prefería esperarlos en el departamento. ✱

En medio del desastre

Stéphanie Filion

VERSIÓN DEL FRANCÉS DE QUEBEC DE SILVIA EUGENIA CASTILLERO

Luz de la tarde
sobre la nieve en la ventana
las gotas se adhieren al vaho
lejos las miradas de los hombres
nudos en la garganta
las mariposas que se posan
en los pliegues de mi cuello
todos esos aleteos
alrededor del acantilado
muertos en la desaparición
el collar en mi cuello
sigue muy vivo. ✱

AU MILIEU DU FOUILLIS

Lumière d'après-midi / sur la neige à la fenêtre / des gouttes s'accrochent à la buée / loin des regards des hommes / nœuds dans la gorge / des papillons qui se posent / dans les plis de mon col / tous ces battements d'aile / autour de la falaise / morts dans l'effacement / le collier à mon cou / est encore bien vivant.

Saint-Eustache, Canadá, 1975. Su libro más reciente es *Cœur mémoire* (Lézard Amoureux, 2023).



NO SIGNAL

Niños

Ileana Garma-Estrella

Sí, algunas personas sufren colapsos nerviosos, incluso fisiológicos, cuando hay situaciones muy tensas. Estos niños sufrieron un colapso, pero también los padres. Karen mantenía una fachada de calma cuando en realidad padecía depresión. Su vida se tambaleaba. Vino aquí buscando ayuda y cuando le pregunté si había platicado con su familia y le dije que lo mejor sería que todos se integraran a una terapia, dijo que eso no podía ser. Hablaba de que quizá fuera algo físico, que estaba preocupada y de mal humor porque tenía problemas intestinales. La canalicé con el gastroenterólogo y se le realizaron estudios de rutina. Todo salió bien, no había nada que me indicara que necesitara medicamentos, así que la dirigí con la psicóloga, pero creo que nunca asistió, ya no se presentó más.

Mauricio Vargas García, neurólogo

Mérida, Yucatán, 1985. Su libro más reciente es *Cómo vivir sola después de los cuarenta* (Ficticia Editorial, 2023).

Hola, bueno, yo soy amiga de Karen, la conocí durante la carrera. De verdad que hizo un enorme esfuerzo para ser dentista y su familia también. Nuestra carrera exige mucha entrega, muchos gastos. Después de la graduación también es difícil, porque si no tienes una especialidad, va a ser complicado que alguien te contrate. Karen consiguió una beca para hacer la especialidad en odontopediatría. Quería todavía hacer una subespecialidad en cirugía oral y maxilofacial, según recuerdo, entonces conoció a Rubén, creo que un amigo de la especialidad se lo presentó. Nuestro grupo de amigas había planeado ir a la playa y ella me llamó, dijo que iría acompañada. Yo no sabía nada de él. A mí me pareció serio, tranquilo y la consentía mucho, así que a todas nos cayó muy bien, pero le dijimos que se lo tomara con calma, que lo conociera más. A los tres meses ya estaban planeando su boda. Unas semanas después de terminar la especialidad repartió las invitaciones. Fui una de sus damas, por supuesto. Recuerdo su decisión de no llevar niños a la fiesta; era algo que estaba escrito en las invitaciones, no era raro porque otras amigas habían hecho lo mismo. No creo que tuviera ningún problema con los niños, mucho menos siendo odontopediatra.

Monserrat Rivero, mejor amiga de Karen

Yo atendía a su hijo pequeño, Rubén, y era un problema constante. A todas las maestras y madres de familia nos llamaba la atención porque cuando llegaban con él, el niño no quería entrar a la escuela y eso es normal, muy normal, pero Rubén agredía a su madre. Le pegaba frente a madres y maestras y muchas veces, por lo menos cuatro o cinco, fue el mismo director el que tuvo que intervenir. A mí me daba pena. No sé, yo pienso que ella es de carácter débil. Es una mujer de complexión delgada y siempre venía bien arreglada, con su uniforme de dentista, impecable, y ahí estaban sus dos hijos, gritándole todo el tiempo. El niño en mi clase era imposible. Lo reportamos y también tuvo sanciones, expulsiones temporales, varias veces. Hubo un incidente grave, a mi parecer; las madres se quejaron porque había amenazado a un grupo de niñas con convertirse en fiera, con morderlas si no le daban lo que les pedía. Al final tuvimos que solicitar atención neurológica especializada.

Rosalía Castro Peniche, maestra

La vi un día antes de que sucediera, ella vino a mi casa. Hemos estado algo alejadas, a veces pasaban meses enteros antes de que nos viéramos. Yo siempre admiré a mi hermana, ella ha conseguido todo lo que se ha propuesto, siempre la vi como alguien fuerte, organizada y cuidadora, segura de sí misma, sonriente. Vino a casa y estaba muy nerviosa, no era ella. Le serví una taza de café. Entonces me di cuenta de que sus manos temblaban, estaba pálida. ¿Estás bien?, le pregunté. Ella se quedó mirando la televisión que estaba apagada, así que yo también giré la cabeza, creo que miraba su reflejo, me preocupó. Me dijo que ese mañana ya había tomado mucho café y que por eso temblaba, por supuesto le creí porque ella siempre ha abusado del café, desde que era una muchacha. Entonces me dice, tengo miedo. ¿De qué?, le pregunto. Rubén es maravilloso, me dice. No la entendí. Mi cuñado trabaja como maestro, la verdad nunca ha aportado gran cosa y eso es algo que todos sabemos. Pensé que mi hermana tenía problemas económicos, nunca la había visto así, entonces me dice: los niños, estoy preocupada por los niños; después su teléfono sonó y ella se levantó apurada, me abrazó muy fuerte y salió.

Karla Chanona Escalante, hermana de Karen

Son un tormento chino, creo que se lo dije con esas palabras. Yo siempre he sido muy sincera con mis hijas. No tuve paciencia para esos niños. Si no hacen algo, les dije, no pienso volver a esta casa. Mi hija nunca tomó al toro por los cuernos. Mi yerno, ay, yo no lo sé, creo que él la volvió así. Karen siempre había sido muy intrépida, muy fuerte, pueden preguntarle a quien quieran. Tenía diez meses, diez meses cuando un día se paró en su cuna y me extendió los brazos como para que la abrazara, yo lo hice y ella empezó a revolverse en mis brazos, quería que la bajara, lo hice con mucho cuidado y ella me empujó y salió corriendo, salió de la habitación, sólo tenía diez meses y ya caminaba, corría. Karen siempre fue así. Pero mi yerno, bueno, es bastante pusilánime y creo que él tiene toda la culpa de esto. Es lo que pienso.

Carmen Escalante, madre de Karen

Yo respondí la llamada. Fue el maestro el que llamó, dijo que sus hijos estaban armados y que los estaban amenazando. No solemos tener ese tipo de llamadas. Yo tengo niños en casa, siempre están jugando a que tienen pistolas, a que matan al lobo; después de esa llamada no volví

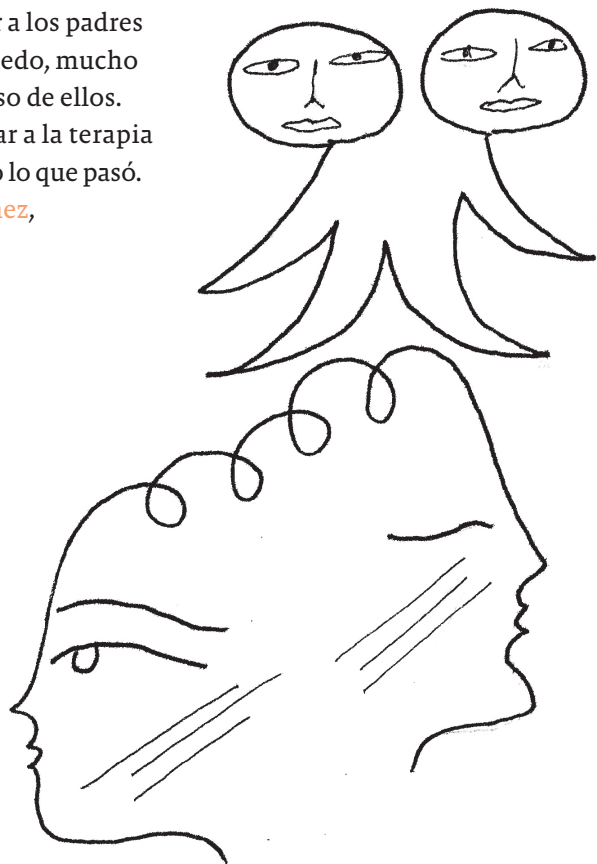
a permitir que jugarán así. De inmediato mandamos a una patrulla para ver lo que pasaba. Muchas de las llamadas que recibimos son de conflictos familiares de todo tipo. Llegamos al lugar. Como la vivienda se encuentra en una zona exclusiva, tuvimos que pasar primero por la caseta. No se escuchaba nada desde afuera pero ya había algunos vecinos en la puerta de la casa, dijeron que habían escuchado gritos y que después aquellas cosas habían salido corriendo. No pudieron describir bien lo que habían visto. Había mucha confusión. Entramos a la casa. El desastre era impresionante, habían desgarrado cortinas y muebles, hecho pedazos los electrodomésticos, la televisión, las computadoras, los espejos de toda la casa estaban rotos, así como muchas de las ventanas corredizas. Los padres presentaban rasguños y heridas superficiales, estaban al borde de una crisis y tuvimos que llamar una ambulancia para atenderlos. Mi opinión al respecto... pues, que voy a seguir teniendo llamadas de este tipo, tú sabes, lo muchachos de hoy están muy mal, de mal en peor, diría yo.

Rogelio Chan Saldívar, policía

No noté nada extraño en nuestra primera consulta. Se trataba de dos niños saludables que habían sido referidos a neuropediatría por malos comportamientos en la escuela, lo usual. Los padres estaban ahí y respondieron a las preguntas. Generalmente la primera cita al consultorio es exhaustiva porque se tiene que hablar de antecedentes y se tienen que especificar los comportamientos atípicos. Ellos no tenían antecedentes de familiares con esquizofrenia ni autismo. Creí que podía tratarse de un caso de TDAH, pero no suelo diagnosticar en la primera cita. Cuando tocamos el punto, ellos dijeron que sus hijos eran muy inteligentes, aprendían rápido y que eran capaces de concentrarse por largo tiempo y aprender cosas complicadas. Entonces mi enfoque cambió, porque cuando se trata de problemas conductuales, muchas veces estamos hablando de niños con grandes capacidades que se enfrentan a un mundo que no los comprende. Comencé a explicarles esto y la señora, Karen, empezó a llorar. Los niños suelen permanecer durante la primera parte de la consulta en el área de juegos, aquí al lado, y ahí estaban los dos, tranquilos. La madre dijo que siempre la llamaban torpe, tonta, cuatro ojos; que le pegaban, le tiraban del pelo, llegaban incluso a golpearla con los puños. Miré al padre, él dijo que la defendía, pero que también se iban contra él y los amenazaban constantemente con abandonarlos.

Programamos una terapia familiar. Aunque sea difícil de creer, no todos los padres logran establecer disciplina en sus hogares. El caso de ellos era un caso severo, porque no querían asumir el papel de «malos», que es el papel que muchos padres tienen que jugar a lo largo de la vida de sus hijos. Los padres de hoy tienen que lidiar con mucha información que circula en internet, información muchas veces errónea que confunde a los padres y puede causar daños irreparables en los niños. Lo importante es encontrar un equilibrio. Cada familia tiene que gestionar el suyo. Es todo un camino que ahora se le tiene que enseñar a los padres porque tienen miedo, mucho miedo, y era el caso de ellos. No pudieron llegar a la terapia familiar, por todo lo que pasó.

Juan Pablo Sánchez,
neuropediatra



Yo le daba clases a Rogelio, el más grande, en el aula de quinto grado. Me pidió permiso para ir al baño. Es algo que no puedes prohibirle a un niño, aunque antes ya había ido unas cuatro veces ese día. A ver, se trata de un niño complicado, pero un niño, a fin de cuentas. Le pregunté si estaba bien, si se sentía bien, si no necesitaba ver a la enfermera o ir a la dirección por alguna medicina. Me dijo que estaba bien, que quería ir al baño. A las maestras no nos engañan, no somos tontas, no, no, no. De pronto, comienzo a escuchar que los niños gritan. Rogelio había juntado los papeles sucios de todos los botes de basura y les había prendido fuego. Ese fue el último día que vino a clases, gracias a Dios.

Caterina Méndez, maestra

El periódico para el que yo trabajaba en ese momento, *La Realidad*, quería cubrir toda la noticia; era algo que intrigaba a la gente, había mucho morbo, por supuesto. Se les acusó de maltrato infantil. Me tocó entrevistar a Karen y a Rubén; estaban tras las rejas y había protestas afuera. La comunidad pedía la cabeza de la madre. Se trató, claramente, de un juicio en su contra. Muchas familias le echaban la culpa a ella de lo sucedido. La gente decía que eran malos padres, y que ella no había sabido educar a sus hijos, que se merecían todo lo que les estaba pasando, que debían de haberles quitado a sus hijos desde hacía mucho. La gente tenía la idea de que Karen se dedicaba a trabajar en lugar de cuidar a sus hijos, y eso no les gustó. Vivimos en una sociedad muy conservadora, machista, para ser precisa. El maestro quedó como una víctima de las circunstancias. Él cuidaba a los niños mientras la madre trabajaba. ¿Cómo ves? La gente creía que, si ellos eran castigados, también sería una nueva reivindicación para los padres. Llegaron muchas cartas, porque sabían que íbamos a entrevistarlos y había personas que no querían escuchar sus versiones. La gente ya había decidido que eran malos padres y punto, no habían sabido imponerse y muchos creían que, si eran declarados culpables y condenados, volvería a verse bien disciplinar a toda costa; los padres volverían a tener el control sobre los niños.

Verónica Camacho, periodista

La crianza positiva aboga por una maternidad y paternidad saludables, una manera horizontal de ser padres, en donde sean respetados los deseos e intereses de los niños. Yo estuve en casa de Karen, sí, después de las primeras semanas del nacimiento de su primer hijo. El bebé lloraba

mucho, todo el tiempo, y ella estaba confundida porque no sabía si se debía a su leche, si a lo mejor el niño no se llenaba. Entonces le pedí que me hablara del parto y lo entendí todo. Tuvo a su hijo por cesárea, y a su segundo hijo, igual; yo creo que esa es la raíz de todo el problema. Le dije que su hijo estaba recordando el trauma de su nacimiento, que no había pasado por las etapas naturales y era obvio que estuviera nervioso y angustiado; le dije que se calmara, que tratara de estar lo más tranquila posible, que practicara el porteo para mantenerse junto al bebé y que así se adaptarían, los dos, más rápido. Ya sabes, los recién nacidos no entienden que ya no están en el vientre de su madre, así que deben ser acunados en todo momento, las veinticuatro horas, para que el bebé logre entender que ahora está afuera, en los brazos de su madre o su padre. Si esto no se logra, puede ser traumático, y ahora vemos los resultados. No se han encontrado a esos niños, se especula, se dice, se han visto huellas y marcas. Para mí, esto es el resultado de un trauma.

Berenice Ávila, doula, especialista en maternaje

El reporte fue dado por varios vecinos. Escucharon ruidos en terrenos baldíos que colindaban con el monte, a las afueras de Mérida, en el fraccionamiento Las Américas. Eran varios reportes y el terreno por cubrir era bastante grande, hasta que unos perros despedazados en una calle del fraccionamiento nos dieron una pista. No sabíamos bien a qué nos íbamos a enfrentar o qué íbamos a encontrar, así que fuimos tres antimotines y una patrulla, con armas. Esos terrenos no tienen senderos, pueden estar llenos de basura y la vegetación, aunque de baja estatura, es espesa y la luz entra con dificultad. Sacamos los machetes y abrimos camino. Parecía que unos animales salvajes habían estado ahí; había ramas rotas, hojas caídas, pero lo que más nos impactó era la enorme cantidad de pequeños animalillos despedazados, no sólo pájaros, vimos a dos coatíes, una serpiente ratonera abierta a todo lo largo y una tortuga pequeña de monte, completamente despedazada. Entonces uno de mis compañeros que estaba detrás de mí nos advirtió, se tocó al oído, nos dimos cuenta: había mucho silencio, sin pájaros, sin insectos. Muchísimo silencio. Instintivamente giré la cabeza hacia arriba en busca de los pájaros, y los vi. Primero pensé que me confundían los rayos de sol que se colaban entre las ramas, pero no, ahí estaban, los dos. Tenían las bocas entreabiertas, como si hubieran estado corriendo, jadeaban y pudimos ver sus enormes colmillos; tenían las piernas macizas y algo

cortas, uno de ellos era más bien amarillo, el otro era más oscuro, casi rojizo, y tenían esas manchas moteadas en todo el cuerpo. Me quedé sin aliento, estaban frente a nosotros, trepados en un árbol delgado y muy alto, protegidos por una maraña de arbustos, estoy seguro de que iban a saltar sobre nosotros. Son ellos, dije en voz baja, son los niños. Ya todos estábamos preparados, con las armas levantadas y disparamos los tranquilizantes.

Gerardo Puc Salazar, policía

Tanto la fiscalía como el ministerio público y la sociedad quieren una respuesta. Hoy se celebra el juicio de uno de los casos que más ha estremecido a los habitantes del estado de Yucatán. Karen Chanona y Rubén López han sido acusados de convertir a sus hijos en fieras salvajes. Luego de sumar varias denuncias de la escuela, de vecinos e incluso de familiares, se libró una orden de aprensión en su contra. Las sanciones por Delito contra la Vida y la Integridad Corporal, expresados en los artículos trescientos treinta y cinco, trescientos treinta y seis y trescientos treinta y siete pueden llevar a la cárcel durante varios años a los involucrados. La opinión se ha dividido en los últimos meses: algunos testigos creen que la situación se les salió de las manos, que ellos siempre tuvieron buenas intenciones y que no pueden ser juzgados por eso, mientras que una enorme mayoría pide que sean juzgados con todo el peso de la ley, pues su actitud para con sus hijos fue negligente y terminó en un evento trágico. Aseguran que lo que vivieron los niños fue traumático.

Verónica Camacho, periodista

Ya hemos realizado todos los trámites para la atención de los niños y ha sido un éxito. Contamos, en la región de Tizimín, con un espacio privado para atender estos casos. Son más de cinco hectáreas, monitoreadas constantemente por biólogos, psicólogos, neuropediatras y especialistas en esta clase de trastornos del desarrollo. Los niños pasarán primero a un espacio cercado en el que se les proporcionará comida y cobijo, para después ocupar con libertad todo el espacio. Es una zona de readaptación, tenemos muchos casos semejantes. La gente cree que este caso es único, porque ha dado mucho de qué hablar, pero ocurre más seguido de lo que muchos creen y estamos preparados.

Guadalupe Palma, psicóloga de Tizivida

Culpables con derecho a fianza ha sido el resultado de este caso tan sonado. Tanto la odontopediatra, Karen Chanona, como el maestro Rubén López, salieron del juzgado esta mañana para dirigirse a casa bajo libertad condicional. Los acusados tendrán que pagar una fianza de trescientos cincuenta mil pesos y deberán someterse a terapia para recuperar la custodia de sus hijos. La opinión pública no está de acuerdo con el resultado y creen que la jueza fue muy considerada en su resolución.

Claudia Vega Barreto, periodista

Hoy visitamos a los niños López en el centro de readaptación comunitaria Tizivida. El lugar invita a las familias a dar paseos en lanchas, atravesar los lagos artificiales con su fauna silvestre; tortugas, gansos y hasta flamencos vienen a pasar aquí una temporada antes de seguir su camino a las playas. Se invita a los visitantes a convivir con los pequeños que viven aquí. Los nuevos residentes, Rubén y Rogelio, llegaron hace seis meses. Su espacio se encuentra algo retirado del resto de los residentes porque han tenido algunas complicaciones para adaptarse. Por recomendación de los especialistas, fueron llevados a un área reservada con seguridad más apropiada para ellos, pues en varias ocasiones intentaron escapar del refugio. Nos informan que llevan semanas en calma y que se están adaptando muy bien; en breve podrán convivir con los otros residentes. Ya estamos aquí, pueden verlos, se encuentran bebiendo agua, parecen más grandes, eso indica que están muy bien atendidos aquí. A ver, vamos a acercarnos; a simple vista parecieran amenazadores, pero no hay que olvidar que son niños, niños que necesitan atención y cuidados específicos. Vamos a entrar al túnel de servicio para intentar alimentarlos, a ver si se acercan a nosotros; me han informado que disfrutaban mucho de las tortugas. Ahí están, se acercan. Vengan amiguitos, ahí tienen, una rica tortuga. Voy a darles un poco más, vengan, tomen, acérquense un poco para que podamos verlos. Aquí los tienen, los pequeños Rogelio y Rubén López, dos tranquilos niños, adaptándose.

VERÓNICA CAMACHO, periodista ✦

CASCARÓN DE HUEVO

Se tiende la cama aplanando la más minúscula arruga hasta dejarla de un modo que dé la impresión de que nunca se durmió en ella.

Se rompe el huevo para el desayuno

con tal cuidado que el cascarón parece aún completo al momento de botarlo al cesto de basura.

Se pone a hervir la leche con toda la atención necesaria para que no se derrame.

Mantenemos el volumen de la radio lo más bajo posible, lo necesario sólo para lograr escuchar de vez en cuando un «hace buen clima» o «se espera un viento ligero por la tarde».

Tomamos el café con sólo media cucharada de azúcar.

Se vuelve de la escuela con los cuadernos intactos.

Se peina al perro quince minutos, siempre teniendo cuidado de no lastimarlo.

Las llamadas de teléfono nunca duran más de lo necesario.

Nunca hay visitas.

Se pone a descongelar el pescado tres horas antes de la comida.

Se pone el mínimo de aceite en el sartén.

Nunca se habla mientras se come. Cuando se termina, los platos parecen que nunca fueron ensuciados.

Se ve un poco de tele. Por lo general, a todos nos gustan los mismos programas de concursos. Una vez mamá rio de más y le dio un ataque de tos. Papá siempre se queda dormido.

Antes de irnos a la cama preparamos nuestras cosas

[para el día siguiente,

sólo se deja una luz prendida —la de la sala.

Se tienen sueños en los que hay una casa en llamas pero dentro nunca hay nadie.

Ciudad de México, 1985. Su último libro, *Estrellas mentales*, obtuvo el Premio Iberoamericano de Poesía Minerva Margarita Villareal 2023.

LO NECESARIO PARA VIVIR

En todo parque siempre vive un loco.
 De suerte que encontrar un loco en tu camino
 significa que hay un parque cerca.
 Y por consiguiente, que hay árboles y animales pequeños cerca.
 Y por consiguiente, que cerca hay suficiente agua y alimento
 para que pueda sobrevivir un árbol o cualquier animal pequeño.
 En el fondo, encontrar un loco en tu camino
 indica que muy cerca hay lo necesario e indispensable para vivir.

EL HOMBRE CIEGO QUE DABA DE COMER A LAS PALOMAS

El parque está lleno de palomas.
 Yo sé cuál de todas ellas está herida.
 Cuál ha sido atacada en algún momento
 por algún animal más grande.
 Cuál ha sido apedreada por algún niño.
 Cuál tiene algo roto. Y por lo mismo,
 cuál morirá en los próximos días.
 Yo sé todo eso.
 Aunque la paloma esté rodeada de muchas otras
 o no esté a la vista, escondida
 detrás de una rama con hojas, yo sé cuál es.
 Es más, puedo cerrar los ojos y señalar con el dedo la dirección
 en la que se encuentra. Nunca me equivoco.
 Siempre hay una paloma herida no muy lejos.
 Donde quiera que yo esté, siempre hay cerca
 una paloma a punto de morir.

PICOTAZOS

Perseguir una gallina es buscar la respuesta.
 ¿A qué pregunta?
 Nunca lo sabremos.
 Puede pasar que cuando alcancemos a la gallina esta nos picotee.
 Porque eso es lo que ganamos cuando hacemos preguntas.
 Picotazos.
 Y es posible que gracias a los picotazos,
 sangre. Mucha sangre.
 Esa siempre es la verdadera respuesta. ✖

Aprehender el instante

La poética de la modernidad
y la moda

José Homero

Tan temprano como 1824, Giacomo Leopardi hermanó a la moda con la muerte —tan antitéticas en apariencia como la pareja de la muerte y la doncella, motivo de la iconografía renacentista, no casualmente vinculada con la poesía de Petrarca, al que se alude en la sátira del autor del *Zibaldone*— al reconocerlas hijas de la caducidad. La agudeza de la observación es advertir como vínculo la renovación, para la cual es necesaria la condición precedera. Mientras que la muerte se ocupa del organismo, la moda atiende lo que Foucault llamaría «el cuidado de sí», el cuerpo vivo.

Digo que nuestra naturaleza y usos comunes son los de renovar continuamente el mundo; pero tú, desde un principio, te arrojaste a las personas y a la sangre; yo me conformo a lo sumo con las barbas, los cabellos, los vestidos, los muebles, los palacios y cosas semejantes. (Leopardi)¹

¹ Dicho diálogo, una de las *Operette morali*, fue compuesto en Recanati entre el 15 y el 18 de febrero de 1824, según dato de la Wikipedia: «Analisi delle Operette morali». Consultado en línea: it.wikipedia.org/wiki/Analisi_delle_Operette_morali. (Fecha de consulta: 2 de noviembre de 2023).

Minatitlán, Veracruz, 1965. Su libro más reciente es *Función de Mandelbrot* (Fondo Editorial de la Universidad Autónoma de Querétaro, 2021).

Esta dualidad anula la eternidad: la muerte finiquita la vida y con ello otorga la índole mortal inherente al hombre; la moda, en cambio, actúa en el tiempo y se ejerce en la historia, con lo cual imposibilita un criterio inmutable. De primera impresión, la fórmula de Leopardi podría parecer una mera intuición, cuando no una identificación grosera; su mérito, sin embargo, es percibir en la moda un elemento que desvaloriza hasta la condición que la sustenta. Siendo la manifestación más nítida del presente es también su negación, pues el movimiento implica su destrucción. Si la muerte niega al ser humano la inmortalidad, la duración temporal, la moda, al establecer una caducidad a las costumbres y valores, estipula el simbolismo social y derruye el carácter único pues se proyecta en el ciclo: a toda moda seguirá otra, los valores actuales caducarán para permitir la emergencia de sus relevos. Con tal mutación, el mismo tiempo se precariza pues pierde esa singularidad que le atribuyó el cristianismo y retomó Hegel en su concepto de historia. Más aún, la moda posee un poder superior al de la muerte ya que, mientras esta sólo delimita la vida sin afectar con los ideales, aquella, por el contrario, debido a su fluctuabilidad inherente, corroe esa ambición de inmortalidad simbólica, consuelo de los hombres, cortos de días y hartos de sinsabores. Casi diríamos, citando a Deleuze, devenido carrolliano, que la moda oscila entre el pasado y el porvenir, pero siempre esquivando el presente. ¿O deberíamos decir «la presencia»? La muerte destruye la carne, la corporeidad; la moda arruina ese trasunto de inmortalidad cuya metonimia dilecta es el mármol.

MODA: Finalmente, como muchos se alaban de querer ser inmortales, es decir, de no morir enteramente, porque una buena parte de ellos no caería bajo tus manos, yo, aunque supiera que esto eran bromas, y que cuando ellos u otros perdurasen en la memoria de los hombres, vivían, como se suele decir, de burla, y no gozaban de su fama hasta llegar a padecer la humedad de la sepultura. De todos los modos, comprendiendo que este negocio de los inmortales te ofendía, porque parecía que te menguaba el honor y la reputación, he suprimido la costumbre de buscar la inmortalidad, y también de concederla; incluso en el caso de que alguno la mereciese. De tal manera que en el presente, cualquiera que muere, está seguro de que no queda de él ni una migaja que no esté muerta, y que le conviene irse enseguida completamente bajo tierra, como un pececito que se traga de un bocado con cabeza y espinas. (Leopardi: 18)

Por esta potencia que afecta toda aspiración a la inmortalidad, incluyendo el mundo de los más altos ideales, es que la moda se asume como más poderosa que la muerte. Si expandiéramos nuestra percepción, atisbaríamos que su corrosión no afecta únicamente la temporalidad sino a los cimientos de la metafísica: los valores eternos e inmutables. La esencia de la moda, por el contrario, y por ende de la sociedad moderna, será la caducidad, la conversión, diría Nietzsche, de los valores en valores de cambio. Leopardi avizó, así, el nihilismo.

Casi cuarenta años después, Charles Baudelaire partiría de la moda y la fugacidad para reflexionar sobre los valores. En este caso, uno en específico: lo bello. En «El pintor de la vida moderna», un ensayo genésico para la configuración de la modernidad, propone una estética del presente, de valores circunstanciales en oposición al clasicismo. Así, el introito, que pareciera peregrino respecto a su exposición, asienta que el arte no son únicamente «los poetas y artistas clásicos», de igual modo los artistas menores y los contemporáneos poseen relevancia porque frente a la «belleza general» transmiten «la belleza en particular, esa belleza circunstancial y con unos determinados rasgos costumbristas». Las décadas transcurridas entre la crítica de uno y el ensayo de otro se aprecian en el cambio de juicio. La actitud apocalíptica de Leopardi contrasta con la de Baudelaire, quien saluda la emergencia de una nueva estética que desplaza el canon inmutable y el ideal absoluto. Su disquisición es, por una parte, un elogio a esa «esencial cualidad de presente» y, por la otra, la intuición de una vigencia que no depende de un modelo fijo sino mutable; los valores del arte dependerán de la manera en que el artista destile esas cualidades fugitivas y perecederas para convertirlas en creaciones memorables. Fantasmagorías: aprehender el espíritu del instante y plasmarlo para que perdure, «extraer lo eterno de lo transitorio».

Una vez que ha asentado que existen dos tipos de belleza, una sustenta en los valores absolutos y eternos —nótese que duda en considerar al sujeto de su reflexión enteramente «artista», ya que este es un epíteto que se aplica «al pintor de las cosas eternas —o al menos más duraderas—, de las cosas heroicas o de las cosas religiosas», y otra atenta a la fugacidad del ahora, a las manifestaciones actuales, a la circunstancia. Para circunscribir su noción de este artista «de la vida moderna» —un asedio que semeja un recorrido por esos pasajes y galerías que asombraron a su época—, invoca a su espectro familiar, Edgar Allan Poe, bien es cierto que sin nombrarlo. «El hombre de la multitud», otro texto que ha propiciado

un vasto linaje especulativo, se cita como pauta para apreciar no únicamente el arte sino la vida. Diríamos entonces que el catador de la vida moderna es un personaje interesado por la vibrante actualidad, por las costumbres, los tipos, la experiencia urbana... *Flâneur* antes que parroquiano —un asiduo de cafés—, Baudelaire considera al artista como muy limitado, con una conversación constreñida a unos pocos temas y a las cuadras de su barrio —¡el artista parisino como un pueblerino!—, ya que no le interesa «el mundo moral y político». Una actitud del todo opuesta a la del sujeto moderno a quien fascinan precisamente esos orbes —moral y política—; aspectos que habitualmente los artistas, conforme a la noción clásica pero también a la doctrina del artempurismo —destinataria probablemente de estas puyas—, han desdeñado en aras de la trascendencia. Por ello insistirá en que no debe odiarse ni eliminar lo transitorio so riesgo de caer en el vacío de la «belleza abstracta e indefinible».

Estas observaciones efectuadas al socaire, con el ritmo de un paseante, configuran una poética y, por extensión, una estética radicalmente distintas a las implícitas en la sátira de Leopardi. Mientras este lamentaba que la moda corroyera la inmarcesibilidad de la obra de creación —esos mármoles tan adecuados para «los objetos heroicos o religiosos» que distinguen la actividad estética en la fórmula baudelaيرية—, este, por el contrario, celebra la moda por ser una genuina expresión del presente. No nos confundamos, su postura no implica un desplazamiento hacia el extremo opuesto, sino que resuelve el enigma del fenómeno estético; en su composición se entreveran dos elementos: uno eterno y otro circunstancial.

Lo bello está constituido por un elemento eterno, invariable, cuya cantidad es excesivamente difícil de determinar, pero también por un elemento relativo y circunstancial, que será, alternativamente o en conjunto, la época, la moda, la moral, la pasión. (Baudelaire: 81)

Es esta dualidad la que me interesa destacar. Para el poeta de *Las flores del mal*, lo bello ha dejado de arraigar en el horizonte de la eternidad, permitiendo, en cambio, la entrada del presente y la actualidad. Dentro de ese concepto ambiguo se cuelan la moral, la política, la vida en la ciudad con su condición efímera y caótica, aspectos que la tradición había soslayado. Es la misma tesis que encontraremos en su conocido poema sobre el albatros y en uno de los *Pequeños poemas en prosa*, donde

el personaje, un poeta que extravió su aureola en el tránsito callejero, se refocila en un lupanar sin darle importancia a tal pérdida. Yves Bonnefoy señaló que la cabal traducción de Poe se da en la propia escritura de Baudelaire más que en sus versiones específicas del norteamericano. De igual modo, podríamos decir que «El pintor de la vida moderna» es una poética, no de la pintura, sino del propio poeta. Por ello, en «La pérdida de la aureola» reconocemos el tema del creador inmerso en la muchedumbre, ajeno y sobre todo renuente a ponderar su profesión como sagrada y trascendente. Ese extravió significa que el poeta lírico no será más un vate, una suerte de profeta que se arroga un lugar de privilegio, sino un hombre común:

De algo sirvió mi desgracia. Ahora puedo pasear de incógnito, cometer bajas acciones, y entregarme a la crápula, como los simples mortales. ¡Y heme aquí, en todo semejante a usted, como puede ver!²

Diríase que, para él, la verdadera o única belleza surge de ese componente por excelencia de lo transitorio que es «la novedad». Recapitulo: se ha querido ver en este ensayo una defensa de lo nuevo identificándolo exclusivamente con esta «novedad», sin embargo, como el mismo autor dilucida, su concepto está más asociado al encanto, aquello que maravilla, que despierta interés, por lo que dichos elementos, más que «nuevos» serían «novedosos», como lo son para nosotros los paisajes, atuendos y costumbres que desconocemos, y, para el niño, sus primeras experiencias; en suma, a aquello que no nos es familiar. La «novedad» no es intrínseca a la moda, pero la moda sí se construye sobre la novedad, de ahí que Baudelaire relacione al artista moderno con un convaleciente o un niño, a quien siempre le interesan las cosas «aun las más triviales en apariencia». La convalecencia «es un retorno hacia la infancia». Nos instruye, adelantándose a Nietzsche, quien veía en el hombre un devenir niño como condición y preámbulo para la superación del humanismo y sus valores metafísicos.

De esta manera, comprendemos que este viajero de la multitud, este asiduo al movimiento, un ciudadano de los tiempos modernos —¿no fue

2 Et puis, me suis-je dit, à quelque chose malheur est bon. Je puis maintenant me promener incognito, faire des actions basses, et me livrer à la crapule, comme les simples mortels. Et me voici, tout semblable à vous, comme vous voyez!

«Perte d'auréole»,
Charles Baudelaire,
Œuvres complètes, t. IV,
Paris: A. Lemerre, 1889.
p. 127. (La versión es mía).

Benjamin quien observó que la moda proporciona a la mujer la satisfacción de «ser contemporánea de todo el mundo»?—, no persigue únicamente el «placer fugaz de la circunstancia», sino algo más que Baudelaire definirá como «modernidad»: la destilación de «lo eterno de lo transitorio» y de encontrar la poesía en la historia.

buscando ese algo al que se nos permitirá llamemos la modernidad, pues lo cierto es que no encontramos una palabra para expresar la idea en cuestión. Para él, se tratará sobre todo, de arrancar a la moda su posible contenido poético dentro de lo histórico, de extraer lo eterno de lo transitorio [...]

La modernidad es lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente, la mitad del arte, cuya otra mitad es lo eterno y lo inmutable. (Baudelaire: 91)

Habría que reconocer en esa ambición una empresa fantasmagórica que, para Baudelaire, resultará inherente a la fragua estética y para Benjamin, quien la retoma de los escritos del poeta, a la modernidad capitalista: el carácter precipitado y vertiginoso a la vez, que en adelante distinguirá la creación plástica, se debe la necesidad de aprehender, de plasmar, esa condición fugitiva. Únicamente a través del registro de ese palpito es válido que una obra aspire a la preservación, a la «antigüedad», en sus palabras. Reconocemos entonces la simbiosis operada: el elemento transitorio se convierte en «preservable» mediante el arte, el artista es una especie de taumaturgo que conserva el espíritu del tiempo, como si se tratara de una operación alquímica en la que el plomo de la cotidianidad se transmuta en el oro de la tradición.

La tesis de Baudelaire nos permitirá acercarnos a la poética de la modernidad. No se trata únicamente de recusar los valores antiguos, como en la querrela de los Antiguos y los Modernos, ni una escaramuza más del combate entre los románticos y los clasicistas, sino de una nueva formulación, pues lo bello no elige entre uno y otro extremo, sino que los comprende en una unidad contradictoria, paradójica que es el germen de la modernidad: en toda obra de arte hay un elemento eterno y uno circunstancial. ¿No es esta finalmente la fórmula que enuncia Ezra Pound con su influyente pensamiento, «La tradición es algo bello que conservamos» y su mandato «Hazlo nuevo», en un sentido que también incluye «rehacer»?

Cabría reflexionar sobre esos breves apotegmas, sustento de la poética del imaginismo, que dirigieron la búsqueda de Pound y que

permearon la reflexión de T. S. Eliot hasta acrisolar la poética del *modernism*. Para Pound, no hay valores inmutables, una tradición fija —que nos ligaría al pasado, nos constreñiría, de acuerdo a sus términos—, sino que cada generación propone —o descubre— los suyos. Como Baudelaire, sabe que el arte está condicionado por la época y por ello el poeta necesita adecuar su trabajo al presente. En la concepción de Pound, sin embargo, el eje no se encuentra en la novedad sino en la renovación formal, por lo cual proclama un retorno a los orígenes; la actualización del acto primordial, una creación sin preceptos que enfrenta al creador al reto de la forma. Con base en ello, el poeta crea como sus maestros, pero no los imita ni en sus temas ni en sus estilos, sino que a través de la experiencia —en este caso de la lectura—, comprende su aporte y descubre lo propio de su legado, que es la transformación.

Determinante en la formulación de esta poética será la noción de que todos los componentes abstractos se expresan mediante una forma primaria, la cual es inherente al arte que la trasmite. Así, la música se basa en el sonido; la literatura, en la construcción con palabras; la poesía, en la imagen y la pintura, en la forma y la disposición cromática, entre otros. Esta declaración, tomada de una publicación en *BLAST*, efímera revista de vanguardia que presentó al vorticismismo, coincide con los principios del imaginismo. Al igual que Baudelaire, Pound comprendió que la modernidad no se fincaba en el rechazo de los valores precedentes —como preconizaban el futurismo y Dadá—, sino de la idea de una manera única de encarar el problema, una postura academicista. Al considerar que el fundamento estético es intrínseco a la materia de cada arte, apuntó hacia la forma y a la renovación como los fundamentos de la actitud moderna. Cabe recordar que en su ensayo «En cuanto al imaginismo», señaló a la emoción como principio fundamental para la forma:

la emoción es una organizadora de la forma, no sólo de las formas y los colores visibles, sino también de las formas auditivas [...] La poesía es una composición o una «organización» de palabras acompañada de «música». (Pound, 2001: 59)

Dos conceptos más en intrínseca relación con nuestro tema. En *El ABC de la lectura*, Pound, quien despreciaba el conocimiento abstracto y desvinculado de la experiencia —nótese la afinidad con el *flâneur*

Baudelaire— definió que una obra clásica era una obra siempre fresca. Es decir, la vigencia de esta reside en su cualidad vital, en su palpito, no en el sometimiento a un conjunto de reglas ni en su instauración canónica

Un clásico es un clásico no porque se amolde a ciertas reglas estructurales, ni tampoco porque cumpla determinadas condiciones (cuyo autor es harto probable que jamás haya tenido noticia de ellas). Es un clásico en razón de una cierta frescura eterna e irreprimible. (Pound, 2000: 21)

Tradición que no implica secuencia sino sincronía; el diálogo entre tradición y modernidad; el encuentro de la modernidad en la tradición, cómo un clásico suele devenir un espejo, un venero que nos devuelve a las aguas lustrales a la vez que se transforma en modelo. El arte como trans/formación: una forma que atraviesa por el río del tiempo, se baña en él y aunque muda, permanece. De ahí que también sea una suerte de homenaje a la forma de lectura que instauró Pound: concebir el arte nuevo de escribir poemas no como un rechazo ni una iconoclastia sino como el aprendizaje de los logros del pasado para comprenderlos dentro de la circulación del presente. He ahí el secreto de por qué todo poema resguarda las voces del pasado y contiene las del devenir. ✖

BIBLIOGRAFÍA

- Charles Baudelaire, «El pintor de la vida moderna», en *El dandismo*, A.A. V.V. Joan Giner (trad.) (Anagrama, 1974).
- Giacomo Leopardi, *Diálogo de la moda y de la muerte*. Antonio Colinas (trad.) (Taurus, 2013).
- Ezra Pound, *El ABC de la lectura*. Miguel Martínez Lage (trad.) (Fuentetaja. Talleres de Escritura Creativa, 2000).
- Ezra Pound, *El artista serio y otros ensayos literarios*. Federico Patán (sel., pról. y trad.) (UNAM, 2001).

En las pestañas del tiempo

Rogelio Pineda Rojas

Por años he querido olvidarme de Yésica o he intentado enamorarme de otras muchachas con tal de alejarme de su nombre, sin que ambas cosas hayan sido surtido efecto hasta el día de hoy, cuando a pesar de los años ella continúa ruborizando mi piel y pone a girar mi cabeza con los recuerdos de sus blusas tejidas o de sus pantalones de mezclilla que tan bien se embarraban a sus caderas.

Asimismo tengo presente su sonrisa y los frenos con los que muchas veces me lastimó los labios, debido a lo cual me iba a la cama saboreándome mi propia sangre, con la esperanza de que permaneciera ahí la mitología de sus besos.

Decir que la amé no significa nada. Más bien representó para mí el deslizamiento, como una marqueta de hielo en pendiente, hacia un territorio que nunca debí hollar con las plantas de los pies, pero donde terminé por erigir, no obstante, una comarca.

Ciudad de México, 1980. Su libro más reciente es *Permite que tus huesos se curen a la luz* (Horson, 2017). Este capítulo forma parte de una novela inédita titulada *Reposan mis ojos en un vaso de formol*.

Nos conocimos en quinto año de preparatoria. Me había cambiado al turno de la mañana después de estudiar el año previo en la tarde. Por esa razón aterrillé en ese mundo de adolescentes con mochilas nuevas y calzado del número apropiado, a diferencia del mío, muñeco de alambre patón, pues por esa época debía adquirir mis tenis de marca en pacas, donde los que me quedaban un par de números más grandes tenían hasta setenta por ciento de descuento.

Un 14 de febrero caminé afuera del salón de clases, evitando chocar las punteras de mis remos con los eternamente desprendidos trozos de linóleo en el piso de la escuela. En esa fecha los muchachos acostumbraban regalarse chocolates con forma de corazón o prender al pecho del amado (o prospecto) un papel de China carmesí recortado también como corazón. Debido a que yo era nuevo en el turno y en el aula, me sorprendió que Yésica me hablara, porque no recuerdo ninguna interacción precedente.

Se acercó con la sonrisa espléndida de los frenos. Un polvito dorado de aquel día en mi memoria reposa en los vellos de su piel, en el contorno de sus mejillas. Tenía ojos grandes, mas no puedo, ahora que aprieto los párpados debido al ardor, describirlos con un rasgo especial. Si algo los caracterizaba era la pulcritud, una transparencia infinita. Mmm, momento, recuerdo un rasgo específico. Sus pestañas eran largas y estaban separadas curiosamente, como si acabara de humedecerse el rostro con agua en la que pétalos de rosa y rodajas de pepino se hubieran serenado por la noche. Así era su mirada fresca. La vi aproximarse. Antes de llegar a mí, inclinó la cabeza, como se observa con cariño a un ratón en su jaula, y a continuación bajó la vista, chiveada; no quería incomodarme o algo por el estilo.

—Oye, eres muy enojón, ¿no? —Escucho su voz. Llegan hasta mis oídos a través del tiempo sus palabras; estas cinco palabras brotan como manantial desde mi memoria, escurren por mis oídos y se deslizan a lo largo del cuello, enchinándome la piel.

—No lo creo. ¿Por? —respondí, sorprendido por su pregunta.

Con las yemas de los dedos jugueteó un corazón de papel de China y con un pedazo de diúrex lo fijó a mi pecho.

—Es que hablas muy golpeado.

—No lo había notado.

—A veces te oigo desde el otro lado del salón y pienso que te pasa algo, como si pidieras ayuda.

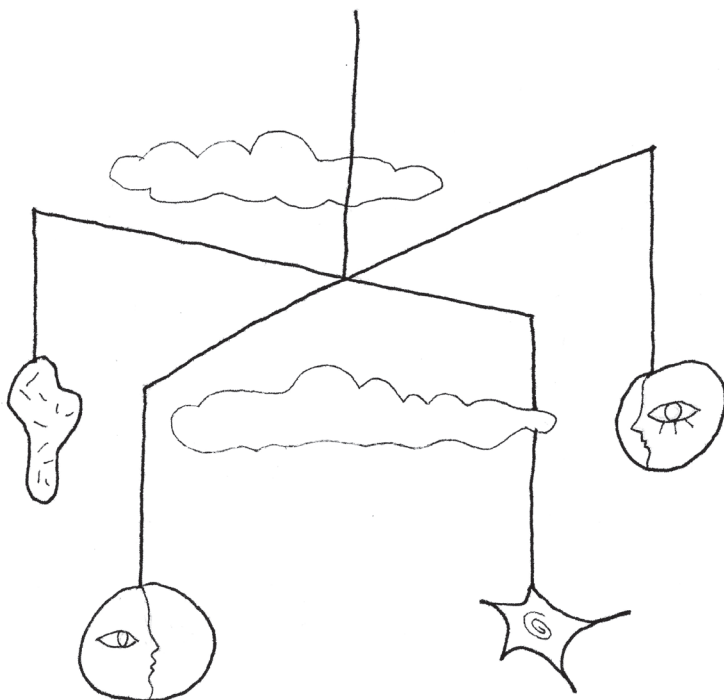
El corazón terminó por despegarse y estuvo a punto de caer al piso si no lo sujeto con los dedos. Yésica sacó de su mochila un cartón con seguritos. Los miró dudando si no sería demasiado remache para tan escaso papel y los guardó de nuevo. Así era ella, precisa, quería un mundo exacto, ni ínfimo ni sobrado.

—No hables tan fuerte; me alejas.

Posiblemente dijo cualquier otra frase. Quizá sólo se despidió. Es triste mi incapacidad para recordar con mayor detalle ese momento a su lado. Es tan impotente la memoria y mi discurso tan mediocre, para evocarlo con cercanía, que por ese solo hecho merecería quedarme ciego. Así, en la oscuridad de mis pupilas, ensayaría todo lo concierne a Yésica; ejercería la oratoria hasta alentar una imagen nítida o proyectar un holograma tridimensional suyo a partir de mis globos oculares de ascuas.

Me quedé parado bajo la sombra que el muro del salón tumbaba sobre mí, con el corazón de papel a punto de deshacerse debido a la sudoración de mi mano.

Tiempo después coincidimos a las afueras de la escuela. Recuerdo el sol y que por encima de la reja de la preparatoria colgaba una buganvilia



en flor. Los amigos acordamos ir a La Feria de Chapultepec. En aquel tiempo la entrada era dos por uno u ofrecía cincuenta por ciento de descuento si presentabas en taquilla un envase de refresco. Por eso pude acompañarlos: de otra manera, debido a aquella juventud (iba a decir: *jumentud*) de carencias, jamás hubiera coincidido con Yésica en aquella escapada.

Cuando subimos al ratón loco, pasó el momento más sexi que jamás haya compartido con alguna muchacha. Debido a que ella fue la primera, este recuerdo superará en adelante a cualquier otro semejante: las primeras experiencias se vuelven con los años una cosmogonía personal. El asiento del carrito era para dos viajeros, sin embargo, debían acoplarse uno sentado casi en el regazo del otro. Tal acomodo era extraño y excitante a la vez. Ingenuo y tonto como era por aquel tiempo, le dije a Yésica que se sentara primero y yo en sus piernas.

—No seas menso: vas a aplastarme. Mejor me siento sobre ti; no peso, te lo juro.

El rubor me acarició el rostro y, después de cosquillear la piel y los músculos faciales, esculpió en mis labios una sonrisa boba y cerril. Tomé mi sitio y a continuación ella se acopló a mi entrepierna. Sus pompas (censuro la palabra *nalgas*, tal vez por dotarme de un pudor que no poseía en aquel entonces, pero que me gusta suponer), redondas y duras, de jugadora de voleibol, debido a que era seleccionada del equipo de la prepa, quedaron frente a mis ojos y después se empollaron en mi regazo. Estuve a punto de morderme la mano por la ansiedad de una posible erección que ella sintiera. Incluso pasó, aunque no la sintió o, si así fue, no le dio importancia.

El juego se puso en marcha. Recuerdo el calor de su espalda en mi pecho. El tejido de la blusa en cuyos hombros apoyé las manos. Su sonrisa que yo observaba desde atrás a centímetros de la mía. El movimiento de toda ella al reírse cuando el vehículo, un cohete de fibra de vidrio, se propulsó de tal manera que nuestro alrededor se convirtió en una mancha de colores y rostros, rostros y colores; la emoción se nos salió del cuerpo en aquel centrifugado y voló por los aires y salpicó dulcemente a los muchachos junto al juego, quienes, tras sorber el vaso de refresco o deshacer con la lengua un pedazo de algodón de azúcar, se voltearon a ver y se besaron, mientras Yésica y yo girábamos por las nubes.

Pasaron los meses y nos ennoviamos. Una tarde de vacaciones de Semana Santa fuimos a caminar por Ciudad Universitaria. Escalamos y descendimos sobre las minúsculas colinas entre uno y otro edificio. Tras escoger una banca libre de polvo, llegamos a un sitio donde el atardecer se desintegraba a lo lejos en jirones púrpura. Mmm, mejor dicho lavanda. Y las panzas de las nubes resplandecían, como si hubieran devorado focos encendidos. Yésica sacó de la mochila su walkman y me compartió un audífono. Metió en la casetera *El nervio del volcán* de Caifanes y lo escuchamos hasta que de pronto se levantó de la banca y me dijo:

—¿Te han besado los ojos?

—¿Cómo es eso?

Nos separamos para que se lamiera la boca y, después de que me detuviera la cabeza con las manos, repasó la punta de su lengua caliente por mis párpados.

No podría mencionar aquí qué sentí en aquel momento. Me rindo, no sirvo para nada, Santiago. Si tienes otra idea, te autorizo a que corrijas cuanto gustes de esta grabación. Lo que sí puedo decir es que su manera de besar me pareció mucho más profunda a que si hubiera escarbado mi garganta con la lengua, en un beso francés (¿todavía le dicen así?) Ella palpó algo íntimo que nunca nadie había descubierto o, mejor dicho, que nunca nadie me había ayudado a descubrir. Encontró un punto placentero al usar mis globos oculares de manera distinta a lo obvio.

Ahora que chillo desde hace minutos con la esperanza de aplacar el ardor en las conjuntivas y enceguecer el sufrimiento, puedo decir que la punta del hilo de mi destino es este momento en el que Yésica retira la lengua de mi ojo y me dice, mientras se saborea:

—Qué rica, la gelatina de tus ojos.

«Qué rica, la gelatina de tus ojos», decirlo resulta extraño, pero no es del todo equivocado.

El humor vítreo es un gel dentro del globo ocular y es el único componente irrecuperable del ojo, debido a que se crea durante la gestación embrionaria y porque carece de vasos sanguíneos o conductos de drenaje. Toda la vida tendremos esa gelatina al interior de los globos oculares. Sin embargo, conforme envejecemos el gel comienza a enturbiarse. Aparecen diminutas opacidades que flotan en el campo visual como moscas o filamentos transparentes, una condición llamada miodesopsias. ¿Y adivina qué, Santiago? La cirugía refractiva acelera su aparición, como consecuencia de que la intervención presiona el

humor vítreo y hoy a mis treinta y ocho veo esas moscas volando insufribles.

—Sólo te queda acostumbrarte a ellas; las miodesopsias no pueden tratarse de ninguna manera, tampoco son peligrosas.

—¿Acaso, doctor, nada es importante en oftalmología?

—Yo no te operé los ojos.

En otra ocasión fuimos a un parque, a uno donde podías sentarte bajo la copa de un álamo y platicar sin que ningún pedigüeño se aproximara a ti con cara de angustia y una bolsa de dulces entre los brazos. Yésica vestía una blusa que dejaba en libertad sus hombros de piel lisa. Me gustaban mucho sus hombros. Eran estrechos, tibios, iba a decir que como la piel de una manzana pero no sé, es extraño que una mujer cargue frutas en los hombros. Eran tersos. Bonitos. Olían a ella, a flores y cítricos. ¡Qué difícil es sostener un aroma en el olfato! Hace años que retengo imágenes en el pasillo largo y mal iluminado de mi memoria, aunque ningún aroma.

Yésica caminó delante de mí, me tomaba de la mano, y yo veía su trasero. Todo su cuerpo me apretujaba el corazón a la manera de esos peluches que uno puede retorcer en el supermercado, sin comprarlos.

Quisiera romper la pantalla del celular en el que dicto cada uno de estos recuerdos; quisiera rasgarla con un cuchillo de obsidiana y, como aborigen de pelos endurecidos a causa de la resina en el cabello, con manchones azules en los pómulos, el símbolo de mi rango de guerrero, cruzar hacia ese otro mundo que supongo escondido dentro del teléfono. Y aparecer junto a Yésica en ese instante cuando nos besamos e intercambiamos alientos.

Ella cruzó las piernas, reclinó el cuerpo hacia atrás y apoyó las manos sobre el granito de la banca. La idea de venir aquí ha sido mía. Como era habitual en aquellos tiempos, aunque presiento que la mayoría de los adolescentes padecerán lo mismo hasta el final de la historia, no tengo un centavo para invitarla al cine o comprarle una nieve. He pensado la manera de pasarla bien sin dinero. En el bolsillo del pantalón tengo una hoja de papel. Es una cuartilla escrita a mano. La desdoble, aún veo sus cuatro pliegues, las palabras esbozadas con tinta azul. No recuerdo cuándo la escribí. Sólo sé que tengo diecisiete años, jamás he escrito nada en mi vida, pero presiento que mis palabras podrían impresionarla. ¿Sabes? Suelo buscar en los ojos de mis parejas una estrella en sus pupilas. Esa luz que me abrace desde el fondo de su mente y que brote hacia mí para reconfortarme. Así de lejana es para mí la validación.

Recuerdo que le escribí aquella carta para alumbrar un atractivo contrastante con mi cabello grasoso y mal recortado, con mi cara tupida de acné, y con la inseguridad del muchacho pobretón venido a más a fuerza de estudio y buena estrella. *Grosso modo* era una descripción de mi muerte (Santiago, si quieres darle cran a mi latinismo, lo entiendo, suena pedante, ¿no?, ni siquiera sé si se emplea de esa manera), un texto sobre cómo agonizaría encerrado en un hospital hasta por fin afantasmarme entre los brazos de un ángel, es decir: ella.

—¿Tú lo escribiste? —apretó los labios con ese estilo tan suyo: parecía que se hubiera metido a la boca un puñado de lunetas. Los canijos frenos.

—Sí, yo lo escribí.

Descruzó las piernas. Apoyó las manos en el borde de la banca. Se quedó pensativa, viendo las puntas de sus pies entrechocarse; presionaba la una contra la otra como narices de ornitorrincos.

Esperé su respuesta, o algo más, quizás un beso atrabancado o un «te amo, Raymundo». No hubo nada. Silencio en el cual di vueltas. Imaginé las escaleras de un edificio, escalones de indiferencia que ni la validación de cien novias de preparatoria me hubiera ayudado a recorrer hacia arriba, a la azotea, y por fin al cielo. Al término, más bien abajo, en el sótano, se había metido la lluvia y enlodado el piso. El mundo por lo regular me decepciona. Descubro que únicamente en el interior de mí mismo existe ese confort que no encuentro en sitio alguno. Así me transformé en el ogro malhumorado y solitario que veo en el espejo. Me imagino sentado en el césped con las piernas en flor de loto, tupido de pelo grasiento y cuernos torcidos como ramas de cerezo, con una margarita blanca empuñada por el tallo, inspirando profundamente, con los ojos entrecerrados a la espera de nada.

Aquella tarde acompañé a Yésica a su casa y la besé, despidiéndome. Jamás volvió a comentarme nada sobre aquella carta y, más bien poco después, con uno de esos pretextos de cuando eres joven y ningún ligue vale tanto como para sacrificar los otros que puedas tener, me terminó con estas palabras:

—Ash, Raymundo, ¡mírate la playera! Te salpicaste el queso de las papas a la francesa. ¡Me choca que comas tan feo! ✖

AUSENCIAS

Entré a casa sin hacer ruido. Al pisar el interior, la luz iluminó mi cara. Era mi padre. Cerré los oídos para que los murciélagos de su enojo no lograran sangrarme. Sentí los dardos de su voz sobre el cuello. Giré sin encontrarlo. Recordé su muerte. La soledad seguía en mi costado.

DEL DADAÍSMO DEL DIABLO

Dobla
dóblame
dóblate doblégalos
que los diablos débiles
digan de la directriz del día
los dédalos deseosos de dátiles
doscientos querubines díscolos
derrumban sus derechos desgastados
de verdad dicen que sus dioses
dialogan entre durmientes dromedarios
y al despertar dulcísimo
dantescos demonios despiden a Dadá

PERMANENCIA

Quédate donde haya sonrisas
donde se planten árboles y corran los ríos
donde se beba café y se platique hasta la madrugada
donde las personas sepan tu nombre
y al escucharlo te pongas alegre. ✖

Mérida, Yucatán, 1975. Su libro más reciente es más reciente es *Cierra el maldito libro* (Cisnegro, 2023).

Ensayo sobre la ropa heredada o carta para una hermana mayor

Cindy Hatch

Iba a cumplir seis años; mi hermana, veintisiete. Es enero. Yadira llega a mi casa y me pregunta si quiero una fiesta de cumpleaños. Le digo que sí. En los siguientes días su misión será encontrar la piñata y los dulces, los ingredientes para hacer hamburguesas mini, preparará los juegos y comprará premios para los ganadores. Yadira tiene el cabello color zanahoria en una melena arriba del hombro recta y muy lacia. Mis papás graban la fiesta en un VHS que, años después, convertirán en un CD que mi padre verá cada vez que me eche de menos. En él aparezco vestida con una camiseta naranja que tiene un signo de límite de velocidad muy *western*, un pantalón de mezclilla con efecto *acid wash* y un peinado de colitas que parecen antenas, muy a la Gwen Stefani. Bailo sin preocuparme por cómo me veo.

Zapopan, Jalisco, 1997. Autora de *Citerón: crónica del grito de la liebre* (Cultura Jalisco, 2022).

*

Yadira solía llegar a casa con bolsas que dejaba sobre la mesa. *Te traje ropa, elige*. Y yo me quedaba con lo que me gustara o lo que sabía que sí me iba a poner. Así mi hermana me enseñó el derecho a elegir y me gustó más eso que la obediencia que mis amiguitas practicaban. No tenían opción, sus papás las vestían.

*

Hace algunos meses mi madre comenzó a trabajar haciendo la limpieza en la casa de una mujer. Un día me llamó para contarme que habían hecho «limpieza de clóset». *Todos los zapatos son de tu número, Cindy, y la ropa también es de tu talla*. Imagino que nuestros cuerpos pueden tener las mismas dimensiones y que algo cambiará en mí, pues ya no estoy usando la ropa de mi hermana. Abro la bolsa y viajo en el tiempo.

*

Si *moda* en sentido estricto significa promedio, el cliché de encontrarte a alguien con el mismo vestido que tú en una fiesta no significa nada más que una declaración: ¡Somos iguales!, pero, ¿lo somos?

*

Es difícil construir una identidad y saber quién eres cuando hay un antecedente de ti. Me explico: mi madre tuvo un marido antes de mi padre y en ese matrimonio concibió a Yadira y a Jhonatan. Nunca entendí el cuestionamiento de mis compañeritos en la primaria: *¿no son tus medios hermanos?* Para mí siempre fueron hermanos enteros. Pero durante mucho tiempo tuve la sensación de estar viviendo una vida que ya había ocurrido antes. Mi mamá no ayudaba mucho porque cada vez que se dirigía a mí nombraba primero a mi hermana.

*

En varias ocasiones vi a Yadira hacer algo que hago hoy: sacar varias prendas del clóset y mezclarlas hasta encontrar el atuendo perfecto. Emocionarse frente al espejo cuando lo lograba. A diferencia de mí, ella sí planchaba la ropa y la extendía sobre la cama como si fueran las prendas recortadas de una muñequita de papel. Me emocionaba lo mismo verla hacer esto en su casa que cuando ella iba a la mía. Su presencia era sinónimo de renunciar por una tarde al papel de la hermana mayor, ganar un poco de soltura.

*

Solía pensar que no poner atención al atuendo con el que una se presenta a una reunión, cita o incluso para ir a la tienda, significaba «no

me importa mi forma de estar aquí», pues vestirse es considerar qué ocurrirá durante el día y cómo deseamos presentarnos ante los demás o qué impresión queremos causar. Nada más insultante que llegar vestido de gris para conocer a alguien. Eso significaría «no me importa pasar desapercibido». Después leí el ensayo de Susan Sontag para *Vogue*: «Arreglarse, para las mujeres, nunca puede ser sólo un placer. También es un deber. Es su trabajo». Y cambié de opinión. O no.

*

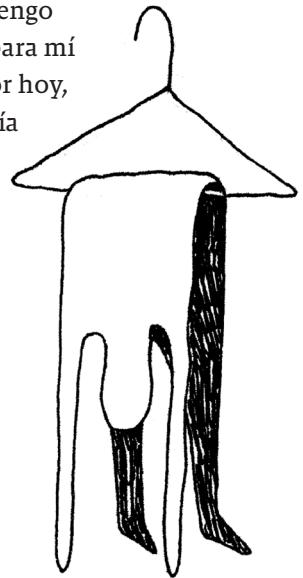
En la bolsa hay faldas y vestidos de flores, de piel; faldas de lycra; vestidos de tejido de punto, holgados, entallados, de lápiz, corte de sirena; blusas con listones, de encaje, estampadas, de manga corta y larga; camisetas deportivas e incluso un par de pantalones. Sin embargo, aunque tenemos las mismas dimensiones, siento que esta ropa no es para mí. Demasiado entallada, levanta pompis, escotes profundos. Mi cuerpo no es así, no tiene forma de maniquí para llenar estas prendas. No quiero ser malagradecida, entonces repaso mentalmente mi clóset y pienso que mezclando cosas mías con las de esta mujer, podría lucir bien. Le pido a mamá que le diga gracias a la señora. Guardo la bolsa en el clóset y no la vuelvo a abrir.

*

Las prendas de mi hermana solían conservar su olor por meses. *Huelo a ella*. Quizás era su perfume. Quizás eran mis sentidos negándose a renunciar al pacto que ocurría al protegerme del frío con un suéter que antes había arropado a mi hermana.

*

Hoy estoy aquí, pintándome el cabello color zanahoria. Tengo veintiséis años, casi la edad de Yadira cuando organizó para mí aquella fiesta. Canto. Sigo preguntándome quién soy. Por hoy, soy esta mujer que dobla y cuelga por fin la ropa que había abandonado en la misma bolsa en que llegó. El tinte naranja reposa en mi pelo y, sin querer, tengo un peinado muy a la Gwen Stefani noventera. Sigo bailando sin preocuparme por cómo me veo, aunque sobre mi cama no tenga más atuendos para vestir muñecas de papel. ✦



Quisiera tener siempre el cabello lindo como esas monas del anime

Paola Llamas Dinero

Es una cuestión meramente egoísta.

Me cepillo, me cepillo bien.

Cuando alguien me mira
el cabello en la calle
hago una pose discreta.

«Mira su cabello, mamá»
me señalan las niñas.

Guadalajara, Jalisco, 1992. Su libro más reciente es *Yo no pedí nacer mujer pero gracias* (Osa Menor, 2021).

Me cepillo, me cepillo bien.

Haciendo un recuento en mi mente
no recuerdo la primera vez
que deseé algo
con tantas ganas
pero siempre
quise peinarme sola.

A los ocho
gel y cepillo
sobre mis hombros,
los brazos cansados.

Recuerdo
ir a la escuela con dignidad
y una coleta mal hecha.

Me cepillo, me cepillo bien.

Mi primer personaje favorito fue Bulma
cabello verde, independiente;
en orden de aparición
me enamoré del primer muchacho
detrás de un cristal pixelado
Trunks, su primogénito;
pensándolo mejor y ahora
no sé si fue por su cabello,
qué juicio tendría alguien
con una coleta mal hecha.

Me cepillo, me cepillo bien.

Qué raro funciona el recuerdo
o el corazón
o el autocuidado
que a veces son casi lo mismo.

Hacer memoria.

La hago mientras
me cepillo,
me cepillo muy bien.

La adolescencia,
pintar mi cabello morado;
a mi edad, era difícil elegir ese camino
pero Trunks valía la pena,
reportes escolares,
citas a los padres de familia.

Luego vino otro color y otro,
y así los monos en fila.

Las heroínas,
Sailor Moon en el orgullo,
¿cómo es posible?
¿Cómo es posible desear algo
que no es posible?

Me cepillo, me cepillo bien
incluso duele.

Déjalo crecer, crecer, crecer.
¿Cómo es posible
lo que no es posible?

Déjalo crecer, crecer.

Alguna vez pensé en pelucas, pero
las señoras de la cuadra insistían
qué bonito pelo tienes,
mis tías, las mamás de mis amigas;
qué sabrán esas señoras de Sailor Moon
qué sabrán de Ranma 1/2.

Déjalo crecer, crecer, crecer
crecer.

Como dejar crecer el deseo
de algo que no es posible
y hacerlo
posible,
aunque sea con tratamientos, orzuela
y kilos y kilos de decolorante. ✖



La distancia no es suficiente

Nicolas Kouzouyan

El cielo recoge sus cenizas en la tierra. El cielo y las cenizas de la tierra. El cielo siendo cenizas en la tierra. Cielo y tierra... ¿qué? Sería buen título para una novela.

Ahora escribo así, en partes, en cuotas, porque no hay tiempo para darle por horas en un ambiente «tranquilo y relajado». ¡Ja! ¿Qué es eso? Todo es medio caos (y uno entero también) por acá, así que le doy a las teclas cuando y como puedo (a veces hasta me tengo que encerrar en el baño para poder escribir tranquilo, ¿se podrá creer?)

Tenemos dos gatos. Una chiquita, inquieta, hiperactiva, de cuatro meses, que se llama Mia. El otro tiene nueve y está enfermo de los riñones (andamos curándolo). Fue un caos desde que lo castramos. Desde ahí empezó esta «espiral descendente». *¿Ma qué spirale?! Fue como estrellarse de cabeza contra el asfalto.*

Montevideo, Uruguay, 1980. Su libro más reciente es *La ciénaga de las revelaciones* (Amateditorial, 2023).

Empezó con vómitos el pobre animal, unos días después de la castración. Pero todo bien. Estábamos preparados psicológicamente, sabíamos que algo así podía pasar. Y andábamos peleándonos con el gato para darle sus pastillas. ¡Putas pastillas! ¿Cómo es que una industria multimillonaria (medicina para gatos) no inventó todavía remedios líquidos con sabores que le gusten a los gatos? Uno tiene que andar agarrándolo del pescuezo y haciendo malabarismos de los que hasta un contorsionista se asustaría, todo para hacerle tragar un cuartito de pastillita. Y ni hablar si se le queda un poco en la lengua y se disuelve ahí. ¡Pah! El animal empieza a sacar espuma por la boca, le dan arcadas, se vuelve anguila y se asquea más de lo que ya estaba, todo un drama. Y nosotros ni te cuento: si antes estábamos estresados, ahora empezamos a pelearnos por el gato también. Que por qué se la das así si viste que en el video lo hacían de otra manera, que por qué lo agarras tan fuerte, no ves que le duele, que me pone mal verlo así, que me desespera que no coma, que no cague, que no se trague la pastillita, que siga vomitando. Ya casi no podemos vernos con Julieta. Y si ya de por sí andamos como arañas uno con el otro (trabajamos juntos), con esto no sé en qué vamos a terminar.

Al gato lo llevé a una clínica veinticuatro horas que encontré cerca de casa. Ahí empezó el drama. Antes le había escrito a su veterinaria de cabecera, la que lo castró. Era sábado, el animal había empezado con vómitos de nuevo. La doctora me pasó el número de una veterinaria que atendía los fines de semana. Llamé. No entendieron la urgencia del caso, o no me expliqué bien, y me dijeron que hasta el lunes podrían atenderme. ¡Bien! Así que busqué en la red y me fui a esa cerca de la casa.

—Tiene gastritis —me ladró la amarga que nos atendió (al gato y a mí). Se veía que andaba mal dormida: cara hinchada, cachetes como Quico, sin ganas de trabajar. La recepcionista no le había pasado la info correcta y empezó a verle las suturas de la castración como si ese fuera el problema.

—No, no, de eso está bien —le dije, acercándome al gato, para que dejara de tocarlo—. El problema son los vómitos, el animal no para de vomitar.

—¿Vómitos? —dice la amiga, y le larga una mirada asesina a la recepcionista, que enseguida se mandó mudar para el frente.

Le expliqué lo mismo que a la otra:

—Es gastritis —me dice al final—. Muy común en los gatos que se estresan, más después de una operación.

Luego le dio un par de inyecciones y nos mandó a casa. Al rato el pobre de Bruno (así se llama el gato, ¿lo dije?) andaba vomitando de nuevo. Esta vez hasta me avisó antes, para que me diera cuenta de que no era gastritis. Pobre gato. Salía yo del baño y él corrió conmigo, se frenó de golpe, me miró, largó un grito y vomitó bilis. ¡Pah! Menos mal que la madre no andaba por ahí, si no el castrado iba a ser yo.

De vuelta a la jaula y de vuelta al mismo lugar.

—Hay que internarlo —dijo la muerta—, para tenerlo bajo vigilancia.

Bueno, se los dejé. El gato pasó la noche ahí. Al otro día fuimos con Julieta a verlo. Nos atendió un estudiante que andaba de turno desde la noche anterior. Buena onda el amigo. Nos abrió y nos llevó al segundo piso. Ahí, al fondo, con olor a podrido, en un lugar de mierda con ocho jaulas empotradas en la pared, estaba el pobre de Bruno. «Salud pública versión gatuna», pensé. Me hizo acordar a cuando me sacaron la bola de grasa de la espalda en aquella clínica de... ¿dónde era?

Bruno nos vio pero estaba tan asustado que ni se movió. Estaba sentado en una cajita de arena, rodeado de su propia caca. Era miserable verlo, y lo primero que le dijimos al amigo, que no tenía ni idea de que a los dueños de los animales no se los hace pasar al segundo piso, fue que le limpiara la caja.

—Está durmiendo arriba de sus propia caca —le dije. Él se puso nervioso y empezó a tartamudear:

—Justo ahora estaba por limpiar todas las jaulas..

Lentes, bigotitos orientales, menos de veinticinco, ni idea de lo que hacía. De la jaula que estaba contra la ventana se escuchaba un quejido finísimo y él la abría, sacaba un perrito de una semana y le metía una pipeta de goma por la garganta para «evacuarle» la flema que no lo dejaba respirar. Parece que venía desde la noche anterior así y aún le quedaban muchos días más. Todo el que hacía guardia andaba con el perro en brazos sacándole mocos de la garganta.

—¿Y el otro que está al lado? —preguntó Julieta—, se ve bien quieto. ¿Está dormido?

—Ese es su hermano —dijo el amigo—. No, está muerto —y nos sonrió con toda su inocencia.

Enseguida miré a Brunito, dos jaulas a la derecha del muerto, y él me miró también, como diciendo: «Mirá que desde ayer que está muerto, ¿eh? ¿Cuándo me vas a sacar de acá, fenómeno?»

Miserable el asunto, pero ya estaba ahí, así que había que terminar la ronda de medicinas para que se mejorara y lo dejamos una vez más y nos fuimos sintiendo que tendríamos que haberlo llevado con nosotros. Pero era domingo y su doctora no aparecería hasta el lunes.

Pasamos el resto del día pensando en el gato. Hacía meses que dormía con nosotros, imposible no extrañarlo.

Al otro día en la tarde fui por él. Eran las siete. Andaba el veterinario del lugar por ahí, un tipo enorme, lleno de tatuajes, que tenía al perrito mocososo en brazos. Mientras hablaba por teléfono (andaba con una emergencia canina, dando indicaciones de que le metieran la mano en el hocico al perro para hacerle no sé qué cosa) le iba sacando las flemas con la pipeta. Enorme el tipo, y aquel perrito tan diminuto: por un instante lo vi aplastarlo cerrando la mano y haciéndolo paté.

Después se lo pasó a la recepcionista y fue por Bruno al segundo piso. Lo bajó en su jaula, el otro aterrado ahí adentro, apretado contra el fondo. Me dio receta, medicina y gato, todo junto, y dijo que lo llevara a revisar en dos días. Después se fue otra vez para arriba. ¡Bien! Pagué (porque nada es gratis en la vida) y me subí a un *indrive* con mi Bruno. Yo andaba con algo de miedito con estos *indrivers*, el sábado uno me había dejado tirado después de que viera que llevaba un animal en la jaula.

—¡No, no, no! ¡Animales, no! —había gritado, y arrancó dejándonos a Bruno y a mí desolados en mitad de la calle.

Esa noche la pasamos rezando con Julieta para que el gato no vomitara de nuevo. Antes de acostarnos le di la medicina, que fue otro drama y que hizo que nos peleáramos de nuevo con la madre. Él se asqueó, se fue a tirar al rincón más alejado y ya no se levantó más. A la preocupación y los nervios que se arremolinaban en nuestros estómagos amateurs se les sumó que casi no dormimos esa noche porque Bruno nos estuvo llamando desde su rincón moribundo, pidiéndonos algo que no entendíamos qué era.

Hasta que vomitó. ¡De nuevo! A las nueve de la mañana. Era desesperante: ¿no le habíamos dado las medicinas correctas para que no vomitara? ¿No había estado internado y en observación dos días y

dos noches? Julieta se agarró la cabeza y me gritó que lo llevara con su doctora (ella trabajaba). Para cuando terminó de gritarme yo ya lo había metido en la jaula y volamos a la veterinaria. Suerte que no había nadie y las dos doctoras estaban disponibles cuando llegué. Les cambió la cara cuando lo saqué de la transportadora.

—Este gato está deshidratado y desnutrido —fue lo primero que dijeron. Ahí mismo se lo llevaron al fondo a enchufarle suero y vitaminas. Tuve que firmar para que lo internaran. Había que dejarlo en observación. ¡Otra vez! Le iban a sacar sangre, iban a monitorearlo de cerca, iban a revivirlo, a traerlo de entre los semimuertos.

Me despedí y me fui. Ni pregunté cuánto me saldría el baile. Ya me había resignado a lo que fuera.

A la tarde me llamó la doctora:

—Son los riñones —empezó.

—¿Los riñones?

—Puede haber sido un golpe fuerte, algo que comió, plantas... Hay muchas razones, pero es muy raro verlo en un gato tan chico, por lo general estos problemas aparecen en gatos nerviosos de más de nueve años.

—Este tiene el estrés de un corredor de bolsa.

—Pueden ser esos nervios combinados con otra cosa. De todas formas, ahora lo más importante es hacer que esos riñones vuelvan a funcionar normal, algo que no están haciendo. Además, Brunito tiene la sangre sucia, envenenada porque los riñones no la están filtrando, entonces el cuerpo, instintivamente, trata de sacar esa mugre a través de los vómitos.

—No era gastritis entonces.

—¡Claro que no! El problema es que sus riñones no están funcionando y la sangre no se está limpiando como corresponde. Por eso no come ni toma agua (ah, casi me olvidaba de contar eso, otro drama con el que habíamos convivido tantos días: ¡que el animal no tomaba agua!)

La doctora siguió:

—Va a requerir un tratamiento y comida especial. Una dieta estricta y que lo estén monitoreando y cuidando día y noche. Enseguida te mando por whats los precios de los medicamentos. ¡Ah! —dijo de repente—, también tengan en cuenta que no puede volver a tomar agua de la llave nunca más: de ahora en adelante tiene que ser agua filtrada.

—¿Para siempre?

—Sí, para siempre.

Y cortamos.

Unos minutos después me llegaron los medicamentos y los precios de todo el combo, internación y lo que le estaban administrando en ese mismo momento para revivirlo. Casi me da algo. Pero no importa, me dije, ¡lo que sea por el bebé!

A la noche encaré a Julieta. Le propuse una forma de dividirnos los gastos para que ninguno de los dos se ahogara en deudas. Al principio no dijo nada y lo tomó bien. Para cuando salí del baño ya tenía el discurso preparado y empecé:

—Se me hace injusto que yo tenga que pagar toda esa cantidad. ¿Por qué no hacemos mitad y mitad?

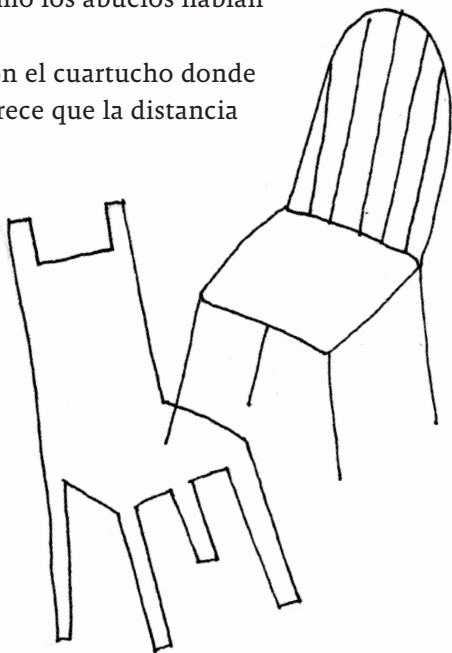
Respiré profundo, no era momento para empezar una discusión.

—Vengo pagando todo lo de Bruno desde que lo internamos en la otra veterinaria, mi tarjeta no da más, no tengo más crédito y no quiero tocar el efectivo. Vos podés sacar en cuotas la parte que te toca y la vas pagando de a poco, no te va a matar hacer eso.

Me temblaba la voz de rabia. La cara que tenía para decirme una cosa así. ¡¿Qué culpa tenía yo de que ella se metiera en mil deudas que no venían al caso?! Para peor, después se frustraba y se la agarraba conmigo cuando realmente necesitábamos la plata.

Al final nos fuimos a dormir peleados. Faltaban pocos días para que yo me mudara al otro cuarto y empezáramos con la nueva modalidad de dormir separados «como los abuelos habían hecho en su momento».

La casa es enorme comparada con el cuartucho donde antes vivíamos, pero a veces, acá parece que la distancia no es suficiente. ✖



Sobre ciertas modas

«VERDE QUE TE QUIERO VERDE»

Ayer trepaba por la huella de cemento
 hacia la nube,
 hacia el pueblo Bellavista
 donde la moda es pasearse de verde
 camuflado paramilitar.
 Aunque ese no es el *Verde que te quiero verde*,
 subía con dificultad con mi maleta rebotante
 de antologías de poetas
 para dictar un taller a los niños de la guerra,
 los pájaros mochileros miraban sorprendidos
 mi pesada extraña carga
 y cantaban alegrando el resuello entrecortado.
 De pronto callaron,
 alguien llevaba a un niño en moto,
 con una mano se aferraba a la cintura,
 con la otra me disparaba balas imaginarias.

MODA

El destino de la muerte, a la moda,
 se sienta bajo el río de estrellas
 a sumar en ese ábaco infinito
 cuántos le faltan para acabar la cuenta,
 pero los astros y los muertos pasan,
 como luciérnagas anunciando los destellos,
 cantos muertos del turpial en las entrañas.
 El destino de la muerte, a la moda,
 ya no sabe de las cifras,
 borrado en su memoria yace el número
 exacto de los deudos que merecen el silencio. ✖

Bogotá, Colombia, 1959. Su libro más reciente es *Alas de cemento* (Tantosur Airoso, 2023).



Pagar por milagros

Daniel Centeno

Los genios de las historias parecen cobrar con tristeza los deseos que conceden. ¿Quieres volar? Pues vas a volar altísimo, más que cualquier ser humano nunca, más que un cohete, más que un asteroide que luego de surcar todos los horizontes cae precipitado a la tierra, en llamas, a punto de extinguir todo cuanto existe. Por supuesto, el cuerpo se desintegra. Volar es un concepto relativo. Uno puede volar al alzarse sobre el suelo o puede volar en pedazos con una bomba. El genio lo sabe, pero no tiene intenciones de hacer la aclaración. O eso piensa la gente que lee esas historias: que no quiere, y no que no puede.

Mis amigos comenzaron a decirme genio, un poco como una broma local; luego, cuando se refirieron a mí con otros amigos suyos, que eventualmente me trajeron a otros. Algo en el concepto se perdió conforme fue pasando de una boca a otra, y la gente pasó de creer que les ofrecía

Los Mochis, Sinaloa, 1991. Su libro más reciente es *No hablaremos de muerte a los fantasmas* (Casa Futura Ediciones, 2021).

a una bomba, a que les daría alas. Aquel ejercicio fue lo más parecido que uno puede hacer a una genealogía de la amistad: conoces a los amigos de tus amigos, y a los amigos de estos, y de pronto comprendes muchas cosas, las marcas que unos van dejando en otros, los tics que caen como de abuelos a nietos, saltándose una generación, pero presentes como brillantina sobre piel suave.

Mi tienda estaba en la calle 42, a unos pasos del tren. La gente subía al tren, llegaba hasta conmigo y me decía toda clase de cosas. La gente de la ciudad estaba a un tren de distancia del paraíso.

Por favor, llévele esta pecera a mi hijo.

¿Cuánto cobras por traficar un destapador?

¿Cuál es el truco aquí? ¿Cómo haces para llevar cosas? Sabes qué, no importa. Por favor, lleva esta carta contigo.

Constantemente pienso en esa pecera. En la mujer que la llevaba consigo, con todo el cuerpo temblando... menos las manos, porque tenían que ser firmes, porque una pecera es frágil.

La señora debía de tener más o menos mi edad, pero se notaba muy mayor, como si ser madre la hubiera hecho brincarse varios años, aunque su reloj biológico aún no se diera cuenta. Me hablaba como si yo fuera un niño y mi negocio fuera un juego y ella estuviera por regañarme porque no había hecho la tarea. Todo en su rostro gritaba mamá.

Esta pecera es de mi hijo, comenzó a decir. Bueno, era de mi hijo. Él ya no está.

Aún sigue siendo suya, la interrumpí.

Las cosas no dejan de ser nuestras sólo porque las dejamos atrás, del mismo modo que nuestra piel aún es nuestra piel aunque se queda flotando en el aire sobre la cama, conforme se desprende de nosotros.

La mujer parecía meditar si mi interrupción, y quizá hasta mi forma de mirarla, tenían escondido alguna clase de milagro. Lo mío, más que un negocio, era una bendición escondida en el capitalismo, porque así es como las bendiciones santas se esconden a plena luz estos días: como un servicio que se puede pagar.

¿Qué datos necesita que le dé de mi hijo?, me preguntó, sin soltar la pecera. Yo le acababa de hacer un gesto con la mano, indicándole que podía dejarla sobre mi mostrador. La mujer negó suavemente, apretando sus uñas apenas lo suficiente para hacer ese ruido tan característico que tiene el cristal. Aunque suave, aquello la perturbó tanto que casi soltó la

pecera. Yo pasé de prisa mi brazo por el mostrador y puse mi mano bajo la base, por si acaso hacía falta. Su gesto fue contraerse, como si temiera que se la quitara. Todo pasó tan rápido. Luego, cuando comprendió que trataba de ayudarla, se relajó.

Lo siento mucho, me dijo.

No se preocupe. No es la primera vez que alguien trae un objeto frágil para llevar al paraíso, le dije.

La gente tiene una idea equivocada del paraíso, pero nadie me ha preguntado cómo es. No quieren saberlo. A nadie le interesa demasiado, excepto una cosa.

¿No les falta nada?, me preguntan.

Y yo les digo que siempre faltan cosas. Hay muy pocas cosas en el paraíso. Uno que otro televisor, alguna radio inútil a la que no le llega ninguna señal, corcholatas.

¿Corcholatas?, me preguntó mi mejor amiga, luego de que me pusiera a enumerar tonterías.

Sí. Hay muchas. Hay zonas del paraíso donde la gente va y juega con corcholatas. Las arrojan contra el aire o al suelo, tratando de averiguar quién la arroja más lejos.

No sé si era mi seriedad o que yo jamás jugué a algo así, pero me creían. Nunca pusieron en duda que lo que les dije fuera verdad. A lo mejor la amistad es eso: decir algo increíble, y que otros te crean.

En otra ocasión fue un amigo quien llegó a mi tienda, fingiendo que me visitaba. Me dio un abrazo, incluso me dijo que me quería. Me preguntó cómo estaba, luego de lo que le pasó a Alejandro. Él nunca me había preguntado, aunque habían pasado años de eso.

Yo estaba acomodando cosas en las repisas. Se me habían acumulado pedidos esa tarde, y cuando cerrara tendría que ir varias veces al paraíso si quería que estuviera todo en orden para el día siguiente. Tenía en la mano una libreta, en la que iba verificando todo: los objetos con los nombres, que nada me hiciera falta ni que se hubiera perdido o roto o tuviera escondida alguna otra cosa dentro. Algunas personas esconden cosas en los objetos que quieren que lleve, y me deshago de ellos.

Ahí estaba mi amigo, sonriéndome nervioso. Tenía un ligero tic en el ojo que sólo se notaba cuando estaba más estresado. En realidad no eran nervios ni estrés, sino un pánico muy bien disimulado.

Y dime, estos objetos, estas cosas que llevas, ¿son bien recibidos?, me preguntó.

Era la primera vez que alguien me lo preguntaba. No supe qué responderle, así que me encogí de hombros y seguí acomodando cosas.

No, pero en serio, insistió. ¿Cómo se lo toma la gente? ¿Alguna vez te han devuelto algún objeto?

Sí, le dije, escuetamente. Me llevé la mano al mentón porque tenía comezón, pero también porque estaba pensando. Alguna vez me regresaron un abrigo, le dije. La persona no tenía frío y no sabía qué hacer con él, le fastidiaba tener que cargarlo.

¿Y qué más?, me preguntó, imitando mi gesto, con su mano también en la barbilla.

Qué más, le dije. Pues también me regresaron unas botas, porque eran muy pesadas y no le gustaba caminar con ellas. Me dijo que algo por lo que se alegraba de haber muerto era que ya no tendría que usar ningunas botas.

¿Y qué más?

Un álbum de estampillas, porque estaba incompleto. Alguien seguramente robó una o dos en el funeral, y odiaba la idea de tener una colección incompleta.

¿Y por qué no le llevaste las que le faltaban después?

Porque no se puede, le dije. No puedo entregar más de un objeto por persona. Es romper demasiado las reglas.

Mi amigo de pronto se cruzó de brazos, rascándose el costado de su pecho y conteniendo en su rostro un pánico que se le estaba quebrando en los gestos, igual que un cristal que se estrella a golpes.

¿O sea que sólo tenemos una oportunidad?

Sí, le dije. ¿Estás seguro de qué es lo que quieres que le lleve a tu muerto?

Había tardado demasiado en comprender a dónde iba con todo eso, y apenas lo hice supe que él no daría el paso, así que tenía que darlo yo. Me acerqué a él, firme, con el rostro alzado, para que sintiera que ahí era yo quien tenía la autoridad, para que se quitara de encima el peso de tomar una decisión. Sería mía. Su peso sería mi carga. Yo elegiría por él. Luego podría culparme a mí, enojarse conmigo, jamás hablar conmigo de nuevo.

¿Me vas a dar el objeto que quieres que lleve? Hoy tengo llena la tienda y estoy por cerrar.

Podría venir mañana, me dijo.

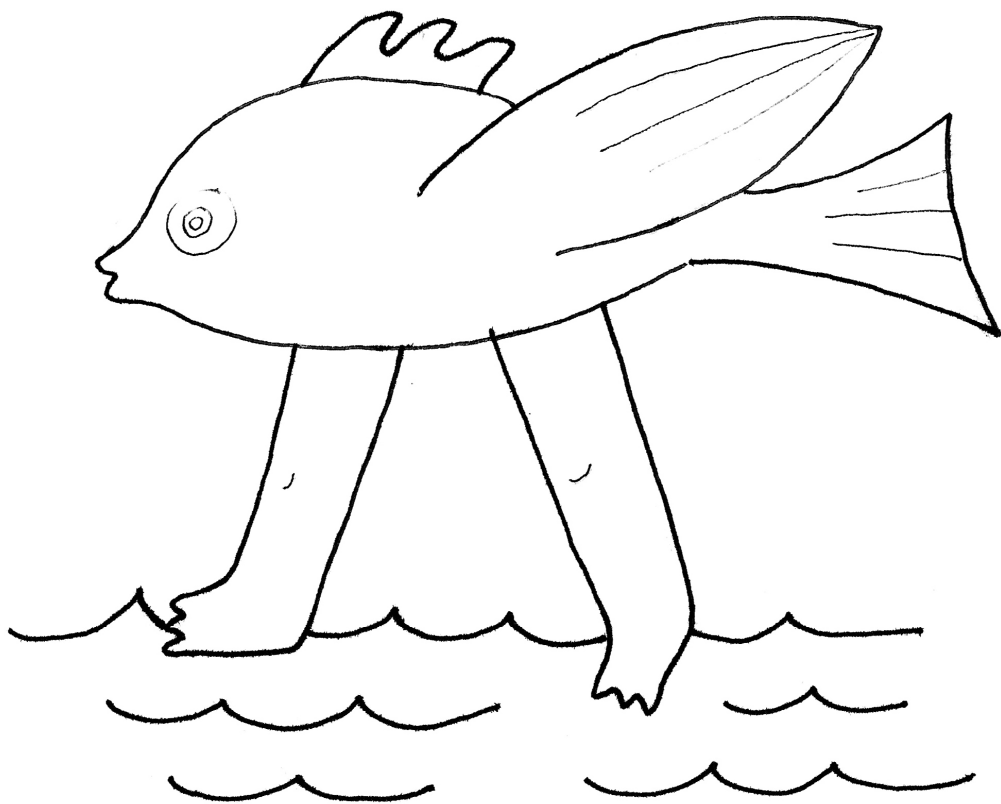
No, le corté. Mañana voy a salir, y no sé cuándo abriré otra vez.

En realidad no pensaba hacer otra cosa que trabajar, como todos los días. Pero él tenía que sentir que el tiempo se le agotaba y que no daría el paso jamás.

Entonces sacó un montón de papel picado de su bolsillo. Protegido en el papel, como si se tratara de un nido protegiendo un huevo, estaba un collar.

Quiero que le lleves esto a mi hermana, me dijo.

Tuve que obligarme a mantener el rostro alzado, la voz fuerte, la postura inquebrantable, porque yo no sabía que su hermana había muerto. No fui al funeral, ni le di nunca el pésame. Apenas estaba cayendo en la cuenta de que en realidad no éramos tan amigos, y hacía años que no



nos veíamos ni hablábamos, pese a que mi instinto había sido tratarlo como si lo hubiera visto ayer y no hubiera pasado tiempo entre nosotros. La amistad, igual que el paraíso, es un lugar sin tiempo, al que de vez en cuando le faltan muchas cosas. Alguna bebida hidratante, algún juego, un par de tenis cómodos. Un ticket del camión al que te subiste para visitarlo.

Cuenta con ello, le dije.

El collar era un relicario, uno de esos objetos que en realidad son dos, en donde las reglas se tuercen un poco, porque un relicario sin foto es otra cosa, igual que un álbum sin estampillas. Hay partes que, estando juntas, forman una sola.

Y aunque no se lo ofrecía a todo el mundo, le dije también:

¿Quieres que le diga algo? ¿Algún mensaje? No puedo llevar dos objetos, pero puedo decirle lo que quieras que le diga.

No tenía idea de que ofrecieras ese servicio, se precipitó.

Ya no pude más y le dije que estaba bien si lloraba.

Mi amigo, como si hubiera hecho magia sobre su corazón, comenzó a llorar por todo lo que había perdido con la muerte de ella, y todo lo que se quedó con él.

¿Tú qué le llevaste?, me preguntó, distrayéndose un poco de su propia tristeza con una muy próxima: la mía. ¿Qué fue lo que le dijiste a Alejandro cuando lo viste?

Me quebré ahí frente a él, pero para que no me viera lo abracé porque así mi cara se caería a pedazos sobre su espalda.

A tu hermana le encantará el relicario, le respondí, y no pude decir más.

Los muertos a veces devuelven otras cosas que les recuerdan demasiado que alguna vez estuvieron vivos. Una rasuradora, por ejemplo. Su vello ya no crece, ¿qué se supone que van a cortar? Un cortaúñas. Una liga para el cabello, luego de que habían muerto con apenas unos pelos sobre la coronilla. Recién ahora comienzo a pensar que no toda la gente envía objetos a sus muertos por amor. También hay odio en los envíos, un poco de desprecio y duelo mal manejado.

Venganza.

Alguna vez me dejaron una carta que no hacía sino culpar al muerto por haberse ido, y tuve que abrazarlo en el acto porque, desde que había muerto, se había desacostumbrado a sentirse triste. En general, se había desacostumbrado a sentir, y se vio abrumado por las emociones.

Tranquilo, le dije, esto pasará. Me iré y no recordarás de dónde salió esto.

Yo tampoco recuerdo, cuando ha pasado mucho tiempo. Así ocurre casi siempre. Excepto que a la señora de la pecera jamás la podré olvidar. Cuando al fin la soltó en mi mano me habló de su hijo, que había muerto en la calle luego de años de escuchar historias de su padre, de cuando él salía a jugar toda clase de cosas fuera de casa.

Pero las calles ya no son lo que eran, me dijo. Tú lo sabes, imagino. No nos llevamos tantos años.

Era obvio que todo había sido distinto. El paraíso no cambiaba tan rápido como cambiaba el mundo. Allá era todo más o menos igual siempre, de forma que sin importar cuántos años hubieran pasado desde que comencé, sabía exactamente por dónde ir, a dónde llegar, lo que estarían haciendo. Pero la realidad se llena de cosas que desaparecen, de tierra que es reemplazada por pavimento, y de pavimento que se llena de autos, que se van desgastando por el uso y los choques. Entendía lo que la mujer me decía. El vértigo de estar vivo radica, en parte, en que las historias que nos contaron son de un mundo que ya no existe, y cuando tratamos de replicarlas descubrimos que ya nada está en su sitio y, al no estarlo, nosotros tampoco.

Así que ahí estaba mi niño, me dijo, creyendo que podía jugar en la calle como su padre, pero no es así.

Yo le pregunté:

¿No preferiría enviarle algo con lo que su hijo pudiera jugar?

La señora de pronto se puso risueña, como si pensar en su hijo no pudiera ponerla sino feliz, a pesar de toda la tristeza que la estaba rompiendo.

Mi hijo siempre quiso tener un pececito. Decía que nadie le ordena a un pez en dónde nadar, que era libre. A veces me reclamaba: Si fuera un pez, no me dirías que no puedo salir a la calle. Yo andaría por ahí, volando en el cielo como los pececitos vuelan en el agua. Mi hijo no se daba cuenta de que nuestra casa no era distinta a la pecera, y el pez tampoco era libre.

Señora, qué cruel, quise decirle.

En cambio, asentí en silencio y le dije:

¿Cree que allá su hijo al fin haya conseguido un pez?

Quiero pensar que en el paraíso no hay muchas cosas, según entiendo, pero están las suficientes, las indispensables al menos.

¿Y un pez es algo indispensable?

Lo que tienes que entender es que yo le regalé una pecera, me dijo, para que se quedara a cuidar al pez y así no quisiera salir tanto a la calle. Claro que un pez no es una criatura muy divertida, pero mi hijo igual se divertía observando los movimientos de sus aletas, y sus ojos abiertos siempre. Claro que nunca imaginé que él saldría corriendo a comprarle comida al pez, sólo porque no la vio donde siempre, porque la recogí mientras limpiaba la sala. No dudo de los milagros del paraíso, insistió, susurrando para ella un par de veces más. Si hay una pecera, se llenará de agua y en ella aparecerá un pez. Y si así no funciona el paraíso, lo hará para mi hijo.

La mujer me dejó la pecera, no sin antes poner su mano sobre mi hombro, acariciando dulcemente. Por un momento me sentí como su hijo, aunque debíamos tener la misma edad. Supe que yo no sería capaz de replicar ese gesto y me entristecí de que ella no pudiera ir en persona.

Los genios tienen mala fama, ya lo dije. La gente no sabe recibir obsequios. Creen que tienen consigo algo escondido, un mensaje oculto, una deuda que van a tener que pagar algún día. Incluso los muertos en el paraíso someten a escrutinio lo que les doy, apenas lo pongo en sus manos. Tratan de encontrar otras cosas escondidas, algo que pudieran no estar viendo, quizá un mensaje en clave. Los vivos, en cambio, se ponían recelosos al decirles que yo no cobraba por hacer lo que hacía.

¿Qué obtienes de nosotros, entonces?, era la pregunta de todos.

Así que comencé a cobrar. Apenas lo hice, la gente se sintió segura. ¿Cuál iba a ser el secreto de mi oficio, si les estaba cobrando? No era distinto a un panadero que no le cuenta cómo hornea a quienes se comen las piezas que pone a la venta. Aunque mi oficio no fuera dar, sino recibir para otros.

Miro la tienda, ya sin personas, ya sin objetos en las repisas, y me pongo a llorar.

Alejandro está en el paraíso, lo sé, lo vi. Ahí estaba, y yo le llevé algo con mis manos sin saber que lo hacía. Nadie me pidió que se lo llevara. Nunca había llevado algo antes. Era mi primer intento de entrar al paraíso, buscándolo. No sabía que existían reglas, ni cuáles eran. Estaba lleno de dolor. La tristeza era el agua que me rodeaba, y yo no comprendía aún que no hay agua fuera de la pecera, que sólo me hacía falta brincar de ahí. O que, igual que el pez, no era libre, y si

trataba de salir de la pecera moriría al no poder respirar. La tristeza era para mí como el agua para el pez. Y yo tenía los ojos siempre abiertos, inmóvil.

Ahí estaba él, y yo traía rollo de papel en mis bolsillos. ¿Quién no lleva un poco de rollo por si acaso? Últimamente lloraba mucho. Verlo me hizo llorar y mirarlo y llorar como si más que el paraíso se tratara del infierno, aunque luego comprendería que ambos son el mismo lugar. Que la gente no sólo malinterpreta las historias de los genios, sino todas.

Traté de limpiarme con mis brazos, pero no pude.

¿Traes un poco de rollo?, me preguntó, amablemente.

Lo saqué y él lo tomó para limpiarme las mejillas, la nariz, la piel que rodeaba mis ojos.

¿Estás mejor?, me preguntó. ¿Ya puedes verme?

Yo no había dejado de parpadear. Aunque trataba de mirarlo, las lágrimas no me dejaban.

Un poco, sí, le dije.

La gente no entiende cuál es el costo de mi servicio, y por eso les cobro. No entienden que yo jamás pude llevarle nada a Alejandro, porque ya le había dado algo. Yo había querido darle tantas cosas. Yo habría podido llevarle lo que fuera.

Y lo único que le di, lo único que pude darle, fue mi tristeza.

Cuando le llevé la pecera al niño, no le dio vueltas, ni miró en su base buscando algún código secreto. La pecera, a diferencia de la mayoría de los objetos, no sólo estaba vacía de un modo obvio, sino que era transparente, como el amor de su madre. Lo que el niño hizo fue negar con la cabeza, señalando hacia algún punto arriba de él, como si ahí aún estuvieran las nubes.

Mi pececito ya no la necesita, ¿no ves?, me preguntó. La madre había tenido razón en algo. No sería el paraíso el que le daría a su hijo lo que necesitaba, sino su imaginación. Él sería por siempre un niño. Jamás le faltaría nada. Cualquiera cosa que le hiciera falta, él podría imaginarla.

Algunas tardes me consuela pensar que Alejandro también era como un niño, y su imaginación le hará compañía.

Los pececitos vuelan en el aire, insistió. ¿No te lo dijo mi mamá? ✖



Polvo

Orvin Muñoz

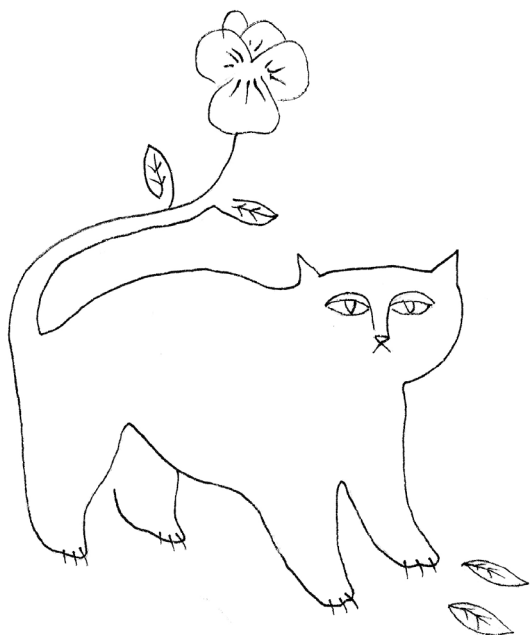
Sabe que tarde o temprano llegará el momento pero prefiere atrasarlo. La cama aún viste las sábanas de aquella noche, se aferra a ellas y al poco olor que guardan. La almohada tiene sobrepuesta la pijama que necesitó quitarle antes de ir al hospital. Se da cuenta de que otra vez no ha dormido porque el amanecer se cuele entre la persiana. El gato brinca al colchón, se acerca para asegurarse de que respira y lame su nariz.

Escucha ruido de llaves y la puerta abriéndose. Tienen que ser las ocho o poco antes. Laura da la primera vuelta del día para revisar que todo esté bien, que él y su sobrino, como ella llama al gato, sigan allí. Sirve el desayuno de ambos, hoy no entra hasta la pieza, sólo grita al salir:

—Luis, regreso a las dos, llámame si ocupas algo.

El gato va a la cocina y regresa. No se lame como acostumbra al terminar su almuerzo, lo ve a los ojos y maúlla. Él lo ignora y el animal le muerde el tobillo. Repasa los ruidos que hizo ella y no encuentra el de la pala aseando el arenero. Se levanta. Entra a orinar al baño. Allí siguen los dos cepillos de dientes, las dos toallas y la loción que él le regaló. Cierra los ojos, decide terminar así.

San José de los Reynoso, Jalisco. 1987. Es licenciado en Filosofía y Letras por EDYCUSAM.



El gato espera paciente, detrás suyo, como si hiciera fila. Él termina y anuda la bolsa con los desechos.

La violeta de la cocina está floreada, por años estuvo solamente verde y hoy, llena de pétalos morados.

—Voy a tirar esa planta.

—¿Por qué? ¿Qué te ha hecho?

—Pues no da flores, allí está nomás robando espacio.

—Déjala. Menos va a florear si siente que no la quieres.

—Hay que cambiarla por una suculenta.

—La cambias el día que yo me muera.

Lo escucha en su cabeza, lo escucha como si fuera ese momento. Bebe el café que Laura dejó sobre la mesa, también come un poco de fruta. Su estómago se retuerce. Toma el pastillero, quedan tres dosis, lo regresa y resuelve quedarse despierto.

El salvapantallas de la computadora muestra una fotografía de los dos en la sierra, parece Tapalpa o San Sebastián, no lo recuerda bien. Desliza la puerta del clóset donde está la caja fuerte. Tecléa. 0-7-1-5-1. Abre y saca la carpeta azul que juntos habían colocado en el compartimiento de arriba. Están los dos sobres. Toma el que tiene escrito su nombre, el otro lo destruye como acordaron. Levanta la pestaña y saca la hoja:

Querido Luis:

Sírvete un whisky, del fino que te regalé en Navidad (y si no lo hice, abre la mejor botella que nos quede), usa uno de los vasos finos que compramos en Chicago, esta es una ocasión especial (pero no se te olvide secarlo cuando lo laves para que no se le marquen las gotitas de agua). Siéntate en tu lugar del comedor y en el mío coloca un pedazo de chocolate para que el gato llegue a mordisquearlo y te acompañe.

Sabíamos que a alguno de los dos nos tocaría abrir el sobre, lamento que sea a ti porque más de una vez me advertiste que no querías hacerlo. Pero no te preocupes, también esto pasará.

Sé que todos los papeles, aunque estén ordenados, van a ser un dolor de cabeza. Le pedí a Martha que te ayude con todo y va a esperar hasta que tú la busques para mover las cosas, es la única condición que tiene y lo va a hacer porque, de lo contrario, pierde el derecho a cobrar honorarios. Así que si ella te busca no le pagues nada.

También, tendrás que ir a firmar unas tres o cuatro veces a mi trabajo. Hazlo, yo sé que no te falta dinero, ni te interesa, pero no les dejes nada de lo nuestro a esos cabrones. Acuérdate de los fines de semana que les invertí en lugar de pasarlos contigo.

¿Sabes qué llevo? Nuestros viajes. El que más atesoro es el que hicimos a Cuatro Ciénegas. ¿Te acuerdas? (Dejé una carpeta con fotos en el escritorio de la computadora por si quieres verlas, mis favoritas son las que nos tomamos en los sereques). Al regresar supe que nosotros seríamos como ese paseo: vientos fuertes, vinos, caminatas, sabrosa comida, pozas profundas y nieve al final. Lo recorrimos de la mano y al terminar pasaste a dejarme en casa, porque así debía ser. Ahora nuevamente es momento de que lo hagas.

Te amo, Héctor

Toma el último trago de whisky. Enjuaga el vaso y lo deja escurriendo en el fregador. Enciende la computadora. Abre la carpeta. El gato lo sigue y brinca a sus piernas.

Pasan las dos de la tarde. El sonido de la lavadora ocupa el silencio de la mañana. La casa huele a lavanda y el aire corre entre las ventanas abiertas. El gato duerme sobre el sillón. Laura llega a la puerta, trae comida para los tres, decide guardar su llave y toca el timbre. ✖



Danza en el laberinto

Ericka Zapata Rodríguez

Gloomy is Sunday, with shadows I spend it all

«Smozuru Vasarnap» (*Gloomy Sunday*), de Rezső Seress

Letra de Sam Lewis

Domingo de nuevo
el sol en esplendor

Ca-mino
 callejuelas
con piernas
 y neuronas
an-danzo en espirales
 al laberinto
no cedo mi memoria

Cuando mis pasos tiemblan
ante horas oscuras
los páramos natales
 recuerdo
entre las gentes surgen
rostros de aquellos años
una canción golpea

Chilpancingo, Guerrero, 1989. Su obra más reciente fue publicada en la antología *Generación XVIII* (Colectivo Generación XVIII, 2023)

una sinapsis sis sis
 re-corre aquellas sendas
 de los domingos de
 ver a mi abuelita
 darle de comer
 a las negras palomas
 malteadas de vainilla
 regresando a la ciudad
 más cuando
 rememoro
 que no son esas tardes
 en que tenía madre
 donde llevar los pasos
 mil cuabras de mi cuerpo
 son segundos de-mente(s)
 y vuelvo a caminar

 Regreso al mismo punto
 Domingo de nuevo
 fumo cientos de postes
 con su luz LED
 bebo palabras de
 millones de huellas
 quieren confabularse
 y en el mismo
 tiempo
 vivir por mí
 Caminar, caminar
 debo de caminar
 hasta que mis pies sangren
 No vaya a ser que cuando
 detenga este viaje
 sus vientres
 sus manos
 estas líneas
 olvide ✕

¿Dónde vas los domingos?

Teresa Figueroa

Cuando solicité empleo en La Parisina nadie preguntó por qué tenía un solo apellido; acababa de terminar la secundaria. Con aquel empleo inició mi vida adulta, a los quince años.

Veo la imagen del regreso de mamá como una fotografía que poco a poco se hunde en el agua, igual que el título de doctora que alguna vez imaginé en mi mano. Soy feliz, sin duda. En palabras de mi abuela, salí de blanco de mi casa, ¿qué más puede pedir una mujer? Desde que recuerdo no he tenido motivos de tristeza, por eso no entiendo qué me pasa hoy, que desde que escuché la noticia estoy llorando. Murió Sandro.

Era un personaje de televisión, el galán de la novela de las cinco. En los últimos años había dejado de existir para el público y yo ni siquiera me había dado cuenta de su ausencia. Pero cuando pasaron aquella canción en el homenaje que le hizo la radio algo se me quebró dentro, algo que durante años había detenido las lágrimas. Desde ese momento he llorado interminablemente. Siento la misma congoja de alguna tarde en mi adolescencia. *¿Dónde vas los domingos que no tienen sol?*

Ciudad de México, 1959. Su publicación más reciente es el cuento «Una noche loca» (*Papalotzi*, primavera de 2022).

El peso de las tardes infinitas de los domingos en casa de mi tía, tres habitaciones oscuras junto a un patio prohibido porque ahí está el Firpo, los niños que juegan en la calle, la mirada burlona de la maestra de sexto, las fiestas con las amigas de la secundaria. *¿Dónde vas los domingos que no tienes dónde ir?*

Los domingos me toca lavar mi ropa, en casa no se acostumbra salir porque esperamos que mi tío regrese de algún viaje y qué tal que llega mientras andamos paseando en las lanchas del Parque Alcalde o en misa hasta la Merced, siendo que en la colonia ya el padre Loreto está construyendo la capilla. No me doy cuenta de que no me están preguntando, sino que responden a mi pregunta.

¿Dónde vas cuando quieres hallar un amor? Suspiramos. Un dejo de placer, un calorcito en el pubis, la alegría de nuestros doce, catorce años. No salimos solas después de las siete de la tarde. Las fiestas son en casa de alguna de nosotras, coca-cola y tacos dorados, tal vez pozole en el cumpleaños de Pati. Se hace una rueda y todas bailamos en círculo viéndonos unas a otras. Algún vecino, algún primo a veces, pero en general no.

Sandro es el modelo, los sueños húmedos, la tristeza inexplicable, el estremecimiento entre las piernas al verlo mover las caderas, los gritos cuando nos mira fijamente a los ojos a través de la cámara de televisión. Sandro que gana en las competencias para saber quién tiene más llamadas telefónicas en los programas de radio. Para algunas chicas con hermanos mayores, Creedence, para nosotras, Sandro.

¿Dónde vas si no sabes qué rumbo elegir? Mis maestras son formales, estrictas, la falda va debajo de la rodilla y la tarea, sin borrones. Las llamamos *mises*. Con *miss* María llenamos decenas de páginas con apuntes de cómo concentrarse en la lectura y series de preguntas interminables: ¿te gusta hacer sumas?, ¿cuidarías a tu hermanito enfermo?, ¿tienes habilidad para el voleibol? Orientación vocacional, se llama la clase. Yo quiero todo. Quiero explorar el fondo del mar como en las series de televisión o curar perritos malheridos; quiero dar clases en una escuela como la mía o ser animadora en los intermedios del fútbol americano, pero sobre todo, espero el día en que me presentaré frente a mi madre con el título de profesionista en la mano. Le diré: puedes separarte del viejito, puedes regresar a Guadalajara, vamos a vivir juntas, vamos a poder ir a los festivales del diez de mayo, mi mano en tu mano para ir a la escuela, nos mudaremos a las colonias o al centro, nadie hablará de tu

pasado porque ahora yo trabajo en una empresa y gano mucho dinero. Ahí se desbarata la burbuja y otra vez escucho las palabras de la maestra: vas a tener muchos problemas para poder estudiar. *Tendrás mil penas para desterrar*, confirma Sandro con su voz profunda.

¿*Dónde vas cuando quieres contar tu pesar?* No es que mi tía sea mala, al contrario, ella se casó «de velo y corona», según mi abuela; nos cuida al Firpo y a mí. Barre, lava, plancha, cocina, no se da descanso, pero hay algo en falda recta y gris, en el chongo, en los zapatos bajos y oscuros que provoca ese sabor espeso y amargo que pasa por mi garganta cada que la veo erguida del brazo de mi tío.

¿*Dónde vas si no tienes con quién conversar?* Es una película borrosa. En casa únicamente vivimos mamá, la abuela, mi tía y yo. Tengo un vestido de lunares rojos y un lazo alrededor de la cabeza. Veo a los niños jugar en la calle. El que será mi tío estaciona su tráiler en la acera de enfrente. Mi tía barre la calle, falda gris, tacones bajos. Platican, se ríen. En el siguiente corte de la película estamos en misa de seis viendo la boda. A modo de fiesta vamos al menudo con El Taurino. Corte. Largas ausencias de mi tío, el tráiler frente a la ventana hace más oscura la casa. Ya no vamos al Parque Alcalde ni a misa al centro porque ahora todo es esperar a que mi tío regrese, siempre en fechas imprecisas y siempre cansado, con el pantalón aceitoso y la franela roja en la mano. En otra o en la misma película es de tarde, el tío llega con un perro grande con bozal y correa gruesa, lo deja en el patio con la orden estricta de que no nos vea. Los perros pierden la bravura si conviven con mujeres, dice. En esa proyección rayada y borrosa ya no está mamá. Cuando pregunto por ella dicen que fue a la tienda, hay una vecina con la sonrisa chimuela: no, pos miya, más bien se fue con el de la tienda. El acercamiento a una risa cruel cierra el cuadro.

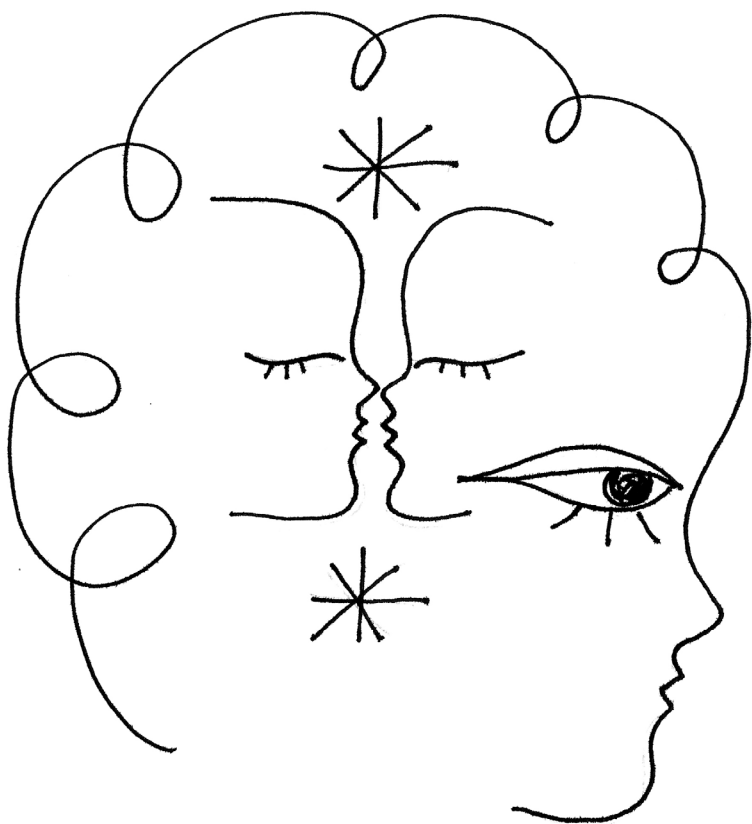
¿*Dónde vas cuando no hay nadie a tu alrededor?* Los días se van lisos y lentos sin parque y sin salir a la calle. Alguna vez escucho conversar a la abuela y a mi tía en voz baja. Hablan de cambiar mi acta de nacimiento, pedir a mi tío que me dé su apellido, empezar otra vida, dice mi tía. Antes de eso no sabía que me faltara un apellido. Siento el sabor amargo en la garganta, el asco por la tía bien casada «de velo y corona». Quiero irme con mamá, preguntar quién es mi padre, asomarme a ver a Firpo, abofetear al tío que ya casi nunca viene a la casa.

Tendrás mil penas para desterrar, tendrás la angustia de tu soledad. Extraño a mamá. Voy a terminar el sexto año. Cuando miss Chole

revisa mi acta de nacimiento, me mira con una expresión torcida, una mirada de burla y lástima. Mueve la cabeza de arriba abajo y dice como hablando para sí misma: por eso tu mamá se casó con el viejito de la tienda, por eso se fue al norte. Luego en voz alta: vas a tener muchos problemas para seguir estudiando, te falta un apellido.

Tendrás mil penas para desterrar, verás la angustia de tu soledad, verás al mundo con su incomprensión. Margarita salta en el pie derecho y pivotea el aire con el izquierdo. *Have you ever seen the rain comin' down*, Rosario agita un bastón imaginario, *We all are in a yellow submarine*, gritamos sin dejar de bailar mientras Julio Iglesias repite en el tocadiscos *Tiré tu pañuelo al río*. Desde la funda del disco, Sandro me mira fijamente a los ojos y pregunta: *¿Dónde vas los domingos?*

Este domingo sin Sandro no he parado de llorar. ✕





Semillas en el cuerpo

Andrea Reed Leal

¿SOY YO?

«¿Soy yo?», pregunta apuntando con su índice la fotografía en blanco y negro, en un marco dorado de madera y de estilo barroco. Viejo, mucho más viejo que las manos que lo tocan. El cristal estaba reluciente, pues todos los días le pasaban un trapo mojado, le tallaban las esquinas, los pequeñísimos espacios donde se acumulan las partículas de polvo.

«Eres tú», le responde, «cuando te casaste. Eras muy hermosa. Te casaste contenta. Eres tú, Prudencia. Te digo que eres tú», le dice el viejo por tercera o cuarta vez esta mañana. «Si vuelves a preguntar la voy a esconder», ya está cansado y frustrado de que le pregunte tantas veces. Lo dice en broma, no tan en serio, porque él tampoco querría quitarla del buró. Pero ahí es lo primero que ve cuando despierta y se altera.

Desde hace varios años la ha visto olvidar todo poco a poco. Empezó con las cosas más generales, como en qué ciudad vive, en qué año nació o en qué año se casaron; luego comenzó a desconocer lo más íntimo, los nombres de sus hijos y nietos, por ejemplo. Todos le avisaron que llegaría el momento en que no lo reconocería ni a él, pero él no creyó que daría tiempo para ver llegar a ese día.

Puebla, 1992. Su libro más reciente es *Habitar la biblioteca* (Biblioteca Revelaciones, 2023).

El viejo de pelo blanco y cintura ancha le quita el marco de sus manos y lo coloca de nuevo junto al buró de la cama. Quizá debería ahora sí esconderla, pero no lo hace; la fotografía lleva ahí en esa misma esquina del buró sesenta y cinco años.

QUIÉN ERES TÚ

Empezó a olvidar cosas hace más o menos una década. Se dieron cuenta cuando comenzó a repetir las mismas cosas una y otra vez. Cosas sin importancia, como historias del pasado, que si hacía calor ese día, que dónde estaba su marido, si ya había comido. Luego hacía cosas extrañas, parecía que no se daba cuenta de que estaba rodeada de personas y le hacía comentarios sexuales a su esposo viejo, como quítate la ropa o vámonos al cuarto. Y causaba risa, todos lo tomaban con humor. Lo peor fue cuando olvidó abrir los ojos.

Llegaban en las tardes sus nietos a acariciarla, darle besos, pero ella movía el cuerpo con movimientos extraños, incivilizados. Los niños notaron sus uñas amarillentas, feas y cada vez más asquerosas. La piel, las uñas y el cabello se degeneraban muy rápido y perdían su color y textura natural.

La mujer que siempre se esmeró por verse bien ahora tenía el cuerpo decrépito, triste. Es la misma mujer que contaba que de niña su padre la llevaba a Fábricas de Francia de Ciudad de México a comprarse ropa. Ropa de marca. Ropa importada. Ropa de telas especiales, sedas y linos. Ella contaba que era algo habitual, pero quizá fue una vez, y ella se lo contaba a sus nietas, especialmente, con tanto orgullo. Su padre les compraba a ella y a sus hermanas bolsas y joyería y blusas. Si fue un recuerdo de su infancia tan intenso para ella fue porque de casada ya no tuvo acceso a ninguna de esas cosas. Con tantos hijos y trabajos temporales de su marido, siempre vivieron con poco. Ah, pero cómo adoró a ese marido.

Al marido fue lo último que olvidó. Una noche se levantó de la cama y lo vio: sus ojos azules, su cara redonda, su cuerpo grande junto al de ella y se puso a gritar. Se asustó muchísimo y gritaba «¿Quién eres tú?!» Y él asustado también decía: «Soy tu esposo, cálmate, soy tu esposo». Y ella decía que no estaba casada y se cayó al piso y se rompió la cadera.

TE LO PEDIMOS

«Papito, estarán mejor en la casa de adultos mayores. Ahí los iremos a visitar, será más fácil para mi madre. Ahí hay doctoras y enfermeros. Tendrán quién los cuide todo el tiempo», el hijo intenta convencer por cuarta o quinta vez al viejo. A esta edad es terco y testarudo. Por supuesto, después de decírselo sólo se enojaron otra vez y le gritó que él cuida a su madre, que no necesitan meterse a ningún lugar, que eso es para los abuelos que no tienen hijas o hijos ni nietos, los que no hicieron familia, a los que nadie quiere.

«Es que yo ya no puedo venir todos los días, por mi trabajo», insiste el hijo. En su casa las cosas se complican, porque las hijas están en la escuela y él debe llegar temprano al trabajo. Además, pagar el sueldo de la enfermera, las visitas del médico y las medicinas le están vaciando las cuentas bancarias.

El viejo cree que si lo llevan a ese lugar lo van a abandonar y no lo dejarán salir. Todavía, cuando no viene nadie y los gritos de su mujer son insoportables, le habla a Mario, el taxista, y se va a tomar un café, aunque ya no aguante la espalda y tenga que bajar las escaleras para salir. No lo dejarían hacer eso allá, piensa. Le enoja muchísimo que su hijo le diga esto, ¿qué no los cuidó él a ellos toda la vida? ¿No les dio todo lo que necesitaron? Le enfurece su poco cristianismo y que se atrevan a pedirle que se vayan a un lugar de viejos abandonados.

«Mira, mijito, si no quieres tener un problema más grande conmigo, por favor, no me lo vuelvas a decir», le contestó una última vez para dar por terminada la conversación.

NO NECESITA NADA

«No la vayan a ver. Está cansada. Nadie puede entrar. Están con ella las enfermeras, no necesita nada», les dice a sus hijos. No quiere que la vean así, se dicen unos a otros, que porque quiere que la recuerden en sus buenos momentos, cuando era guapa y se arreglaba el pelo, las uñas y la cara. O le da vergüenza su estado actual: sus labios hundidos dentro de la boca sin dientes, la flacura y las manos torcidas, las venas que parecen que reventarán en un momento, los gritos que pega sin sentido. En las últimas semanas ha perdido el habla y ha vuelto a ese estado primigenio en el que no puede comunicar; nadie la comprende, hace sonidos

alterados y esporádicos. Pero parece que quiere decir algo, porque cuando su hijo toca su mano y la aprieta, hace sonidos. Su hijo quisiera descifrar su lenguaje. Se queda ahí un ratito, no tanto porque le incomoda, pero sí entra y la besa, le dice «Qué guapa, mamá», aunque quizá ella no comprenda, pero por si acaso lo hace, insiste: «Te ves muy bien hoy, mamá. Te traje tu arreglo de rosas, las que te gustan».

«Ya déjenla», grita desde su cuarto el esposo. Hace un mes decidió cambiarla de cuarto. Él sigue en la habitación que compartieron durante sesenta y cinco años y ella habita la otra recámara, la de invitados.

POLVO Y OLVIDO

Una mujer muy guapa con un vestido de novia blanco y largo en la fotografía. Una corona de flores y un velo en su cabeza. Al lado un hombre grande y grueso la abraza por la cintura. Ambos miran a la cámara. Ambos tan jóvenes. Ella, de unos diecisiete o dieciocho; él de veinticinco. Habitan un cajón en la cocina, donde guardaron los frascos de semillas. Entre semillas de girasol, chía, lino y sésamo sonrío la pareja. ¿Es esta la felicidad que tuvieron los siguientes sesenta y cinco años? En uno de los arranques histéricos de la mujer, su esposo agarró la fotografía y la llevó a la cocina, a ese lugar adonde él casi no entró en su matrimonio. Era el lugar de ella, el lugar donde preparaba chiles rellenos de atún, sopa de pasta con aguacate y chipotle, espagueti, rollo de jamón, arroz con mole y todas las delicias que recordarán sus hijos e hijas. Por eso el esposo siempre fue gordo o, al menos, es lo que él le decía al resto del mundo: porque su mujer cocinaba exquisito.

En las habitaciones de arriba ya no se escucharon gritos. Y en ese renovado silencio las semillas rodearon a estos muchachos atemporales que compartirán sesenta y cinco años juntos. Quizá esta fotografía les recordó a diario su voto, su fe, su familia. Una fotografía es el único vestigio de un tiempo tan distinto a este. De esos días quedan pocas personas vivas que presenciaron en carne y hueso su matrimonio. Los nietos olvidarán sus rostros, olvidarán contarles a sus hijas e hijos de sus abuelos, ¿qué puedes contar del pasado que ya no vivieron, de seres que poco conocieron, de ese lugar que es radicalmente distinto a este? La muerte es polvo y olvido. ✖

Entre la niebla y la moda

Silvia Eugenia Castellero

El dragón abre las fauces, su fuego abarca los costados y la calle, sus colmillos se distinguen entre esa llamarada que casi toca mi rostro. Su cuerpo azul verde se alarga, alas y garras se despliegan para amedrentarme. Volteo al cielo, veo el concreto y los postes en donde alguna vez hubo pistas de un circuito para bobsleigh y luge.

Trebević, Sarajevo, una montaña en Bosnia y Herzegovina. La estación de los juegos olímpicos de invierno de 1984 es ahora un lugar misterioso, un tobogán con varias vertientes. Poca gente viene en bicicleta, una minoría visita la estación famosa, tan vista durante la transmisión de las competencias. En ese entonces Sarajevo brilló a nivel internacional pues eran las primeras olimpiadas en un país socialista. Ante el mundo, Sarajevo y toda Yugoslavia se pusieron de moda. Ahora, abandonadas por el resplandor del momento, yacen las pistas desiertas, cubiertas de murales expresionistas, grafitis elaborados con delicadeza y precisión; rojos, morados, azules, los blancos sobresalen en la grisura de las veredas, caminos de asfalto rebasados por la naturaleza, árboles y maleza se unen, se entretajan, forman puentes, techos, alfombras, un caos de verdor casi poético.

Era la noche de nadie, como describe Milorad Pavić los tiempos de guerra. En 1991, poco después de las espectaculares competencias de bobsleigh y luge, Yugoslavia se desmorona, se divide en cinco repúblicas. Dos años más tarde Sarajevo entra en una guerra civil que reduce a la ciudad a una ruina. Muy pronto llegó el silencio: la noche de nadie.

En la Edad Media, Trebević, fue conocida como Zlatni Do, con su entramado de razas eslavas, cristianas y ortodoxas. Durante los juegos

Ciudad de México, 1963. Su libro más reciente es *Desde el enigma. Antología personal* (Doble Fondo XVI, Biblioteca Libanense de Cultura, 2023)

olímpicos fue una estación con miles de espectadores y poco después —durante el sitio de Sarajevo—, la montaña mágica que otrora se desplegara en los televisores del mundo se volvió una posición de artillería para la guerrilla.

Detrás de esa montaña aparece Stepanida Đurašević, no sabemos si salió de la galería de pinturas o del fondo del bosque. Pasa frente a nosotros. La vemos arrastrar su cuerpo enorme y llevar flores. «Un día murió durante la comida, mientras se secaba la grasa de los labios con el pan. Unas mujeres la encontraron con un bocado preparado en la mano izquierda [...] Después sucedió algo que también sorprendió. Debajo del vestido superior apareció otro negro hasta el cuello con botones hechos de hilo; y debajo de este, un vestido blanco de encaje, de una tela que se usaba en 1959; y debajo de este, un vestido de novia con rosas que se hacían a mano en 1956. Debajo había un uniforme de la UNRRA, luego una blusa hecha con seda de los paracaídas ingleses de 1945 [...] y, finalmente, la blusa de marinera con cinta y campanilla para el Sábado de Lázaro en la que decía 1938 [...] Quedó pequeña, enjuta, casi una niña, consumida y ahogada bajo la carga de sus vestidos y bajo la de los años». (Milorad Pavić, «El cuchillo monacal», en *Los espejos venenosos*, Dubravka Sužnjević [trad.], Sexto Piso, 2022).

¿Qué significa el esplendor, la verdad de una época, lo sólido, la razón histórica —decía Hegel— que acredite el presente como resultado de un largo proceso que lleva a la razón objetiva, que luego cambiará por otra verdad que tendrá vigencia en el futuro? La moda se deshace, cambia y deja lo actual invalidado, como Stepanida Đurašević, se derritió debajo de aquella ropa y tuvo que enterrar dentro de sí la moda pasada porque era parte de su ser. «Quiso tener todos sus años juntos y portarlos sobre sí misma, como si pudiesen protegerla o defenderla de algo».

Ese algo es un recuerdo, un rumor, llanuras y montañas, mares, ciudades hermanas que ahora pertenecen a países diferentes. La región de Los Balcanes, la exYugoslavia, tierra fértil y misteriosa, ese bloque entre Oriente y Occidente, resultado final de luchas entre los reinos cristianos del sureste de Europa y los ejércitos islámicos que habían atravesado Asia Menor. Península de tradiciones ancestrales, de cruentas batallas y escenario de guerras mundiales. Su mítica antigüedad quedó enraizada en el aire, en la tierra, en la generaciones.

De Zagreb a Lubliana, de Plitvička a Kotor, de Split a Mostar, de Sarajevo a Belgrado hay una corriente subterránea y un fulgor en los cielos,

provenientes de siglos de palabras, de cantos, cuentos enraizados donde «se engendra la descendencia, el lugar de donde uno puede irse lo más lejos posible sin mucho movimiento... Ahí el lector cruza la frontera entre la vigilia y el sueño casi inadvertidamente, y por la mañana lleva al otro lado lo imprescindible para sobrevivir la cotidianeidad» (Goran Petrović sobre Pavić, en el prólogo de *Los espejos venenosos*).

Para Petrović, la gran enseñanza de Pavić contra los reflectores, la alfombra roja, la moda dictada por el comercio literario, es lograr una narrativa que entrelace las sombras de las religiones, entremezcle los reflejos de los campanarios con las siluetas de las sinagogas, adorne las construcciones modernas con las sombras de columnas arcaicas y de los obeliscos aun más antiguos. Hacer del cuento un círculo cerrado, una suma, un todo donde se eliminen las fronteras entre escritor y lector, entre lo imaginario y lo real, entre futuro y pasado.

Petrović supo llevar los granos de arena del desierto en los zapatos de los migrantes que pasan de una realidad en su narrativa a otra, elimina la separación entre el inicio y el final de sus relatos, hace de su literatura un pasadizo de cuentos infinitos que nacen unos de otros, historias brotando de las anteriores como raíces de un árbol milenario del que provienen voces ancestrales para unirse a las voces actuales de historias concretas.

«—¡Siéntese y escuche! —el profesor le indicó una silla libre y empezó a dar vueltas sobre el pabellón—. Aquí, en un radio de sólo unas horas de caminata tenemos la prehistoria, el indudable helenismo, la época romana, ejemplos sobresalientes del periodo bizantino, la Edad Media serbia, los hallazgos de la época turca y de la Gran Migración de los serbios, para no abundar en las descripciones de los siglos más recientes, todo como en la palma de una mano, por capas, donde ponga su dedo encontrará las huellas de un prototexto» (*La Mano de la Buena Fortuna*, Dubravka Sužnjević [trad.], Sexto Piso, 2005).

Adam, el discípulo, necesitaba verificar las palabras del profesor y se adentró en el mismo libro que el lector lee. Los libros de Petrović nos conducen por depósitos de palabras imantadas de sus orígenes, nos llevan por su interior, y vamos percibiendo el sentido de las dinastías bizantinas, de los místicos de la iglesia ortodoxa, los textos apócrifos, las fuentes griegas y latinas. Encontramos un enjambre de palabras, frases, mundos enraizados en los misterios del tiempo individual y cósmico, el silencio resonante que guarda el misterio de las palabras sagradas. Es un camino, un refugio, el único antídoto para huir del soplo arbitrario de las modas. ✘



El eclipse de las abejas

[fragmento]

Cecilia del Toro

Esa noche, acostado en su cama, Pedro recuerda su compromiso con inquietud. Le preocupa que las ganancias de la miel no sean suficientes para solventar los gastos de la boda. Afuera, un aguacero arremete contra el techo. Mientras dura la tormenta, Pedro hace sumas y restas que no cuadran. *Vende las colmenas. Con el dinero de la venta de miel no te alcanza. A lo mejor el tío Pablo te puede prestar. Pospón la boda. No, mejor pregúntale a Salomón cómo está eso de irse a trabajar a los Estados Unidos.* Sus reflexiones acompañan a la lluvia que, poco a poco, va cesando hasta que Pedro se queda dormido.

La mañana siguiente, lo primero que viene a su cabeza es buscar a Salomón. Cuando abre la puerta, el olor a tierra mojada le da un buen presagio. Se siente tranquilo, como si las pocas horas que durmió le hubieran resuelto las dudas.

—Nos vamos en unos días —Salomón lo pone al tanto—. Y ya te digo, Pedro, en el norte puedes juntar el dinero más rápido que acá. Con la cosecha de la miel vas a tener que esperar a ver si te salen las cuentas y ni modo que la chamaca te esté esperando...

Zapotiltic, Jalisco, 1976. Su libro más reciente es *El túnel* (Ediciones del Lirio, 2022).

—¡Ay, Salomón! Ni le muevas que te agarro la palabra. ¿Cómo es el trámite que dijiste?

—Pues a nosotros nos la pintaron fácil y, como dicen: el que no arriesga, no gana. Rodolfo, Macario, Victorino y yo nos vamos el viernes. Primero a Colima porque ahí están los agentes, les das tu carta de policía y con eso te enlistan a donde se ocupe.

—¿Y cuánto necesito?

—Eso cada quién. Yo llevo quinientos pesos, según mis cuentas con eso me alcanza. Si te animas, el viernes nos vamos tempranito.

—Pues a la mera y sí, mañana te aviso.

—Oye, ¿y qué vas a hacer con tus colmenas?

—Se las puedo dejar encargadas a Miguel, ya le anda por entrar al negocio.

—Hecho —lo despide de mano—. Nos vemos en la casa de Macario a las cuatro de la mañana.

El viernes, Pedro sale para Colima con Salomón y los otros tres. Llegando a la estación del ferrocarril, ven mujeres llorando que se despiden de los viajeros, y uno que otro niño aferrado a las piernas o al cuello de sus papás. Buscan al agente entre la multitud, se presentan y entregan sus documentos. Él les explica que el transporte será hasta Empalme, Sonora. Allá, otros agentes los llevarán a Texas o a California dependiendo de la lista en la que los asignen. Los muchachos solicitan que los pongan juntos, pero el hombre responde con molestia que les está dando una oportunidad única, que tienen suerte de hacer el viaje y no habrá privilegios. No les queda más que aceptar el trato. Toman su lugar en la larguísima fila cuando escuchan el silbato y la orden de abordar.

El trayecto hacia Sonora es lento y, a pesar del cansancio y la ensoñación, les resulta agradable. Pedro no puede apartar la vista de los paisajes que podría asegurar fueron creados por mano divina y, mientras avanzan, va sintiéndose más relajado.

Repasa su despedida con Raquel. Anoche, ella le confesó llorando que tenía mucho miedo de que algo le pasara y le pidió que no fuera. Él no quiere una fiesta sencilla. Algunos amigos incluso tuvieron mariachi y bebidas abundantes en la tornaboda. *Con unos tres mil pesos: lo del vestido, más lo de mi traje*, cavila al tiempo que comienza un tramo de camino mal hecho, seguramente trazado con una mano temblorosa por la forma en la que se mueve el tren. Pero ni el movimiento del ferrocarril lo distrae de sus cavilaciones.

Mira el paisaje: los arbustos obstinados parecen agarrarse fuerte para no caer al fondo de la barranca, mientras que otros están cómodamente torcidos, sin miedo a derrumbarse. Más tarde, vislumbra cerros tan áridos que casi puede sentir la sed de la tierra. Cuando el sol se pone se lleva también el sofoco y permite que la oscuridad llegue sin prisa. Los muchachos usan su equipaje como almohada e intentan descansar. Pedro sigue perdido en el horizonte hasta que la luna se presenta detrás de nubes desgarradas y grises. Ninguno puede dormir y pasan la noche contando historias de éxito de otros migrantes, leyendas que ninguno podría corroborar, pero que tampoco cuestionan.

Amanece y el hambre les recuerda que la aventura será complicada. Cerca del mediodía, el agente les anuncia que están a minutos de llegar. Se bajan en Empalme y, al cabo de un rato de espera, son llevados por otro agente a una vivienda cerca de la playa.

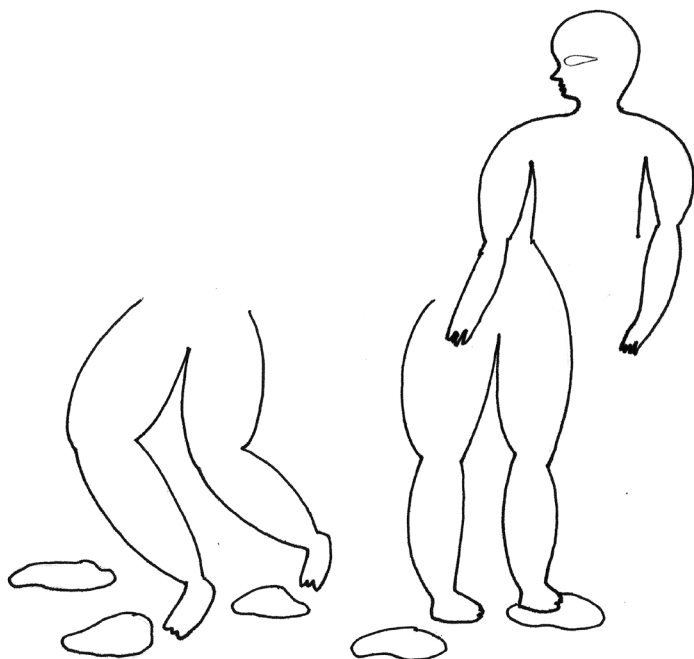
La casona es muy antigua, tiene un largo corredor de amplios arcos y, al fondo, muchas habitaciones sin puerta. Hay apenas dos baños que dejan de funcionar a cada rato. El lugar está repleto, parece imposible que ellos también quepan. Algunos han ocupado parte de la playa para tender cobijas y descansar. La comida y el agua que les llevan se terminan en segundos, tienen que aguantar hasta la otra ronda. Pedro quiere creer que tal cantidad de congregados es la demostración de que les espera un próspero futuro. El agente les avisa que los anotaron en la nómina de Arizona y partirán en cuanto amanezca. Al escuchar que no los separaron, se ponen contentos.

A las cinco de la mañana, ya están listos esperando a que los llamen. Dos hombres rubios se paran sobre una piedra en medio del campamento y, con voz fuerte, mencionan a algunos y organizan la salida. Más tarde, llegan otros dos y hacen lo mismo. Al siguiente día, se repite el proceso y así durante toda la semana. Ellos no aparecen en las listas. El encargado les explica que a veces los papeles se extravían y deberán esperar. Siguen presentándose puntuales, sin perder la esperanza. Un vendedor de comida les aconseja:

—Váyanse, muchachos, váyanse por su cuenta.

—Pero de aquí estamos muy lejos todavía, ¿no?

—Sí, aunque no serían los primeros en irse hasta la frontera. Ya de plano brínquense la barda. El chiste es entrar y allá luego se acomodan. O hablen con el agente —se inclina y baja la voz—: a muchos los dejan esperando para ganarse una propina.



Rodolfo y Macario deciden irse por su cuenta. Salomón y Victorino se unen a la hazaña, partirán en cuanto amanezca. Al siguiente día, Pedro se despide de sus amigos y, por un instante, duda en irse con ellos. Una corazonada le dice que será mejor esperar.

Continúa presentándose por si escucha su nombre, pero nada. Una tarde, durante la comida, un hombre corpulento le propone un trato que resulta atractivo: lo incluirá en la nómina siguiente y el punto de reunión será ahí donde conversan. Tal como acordaron, Pedro se presenta a tiempo y entusiasmado. El agente no llega. Recorre la casona preguntando si lo han visto. Hay muchas caras desconocidas: todos los días llegan viajeros y algunos llevan aquí bastante tiempo. Hay migrantes que parecen enfermos y se les nota el hambre en la mirada. Uno busca en el basurero, Pedro lo ve levantar algo y llevárselo a la boca. Otros empapan la camisa para luego ponérsela, creyendo que así soportarán mejor el calor. Avanza entre la multitud, labios resecos por acá, ojos tristísimos allá. No encuentra al representante y se da por vencido. Se sienta en una piedra y permanece ahí con la cabeza gacha. Un hombre de pelo cano se sienta junto a él.

—¿Qué te pasa muchacho?, te ves mal.

—Di doscientos pesos para que me pusieran en una lista y el agente no llegó. Tengo más de quince días y no me han nombrado...

—¡Ah caray!, ¿cómo está eso...? ¿A quién se lo diste, muchacho?

—Al gordo, al de La Piedad, Michoacán.

—¡Ay, hijo! —lo mira con pena—, que yo sepa, nomás ese es el encargado —señala al que todos conocen—. ¡Méndigo! ¡Te chamaquearon, caray!

Pedro aprieta los dientes. *¿Cómo puede ser tan pendejo?* Un ácido le quema el estómago. *¡Qué pendejo!*

—¡Malhaya...! —suspira—. Discúlpeme... es que, me quería cobrar trescientos cincuenta, le dije que no traía más, si no, me deja sin nada el hijo de su...

—Ay, muchacho, ¿y a dónde te toca ir?

—Arizona.

—¡Uy!, mira, por algo pasan las cosas. Por experiencia te digo que esto es la señal de que no vayas para allá. Las cosas no son como las pintan —pierde la mirada en el horizonte—. Para los gabachos no somos más que mano de obra barata, esclavos. Si este lugar te parece feo, ni te cuento lo que hacen allá —niega con la cabeza y aprieta la mandíbula.

—¿Qué les hacen?

—Ay, muchacho... los encueran, les rocían desinfectante, con una manguera te revisan allá, dizque por si traes enfermedades —habla pausado—. ¿Le sigo? A algunos les aprietan bien fuerte el —señala entre sus piernas— pa' ver si sale algo. ¡Tantas humillaciones! Cobran por las herramientas del trabajo, por la renta y todo lo que se supone que era parte del trato, y cuando ya no les sirven o si se enferman, los deportan. Y si no, los mantienen amontonados como si fueran animales. Ahí es donde uno se entera que no había nada legal en el contrato —gira hacia él—. Hubo rachas buenas que duraron lo que canta un gallo. A ellos les conviene que nadie nos proteja para hacer lo que les dé su gana.

—Y, ¿por qué no se sabe de eso? ¿Si hasta hay militares acá?

—Dizque para cuidar el orden, pero los dos gobiernos se hacen de la vista gorda. ¿Sabes cómo empezó esto de los braceros? Porque los gabachos ocupaban raza pa' trabajar mientras ellos peleaban las guerras. Toda su gente andaba echando bala y acá, los campos solos. A eso nos trajeron, luego vieron el beneficio de pagarnos lo que querían sin que nadie nos defendiera y pues...

—Discúlpeme la pregunta: si tan mal está la cosa, ¿qué anda haciendo usted aquí?

El hombre hace una pausa y con voz apagada responde:

—Busco a mi hijo, hace meses que no sabemos de él.

Pedro se queda mudo. Asiente con empatía y baja la mirada. Reflexiona la situación mientras observa a un insecto que se escabulle entre las piedras. No se da cuenta en qué momento el anciano se retira. El resto de la mañana, lo pasa enojado, atento por si ve al traidor para tumbarlo de un buen golpe. No lo vuelve a ver. Afortunadamente, le queda un poco de dinero. Calcula que con cien pesos podrá regresar. No hay nada que pueda hacer ahí, además, comer arroz con frijoles a diario no lo satisface. El agua sólo llega dos veces al día: las personas que llevan barriles en carretas la venden a peso por vaso. Está cansado de dormir sobre cartones debajo de las parras.

El cansancio y la desilusión son la carga que más pesa en su maleta. *¡Maldita la hora en que se me ocurrió venir!* Cuando llega la noche, se acuesta sobre el piso del vagón y el aceite le mancha la mejor camisa que lleva. *Sesenta pesos por viajar como una vaca, ¡méndigos!* En la estación de Guadalajara, descuenta tres pesos para un vaso de camarón, el coctel le quita la sed y el hambre, también le borra de la lengua el sabor ferroso de los frijoles con arroz. Se hace tarde, decide descansar en un hotel de quince pesos que está cerca de ahí. Mañana, cuando llegue a Guzmán, irá con sus clientes a pedir más dinero a cuenta de la miel. Acostado, sigue haciendo cálculos. Mira su camisa sucia y se levanta para lavarla. Unta el jaboncillo y frota muy fuerte hasta que el aceite casi se diluye. La cuelga sobre la barra del baño, procurando que seque sin arrugas.

Antes del mediodía, ya está en Ciudad Guzmán. Se encamina directo a casa de los Toscano y después de aceptarles un vaso de agua de limón, queda apalabrada la cosecha de miel y le dan un adelanto. Se siente como si hubiera faltado a un compromiso, pero también está muy contento de volver a su tierra. En la terminal de camiones, pide un boleto hasta el entronque de la carretera con el pueblo. Camina los siete kilómetros que faltan mientras aspira el aroma cítrico de las hierbas. Respira profundo, con satisfacción, con orgullo de volver, aunque ya escucha decir a su madre: *¿Te fue mal, hijo? No te preocupes, lo bueno es que estás bien, que ya estás aquí.* Las madres saben dar la bienvenida al fracaso y convertirlo en algo sin importancia.

Unas gotas anuncian la lluvia que no tarda en convertirse en diluvio. Se resguarda en una casa vieja y sola al lado del camino. Sentado en un tronco junto a la ventana, mira llover. Cae en cuenta de que es 29 de junio:

regresa en su cumpleaños. Cumple veintidós y va a casarse. Hace una mueca de preocupación, luego sonríe.

Cuando la lluvia termina, sale de la casa y camina los últimos dos kilómetros que le quedan. Entrando a El Aserradero, se encuentra a Rogelio el de los cacahuates, quien viene en sentido contrario.

—¡Rogelio! —le grita.

Él, en vez de responder al saludo, contesta con aire indulgente:

—Hum... como dicen por ahí «siempre vuelve la abeja a su colmena».

Pasa de largo sin decir más. Pedro lo mira alejarse. *No ha cambiado nada. ¡Ah, cabrón tan huraño!*

Cuando llega a su casa, el tío Pablo es el primero en recibirlo.

—¡Pedro! —se levanta del comedor—. ¡Condenado!, nos tenías muy preocupados —lo abraza fuerte y le palmea la espalda—. Mira que estás bendecido, llegas con bien y además nos traes la lluvia. ¡Dios bendito! Algunos estaban perdiendo sus cosechas de maíz. Pero, hijo, cuéntame, ¿cómo te fue?, ¿qué razón me das de Isidro?

—¿Isidro? —a Pedro se le borra la sonrisa—. ¿Cómo?

—¿Y cómo están Victorino, Salomón y los demás? No se ha sabido nada de ellos —continúa su tío.

—¿Cómo que no? —dice preocupado—. Pensé que ustedes me iban a dar razón de... —se queda callado.

—Ay, mijo —responde Pablo conmovido—. No me digas que no sabes nada. ¿Qué pasó? —sus ojos se entristecen—, tu hermano dijo que iba a llegar a donde mismo que ustedes y que vería la forma de avisar en cuanto se reunieran...

Las conclusiones se convierten en una confusa plática que interrumpe doña Soledad, madre de Salomón, a quien le avisaron que Pedro estaba de vuelta. Agitada, entra a la casa y pregunta con entusiasmo:

—¡Pedro! ¡Dios bendito! —le da un rápido abrazo—. ¿Qué razón me das de mi hijo?, ¿me traes una cartita?

Doña Chole tiene las manos en el pecho, los ojos muy abiertos y una sonrisa esperando la buena noticia. Pedro no es capaz de organizar sus pensamientos, ojalá supiera qué responder.

—Doña Chole... apenas me entero que no saben nada —suspira y luego agrega—, que Isidro también se fue para allá —se encoge de hombros.

Un ambiente pesado sofoca la sala. Pedro les cuenta que decidieron irse por su lado y no supo más de ellos. La tarde se vuelve sombría y

la mirada de doña Chole pierde la esperanza. Maura entra apurada, regresa de un novenario organizado para pedir por los muchachos. Mira a Pedro detrás de doña Chole y corre hacia él para abrazarlo al tiempo que recita alabanzas y agradecimientos al cielo. Nadie nota que doña Chole se ha retirado. Maura no cabe de la emoción, lo toma de las manos.

—Cuéntame, hijo, ¿cómo te fue? ¿Isidro se quedó allá? —sonríe esperando la afirmación.

Pedro esquivo la mirada. Va a decir algo cuando su tío lo interrumpe:

—Acompáñame a la capilla, Maura, yo te platico—. La toma por el hombro—. Pedro no ha dormido en días, hay que dejarlo descansar.

—No, no, espérate —le quita la mano de encima—. Dime, ¿viste a tu hermano?

Pedro mira a su tío que le hace un gesto. Vuelve la mirada a su mamá y asiente.

—¡Ay, mijo! ¡Bendito sea Dios! —lo abraza otra vez.

Pablo insiste en llevarse a Maura y sugiere a Pedro:

—Duérmete un rato, yo le voy platicando a tu mamá lo que me contaste.

Disimulando su confusión, Pedro asiente otra vez. Pablo encamina a Maura por delante y desde la puerta antes de salir, voltea y niega con la cabeza. Pedro está de acuerdo: no le dirán nada a su mamá. Se mete al cuarto, se quita la ropa y se acuesta. Se va quedando dormido pensando que tal vez Isidro sí pudo llegar al otro lado, o tal vez ya viene de regreso.

Al día siguiente, visita a Raquel. Cuando ella lo ve, corre a encontrarlo lanzándose a sus brazos. A pesar de las restricciones de su madre, le da ese beso que él tanto le había rogado cuando partió. Pedro le platica que está preocupado por su hermano y Raquel no sabe cómo consolarlo.

—Por ahí andarán. Isidro es avisado, seguro en unos días les llegan noticias, ya verás...

Pedro la mira pensativo recordando las palabras de Rogelio: «Siempre vuelve la abeja a su colmena...»

—Ojalá —suspira. ✱

YO QUE IBA PARA LA FIESTA

Había comprado estos zapatos blancos
esta ropa blanca para ir a la fiesta
y la sangre de mi hermano
ha salpicado la manga de mi pantalón

Y ya es muy tarde para volver al almacén
y no tengo ropa limpia en la casa
y cómo salta el rojo sobre el blanco

Seguramente ya arde la fiesta
y el alcohol corre como el agua

Y para colmo
la sangre de mi hermano
ha manchado mi camisa blanca
aquí en el pecho

Lo vistieron con la camisa del uno
con el pantalón del otro

Estaba descalzo,
así no lo dejarían marchar,
el camino que le esperaba era largo

Parecía sonreír
Como la luz de la luna su sueño

«Ay hijo,
la noche se me vino encima
Cómo podré levantarme ahora,
con qué ánimo empujaré el día»

Bolívar, Colombia, 1949. Su libro más reciente es *Por sombra de luz* (Seix Barral, 2021).

Los niños lo contemplaban con cara de viejos

Lo vieron partir
El camino, un tapiz deshilachado de flores

Le preguntaron si los había visto pasar
y ella les dijo que no

y los había visto
porque por aquí pasaban
los unos y los otros

Entonces la amarraron
le cortaron las manos y los pies
y la abandonaron en la orilla del camino

Lloró y se quejó mientras la sangre se le iba
y nadie pudo auxiliarla

Al fin se quedó en silencio
y su silencio grita ahora en esta montaña

—**Nosotros** tuvimos suerte
sólo nos mataron
y podemos ir ahora sobre el río
en el balanceo de los camarotes
charlando

—Usted que tiene los ojos buenos, compadre,
dígame, ¿qué ve en la orilla?

—La tierra que fue nuestra

—¿Y qué más ve?

—El humo de las bestias
 consumiéndose en los patios
 y el humo de las casas

sólo el humo

—**Bajaba** el hombre
 cantando versos
 que se me olvidan:

«Cogía la niña la rosa...»

—Bajaba alumbrando de fiebre
 sobre la montura:

«¿Cuál es la niña
 que coge las flores
 y no ve dolores?»

Cogía la niña
 la rosa florida
 De mal de amores
 suspira su herida»

Escuché tu llamado, madre
 y cogí fuerzas para levantarme
 Era de noche
 y me fui adivinando el camino
 Quise guiarme por el sonido
 de la quebrada
 pero el agua no se oía,
 sólo los perros ladraban a mi paso
 Esta es la casa de Juan Chilito me decía
 pues eran tres los perros que ladraban
 Cómo no iban a ladrar si me faltaba la cabeza

Voy por donde Pedro Daza
pues ladran como cuatro o como seis
volvía y me decía
Cómo no iban a ladrar
si me faltaban las piernas
Al fin di con tu casa, madre
Tu casa como una nube blanca
entre tanta negrura
Pensé que dormías agotada por la pena
y no quise despertarte
y me fui yendo por donde había llegado

Un hombrecito desarrapado,
un hombrecito que no tenía
de donde agarrarse
más que de un puñado de flores silvestres,
lloró en el velorio a tu lado

un llanto que quería ocultar
pero que sacudía sus costillas

En algún cruce de caminos
levantarías con él un aguardiente
algún dolor regarían con risas

Y volvía
en la hora de todos los abandonos
con flores de humilde verdad

Este año apuntalaré mi casa
habías dicho

ya no se la llevaría el viento
tu casa liviana como un nido de pájaros

Este año me caso,
si Irene quiere, me caso

Este año conozco el mar,
habías vuelto a decir

Parecía que el viento soplaba de tu lado

y el viento sopló y de qué manera
te apagó la luz
se te llevó el aire
y como hojas secas
arrastró tus sueños
y metió todo en un agujero negro

Vamos, David Zúñiga
toma mi mano,
igual un día me diste la tuya

El potrero está cerca,
escucha el golpe de la puerta de golpe

No te preocupes por las malezas,
alguien las arrancará,
olvida las deudas
los pequeños rencores

Mira en la hondonada
a tu yegua blanca
su potrillo negro

Sonríe como cuando oías el violín
del músico llegado de San Juan

Hermoso potro

Mira cómo la melodía corre
con brillos de aceite por su lomo
desciende por sus patas largas
y se desliza entre la hierba
como culebra de agua

Mira la estrella
ascendiendo de su frente
hacia tu noche extensa

Detente por un instante
en la orilla de este cielo
que pronto se borra

—¿Qué hace esa mano en el agua?

—Tal vez nos saluda

—¿Y el cuerpo dónde va?

—Debajo del agua
Puede ser un viejo y le da pena
o una muchacha que se tiró al río desnuda

—Pero esa mano ya va lejos
y el nadador no saca la cabeza

—Puede ser un buen nadador
o vimos mal, hijo
y esa mano no era una mano
sino un pájaro de agua

Vine a cerrarte los ojos, Ana
No pude hacerlo cuando tu cabeza
nos miraba desde el cactus del patio

Vine a cerrártelos a ti
que eras la elegida
para cerrar los míos

Imagina que te los cierro
que vuelvo la cabeza a tu cuerpo
y lavo tus heridas con agua de olvido

Levántate ahora y cierra los míos
y esperemos el descenso
de nuestros cuerpos en paz

Vendrá el mar y nos lavará la pena
tendremos sol y agua templada
y las olas golpearán
nuestras espaldas jóvenes
La noche surgirá con sus dos cielos,
el pescador azul
levantará en el horizonte
su pez de oro
Y apagada la lámpara
oiremos bramar al monstruo oscuro
y sentiremos miedo
y volveremos a ser niños
Y pasado el tiempo
entraremos serenamente
en la noche verdadera
Y tendremos día de nuevo
la espuma nos besará los pies
y correremos por la playa retozando
con la alegría acezando en nosotros,
y nos echaremos bajo el sol
brillantes y robustos como leones marinos ■

21 de diciembre de 2012

Alejandra Jaramillo Morales

—**Gracias por acompañarme hoy**— dijo Jorge a Laura. Ella, al oír la voz de su novio, salió del ensimismamiento y se sorprendió de escucharlo porque lo creía dormido. Laura y Jorge iban en bus hacia un lugar en las montañas colombianas donde pasarían dos noches de trabajos espirituales para ayudar a sostener el planeta en los cambios pronosticados por los mayas. A Laura le pareció extraño que Jorge le hiciera ese agradecimiento, ella no sentía que iba para acompañarlo, se sentía también protagonista del viaje. De todas maneras, con un gesto de amabilidad le aceptó el agradecimiento.

—Tú eras pequeña aún cuando todo esto empezó para mí, no te alcanzas a imaginar por todo lo que pasé. Cómo te explico. Es como si el resto de mi vida hubiera existido sólo para este momento, mejor dicho para que lo sobrevivamos.

—Jorge, tú sabes que hace tiempo reinterpretaron el legado de los mayas y sabes muy bien que no se va a acabar el mundo mañana, es sólo un cambio de vibración.

Bogotá, Colombia, 1971. Uno de sus libros más recientes es *Las lectoras del «Quijote»* (Alfaguara, 2022).

Laura volvió a mirar por la ventana. Esas conversaciones donde la diferencia de edad entre ella y Jorge se evidenciaba no le gustaban. Las edades del alma le parecían ajenas a los factores del tiempo occidental. Además, siempre que salía el tema, Laura le recordaba a Jorge ese proverbio chino que decía que un hombre tiene la edad de la mujer que ama. Por su parte, Jorge sentía juventud en su alma y estar con Laura le renovaba sus expectativas ante la vida, pero no tenía cómo negar lo vivido, tantos años de sufrimiento. Jorge quiso seguir la conversación, empezó a sentir que su pasado venía de golpe a usurparle la tranquilidad y a recordarle los silencios que mantenía sobre su vida, todo lo que no le había contado a Laura. De todas maneras prefirió callar.

—¿Ves esos helechos? —dijo Laura señalándole hacia afuera—. ¿Esos que son como árboles?

—Sí, son hermosos, no recuerdo haberlos visto antes en mi vida— respondió Jorge acomodando su cabeza en el pecho de Laura, que estaba en la ventanilla, para mirar mejor hacia afuera.

—Están en vías de extinción, son helechos de hace millones de años. ¿Te imaginas? Son testigos de tantas transformaciones. Me pregunto qué les permitió salvarse de tantos cambios en el planeta.

El paisaje que veían en esa carretera era maravilloso. Laura estaba fascinada de ver toda esa vegetación nativa, el verde húmedo que se desprendía de las montañas y las cascadas que bajaban entre rocas atravesando las montañas. Jorge iba un poco mareado; desde que empezaron a bajar, después del alto, las curvas aumentaron y lo traían mal. Laura empezó a consentirle la cabeza y él se hundió un poco más entre sus senos. De repente una neblina espesa entró a tapar la vegetación.

La neblina inundó las montañas. Cuando se subieron al bus el conductor dijo saber dónde quedaba la casa y por eso tuvieron que confiar y se bajaron donde él se los indicó sin poder leer el letrero donde se leía «Finca Las Camelias». Laura no alcanzó a ver en qué momento le entregaron a Jorge los dos morrales. Jorge se alegró cuando ya fuera del bus leyó el letrero, le gustaba validar la información y nunca actuar por la inercia del conocimiento ajeno. El frente de la casa no mostraba ningún movimiento, así que dieron la vuelta buscando la otra fachada. Allí encontraron varios mochileros, círculos de personas conversando entre los que alcanzaron a ver varios indígenas, muchas personas que seguramente iban para el mismo lugar que ellos. Jorge no le dijo nada a Laura pero sintió extrañeza mientras saludaban a la gente. Él había sido

un estudiante de derecho muy *play*, le decían, y en ese momento sintió que años atrás, en su época de universitario, no se habría acercado a esta manada de hippies. Miró a todas las personas, algunas en círculos, otras acostadas por ahí o en pequeños corrillos tocando tambores y ocarinas. Terminó su observación mirando a Laura. Era obvio por qué no le decía nada, ella misma tenía ese estilo, un pantalón a rayas en tonos verdes hecho por indígenas ecuatorianos y una camisa blanca con un bordado en el pecho traída por una tía de Laura de la India. El pelo hasta los hombros con las puntas rubias, liso, y una diadema con los colores del arcoíris. No tuvo que mirarse a sí mismo para reconocer que él también se había convertido con los años en uno de ellos, otro integrante de esa banda de seres que querían salvar el planeta y a toda la humanidad de la inminente destrucción. Le sorprendió su sensación; hacía años que ese mundo en el que se movía no le causaba ninguna pregunta, por el contrario, era el destino más lógico para su vida, pero en este día tan importante ese otro hombre que él fue estaba haciendo su arribo a esas montañas, él también quería hacer parte de la energía que todas aquellas personas moverían para dar el salto a las nuevas vibraciones de la tierra o entrar en la destrucción completa, el problema es que ese hombre que Jorge había sido le era incómodo, porque le traía la dualidad que con los años había logrado contener, el miedo, la incertidumbre que lo paralizó tanto tiempo.

Laura, por su parte, era asidua de estas ceremonias y encuentros y nada le incomodaba en ese momento. Se había conocido con Jorge un par de años antes en un congreso de los pueblos en la Universidad Nacional, él iba como representante del Distrito y ella, como una antropóloga más que apoyaba a las comunidades con las que trabajaba. De ahí en adelante, en los meses que llevaban juntos, estuvieron planeando con minuciosidad dónde pasarían este día en que los oráculos mayas pronosticaban el fin del mundo. Pensaron viajar a México, había que estar en el centro de lo que fue la civilización maya. Ya tenían reservas cuando un taita amigo de Laura les dijo que allá iba a estar mucha gente concentrada y no podían dejar otras zonas del planeta desprotegidas. Cada uno en su lugar, dijo el taita. Entonces se preguntaron cuál era su lugar, el país entero o qué lugares del país. El caso es que empezaron pensando en irse a la sierra o al Putumayo, pero el lugar propio del que hablaba el taita los fue llevando a decidirse por unas montañas muy cerca de Bogotá.

Un chico rotó un porro y Laura le dio unos pitazos. Jorge pasó porque desde hacía años había llegado a la conclusión de que la marihuana no era una medicina adecuada para el trabajo que él quería hacer, prefería el yagé y las medicinas del tabaco, pero no le parecía ni extraño ni molesto que Laura se trabara. Más bien, le pareció que una vez más la edad explicaba su comportamiento y era normal que su novia lo hiciera. Jorge le llevaba a Laura catorce años, los suficientes para que la vida de él ya hubiera pasado de la admiración y el sueño al escepticismo. Además, a Jorge le gustaba la mirada de Laura cuando fumaba varetta y esa suavidad tensa con que las manos de ella lo acariciaban en esos momentos. La neblina cedió y todo el paisaje apareció; los árboles, el pasto, las flores, las matas, las piedras, todo tenía el brillo que le queda a las cosas con la humedad de la bruma. El sol se insinuó ya entre las nubes y la visibilidad mejoró.

—Ya podemos caminar —dijo un indígena vestido completamente de blanco que se levantó de un grupo de personas que estaban haciendo un círculo de palabra ahí en el patio de la Casa de las Camelias—, se han ido los intrusos. La Madre ya nos ha dado permiso de bajar.

Jorge no sabía que estaban esperando el permiso para bajar, pero sí sabía, al igual que Laura, que donde hay indígenas los tiempos cambian y que de inmediato son ellos quienes van definiendo los ritmos. A Jorge eso le había dejado de molestar, esa suerte de minoría de edad que todos los arijunas tenían frente a los indígenas le parecía ahora una renuncia necesaria para los aprendizajes que él debía hacer.

Al entrar a la ecoaldea en que se llevaba a cabo la reunión les contaron que ya habían llegado cerca de trescientas personas, les entregaron sus horarios de ayuda en las labores comunitarias y una lista de actividades para las ceremonias preparatorias de esa primera noche, las del 21, que serían las más importantes. El 22 de diciembre al mediodía estaba programada la salida, después de terminar la ceremonia de limpieza. Si sobrevivían, quiso bromear Jorge, pero guardó silencio. Les ofrecieron cuatro espacios de camping que aún no estaban llenos y optaron por el más distante y agreste. Decidieron armar su carpa arriba en la montaña, con vista a las estribaciones de la cordillera. Abrieron las zanjas alrededor de la carpa, lo más profundo que las rocas les permitieron, para intentar que no se llenara de agua. Con palos de árboles que Laura cortó ahí cerca armaron una cubierta de plástico. Acomodaron los morrales, los sacos de dormir y se dispusieron a preparar un té de coca antes de bajar a unirse

en las tareas comunitarias. Jorge debía ir a lavar baños y Laura, a preparar alimentos.

—Me quieres contar algo más de eso que llamaste «el miedo» —dijo ella sentándose a su lado junto a la estufita y bajo el techo de plástico que sobresalía a la carpa formando la pequeña cocina. Estaba empezando a llover. Jorge la abrazó y la acercó a su cuerpo hasta rodearla con las piernas y pegar la espalda de Laura por completo a su torso.

—Tal vez no sea importante.

—Claro que sí. Si lo trajiste a colación es por algo, dime algo más, quiero oírte.

—No creo que debamos darle muchas vueltas a eso— dijo Jorge. Tenía la sensación de que para ese momento era mejor no generar demasiado ruido con Laura. No sabía qué iba a pensar ella de lo que él tenía por contarle. Tal vez debía encontrar un momento para conversar sobre ese pasado remoto después de que regresaran de este viaje. De todas maneras no logró frenar las palabras y terminó contándole que cuando era universitario, en los años noventa, creció el rumor del terremoto de Bogotá y después el del fin del mundo del cambio de milenio de los mayas. Le dijo que se enganchó con todo eso. Le dio mucho miedo y por eso decidió hacer una vida que le permitiera ayudar a salvar al planeta. —No sé cómo explicarte. Antes, en mi generación y en la anterior, lo importante era cambiar el mundo. Ya sabes, la revolución, la justicia social y demás. Pero yo viré hacia los motivos de tu generación o, mejor, de una nueva época, la salvación del planeta—. No supo muy bien cómo explicarle la sensación de tiempo que lo invadía, como que la vida se le agolpaba en el pecho en ese instante y lo dejaba atorado, sin orden. Le explicó que sus miedos eran muy largos en el tiempo, más que los de ella, y se disculpó por volver al tema de la edad. No podía sacarse de la cabeza que mientras él ya estaba teniendo incipientes encuentros sexuales con su primera novia, Laura a penas estaba comiendo compotas y gateando. Le incomodaba pensar que su vida se había destruido cuando Laura era una colegiala de falda plisada y medias escurridas, como se la imaginaba de niña.

Laura guardó silencio. Le consintió las manos. Observaron el plegable que explicaba las actividades. Laura quería pasar la noche en un mósgrata y Jorge quería ir al tipi a la toma de yagé. Jorge intentó convencerla de que hicieran una actividad juntos esa noche, había que prepararse bien para el gran día, pero después de un pequeño intercambio de frases con Laura

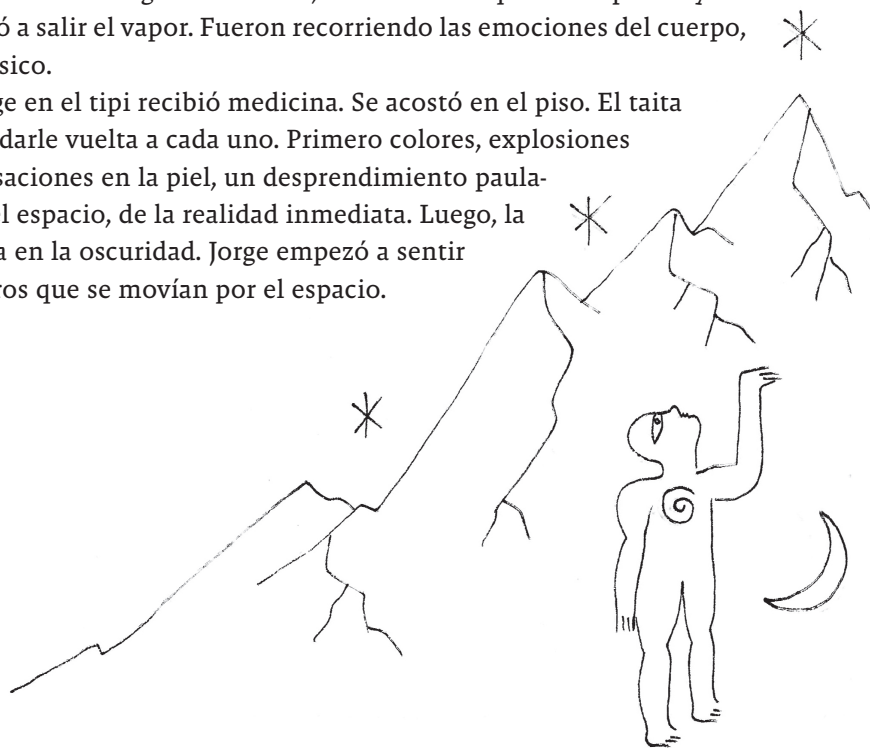
se dio cuenta de que no había caso, cada uno tenía necesidades diferentes esa noche; se encontrarían en la mañana. Terminaron de tomarse el té. Las tareas de la ecoaldea los esperaban.

En la noche Jorge vio a Laura salir de la carpa con un vestidito esqueleto transparente, llevaba el vestido de baño debajo. Él estaba junto a la estufa calentándose un poco las manos. Se va a morir de frío, pensó Jorge mientras Laura se agachó y le dio un beso largo de despedida. La oscuridad era profunda, la luna estaba en creciente pero era apenas un hilo y se había desaparecido muy temprano. Ahora el cielo estaba completamente despejado y se lograban ver millones de estrellas. Jorge vio a Laura descender entre la montaña. Él se alistaría en pocos minutos para dirigirse al tipi. Le pareció extraño sentirse dual, saber que otra vez él no era un solo ser, que pertenecía a ese espacio tiempo y, sin embargo, se sentía a la vez ajeno por completo. Tuvo miedo. Vio sus años pasados. Vio las amenazas, las cadenas que sufrió. Durante varios minutos no pudo levantarse del suelo. Una fuerza opresora le impedía moverse, salir al encuentro del taita y los compañeros con los que pasaría la noche en ese viaje fascinante que había vivido tantas veces en los últimos años. Estaba atado a eso otro que le impedía caminar. Respiró hondo varias veces seguidas. Recordó un mantra que le habían enseñado para salir de situaciones de miedo y empezó a repetirlo. Poco a poco su cuerpo fue ganando liviandad. Se levantó, buscó una bufanda y emprendió el camino al tipi.

Laura llegó al mósghata, iba pensando en que quizás el nombre mexicano era más sonoro, temazcal, pero el indígena que dirigía la ceremonia había hecho mucho énfasis en que se llamaba mósghata, que así lo llamaban los nativos de ese territorio en que se encontraban. La carpa circular que siempre le recordaba la imagen mágica de los iglú, la habían hecho con cobijas de lana muy gruesa. Se imaginó cómo serían los mósghatas de pieles que hacían los indígenas, ¿serían más calientes? Laura se acercó al fuego donde estaban calentando las piedras que llevarían después, al mósghata y entró en el gran círculo donde el abuelo y los demás compañeros iniciaban la ceremonia. Una vez se paró frente a la hoguera, sintió que el frío cedió de inmediato. El fuego era potente, las piedras ya estaban rojo encendido y los cantos del abuelo transformaban el ambiente. El abuelo fue dando vueltas detrás de ellos con el tambor. Hacía resonar el instrumento en la espalda de cada uno de los participantes. Laura sintió esos latidos del tambor como campanazos

dentro de su cuerpo y el vacío se extendió dentro de sus entrañas. Jorge caminó en dirección contraria a Laura y llegó al tipi. Entró, se sentó junto a un indígena que había visto temprano y creía que era hijo del taita. Estaban en plena limpieza de tabaco y tihiki. La medicina estaba cerca de ser repartida. Esta va a ser una noche de viaje profundo, dijo el taita, vamos a bajar a la oscuridad mayor, van a ir a su silla de la muerte y regresar, es el viaje del guerrero que puede sobrevivir a todo, de los seres que vamos a ser capaces de entrar en la nueva vibración. Jorge sintió alegría de estar en ese lugar, ese día, a esa hora. Se imaginó cómo podría el mundo desaparecer, cómo podría explotar en pedazos, y se dio cuenta de que en su mente no cabía semejante destrucción. Que siempre veía las partes completas, los pedazos del planeta que él conocía aparecían volando en el vacío intactos de cualquier catástrofe. Laura entró al mós-gata, la eligieron como Señora del Agua, ella alimentaría durante la noche a las abuelas, a las piedras candentes que irían entrando una a una a posarse en el centro de la carpa y calentar el pequeño espacio. Cada piedra traería la sabiduría que la Madre estaba entregando esa noche, dijo el abuelo. Con la entrada de la primera piedra abrieron lo que se llamaba la primera puerta, el calor en aumento. Laura con el gran cucharón que le entregó el abuelo, sentada junto a la olla del agua de hierbas, le rociaba el líquido a la piedra y así empezó a salir el vapor. Fueron recorriendo las emociones del cuerpo, de lo físico.

Jorge en el tipi recibió medicina. Se acostó en el piso. El taita pasó a darle vuelta a cada uno. Primero colores, explosiones de sensaciones en la piel, un desprendimiento paulatino del espacio, de la realidad inmediata. Luego, la entrada en la oscuridad. Jorge empezó a sentir espectros que se movían por el espacio.



El taita hacía cantos, luchaba contra seres que intentaban apoderarse de la noche, de los viajeros. La oscuridad crecía, un camino largo de noches y noches. Una sensación de ahogo y soledad en expansión. Jorge, una vez más, aterrorizado de los espectros, de luces que se apagaban y prendían a su alrededor. Laura con el cucharón alimentaba las piedras, las abuelas de la segunda puerta. Las emociones del alma, la conexión con el occidente. Uno a uno en el mógata entregaron emociones, devolvieron las oscuridades de su alma. Laura envuelta en ese calor penetrante y agudo, en esa humedad corrosiva. Laura pensando en Jorge, en sus miedos, en lo que ella trataba de decirle. Jorge pensando en Laura, viéndola en el fondo de la oscuridad, ella una luz permanente al final de todos los caminos que se le imponían a Jorge con extrema velocidad. Jorge quería guardar la imagen de Laura, quedarse sólo viéndola, pero el espacio donde ella estaba emanando luz se amplió demasiado rápido, y él veía sólo túneles negros como las aguas de un río que los recorría dando tumbos, cayendo en un gran hueco, en el vacío. Laura aguantando, una puerta más, y otra más. Abuelas encendidas en fuego regresándoles memorias de la tierra, del ser, de las leyes naturales en que habían dejado de vivir. Laura vio el sentido de su cuerpo, de la luna en su vientre, de la sexualidad. Jorge, en el fondo del vacío, temblando, y el taita alimentando la oscuridad, dejándolos llegar hasta lo más hondo de lo hondo con cantos y tambores que le daban orden al caos interior de cada uno de esos seres. Jorge viviendo la disolución completa de su ser. La pérdida total de los sentidos y la guerra entre sus dos seres arreciando. Su otro yo riéndose de él. El planeta se deshizo en sus visiones, ahora sí en partículas incomprensibles y el rostro del miedo, de la ansiedad, de la devastación cubrió su propio rostro. Jorge finalmente cayó en un sueño profundo. Perdido de sí mismo. Laura en el aguante. Soportando calor y emociones, viendo toda la vitalidad de la naturaleza doblegar las verdades parciales de los seres que la invocaban. Al final, sólo silencio. No sonaban tambores ni voces, ni sonajas. La ecoaldea en silencio mientras que el día despuntaba. El 21 de diciembre de 2012 había llegado por fin.

Laura, cuando salió del mógata, desde lejos vio a Jorge sentado afuera de la carpa. Sólo tenía puestos los calzoncillos y la camiseta blanca que siempre se ponía bajo la ropa. Lo saludó agitando la mano con emoción. Ella venía feliz de la noche que había vivido, de haber resistido todas las puertas de la ceremonia. La mañana era húmeda, el agua evaporaba del suelo y creaba un manto blanco que envolvía las cosas. Pero Jorge no

se inmutó. Laura caminó más aprisa, quería llegar, abrazarlo, sentir el calor de ese hombre que en los últimos años sabía perfectamente cómo acunarla en su cuerpo. Cuando Laura llegó a la carpa la estremeció el vacío que se dibujaba en la mirada de Jorge.

—Amor, amor, ¿qué te pasa? — le preguntó arrodillándose frente a él. Laura venía con la ropa mojada, pero antes de pensar en cambiarse quiso lograr alguna palabra de Jorge. Él no musitó palabra. Ella lo mantuvo entre sus brazos, abarcando todo su cuerpo. Jorge inmóvil. —¿Qué viste, lindo, qué lugar visitaste?

Pasaron un largo rato en silencio. Laura por muchos minutos se mantuvo abrazando a Jorge. Luego se sentó a su lado y los dos observaron con parsimonia los colores de la madrugada al cubrir las montañas. Jorge reaccionó y tomó de la mano a Laura. Le consintió la mano. Debían bajar en pocos minutos a trabajar. Jorge debía ayudar en la cocina y Laura iría a cosechar alimentos para el almuerzo. Sin embargo, Laura esperó, se mantuvo en silencio acompañándolo, esperando alguna palabra. Jorge seguía tocándole la mano.

—Estuve allá. Volví a mi peor lugar —dijo Jorge con voz ronca, como si estuviera cerca de quedarse afónico.

—¿A qué te refieres?

—A que el miedo se apoderó otra vez de mí.

—Pero saliste adelante, estás acá.

—Laura, sentí que otra vez podían encerrarme, que podían decidir por mí en qué realidad estaba.

—...

—Cuando empezó el miedo, hace más de veinte años, yo traté de hacer planes de escape, yo quería sobrevivir, quería ser capaz de ganarle a la destrucción. Planeé refugios para el terremoto. Busqué gente que quisiera construir esos espacios para salvarse del poder de la tierra. Lo dejé todo. No pude trabajar más. No pude pensar en otra cosa que en esa destrucción. Nunca entendí cuándo mi realidad se alejó de la realidad de los que me rodeaban. Me encerraron. Para ellos yo estaba loco. ¿Quién decide si uno está loco o cuerdo? Yo les decía lo que estaba viendo, era lo mismo que vi anoche, yo les decía que nos podíamos salvar. Pero también les decía que era cierto, que todo se iba a acabar, que la entropía era clara y nosotros estábamos cerca del final. Tanto miedo. Me encerraron varias veces y yo volvía a salir. Cuando los medicamentos me dejaban libre la mente, una vez más, entraba en pánico. —Jorge miró

a Laura, esperaba alguna pregunta, una palabra, que lo interrumpiera, que le tapara la boca, que no lo dejara hablar más. Ella se mantuvo en silencio, en ese silencio que él temía, porque lo único que no quería perder en ese momento era a ella, no quería que ella le temiera, que lo abandonara. —Fue hace mucho tiempo —agregó—. Luego entré en otra frecuencia de vida, me alejé de mis proyectos, de mi carrera y me dediqué a salvar el planeta. Bueno, sólo me salvé a mí. Por eso para mí es tan importante este día, es la constatación de que todo lo que viví tiene sentido, de que mi sueño de salvarnos era posible. Dime algo Laura...

—...

—Dime algo.

—Qué te digo... Que lo siento, que lamento que todo eso te haya pasado.

—No me trates con esa condescendencia, Laura, por favor. Te estoy contando algo que para mí es importante, algo de lo que me curé, pero que anoche tuve que volver a vivir.

—Seguro esa es tu mayor oscuridad, alégrate, ya la conoces —le dijo Laura entristecida y sorprendida de lo que Jorge le acababa de contar. Lo abrazó una vez más como a un niño pequeño, rodeándolo por completo y no entrelazándose con él. La respiración de Laura estaba agitada, sonaba fuerte. Jorge odió el momento en que decidió contarle todo eso a Laura. Ninguna mujer quiere estar con un loco, ninguna mujer quiere vivir con ese lastre a cuestas, pensó.

—No va a volver a pasar, Laura, te lo juro, estoy curado.

—No te preocupes, todo está bien. Vamos a unirnos al trabajo comunitario, todo va a estar bien, Jorge, no temas más. Para eso es la medicina, para salvarnos de vivir eternamente en la oscuridad, para que vayamos a lo peor y regresemos. Tú ya sabes regresar, no te preocupes más. Vamos.

Laura le dio la mano para ayudarlo a levantarse. Le ayudó a encontrar ropa y ella misma se cambió. Él se dejó llevar. Se despidieron en el puente donde los caminos se abrían. Jorge fue a la cocina y Laura, a la huerta. Laura pasó las siguientes horas tratando de poner en orden lo que Jorge le había dicho. Creía en él, sabía bien qué tipo de persona era, no la perturbaba lo que él acababa de contarle, no, le preocupaba lo que él estuviera sintiendo. La aturdía no saber cómo acompañarlo en este momento de miedo.

Cuando Laura pasó a recibir su almuerzo Jorge estaba sirviendo el arroz. Ella le sonrió y le mostró que traía el plato de él y el de ella. Él le retornó la sonrisa y ella vio en sus ojos una suerte de tranquilidad que la llenó de júbilo. La medicina estaba terminando su tránsito en Jorge y seguro volvería a la normalidad. ¿Habría sido todo una visión provocada por la medicina?, se preguntó Laura, ¿o era eso lo que Jorge le quería contar desde ayer? De todas maneras el almuerzo transcurrió sin contratiempos, Jorge estaba una vez más conversador y amable. Después hicieron una pequeña siesta, se abrazaron fuerte, como queriendo decir lo que en ese momento los dos sabían que las palabras no lograrían explicar. Al despertar, Jorge besó intensamente cada pedacito del rostro de Laura. Luego se alistaron para la ceremonia del 21 de diciembre en el río, la ceremonia mayor del solsticio de invierno.

La bajada al río era muy empinada, debían caminar uno a uno, en fila india por la trocha para no caerse en los peñascos. Además había largos tramos que se hacían entre el bosque y así el abismo no era tan notorio porque estaba atiborrado de plantas. Había muchas nubes, algunas muy grises que llamaron la atención de Jorge, eso no era normal en el verano de diciembre. De todos modos Jorge y Laura iban emocionados oyendo los tambores y los cantos que las personas hacían a lo largo del camino. Jorge, de vez en cuando, trataba de subirse a alguna piedra para poder tomar fotos de esa multitud que caminaba hacia el río.

—Acabo de tener un *déjà vu*, bella, yo ya viví este momento, hace siglos, el mundo ha estado por acabarse muchas veces y se mantiene —le dijo Jorge a Laura emocionado.

Contrario al buen ánimo de la caminata, algunas veces, cuando Jorge miró hacia la multitud vio a su otro yo, ya materializado, impidiéndole la visión del mundo. Quiso borrarlo de un manotón, pero ya era una verdad, él también estaría en la ceremonia, él, ese otro al que había conjurado por años, lo acompañaría en este día tan importante.

Llegaron al río, después de varias paradas y ceremonias de permiso para llegar hasta ese lugar. Eran ya las cinco de la tarde. En el río todas las personas tenían tareas diferentes. Había que prender el fuego, recoger piedras para sentarse en el círculo de la noche, organizar los altares y las medicinas. Antes de que oscureciera debían agradecer bañándose en las heladas aguas del río. Laura estaba entre las mujeres que encendían el fuego; Jorge, luego de ayudar a organizar el gran altar de las ofrendas, se

lanzó al agua desnudo, en absoluta entrega con el momento que estaba viviendo, aunque con el fantasma de ese otro ser que él había sido acompañándolo cerca, ahí, como un testigo burlón del miedo que transformó su vida.

La cascada que formaban las rocas en el río era inmensa, impresionante, con una fuerza soberana, pensó Jorge, mientras atravesaba de lado a lado el claro del río donde muchas personas estaban nadando. Se paró bajo el agua de la cascada, dejó que el agua golpeará sobre su espalda. Siguió nadando, buscando no congelarse. Entonces sintió un temblor en las piedras del fondo de río. Oyó un crujir en la tierra, miró a todos lados, pero las demás personas parecían no inmutarse. Se hundió en el agua y contuvo la respiración unos segundos. Los ruidos eran confusos, pero claramente algo se estremecía bajo el agua. Salió con toda la intención de correr a abrazar a Laura y pedirle que se fueran de allí, pero al salir sólo alcanzó a ver cómo una oleada de agua y piedras bajaba por el río. Intentó gritar pero no le salió la voz.

En segundos el agua invadió el espacio. Jorge mantuvo los ojos abiertos y vio cómo los cuerpos de todas las personas eran arrastrados por el agua y golpeados contra las piedras. Fueron segundos eternos, segundos en que Jorge seguía oyendo el crujir de la tierra, cada vez más fuerte, y los pensamientos lo atropellaron con la certeza más atroz de su vida. Lo sabía, lo sabía, todo iba a terminar acá. Entonces vio otra vez el planeta entero deshaciéndose, los mares derribando las ciudades, las montañas tragándose a los humanos, los volcanes devolviendo su magma, esa gran catástrofe que, pese a todo, él estaba destinado a presenciar. El otro hombre que era él lo miraba con sorna, aunque Jorge quería decirle, viste, yo tenía la razón, yo sabía que esto iba a suceder, pero la dualidad se había apoderado de Jorge ese día y el otro tenía más poder y podía burlarse de él. Jorge continuó con los ojos abiertos, retando a su otro ser y trató de gritarle, pero las palabras no salían entre el agua. Entonces sintió un cierto regocijo de pensar que también el otro hombre moriría en ese momento. Era el fin, era ese instante apocalíptico que lo acompañó por tantos años. Entre los cuerpos que pasaban en el agua nunca logró ver a Laura, quiso despedirse de ella, decirle que la amaba, quiso ver sus ojos una vez más. Perdió el sentido. El silencio absoluto envolvió a Jorge para siempre. ✕

M'illumino d'immenso

Jorge Yglesias

Premio Internacional de Traducción
de Poesía del italiano al español

M'illumino d'immenso es un concurso que fomenta la traducción y difusión tanto de la poesía italiana como de la poesía suizo-italiana en los países de habla hispana. Es organizado por los poetas Vianni Bianconi (Suiza) y Fabio Morábito (México), y por la traductora Barbara Bertoni, coordinadora del Laboratorio Trädüxit, gracias al apoyo del Instituto Italiano de Cultura de la Ciudad de México y de la Embajada de Suiza en México, con el patrocinio de la Biblioteche di Roma.

Un jurado compuesto por Jorge Aulicino (Argentina), Barbara Bertoni y Fabio Morábito decidió otorgar el premio de la sexta edición a Jorge Yglesias, de La Habana, Cuba.

Yglesias ha sido traductor de Emily Dickinson, Adrienne Rich, Paul Claudel, Georg Trakl, Julian Schutting, H. C. Artmann y numerosos poetas contemporáneos franceses, austriacos e italianos. Fue ganador del Premio de la UNESCO a la Mejor Traducción de Pushkin en 1999, del Premio de Traducción Literaria de la República de Austria en 2000 y del Premio del Colegio de Traductores de Arles en 2002. Es autor de los libros de poesía *Campos de elogio*, *Sombras para Artaud* y *Pequeña Siberia*, y profesor de Historia del Cine y Estética del Documental de la Escuela Internacional de Cine y TV de San Antonio de los Baños. Realiza un programa radial diario de música clásica para la emisora CMBF.

A continuación presentamos su trabajo.

'82. SCIREA

Los recuerdo avanzando inexorables,
desplegándose con fuerza hacia la victoria final:
Al inicio, salieron inseguros de la oscuridad
de los vestuarios, después empezaron a ganar
cada vez más, siempre.
Recuerdo a Gentile, siempre dominó al adversario,
ganando todos los torneos, respirándole en la nuca,
todos sucumbían exhaustos,
aniquilados por su potencia.
Recuerdo a Tardelli, el proyectil y el grito,
y el llanto alto al cielo tenso y brillante,
a Zoff que cuidaba las espaldas con ojos de hierro,
recuerdo a todos, al que corría con la cabeza erguida,
mirando enemigos lejanos, más allá del caballo,
al de rápida ejecución,
la puntería fulminante con la que abatió al portero,
a los de ráfagas furiosas en la banda,
los tiros de Cabrini como bombas sobre el centro.
Pero él, que se adelantaba como si no tuviera adversario,
que combatía al tiempo y no al hombre,
que antes que ningún otro fulminó el segundo,
dejando fuera de tiempo el juego del adversario,
él, animado por su metrónomo interno,
con el latir de su corazón sustituyó al reloj,
anuló y regeneró el tiempo.
Y no era necesario ningún choque,
siempre era previsor anticipándose
siempre

determinaba el
 pase en soledad,
 en el corazón del partido y ajeno a su clamor
 a la agitación de Gentile y Tardelli, a la rápida
 carrera de Bruno Conti, a las flechas de Rossi.
 Jugó el partido con anticipación, contra un adversario
 invisible: lineal, apolíneo al correr,
 silencioso. A él es a quien más recuerdo,
 que en silencio dirigió el ejército y previó
 cada movimiento del adversario y diseñó la victoria,
 trazó una estela en la pleamar.

De *La polvere e il fuoco*, de Roberto Mussapi (Mondadori, Milano, 1998).



'82. SCIREA

Li ricordo avanzare inesorabili, / distendersi con forza alla vittoria
 finale: / prima, dal buio degli spogliatoi uscivano / incerti, poi inizi-
 arono a vincere, / sempre di più, sempre. / Ricordo Gentile, dominò
 sempre l'avversario, / vincendo ogni torneo, respirandogli sul collo,
 / ognuno cedette spossato, / annichilito dalla sua potenza. / Ricordo
 Tardelli, il proiettile e il grido, / e l'alto pianto al cielo teso e lucente, /
 Zoff che copriva le spalle con gli occhi ferrigni, / ricordo tutti, chi per
 la corsa a testa alta, / guardando i nemici lontani, oltre il cavallo, / chi
 per la rapidità d'esecuzione, / la mira fulminea con cui finì il portiere,
 / chi per le folate furibonde sulla fascia, / i lanci di Cabrini come bom-
 be sul centro. / Ma lui, che anticipava come non avendo avversario, /
 che combatteva col tempo e non coll'uomo, / che prima di ogni altro
 fulminò il secondo, / rendendo fuori tempo la partita avversaria, / lui
 animato dal suo metronomo interno, / col battito del cuore sostituì
 l'orologio, / lui cancellò e rigenerò il tempo. / E non fu necessario al-
 cuno scontro, / sempre agì di previsione anticipando, / sempre deter-
 minò il lancio in solitudine, / nel cuore della partita ed estraneo al suo
 strepito, / al tumulto di Gentile e Tardelli, alla rapida / corsa di Bruno
 Conti, alle frecce di Rossi. / Giocò la partita d'anticipo, contro un avver-
 sario / invisibile: lineare, apollineo nel correre, / silencioso. Lui più di
 tutti ricordo, / che diresse in silenzio l'esercito e antevide / ogni mossa
 dell'avversario e disegnò la vittoria, // tracciò la scia nell'alta marea.

ES UN TORBELLINO QUE APLASTA (FRAGMENTO)

§ Es una ventosa
que se pega se adhiere en todas partes
une mundos nunca antes pensados
y cosas nuevas y extrañas se amigan

es un torbellino que aplasta
avanza y traga con sus garras
peces, ranas, renacuajos y libélulas
un suave estruendo de fondo

como una hélice que gira
o el ruido sordo de una montaña al desmoronarse

§ el pueblo se levanta.

Se vienen abajo
calientes
uno tras otro
como reunidos en torno al fuego
colinas y casas y troncos.

Queda una aldea
desecada,
barridos
todos sus insectos

extinguido el reino de los sueños
cada hipotética colmena

y el sol que corta
es una cuchilla
rasurando la piel

§ la muñeca de Jessica yace
tendida sobre el cuerpo del pez muerto
su lecho de escamas y esmalte
es un brillo que resalta en el pantano

y atrapa el sol
cruel que aún sale

su rostro vuelto hacia el hedor
de pescado y muerte, la mirada

de quien conoce el horror
sin voz ni corazón tal vez
espera

que las pequeñas manos de Jessica
vuelvan a ser un día calor
e infancia. ✱

De *Verso la ruggine*, de Prisca Agustoni (Interlinea, Novara, 2022).

È UN TURBINE CHE STRITOLA (FRAMMENTO)

§ è una ventosa / che s'appiccica s'incolla ovunque / avvicina mondi
mai pensati prima / e nuove e strane cose s'amiciziano // è un turbine
che stritola / avanza e inghiotte nella morsa / pesci, rane, girini e libel-
lule / un dolce frastuono in sottofondo // come di un'elica che gira / o
il tonfo di una montagna quando frana // § s'alza il paese. // Vengono
giù / caldi / uno dopo l'altro / come raccolti attorno al fuoco / colli e
case e tronchi. // Resta un villaggio / disseccato, / scopati via / tutti i
suoi insetti // estinto il reame dei sogni / ogni ipotetico alveare // e il
sole che taglia / è una lama / radente la pelle // § la bambola di Jessica
giace / distesa sul corpo del pesce morto // il suo letto di scaglie e smal-
to / è luccichio che si staglia sul pantano // e coglie il sole / crudele che
ancora nasce // il viso rivolto verso il tanfo / di pesce e di morte, lo sgu-
ardo // di chi sa l'orrore / senza voce o senza cuore forse / aspetta // che
le piccole mani di Jessica / ridiventino un giorno calore / e infanzia.

Un silencio en alguna casa

Melissa Cordero Novo

La vida pasa escondida en las alas de un ave, casi cayéndose. Si te fijas, la verás agarrada con los pies y las manos y la boca, mordiendo las plumas o la carne —indistintamente— para no soltarse. Migra, y uno se queda con una nostalgia increíble y tiene sueños con lugares que jamás conoció y llora si hay tempestades y siente un dolor en los brazos que no se puede explicar. Cuando un cazador dispara y atina y muere un ave que iba con las alas abiertas, hay un deceso. Cuando una bala detiene la respiración a mitad de las nubes, no queda más que un silencio en alguna casa y luego están las lágrimas y los pañuelos que se exprimen por las esquinas, y los amigos que llegan vestidos de negro y comentan en los funerales los secretos del fallecido. Afuera siempre están las aves, aunque nadie las vea. Revolotean en las ventanas y después, cuando se va la gente, viene alguien con rostro prestado y con un trapito a limpiar la mierda que dejaron pegada en el cristal, y no hace sino regarla por el marco y los manubrios. El hedor perdura como una maldición a pesar de los días.

Cienfuegos, Cuba, 1987. Estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales del CUCSH.
Ganadora del XIII Concurso Literario Luvina Joven en la categoría Luvinaría / Cuento.

Por eso Rina apenas pudo dormir en aquel cuarto, en el de la ventana; se le revolvió el estómago apenas traspasaba la puerta. A la hora del sueño se tapaba la nariz con dos rollitos de papel, pero el olor permanecía en su conciencia. Había llegado a la casa al amanecer, todavía con el pecho en forma de lápida. Bien sabe Emerio que las malas noticias no se sueltan así, de sopetón, que fue un error llamar a Rina y decirle: *Tu abuela ha muerto*, sin un preámbulo, sin un *no te preocupes que yo estaré a tu lado*, y Rina con el teléfono pegado a un oído, *pero respóndeme, ¿vendrás?, ¿cuándo?, ¿a qué hora vas a llegar?* Y sólo silencio y luego el tono. Pero Emerio siempre fue un guajiro bruto, desde chiquito, cuando aún Rina vivía en aquella casa. Escándalo el que formó cuando Rina se fue, no entendía que en esta vida hay metas que no se limitan a hacer parir una vaca o sacarle un buen boniato a un surco.

La abuela estaba enferma. Los últimos meses se la pasó recostada junto al baúl de las fotos. Las miraba una y otra vez, y después las colocaba en pilas según los años, como si quisiera grabarse las imágenes en la cabeza. En las mañanas leía sin detenerse para no olvidar las palabras. Recordaba cuando ella y Rina se iniciaron juntas en el misterio de los libros. *Su primera vez leyendo fue como la fotografía accidental de un anciano en una habitación semioscura: tratando de averiguar su mecanismo, se asusta al apretar un pequeño botón y descubrir un estallido de luz.* Por las tardes venía el médico con un catéter que le pedía permiso a la abuela para quedarse en el brazo, y ella retorcida y con las venas hinchadas y con el dolor posado en la frente. Desde algún tiempo atrás ella no lucía las canas, el pelo abandonó su morada sin avisos y sin treguas para remendar los pañuelos.

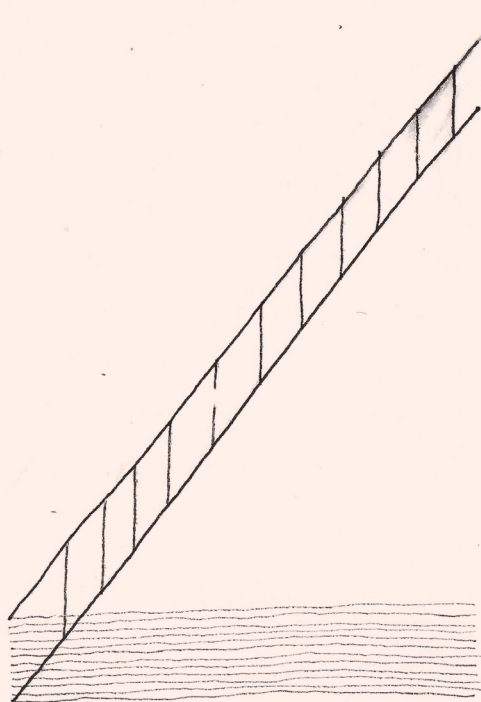
El día que murió la abuela, Emerio encontró una foto en la entrada de la casa, debajo de la alfombra: estaba él bañándose en el río y Rina poniéndole máscaras de fango en la cara. Entonces corrió a la habitación por un sendero de fotografías que comenzaba en las escaleras. Y el pie derecho en su cara de seis años y el izquierdo en la de Rina con siete; y el derecho en la de él con pañoleta y el izquierdo en la de Rina con las maletas; y el derecho en la de Rina con bufandas y el izquierdo en la de él sin camisa frente al campo de boniato; y tras la última foto, allí estaba, con un rostro demasiado pálido para ser el de una abuela. Afuera: las aves y un casquillo de bala hundido en la hierba.

Rina apenas habló con Emerio tras su llegada. No había dormido. No estaba de humor. Durante el funeral trató de evitarlo, aunque se le acercó alguna vez para limpiarle las lágrimas del rostro como solía hacer cuando eran niños y él lloraba porque se había caído huyéndole a las vacas. Rina era una mujer con carácter de campo árido y siempre tuvo bien definido su futuro, que nada se parecía a pasar horas bajo el sol con las manos manchadas de fango o a tener lista la comida para cuando el esposo regresara. La ciudad la fue envolviendo, pronto olvidó el olor de las flores que Emerio le dejaba bajo la almohada y las horas que pasó golpeando la sábana en las piedras del río para quitar las manchas de polen. Desapareció de su mente la sonrisa matinal de la abuela, el sabor del café, de la tierra, de los montes, de las aguas, de Emerio, los juegos en los que se imaginaron esposos con una finquita decente y una granja para criar animales. Rina nunca le dijo a Emerio cuánto odiaba besarlo cuando volvía de la cosecha, no soportaba el sabor a yucas y zanahorias y lechugas entrándole por los labios, y después escupía, sin que él la viera, y se tomaba tres vasos de agua sin parar; pero aún seguía con esa sensación a hierbas y cáscaras crudas en la garganta. Una noche, mientras la abuela estaba dormida, Emerio desnudó a Rina, la acostó junto a los guijarros a un lado del río y empezó a contarle historias sobre las aves; le acariciaba el cuerpo despacio, como si sus manos fueran de pluma, pero Rina sólo sentía la aspereza de los callos y le parecía que estaba en la mitad de un surco que iban a fertilizar. Emerio nunca lo supo, nunca lo preguntó. Ahora, a mitad de un funeral, tampoco iba a hacerlo.

La casa estuvo llena durante la noche de vecinos que lloraron la muerte de la abuela y Rina, sentada en un rincón pensando en cosas sin sentido. En cómo hubiera sido una vida de campesina y en Emerio, con una pasión que nunca había sentido. La madrugada caminó sin prisa y las aves durmieron en los árboles mirando alguna vez a la luna y a la abuela. Rina no se dio cuenta cuando se quedó dormida ni cuando Emerio salió con una escopeta y caminó entre la oscuridad hasta tragársela. Conocía bien aquellos campos, se quitó las botas, la camisa, por los ojos comenzaron a entrarle las hierbas, las raíces de los árboles, el rocío, las flores que se abrían mientras se acercaba el amanecer. Anduvo en silencio hasta que estuvo con los pies y las rodillas sumergidas en el río. Allí esperó el sol, cargó la escopeta, apoyó la culata sobre el hombro derecho, colocó el dedo índice en el gatillo, cerró el ojo izquierdo, aguantó la respiración. Emerio sabía que pronto iba a cazar a su antojo,

sin mucho esfuerzo. La otra noche atrapó una docena de golondrinas que cayeron una a una sobre el agua e hicieron pequeñas ondas en rojo. Vio por fin salir la bandada de pájaros, en pocos minutos se alinearon con la mirilla del fusil y él, que estaba esperándolas, disparó sin fallar. El ave, con la pólvora debajo del ala, cayó a pocos metros de él.

Rina despertó sobresaltada con un terrible dolor en el pecho. Se abrió la blusa y vio cómo le nacía, entre los senos, un manojito de plumas. ✖



El hombre revuelciano: el otro hombre

Alejandro Gómez Medina

¡El hombre! El ser natural, el contingente e inacabado hombre. El objeto de estudio más llevado y traído en los trabajos literarios, académicos y científicos. Que aun en ese agotamiento de lo decible y no decible sobre él, nos permite, sin descanso, replantearlo una y otra vez. Y no puede haber descanso mientras la vida humana siga, la atroz vida humana, la que surgió una vez disipado el sortilegio del caos, diría José Revueltas en su novela *Los días terrenales*.

Es precisamente en su obra donde ese peculiarísimo objeto de estudio tomó parte central. Pero esto poco ha sido revisado en los numerosos trabajos sobre esta. Las más de las veces, dichos textos se limitan a señalar aspectos de su trabajo literario, ignorando por completo que Revueltas no es sólo su obra literaria. Revueltas es su teoría política —que necesariamente incluye su praxis política—, su producción literaria y su significativa obra filosófica. Esta última, me parece, justifica las otras dos, e incluso le justificó a él mismo hasta su muerte. No puede hablarse de un Revueltas literario sin recurrir al Revueltas político (militante intermitente del PCM) ni al Revueltas filósofo.

Guadalajara, Jalisco, 1992. Estudiante de la Licenciatura en Filosofía del CUCSH y ganador del XII Concurso Literario Luvina Joven, en la categoría Luvitaria / Ensayo.

La particular visión del hombre que me interesa mostrar en este ensayo es la que se encuentra principalmente en su obra literaria aunque, como he dicho anteriormente, tendré que recurrir a las relaciones que guarda con la política y la filosofía. Una relación que no puede ser otra que dialéctica. Ese hombre revueltiano que se desprende de las narraciones literarias del autor luce su lado más animal, más descarnado; se implica a sí mismo como parte de una naturaleza no superada, en búsqueda constante por superarse, por humanizarse. El hombre revueltiano vive en constante lucha por asumir sus contradicciones; llegará un punto en que aceptará que las negaciones de humanidad también son humanas. Ahora bien, fuera de la producción literaria, sus ensayos políticos y filosóficos nos ayudarán a entender sus implicaciones y relaciones con la totalidad de su obra. En el particular caso de José Revueltas, tanto su producción escrita como su vida se entrelazan, y en ese juego dialéctico su antropologismo es parte esencial. Mucho se ignora que, en su formación autodidacta, Revueltas estudia los textos del humanismo marxista que más adelante le llevarán a dar un giro radical en su actividad política. El humanismo marxista que aborda está plasmado también en su obra tardía. Sin dejar ese aspecto de lado, es normal notar algunas contradicciones marcadas a lo largo de su producción, pero de ninguna manera invalidan un intento de análisis totalizador de su obra. Desde luego, con todo lo anterior, este trabajo no busca dar una muestra definitiva del hombre revueltiano, sino ofrecer una particular visión desde la filosofía e incitar también a nuevas formas de leer la obra del Revueltas filósofo-político-literato.

La necesidad, en lo humano, tiende a revelar las estructuras de este. Nadie podrá negar que un hombre sediento y cansado de trabajar muestra con mayor claridad sus contradicciones. Los elementos se vuelven nítidos. En un extremo se halla el impulso de los sentidos básicos, en el otro, la voluntad compleja. La estructura del hombre en Revueltas parece obedecer a un esquema similar. Oscila entre la necesidad y la contingencia. Entre animalidad y humanidad.

Así, los escenarios de algunas de sus narraciones sitúan a los personajes en parajes desolados, comienzan en la necesidad material más hostil. Suponen para el personaje la negación de todo lo alcanzable. Por ejemplo, Úrsulo y Cecilia se descubrían en un ambiente de muerte. El cadáver de Chonita los remitía y situaba en la tierra infértil donde

vivían, o más que vivían, morían poco a poco. Tierra que sólo podía producir muerte. Una tierra abandonada:

Allá vivían como perros famélicos [...] Era inconcebible que pudieran permanecer seres humanos en aquella soledad [...] pensando en el empeño brutal que los tenía unidos a la tierra sin provecho. (Revueltas, 2007)

En su novela *El luto humano* todos los personajes son incapaces de escapar de la desolada necesidad. Hasta el cura, al mirarse los pies mientras salía a esa tierra de la necesidad, pudo percibir cómo era ser (existir) un hombre en tierra no apta para hombres. «Nuevamente se miró los pies, ahora en movimiento sobre el lodo. Pies fundamentales, sustantivos. Sobre ellos se levanta la estatua del hombre» (Revueltas, 2007). Las referencias o características animales también son signo de esa necesidad, elemento recurrente en sus novelas que buscan reforzar cómo esos personajes viven casi del lado opuesto de la humanidad. En ellos se deja asomar, en forma de descripciones, un tono de pesimismo, y cuando el entorno material no basta para remarcar la invalidez de la humanidad, el personaje se vuelve no-humano, tiende a inclinarse a la naturaleza más azarosa, animal. Esto lo muestra en otra novela, *Los días terrenales*, cuando describe al Tuerto Ventura:

Porque Ventura parecía obedecer, en efecto, desde su misma esencia, desde los cimientos de su alma, a un congénito y espeso sentido de la negación. (Revueltas, 1985)

Ventura es el cacique, el poseedor de una tierra que se ganó mientras luchaba por la Revolución, el protohombre producto del «triunfo» de una Revolución mexicana ficticia, como la que habita fuera de la novela. Aquí su obra deja ver una crítica política al hombre que resultó de la Revolución, más en específico, al que surgió de la institucionalización de la Revolución, una que desde su origen surge fracturada, sin un programa unificado, con variados frentes. En ese sentido, para Revueltas el único resultado que pudo surgir son los cacicazgos y las disputas de poder, pues no fue una lucha con conciencia de clase, sino una de clase contra clase. En *Ensayos sobre México*, Revueltas define así una característica de lo que fue la Revolución: «esa entidad abstracta de la que se habla y blasona

tanto en México: la revolución se torna un elemento poliforme y de una pluralidad asombrosa». Desde luego, tanto en sus obras literarias como en sus textos políticos, Revueltas fue un crítico mordaz del resultado de la Revolución.

Los elementos mostrados como pertenecientes a los argumentos de la obra literaria son producto, como menciona Revueltas en «Mi posición esencial» del «movimiento interno diferente al movimiento exterior objetivo; diferente, distinto, otra forma de ser del todo-real de fuera». Entonces, los parajes desolados de *El luto humano* y la descripción del Tuerto Ventura en *Los días terrenales*, ¿qué aportan a la visión del hombre en Revueltas? Bueno, como menciona el autor en otra parte del mismo ensayo:

Lo que concibo como novela, o sea, esa forma particular del movimiento: el movimiento real percibido, representado e imaginado por medio de los recursos de la literatura [...] la novela —ese arte de decir las cosas a fondo. (Revueltas, 1975)

La aportación de las necesidades —como he mencionado sobre los parajes y las características no humanas que Revueltas incluye en sus narraciones— es la tendencia, es decir, la representación de una realidad opaca y abstraída, que forma parte del movimiento del todo-objetivo del mundo. No implica una intención, funge como mera representación de lo opaco humano. Son un momento en la composición del hombre, uno que puede y debe ser superado por otro momento. Es importante no confundir esos recursos literarios con la otra parte de la estructura que ya he mencionado. Los personajes y su entorno son utilizados para describir el lado negativo. Es representación del lado objetivo, real, pero no definitivo del hombre revueltiano.

Fuera de la interacción de la tendencia interna del entorno y los personajes (en clave de recursos y argumentos literarios), Revueltas se da la libertad de plasmar una antropología filosófica del hombre contemporáneo. No es en vano el uso de proposiciones directas que son sentencias de una postura ya plasmadas en obras no literarias, sino más bien políticas y filosóficas. El autor es sutil al utilizar este recurso, pero aprovecha cada espacio para hacer notar, esta vez, la postura que tiene sobre el hombre de su tiempo. Por ejemplo, en *Los días terrenales*:

[...] el único hombre que existe, en el hombre contemporáneo, real, esencialmente sucio, esencialmente innoble, ruin, despreciable. Ahora bien, el pensar en este hombre significa no pensarlo como un ser exterior a uno mismo, sino precisamente como una unidad moral indivisible a la cual cada uno de nosotros pertenecemos y de la cual somos solidarios y responsables en lo individual. (Revueltas, 1985)

Cada una de las proposiciones de este tipo reclama verdad. Suenan categóricas. Salen directas del autor en un intento por dejarle claro al lector su intención por hacer de la literatura no sólo una representación ficticia.

El hombre desnudo o así, en paños menores, no puede llamarse en conciencia un hombre verdaderamente real, es apenas algo menos que una abstracción, un objeto que no se pertenece, que no está, un ser que sólo es él mismo, lo que equivale a decir nada, un hombre sin jerarquía, casi como sucede con los agonizantes. (Revueltas, 1991)

Estos recursos son el movimiento externo y objetivo de la novela de Revueltas. El lado opuesto de la necesidad, la otra parte de la estructura de la que hablamos, es decir, la contingencia. Elemento que no deja espacio de duda: lo transparente. En fin, lo «otro de nuestra contingencia opaca», dice Revueltas. Lo otro de la novela.

Para él, lo humano es contingente, pues las circunstancias del mundo jamás le pertenecen al hombre, ni siquiera en la novela. El hombre está siempre en movimiento, sucediendo en todas direcciones, en todo momento. Ha sido lo peor humano y lo mejor humano, su historia, toda ella, es el devenir de lo humano, «no olvidemos que también hemos sido Hitler, por mucho que nos repugne» (Revueltas, 1975). En la *Dialéctica de la conciencia*, su gran obra filosófica, pone énfasis en la importancia de movimiento sin teleologías; ellas implicarán, en algún punto del recorrido del movimiento de la conciencia, un detenerse. El movimiento sin fin, eso es la dialéctica que Revueltas entendía. El devenir que sólo puede nacer en las contradicciones que se suscitan dialécticamente. Incluso entre los lazos que unen la obra literaria y sus demás quehaceres teóricos o prácticos, el autor duranguense trasparenta su postura filosófica más ignorada, e incluso olvidada.

El hombre revueltiano es necesidad y contingencia. La necesidad lo extravía, lo pone de frente a la hostilidad del mundo natural; en su intento por ejercer su acción en la naturaleza, como respuesta ha recibido de ella una influencia en su conciencia, de tal manera que se zoologiza. Tal influencia no superada lo ha conducido a su casi aniquilamiento; a las guerras, a la violencia y, en fin, a la barbarie. Pero el hombre no puede quedarse en esa necesidad. En eterno movimiento, necesidad y contingencia se implican. La una se superpone a la otra. No hay aniquilamiento, no hay desaparición, sólo momento. La contingencia le permite al hombre superar su necesidad material en la cual ha sido arrojado. Es la conciencia racional, humanización armoniosa de naturaleza y sociedad. En la contingencia se olvida de que es un hombre, sólo un hombre, y se percata de que es y ha sido todos los hombres de la historia. Busca su universalidad no como humano, sino la universalidad en su humanidad. Lo humano en la necesidad es el Adán arrojado al paraíso, la humanidad contingente es el otro Adán, el otro hombre. ✕

BIBLIOGRAFÍA

- Eli de Gortari, *La metodología: una discusión y otros ensayos sobre el método* (Grijalbo, 1978).
- Eli de Gortari, *Ensayos filosóficos sobre la ciencia moderna* (Grijalbo, 1985).
- José Revueltas, *Antología personal* (Fondo de Cultura Económica, 1975).
- José Revueltas, *Los días terrenales* (Era, 1979).
- José Revueltas, *Dialéctica de la conciencia* (Era, 1982).
- José Revueltas, *Escritos políticos* (Era, 1984).
- José Revueltas, *Ensayos sobre México* (Era, 1985).
- José Revueltas, *En algún valle de lágrimas* (Era, 1991).
- José Revueltas, *El luto humano* (Era, 2007).





Decolonised Structures (Clive)
[Estructuras descolonizadas (Clive)]

2022

Escultura de fibra de vidrio, pintada a mano con patrón de
cera holandesa, pan de oro y pedestal de madera.

138 × 62 × 58 cm

© Yinka Shonibare CBE

Todos los derechos reservados, DACS/Artimage 2024

Cortesía de la Galería Stephen Friedman, Londres

Foto: Stephen White & Co.



Decolonised Structures (Queen Victoria)
[Estructuras descolonizadas (Reina Victoria)]

2022

Escultura de fibra de vidrio, pintada a mano con patrón de
cera holandesa y pedestal de madera.

139 × 75 × 57 cm

© Yinka Shonibare CBE

Todos los derechos reservados, DACS/Artimage 2024

Cortesía de la Galería Stephen Friedman, Londres

Foto: Stephen White & Co.



Decolonised Structures (Napier)
[Estructuras descolonizadas (Napier)]

2022

Escultura de fibra de vidrio, pintada a mano con patrón de
cera holandesa y pedestal de madera.

143 × 71 × 69.5 cm

© Yinka Shonibare CBE

Todos los derechos reservados, DACS/Artimage 2024

Cortesía de la Galería Stephen Friedman, Londres

Foto: Stephen White & Co.



Decolonised Structures (Frere)
[Estructuras descolonizadas (Frere)]

2022

Escultura de fibra de vidrio, pintada a mano con patrón de
cera holandesa y pedestal de madera.

143 × 49 × 60 cm

© Yinka Shonibare CBE

Todos los derechos reservados, DACS/Artimage 2024

Cortesía de la Galería Stephen Friedman, Londres

Foto: Stephen White & Co.



Decolonised Structures (Campbell)
[Estructuras descolonizadas (Campbell)]

2022

Escultura de fibra de vidrio, pintada a mano con patrón de
cera holandesa, pan de oro y pedestal de madera.

144.5 × 49 × 49 cm

© Yinka Shonibare CBE

Todos los derechos reservados, DACS/Artimage 2024

Cortesía de la Galería Stephen Friedman, Londres

Foto: Stephen White & Co.



Decolonised Structures (Kitchener)
[Estructuras descolonizadas (Kitchener)]

2022

Escultura de fibra de vidrio, pintada a mano con patrón de
cera holandesa y pedestal de madera.

141 × 47 × 48.5 cm

© Yinka Shonibare CBE
Todos los derechos reservados, DACS/Artimage 2024
Cortesía de la Galería Stephen Friedman, Londres
Foto: Stephen White & Co.



YINKA SHONIBARE: LA HISTORIA DE TELA

Víctor Ortiz Partida

De pies a cabeza, literalmente, Yinka Shonibare vistió —con telas estampadas distintivas de África— a imperialistas: la Reina Victoria, Colin Campbell, Robert Clive, Henry Bartle Frere, Horatio Herbert Kitchener, Charles James Napier y Frederick Sleigh Roberts, personajes que contribuyeron a la expansión del Imperio británico en los siglos XVIII, XIX (especialmente) y principios del XX.

Las siete esculturas creadas por Shonibare, que conforman la serie *Decolonised Structures* [*Estructuras descolonizadas*], están basadas en sendas estatuas que se localizan en Londres. El artista no cambió su indumentaria, sino que, encima de esas ropas del pasado, usó los colores y los dibujos de textiles que comenzaron a circular entre continentes en la era colonial. Los llamativos estampados todo lo cubren: prendas, accesorios, rostros, brazos, manos, piernas.

Estas piezas fueron creadas con fibra de vidrio, pintadas a mano con patrón de cera holandesa (también llamado batik) y están erguidas sobre pedestales de madera. Las esculturas originales son de bronce, salvo la de la Reina Victoria, que es de mármol blanco. Las piezas se yerguen en sólidas bases de piedra en importantes lugares de la capital del Reino Unido. La «descolonización» que propone Shonibare en estas esculturas es un proceso complejo que inicia con la cobertura de todos los detalles distintivos de los personajes históricos con la evocación de las telas que simbolizan la cultura de los pueblos sometidos.

(Obra de portadilla)

Justice for All (after Pomeroy)

[*Justicia para todos (inspirada en Pomeroy*)*]

2020

Escultura de fibra de vidrio, pintada a mano con patrón de cera holandesa, globo terráqueo personalizado a color, base de acero, espada desmontable, balanza desmontable.

188 × 163.5 × 56 cm

***El escultor londinense Frederick William Pomeroy (1856-1924) se destacó por su trabajo en espacios públicos. La estatua de bronce dorado *Lady Justice (Dama de la Justicia)*, situada en el remate de la cúpula del Old Bailey (tribunal criminal) de Londres, es una de sus obras más conocidas.**

© Yinka Shonibare CBE

Todos los derechos reservados,

DACS/Artimage 2024

Cortesía del artista y Goodman Gallery,

Johannesburgo y Londres

Foto: Stephen White & Co.

La Reina Victoria imponía moda. Podía llevar vestido de seda o terciopelo, con cintura ceñida, realizada con corsé; falda voluminosa, mangas abultadas; con encajes, bordados, holanes y lazos; sombrero, guantes, joyas: broches, collares, aretes y tiaras. Capa o manto. La corona la llevaba a ceremonias importantes y acontecimientos de Estado. La corona de la estatua que Yinka Shonibare escogió para la serie se perdió hace mucho.

Los militares y administradores del imperio británico, con variaciones según el siglo, podían vestir casaca ajustada y larga, roja, generalmente, con botones metálicos y solapas distintivas. Chaleco con botones y color contrastante. Pantalones largos ajustados o calzones hasta la rodilla. Botas altas a la rodilla. Sombrero o casco. Insignias, bandas, galones y otros detalles para denotar el rango y la afiliación. Correas, bandolera y funda de sable.

La emperatriz y los militares y administradores históricos del Reino Unido dan mucho en qué pensar cuando se les observa en su nueva condición colorida. Todos sus rasgos, todos los elementos de su ropa y sus accesorios —tan finamente precisados en las estatuas originales— se pierden, se confunden debido a esa especie de camuflaje fuera de lugar que Shonibare les impuso. Las telas africanas los colonizaron y, al hacerlo, proponen otro punto de vista histórico.

(Página VIII)

Decolonised Structures (Roberts)

[*Estructuras descolonizadas (Roberts)*]

2022

Escultura de fibra de vidrio, pintada a mano
con patrón de cera holandesa, pan de oro
y pedestal de madera.

180 × 70 × 149.5 cm

© Yinka Shonibare CBE

Todos los derechos reservados, DACS/Artimage 2024

Cortesía de la Galería Stephen Friedman, Londres

Foto: Stephen White & Co.

Estas *Estructuras descolonizadas* efectivamente dan pie a un sinfín de cavilaciones: el espectador podrá recordar al observarlas el proceso intelectual del historiador francés Marc Bloch, quien propuso en lugar de una historia de bronce —centrada en grandes acontecimientos, guerras, batallas, reyes, políticos, militares— una historia de hombres y mujeres, de las personas comunes y su vida cotidiana en la que importa todo: la economía, lo social, lo cultural...

Shonibare también hace un ejercicio de transfiguración en el que el bronce se convierte en tela. Y en los pliegues de esa tela se encuentra la revisión de la historia, la crítica profunda y, al mismo tiempo, la celebración del arte y de su impacto estético que puede contener y producir, entre otras abundantes cosas, odio y tristeza, pero también belleza y alegría. La reexaminación del pasado colonial e imperialista nos lleva a la reflexión de esos y muchos otros temas en el presente, entre ellos, por ejemplo, el del intercambio cultural, la identidad, el poder y la justicia.

En la muy crítica obra de Yinka Shonibare se mezclan el arte, la historia, la moda y la política de una manera compleja y disfrutable. Está llena de humor. Los diversos objetos conceptuales que ha creado a lo largo de los años contienen ángulos insospechados que no sólo funcionan en una determinada locación, sino que trascienden épocas y geografías.

Yinka Shonibare CBE RA, quien se describe a sí mismo como un «híbrido postcolonial», crea obras que exploran los temas de raza y clase a través de medios como la escultura, la pintura, la fotografía, el cine, los tapices y las instalaciones en el espacio público. Nació en 1962, en Londres, Inglaterra, y a los tres años fue llevado por sus padres a Lagos, Nigeria. Vive y trabaja en Londres. Fue nominado al Premio Turner en 2004 y elegido Académico Real (RA) por la Royal Academy de Londres, en 2013. Fue condecorado con la Orden del Imperio Británico (MBE), en 2004, y como Comandante de la Orden del Imperio Británico (CBE), en 2019. Por eso él agrega a su nombre las siglas CBE y RA: Yinka Shonibare CBE RA.

La práctica de Shonibare cuestiona el significado de las definiciones culturales y nacionales. Su material distintivo es la tela de batik «africana» de colores brillantes que compra en el mercado de Brixton, en Londres. El batik se inspiró originalmente en el diseño indonesio, fue producido en masa por los holandeses y, finalmente, vendido a las colonias de África Occidental. En los años sesenta, esta tela se convirtió en un signo de identidad e independencia africana.

En la primavera de 2024, Shonibare tiene una exposición individual en la galería Serpentine de Londres. También participa en el Pabellón de Nigeria en la 60ª Bienal de Venecia. Sus nuevas obras en espacios públicos (de las que tiene un extenso portafolio) incluyen esculturas al aire libre, como «Material (SG) IV» (2023), una obra de cuatro metros de altura situada en un parque de la ciudad de Leeds, Reino Unido.

Shonibare fue comisionado por el curador Okwui Enwezor, en 2002, para crear una de sus obras más reconocidas, *Gallantry and Criminal Conversation* (*Galantería y conversación criminal*), en la exposición Documenta 11 en Kassel, Alemania, que lo catapultó a la escena internacional.

En 2008, tuvo una importante exposición de mitad de carrera en el MCA Sydney. Durante los últimos diez años, Shonibare ha dirigido los Guest Projects en la planta baja de su estudio en Londres, una iniciativa que ofrece acceso gratuito a un espacio de proyectos durante un mes a practicantes artísticos de cualquier disciplina.

Sus exposiciones individuales más recientes han tenido lugar en países como Estados Unidos, Austria, China, Singapur, Inglaterra, Japón, Corea del Sur, Canadá, Polonia y España.

Hay obra de Yinka Shonibare en las colecciones de instituciones como la Tate, el Victoria & Albert Museum y el Museo Británico, en Londres; el Museo Nacional de Arte Africano del Instituto Smithsonian de Washington, D.C., el Museo de Arte Moderno de Nueva York y el Museo de Arte Contemporáneo de Chicago; la Galería Nacional de Canadá; el Moderna Museet de Estocolmo; la Galería Nacional de Arte Moderno de Roma; la Fundación VandenBroek, en los Países Bajos, y el Centro Pompidou de París.

Con información obtenida en el sitio oficial de la Stephen Friedman Gallery www.stephenfriedman.com



Feeling Free Like a Bird
[Sintiéndose libre como un pájaro]

2023

Escultura de fibra de vidrio, pintada a mano con patrón de cera holandesa, maniquí de fibra de vidrio, textil de algodón estampado en cera holandesa, globo, latón, acero, pájaros artificiales, madera, cuero y alambres metálicos.
 280 x 251 x 70 cm

© Yinka Shonibare CBE
 Todos los derechos reservados,
 DACS/Artimage 2024. Cortesía del artista
 y la Galería Stephen Friedman, Londres
 Foto: Todd-White Art Photography





© Yinka Shonibare CBE
Todos los derechos reservados, DACS/Artimage 2024
Cortesía de la Galería Stephen Friedman, Londres
Co-comisionado por 14-18 NOW y Turner Contemporary, Margate
Foto: Stephen White & Co.

End of Empire [Fin del Imperio]

2016

Maniqués de fibra de vidrio, textil de algodón
estampado de cera holandesa, metal, madera,
motor, globos terráqueos y cuero.

298 × 510 × 99 cm



Nelson's Ship in a Bottle
[El barco de Nelson* en una botella]

2010

(Vista de instalación, Cuarto Pedestal,
 Plaza Trafalgar, Londres, 2010).

Fibra de vidrio, acero, latón, resina, tinta uv en
 algodón estampado en cera holandesa, aparejos
 de lino, acrílico, madera.

290 × 525 × 235 cm

© Yinka Shonibare CBE

Todos los derechos reservados, DACS/Artimage 2024

Cortesía de la Galería Stephen Friedman, Londres
 y Galería James Cohan, Nueva York

***Horatio Nelson (1758-1805), almirante. Su
 barco, el HMS Victory, fue el buque insignia
 en la Batalla de Trafalgar, donde ganó y
 también murió. Es una de las figuras navales
 más célebres de la historia. Su victoria
 aseguró la supremacía naval británica.**

PÁRAMO

AVATARES DE UN PALACIO DE CRISTAL



MARÍA NEGRONI

El Crystal Palace albergó en Londres (entre mayo y octubre de 1851) la primera Gran Exposición de los Trabajos de la Industria de todas las Naciones. El edificio, de un tamaño colosal y construido en tiempo récord, ocupaba dieciocho acres del Hyde Park y se erguía sobre una estructura de cuatrocientas toneladas de vidrio dispuestas en forma de grilla, método que se utilizó más tarde para alzar los rascacielos modernos. La Gran Exposición, como se la llamó entonces, tuvo un éxito aplastante: la visitaron más de seis millones de personas (entre ellas, muchas que más tarde serían famosas, como Charles Darwin, George Eliot, Lewis Carroll, Charles Dickens, Alfred Tennyson y Charlotte Brönte) y constituyó una verdadera celebración de los avances de la técnica. Basta decir que, entre los catorce mil stands y los cien mil artículos expuestos, había de todo: imprentas hidráulicas, máquinas y locomotoras, manufacturas textiles, instrumentos médicos y hasta un simulacro del

.....
 Rosario, Argentina, 1951. Uno de sus libros más recientes es *El corazón del día* (Literatura Random House, 2022).

puerto de Liverpool con mil seiscientos barcos íntegramente equipados. Completaban el conjunto tres olmos gigantescos y varios jardines de invierno.

El inusitado edificio, sin embargo, no perduró. Apenas terminada la feria, fue desmantelado y reconstruido como parque de diversiones en Sydenham, cerca del partido de Kent. Este nuevo palacio y sus recintos, con su mezcla de banalidad y progreso, sus cactus gigantescos y sus dinosaurios, sus muebles en forma de animales y sus telégrafos parlantes, sus fósiles y sus globos aerostáticos, nada tenían que enviarle a la propuesta original. Aquí también las damas inglesas, siempre propensas al disfraz, se paseaban con sus sombreros, no sólo adornados con plumas de pájaros sino con pájaros enteros, contribuyendo a acentuar una atmósfera fuera de lo común.

Como atracciones suplementarias, se programaban espectáculos de perros y gatos, batallas navales, festivales de música y reuniones del Ejército de Salvación. Se ofrecían también clases de arte y ciencia, y un juego de guerra llamado *Invasión* —una especie de *reality show* donde las bombas enemigas destruían a la población y se veían niños moribundos emergiendo de entre los escombros— fue un verdadero *hit*. En algún momento estuvo de moda una escultura del Príncipe de Gales como pastor de ovejas y, más tarde, también,

una miniatura del Imperio británico que los visitantes podían recorrer tomando un tren que los llevaba, sin costo adicional, desde una mina de diamantes en Sudáfrica hasta una casa de té en plena India.

Esa especie de Disneylandia del siglo XIX se incendió el 3 de noviembre de 1936 y hoy es un parque nacional abandonado, sólo comparable a su avatar de Flushing Meadows (Queens) donde tuvo lugar la Exposición Universal de Nueva York de 1939. Este último contiene también reliquias fabulosas que aún se pueden visitar: la famosa Unifera, un globo terráqueo de acero de cuarenta y dos metros de diámetro, tres torres de observación con forma de platillos de veintisiete, cincuenta y seis y setenta y seis metros de altura, y un Panorama de la Ciudad de Nueva York que sigue siendo, hasta el presente, el más grande del mundo. |

VALLEJO & CO. DIEZ AÑOS DE POESÍA: ENTREVISTA A MARIO PERA Y BRUNO PÓLACK



CARLOS VICENTE CASTRO

Vallejo & Co. es una revista digital de artes con acento en la poesía como tema y eje articulador de sus diversos contenidos. Y si bien su editor, Mario Pera, y su coeditor, Bruno Pólack, la imaginaron y concretaron hace diez años en Lima, Perú, las credenciales nacionalistas se han difuminado para dar lugar a una de las publicaciones periódicas de literatura más vivas de la lengua española, además de que integran la traducción entre sus principales objetivos. Sus editores accedieron a darnos esta entrevista desde España, donde actualmente residen. Mario en Valencia y Bruno en Barcelona.

PROLEGÓMENOS DE UN PROYECTO

MARIO PERA: Fundar *Vallejo & Co.* ha sido un camino largo en el tiempo y en cuanto al trabajo que supone. Durante

.....
Zapopan, Jalisco, 1975. Su libro más reciente es *Zapping (El Viaje, 2022)*.

un tiempo muy primigenio, hace once años, hicimos un blog con un grupo de amigos que duró solamente tres o cuatro meses. Cuando ya había fenecido de inanición porque nadie lo alimentaba de notas nuevas, fuimos Bruno y yo en bus a visitar un cementerio cerca de la ciudad de Lima, Chincha¹ (es algo que hacemos con frecuencia: ir a cementerios a ver el arte). Yendo en camino, comenzamos a hablar que sería bonito tener una librería. Hablamos de nombres y pensamos ponerle algo como Shakespeare & Compañía, Vallejo & Compañía... nos reímos y decidimos mejor hacer una revista.

ENTRAR POR LOS OJOS

MP: Nunca nos planteamos hacer una revista impresa por los costos y porque el tiraje no suele llegar a lo que uno quisiera; limita. Queríamos que la revista circulara lo más posible, que tuviera una presencia bastante moderna, porque si algo habíamos visto es que las revistas que existían en ese momento habían querido replicar en digital una revista impresa. El formato digital da para pensar más bien algo nuevo, que entre por los ojos.

BRUNO PÓLACK: El nivel literario está ahí también, es lo más importante y con eso no se transige.

LA POESÍA COMO EJE CENTRAL

BP: *Vallejo & Co.* nace como una revista para tocar muchos tipos de arte, diríamos teatro, cine, además de literatura, poesía, todo lo que pueda encajar. Incluso sobre crítica y tal. Pero por vocación personal de ambos nuestra revista es ochenta por ciento poesía, aunque tiene la posibilidad de crecer hacia otras artes. Nuestro interés es siempre volver a ampliar, y cualquier tipo de colaboración de otras artes siempre es bienvenida.

MP: Siempre suelen haber puntos de vínculo o de enlace entre las diferentes ramas del arte, pero la poesía ha terminado siendo —creemos que para bien— el eje central de la revista.

LOS CRITERIOS EDITORIALES

MP: Desde un inicio nos planteamos trabajar con un comité externo. Casi todos nuestros colaboradores del consejo son gente mayor o que está muy vinculada a la literatura o a la poesía desde la práctica o la teoría. Hay temas que a nosotros se nos escapan completamente, en estos casos consultamos a amigos especialistas. A veces disentimos en cuanto a estilo de poesía,

¹ El Cementerio General de Chincha está ubicado en Distrito de Chincha Alta, Provincia de Chincha, Departamento de Ica, en Perú.

pero no nos queremos limitar a solamente publicar o difundir lo que nos gusta. Consideramos que tiene que haber una pluralidad de visión y que el lector juzgue por su propio parecer.

BP: No censuramos a nadie, no queremos sobreponer nuestro modo de pensar al resto. Siempre la web estará abierta para personas que quieran replicar algún comentario, artículo que no le gusta. Estamos convencidos de que la mejor manera de crecer como sociedad, como personas, es el debate y proponer cosas.

AUTORES RECONOCIDOS VS. AUTORES NOVELES

MP: Tratamos siempre de hacer un mix, de mezclar. Lo mismo puedes ver una selección de siete poemas de Girondo que siete poemas, el mismo día, de un poeta joven de Chile. Tratamos de que todo sea una sinergia, no dividir a los poetas reconocidos de los poetas noveles. Nos importa que la gente pueda tener acceso a autores noveles, incluso de otros idiomas.

RECEPCIÓN DE VALLEJO & CO.

MP: Ha sido gradual. El poeta peruano suele estar muy interesado por conocer lo que se hace en otros países de habla hispana. Y al revés también. Cuando he tenido la suerte de entrar en contacto con poetas de otros países, me comentan que han leído material de la

revista que les ha gustado. O también, gente peruana que nos pregunta sobre autores de otros países. Es así como nos enteramos y vemos que la influencia va en una vía de doble sentido.

A DIEZ AÑOS, OTRA PERSPECTIVA

MP: El trabajo propio de la revista ha influido bastante porque había territorios poéticos o técnicas, estilos de poesía a los que yo no era muy afecto y, sin embargo, con el tiempo he debido tener un ejercicio de apertura personal para saber que es importante también difundir esos otros estilos de poesía. Hace diez años, sentía que la poesía era un tanto una reiteración de los poetas actuales, de los temas que ya se ha hablado. Veía con suspicacia ciertas poéticas. Ya con el tiempo he visto que algunas de esas búsquedas se han sostenido. La poesía contemporánea de diferentes lugares, en algunas lenguas más que en otras, sí busca distanciarse de lo que se hacía antes. No tan drásticamente como las vanguardias del siglo xx o a finales del siglo xix, pero sí hay una búsqueda por renovar algo, ya sea a través del lenguaje de la poesía o el estilo. Es difícil, pero por lo menos lo intentan.

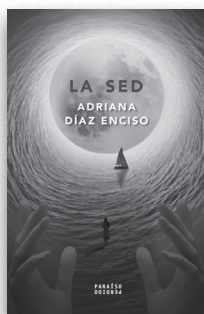
FUTUROS POSIBLES

BP: Hay mucho por trabajar, tenemos planes para crecer en otros ámbitos. En la editorial,

por ejemplo. Es un rubro que queremos crecer. Hay ganas de seguir trabajando, de mejorar y, sobre todo, de difundir a mucha gente, la revista se hace gracias a la colaboración de la gente. |

LA SED COMO SÍNTOMA DE LA ETERNIDAD

ROBERTO ABAD



La sed, de Adriana Díaz Enciso (Guadalajara, Jalisco, 1964), es una pariente rebelde de la literatura gótica. Rebelde porque, si bien es posible encontrar los elementos de este género en la novela, estos se encuentran a través de representaciones distintas. No existe un conde aristócrata y fúnebre a cargo de la trama, sino un hombre pelirrojo y apuesto; no hay un castillo o mansión en ruinas, sino un

.....
 Cuernavaca, Morelos, 1988. Con el libro *Cuando las luces aparezcan* (Paraíso Perdido, 2020) ganó el Premio Nacional de Narrativa Ramón López Velarde 2018.

velero blanco y lujoso que se abre paso sin dificultad por las mareas; no vemos un puente que sirva como umbral entre dos mundos, pero tenemos un puerto en cada ciudad; no ocurre en una geografía remota, pero sí mayormente en mitad del mar, sólo al alcance de los tiburones.

María Negroni dice que la literatura gótica —la literatura fantástica después— surge como una respuesta ante el determinismo de los filósofos del Siglo de las Luces por querer dar orden al caos, es decir, la razón puesta como la lente única para mirar la realidad. Pero esta literatura, cuya primera manifestación, *El castillo de Otranto* (1764) que, como no podía ser de otra manera, nace de un sueño de su autor, además de inaugurar un movimiento, trae consigo un mensaje para el siglo XVIII y sus pensadores: señores inteligentísimos, no es posible controlarlo todo, existe algo que queda fuera de su luz y es el deseo. «El deseo», apunta Negroni, «es amoral, la gente desea cosas que no están aprobadas por la razón».

En el poema «Abierta al deseo», del primer libro de poemas de Adriana Díaz Enciso, publicado en 1992, se lee: «Le llaman pecado y dicen que es oscuro / pero no es sino agua». El agua es el lugar donde la moral se descoloca. La necesidad de agua, por tanto, actúa como el anhelo de una demanda que aguarda en silencio, en lo más profundo

de los personajes, y que espera sólo la oportunidad adecuada para emerger. El mar es el medio que permite la transición, es vehículo y lugar para desatar y saciar la sed por la sangre, que también es agua.

El deseo entonces (¿por qué iba a ser distinto?) atravesada a las criaturas fantásticas, les da corporalidad. Por tanto, los vampiros, al pertenecer a otro plano vital que no es la muerte ni tampoco la vida, y cuya imagen está negada al espejo, a los ríos, a las ventanas, reclaman ese deseo y lo vuelven tan real que lo transmiten.

En *La sed* el deseo es el motor fundamental de los protagonistas. Sandra, una joven que trabaja en una tienda de ropa en Veracruz, busca constantemente desafiarse sus propias pulsiones. Al mismo tiempo, no termina de asimilar la muerte de su padre, ahogado en el mar (de nuevo el agua). Entre estas dos líneas dramáticas se abre un vacío donde cabe la culpa, que es posible apreciar en las representaciones: tras un encuentro sexual inesperado, Sandra camina por la calle y se topa con un perro «grande, de sucios mechones rojos», que sin razón alguna se levanta «y empezó a gruñir, sacándola de su ensimismamiento. Mostraba los dientes en un gesto feroz y tenía el pelo erizado sobre el lomo» (p. 115); al final no es la muerte, pero da un aullido largo y ronco.

Ese vacío es aprovechado por Izhar, un muchacho misterioso que enseguida le causará a la joven cierto interés, y que será la conexión para llevarla al velero *Yun Llora* con Samuel, que es el vampiro tutelar y experimentado. Este, como victimario, a través del control, secuestrará a Sandra para iniciarla, con mordida de por medio —como marca la tradición—, en el mundo de las sombras y la sangre. Sandra, por su parte, encontrará en las siguientes semanas una suerte de duelo por la pérdida de lo humano, para dar pie a lo monstruoso que es matar para vivir, a pesar de la culpa.

Durante varias páginas me detuve a preguntarme si el monstruo, como un ente de imaginación, tiene una ética en las historias. La respuesta que da Adriana Díaz Enciso es que sí. Poco a poco Sandra comienza a descubrir sus nuevas facultades, entre ellas la de indagar en el corazón de sus víctimas, se da cuenta de que en ellas sólo ve dolor y eso le genera pesar, desconcierto. Samuel, el viejo lobo de mar, le responde: «¿Qué más te da el dolor? Mira a tu alrededor. Dime si ves algún vestigio de la pena que acabas de adivinar en todos ellos. Mira cómo se divierten; cómo buscan, inconscientes, su placer. Son como animales, ¿no los ves? Si ves el dolor, si no lo ves, ¿qué importa? La gente lo vive y lo olvida. Pasa encima de él» (p. 250). Lo que debe hacer el monstruo es lastimar, matar, destruir.

Pero Sandra, que además es católica, pide, exige castigo por sus acciones vampíricas.

La aceptación de su naturaleza, como parte de una nueva especie, la llevará a encontrar la belleza en el hecho de seducir para alimentarse, de extraer la sangre hasta dejar un cuerpo vacío, y de llegar a un extremo donde antes no podía siquiera acercarse. El costo es la eternidad y, en paralelo, la condena de no reconocerse nunca más en una superficie de cristal, el castigo de ser un eterno Narciso que en su curiosidad descubrirá, frente al agua del arroyo, una vida transparente, un organismo de aire, que siente lástima y soledad y furia, como en ese poema de Enrique Lihn:

Me miro en el espejo y no veo
 [mi rostro
 He desaparecido: el espejo es
 [mi rostro.
 Me he desaparecido;
 porque de tanto verme en este
 [espejo roto
 he perdido el sentido de
 [mi rostro
 o, de tanto contarlo, se me ha
 [vuelto infinito
 o la nada que en él, como en
 [todas las cosas,
 se ocultaba, lo oculta,
 la nada que está en todo, como
 [el sol en la noche,
 y soy mi propia ausencia frente
 [a un espejo roto.]

La sed, de Adriana Díaz Enciso. Paraíso Perdido, 2023.

RETAZOS DE SOL Y TIEMPO



JUAN FERNANDO
 COVARRUBIAS

*A mi madre,
 que habitó, en la memoria
 y con palabras,
 el pueblo de Placeres*

- 1)
 Tengo la certeza de que no llegué a conocer a Jesús Gardea cuando leí el primer libro de él, la novelita *El sol que estás mirando*; sino en el momento en que aquilaté (después de dicha novela y unos cuantos libros de cuentos) que lo que él hacía con la escritura era contarnos la vida. Su vida, de algún modo. La de todos. La nuestra. La mía.
- 2)
 El sol se había ido levantando en el cielo de la mañana y ya no entraba como espada al camión: estaba recogido en los asientos y sobre la mezcilla azul de mis pantalones. (*El sol que estás mirando*).

- 3)
 La Santa María onettiana.
 El París modianesco.
 El Yoknapatawpha faulkneriano.
 La Comala rulfiana. El Santa Fe

.....
 Guadalajara, Jalisco, 1980. Su libro más reciente es *Las disputas entre la mosca y el hombre* (Libros Invisibles, 2021).

de Saer. El Nueva York austero. El Tel llán amosozano. El Placeres gardeano (Ciudad Delicias, Chihuahua).

Placeres es una solitaria geografía donde el tiempo se detuvo.

- 4)
 Componer (escribir) siguiendo una secuencia análoga a la de la frase musical.

El renglón anterior lo recomiendo, en *El arte de la poesía*, Ezra Pound a los poetas. Como narrador, Gardea es un poeta.

- 5)
 A Placeres, esa comarca del deseo de Gardea, se le podría considerar un entramado de trazos y límites fantasmales cuya línea última estaría marcada por el dedo del sol: ahí donde el sol puede andar a sus anchas algo existe, pero donde la sombra abre su territorio entonces el paisaje es impreciso, inatrapable, una estación del desamparo.

- 6)
 «Máteme a iras.»
 («Según Evaristo», en *Septiembre y los otros días*).

- 7)
 El pueblo. El desierto. El llano. La casa vieja. Es decir: la oquedad. Lo arenoso. Lo solitario. Lo salitroso. Tales podrían ser los cuadrantes geográficos de la región gardeana: sí, una región afantasmada y delirante. Una extensión abigarrada y arisca. Un solar intrincado y

poblado de Minotauros enloquecidos por querer dar con la puerta de salida.

8) El sol todo lo quema, todo lo alcanza a tocar, todo lo reduce a un mero reflejo luminoso que arde y se estira y deviene acontecimiento en Placeres; es decir, el sol media una transformación que no lo hace desaparecer, más bien lo asienta de forma imperecedera.

«En las horas de los grandes hallazgos, una imagen poética puede ser el germen de un mundo», escribió Gaston Bachelard en *Poética de la ensañación*. El sol, en Gardea, adquiere esta estatura de origen, es suya esta potestad de principio de las cosas.

9) «Sueña entonces con mujeres. Las posee mientras canta. Se embriaga de tocarlas y explorarlas, y no es raro que alguna le florezca entre las manos.» («Los viernes de Lautaro», en *Los viernes de Lautaro*).

10) El silencio está omnipresente. *Acuérdense del silencio*. Acuérdense de esgrimir una voz, si es posible tenue, apenas audible pero suficiente para que rasgue ese velo anchísimo que pende sobre el desierto: no hay silencio más impenetrable que ese, más propenso al divague y el desanagramamiento de los adentros.

En el silencio no hay palabras. No hay ruido. No hay

nada. Si acaso hay, nada más, silencio.

11) «Levanté [el espejo] porque me pareció que un objeto tan brillante no merecía estar tirado, expuesto a la destrucción. Guardándolo conmigo, ganaba un poco de luz. Quería verme la cara en él. A lo mejor Felipe decía la verdad, y yo no era yo.» (*El tornavoz*).

12) Es un triángulo de conexiones y vínculos entre *Winnesburg, Ohio*. *Escenas de una vida rural* y *El sol que estás mirando*. El hilo que mejor ensarta a estos tres libros es que en ellos hay narración. Esto los sostiene. Los proyecta. Los desborda. Los comunica. Quien se pregunte qué es narrar, al leer cualquiera de estos tres libros podría encontrar una definición que lo dejará satisfecho. (Por orden, Sherwood Anderson, Amos Oz y Jesús Gardea, los autores).

13) Hubo un deslumbramiento tal por esa prosa llana, opaca y sin embargo abrillantada por la que vuelvo, cada cierto tiempo, a releer *El sol que estás mirando*. Novela iniciática: con gozo retorno a mirar, atento y entregado, esos renglones —espejos que refulgen como si hubiesen sido desperdigados en un llano para que dieran una dirección al mundo.

14) Una tarde, en su departamento, el poeta zapotleno Víctor Manuel Pazarín me dijo sobre la obra de Gardea —era yo apenas un lector incipiente del chihuahuense—: el sol es un personaje más en sus cuentos y novelas.

15) «Las sombras están de pie junto a las paredes, deslumbradas y mordidas por la resolana.» («Hombre solo», en *Los viernes de Lautaro*).

16) Lo que quiero decir cuando menciono que la escritura de Gardea permite descubrir la vida no es otra cosa que tener la certeza de que uno mismo puede asomar entre renglones. Este tipo de escenario diáfano es un escenario común en su narrativa.

Uno. Uno y todos. Los demás, los restantes, los otros. Todos ahí, quién sabe si por fortuna o por infortunio, aparecemos retratados.

17) En los cuentos y novelas de Gardea no existe el tiempo. Está abolido.

18) «...vi cómo la pena doblaba a Evaristo, recia y silenciosa, hacia la tierra. Evaristo se encontraba delante de nosotros, como una desolación, como en el otro extremo del mundo.» («Según Evaristo», en *Septiembre y los otros días*).

19)
«Ni mis personajes ni yo [al sol] nos lo podemos quitar de encima» (dijo Gardea en una entrevista).

20)
Mayormente no pasa nada. O no pasa mucho. En los cuentos y novelas de Gardea no acontece gran cosa: a lo sumo, hechos en apariencia anodinos, desengarzados de la realidad, aislados en su interpretación y se les ve transcurrir como si se viera pasar una corriente de aire llevándose consigo rastros de basura, hojas de árboles, briznas de hierba, algún objeto ligero.

El mundo como un sitio en el que apenas se vislumbra el sol y las sombras y vuelve a empezar, en un eterno retorno que sosiega y adormece.

21)
Mapa gardeano: hay una poética del espacio en Placeres: *la solitaria geografía de un tiempo inmóvil*.

22)
«Yo he levantado también la vista. No hay aire encima de nosotros. Se lo comió el sol.» («Nada se perdió», en *De alba sombría*).

23)
Cada tanto: el flujo de un acontecer que no se detiene nunca pero permanece estático. Fijo en su quietud. Quieto en su movimiento.

En el cuento gardeano la descomposición temporal

permea como un elemento dramático más, como una pieza de cuyo rompecabezas no podría estar ausente. De destiempo en destiempo sobreviene el drama, su clímax, su desenlace.

24)
Vienen de la nada. Los personajes gardeanos provienen de un tiempo detenido y hacia una especie de silencio total se precipitan. En ese último trayecto, espabilados, resignados, se acomodan a contemplar lo que les queda: el mutismo en el que siempre han vivido, el abandono que les llega a sus últimas horas, la tristeza con la que han venido al mundo, la soledad que les endilgaron a fuerza de meterse en sí mismos, y la muerte como destino inequívoco y sintomático.

A propósito de cómo el destino se manifiesta en ellos, José María Espinasa apunta: «No se quejan, viven su vida y le dan profundidad. La letargia en que los personajes viven es ausencia de tiempo».

25)
«El sol le come a la mujer las piernas, descubiertas hasta los muslos, y la cara. Su vestido, de vivos colores, es brillante y de mangas largas.» (*El sol que estás mirando*).

26)
En Placeres persiste, en general, una enfermedad contagiosa: la desazón, el desasosiego, el quietismo, el abandono,

la tristeza. El velo de una saudade cubre a Placeres.

27)
Las mariposas amarillas no surcan el pueblo de Placeres, ni el desierto, ni el llano, ni las calles ardientes y polvosas. Lo suyo es, cabe reiterarlo, un ensimismamiento en lo mismo. Es dable pensar en una llave que gotea, lenta, pausadamente; pero al momento de querer encontrar, guiados por una escucha atenta, la citada llave, uno se ve inmerso en una casa laberíntica en la que acaba atrapado, obnubilado y hechizado bajo aquellos techos que presumen un paisaje inolvidable en los que es posible apreciar, entre otras cosas, una añosa quietud.

28)
«No pensaba dormir, pero en cuanto me senté, el sueño me ganó. En mi ausencia, el sol bajó de la cama, resbaló por el latón, caminó pasito a paso por el piso, por mi cuerpo, hasta alcanzar la ventana y saltar a la calle.» («La guitarra», en *De alba sombría*).

29)
«No emplees una sola palabra superflua, ni un solo adjetivo que no sea revelador.»
Pareciera que Ezra Pound hubiera escrito esto para Gardea en *El arte de la poesía*, José Vázquez Amaral (trad.)

30)
He enumerado algunos síntomas de esa saudade placerense,

es claro, sin embargo, que resulta del todo inexplicable. La cruz en la frente, la marca de agua del nacimiento no justifica por sí sola el acuse de la saudade que impregna al pueblo: eso viene con la vida. Es decir, con el dejarse envolver por una cotidianeidad en la que el polvo atraviesa más metamorfosis y apariencias cambiantes que los mismos pobladores.

31) La parquedad, un hondo silencio, la falta de expectativas —ni las tienen, ni las necesitan—, el desamor y la imposibilidad de revertirlo: lo inapelable de la sentencia del destino radica en que el oriundo de Placeres trae ya, en los adentros, la resignación. Su propia saudade. Es indolente, inmutable, invariable, invencible.

32) «El patio estaba oscuro. El polvo de la calle, cerniéndose sobre nosotros, no dejaba pasar la luz de las estrellas y ponía blanco el cielo. Mi madre caminaba sin tropezar, con pie firme, como aconsejada por el sol.» (*El sol que estás mirando*).

33) Tierra adentro. En el hallazgo de un nuevo territorio la primera acción es ponerse en marcha, ir tierra adentro, ínsula *intro*. El desierto gardeano es una ínsula abierta al escrutinio, a la exploración, a la apropiación y, por último y

si tal es el deseo, a poblarlo y despoblarlo.

Como un territorio afantasmado sobreviven voces, murmullos, cuerpos avejentados, lacerados por el olvido, la tristeza y el silencio.

34) La reinención del tiempo. Al modo del insospechado destino del doctor Parnasus —del que él mismo reniega—, en Placeres el mecanismo del reloj no funciona de modo lógico, sino *contra natura*: en la prolongación, en la infinitud, en el reverso del tiempo no hay escape posible. De esa intemporalidad son rehenes quienes habitan Placeres, quienes nacen, viven y mueren dentro de sus coordenadas desgastadas por las arremetidas del sol y el ataque silencioso del polvo.

El tornavoz (el que vuelve a tener voz) es la prolongación de la especie, la herencia de unos gestos y unas maneras que no encuentran su estado natural sino cuando se aproxima el fin, el corte de las alas, la última morada en que se queda quieto, boca arriba, con los ojos fijos en un cielo desierto de nubes. Cielo desértico.

35) El ruido se mueve, se aproxima. Las piedras revientan de sol. La sequía no va a dejarnos nada; ni el juicio siquiera. Dicen que en el llano andan almas resucitadas de animales. Que llevan en orden sus huesos pisando firme la tierra. Tantos años sin

agua dan para todo. Espantos y fantasmas. Suena, acompañadamente, el ruido: dos golpes y, luego, vuelta a empezar. Qué bochorno. Y, de pronto, una ola de cálido silencio. No es el de todos los días, y la ola ha arrastrado una sombra hasta mi puerta. Me oscurece el aire. («Arriba del agua», en *De alba sombría*).

36) Territorio afantasmado. No es posible concebir un dibujo en el que tenga cabida un territorio vasto, inabarcable con los ojos, en continua extensión, propenso a la desmesura, donde pululen como animales carroñeros las minúsculas porciones de polvo que, voraces, indestructibles, todo lo colman, todo lo distorsionan, todo lo ocultan, todo queda sepultado bajo su potestad.

37) Al mapa de Gardea no lo limita ni el desierto, ni el llano. Más aún, sus personajes se encuentran, actúan, sobreviven a sus anchas arenales adentro. Y, sin embargo, no basta un soplo para que se desvanezcan en ese aire polvoso, de canícula perenne.

38) «El sol me sacaba la sombra y me la ponía delante. La sombra me hacía pensar. Habíamos nacido todos sombras.» («Difícil de atrapar», en *Difícil de atrapar*).

39)

Actuar a expensas, y a pesar,
del sol de todos los días. Y
cuando este falta, en esas
raras ocasiones, el devenir
es descolorido.

40)

«No es necesario que el
valor principal del poema [del
cuento o la novela en el caso de
Gardea] sea musical, pero si lo
es, la música debe ser tal que
deleite al conocedor.»
(Ezra Pound, *El arte de la poesía*,
José Vázquez Amaral [trad.])

41)

Por supuesto, nada en Placeres
puede subsistir sin el visto bue-
no del sol: emperador romano
que decide, con la posición
del dedo —hacia arriba o hacia
abajo—, quién ha de abandonar
la arena para siempre.

42)

¿Cómo es posible existir en
Placeres?

43)

«Mi madre entró en la cocina
quejándose del sol.
—Es una lumbre que no
se detiene ni en los huesos,
Vicente.»
(*El sol que estás mirando*).

44)

A Placeres de pronto llega una
amenaza: las tolvaneras que
tienen su seno en el llano y se
proyectan en el cielo vacío. Sus
habitantes, entonces, se guar-
dan no solamente en sus casas,
tras sellar puertas y ventanas,

sino que procuran sumirse en un
silencio que los va devorando
hasta que el sol, ese vigilante
pertinaz e incansable, resquicio
a resquicio, penetra de nuevo en
Placeres e inunda sus cuartos,
salas, patios, corredores, za-
guanes, banquetas, calles. Los
enciende y los vuelve cenizas en
un santiamén.

45)

«En tiempos de agua, el cielo es
como un perro. Gruñe, ladra. Alza
la pata, y nos mea. Nos desgracia
según son sus fuerzas.»
(«Nadie muere la víspera»,
en *Las luces del mundo*).

46)

La *ars narrativa* gardeana en
sus personajes se sostiene
en estos presupuestos: en la
parquedad del lenguaje al
que se ciñen y en su actuar
meditabundo y desasosegado.
La belleza que de ahí puede
extraerse no es precedera ni
finita, sino que se prolonga
en la mirada de quien los
descubre, los contempla en
su cotidianidad y los sigue
hasta que acaba su actuación
o se difuminan en el llano o
el desierto.

47)

Durante aquella lectura iniciá-
tica de *El sol que estás mirando*
supe, aunque no sabía los
cómo, que en adelante Gardea
me acompañaría. Dueño de
esta certeza, cada cierto tiempo
anuncio que he retornado a su
relectura, que había ya la ne-
cesidad de hacerlo, como aquel

que, cada tarde, acude, inquieto
y tembloroso, a la cantina de
barrio en la que es uno más
de sus fieles parroquianos.

48)

De Charles Nodier, escritor y
bibliotecario, Bachelard decía
que se entregaba por completo
a la felicidad de nombrar, que
solícito a menudo soñaba pa-
labras y objetos y se dedicaba
a dotarlos de existencia. De
Gardea es posible afirmar otro
tanto: es un niño que, feliz, se
entretiene mañanas y tardes
con sus juguetes desperdi-
gados por el patio de su casa
en Ciudad Delicias: imagina,
nombra, señala, crea, define,
encumbra, escribe. El demiurgo
de Placeres. Un habitante de
otro tiempo.

49)

De todas las lecturas que hago
de Gardea vuelvo como si retor-
nara de un viaje: con el espíritu
alimentado, dispuesto a em-
prender la ruta interrumpida.

50)

Los renglones finales de *El sol
que estás mirando* constituyen,
a mi juicio, uno de los mejores
finales para una novela:

«Pichardo se volvió hacia mi
madre y le preguntó:

—¿Cómo viene, Gálvez?

Mi padre mismo le
contestó:

—Ahogándome con tanto
viento, Pichardo, pero lo prefiero
al calor.

Pasó un rato.

Luego, mi padre volvió a hablar (dirigiéndose a mi madre), con voz a propósito sofocada pero que yo alcancé a oír:

—Francisca —dijo—, ya no volveré.» |

DEMASIADO TARDE PARA SER OTRA COSA



ROBERTO RAMÍREZ FLORES



Lo primero que experimenté al iniciar esta novela fue extrañeza. Sentía que no podía agarrarme a algún género conocido, a otro libro que fuera igual que este, a pesar de que, como el mismo narrador sugiere desde el principio, se trata de una novela que mezcla dos estilos ampliamente trabajados a lo largo de la literatura. «Ginny Moon no es su verdadero nombre, es el seudónimo que hubiera elegido si en lugar

Guadalajara, Jalisco, 1990. Su libro más reciente es *Líneas imaginarias* (Editorial Veintiséis, 2023).

de historias de monstruos escribiera historias de amor. De mujeres buenas que terminan cogiendo montadas sobre piratas que surcan los mares y les heredan sus barcos cuando mueren de borrachos.» Esa extrañeza, en el buen sentido de la palabra, en el sentido donde la palabra es sinónimo de unicidad, de algo nuevo, continuó a lo largo de las ciento ochenta páginas que conforman este libro, debido a que, aun cuando el texto podría leerse como una reinterpretación de la novela rosa y la de monstruos, mezcla los géneros hasta hacer desaparecer los clichés y los personajes unidimensionales, tan característicos en esos tipos de literatura.

Nuestra protagonista es Ginny Moon, una gringa tan singular como su nombre que tiene varios años viviendo en Chapala, donde trabaja como cocinera en Tony's. Le gusta escribir terror, tiene una prótesis de plástico como pierna y una obsesión con una matanza de monstruos ocurrida hace varias décadas. Por su parte, Joaquín trabaja en el mismo lugar como mesero, es novio de una chica muy joven llamada Rita y comete un crimen accidental que une el destino de los tres personajes. Su aventura los pondrá en situaciones en las que el pasado revive en el presente porque, como asegura el título del libro, es demasiado tarde para ser otra cosa, o donde nuestros instintos más salvajes terminan por salir a la

superficie (el miedo, la fuerza, la violencia) como esos lirios que invaden lagos. Es así como la historia cambiará de género una y otra vez.

La novela inicia con un tono romántico al presentarnos a Ginny Moon, una mujer que tras perder a su esposo se muda a Chapala para olvidar el pasado. También está la historia de amor de Joaquín y Rita, una intensa relación entre dos jóvenes que parecen tenerse únicamente el uno al otro: «Ahora es ella quien bebe, con los ojos abiertos, mirando el fondo y respirando en el hueco de cerámica. El eclipse sólo dura un par de segundos.

—*You must love him very much.*

—Sí, sí lo quiero mucho —usa un tono que no había usado para hablar de Joaquín. Quizá una lo dice así cuando el amor por su hombre acaba de ponerse a prueba.»

Poco a poco se nos irán revelando más detalles de esas relaciones, en donde se cruzan una camioneta que hacía lobotomías a domicilio, incesto, muertes y estupro, convirtiendo esos romances en historias de horror.

Por otro lado, las tilapias asesinas y los monstruos marinos. Las primeras hacen acto de presencia una noche en que los empleados de Tony's son contratados para servir el banquete en una boda a la orilla del lago. En el momento justo en que la comida empiece a servirse, las tilapias desgarrarán el vestido

de la novia y los uniformes de los meseros, devorarán dedos y escotes de los invitados. Por su parte, los monstruos marinos los conocemos a través de una leyenda famosa entre los lugareños: una noche, un grupo de pescadores sobre su balsa fue atacado por bestias de afilados colmillos que amenazaban con tirarlos al agua y devorarlos. Lo primero sucede únicamente en la cabeza de Ginny Moon, harta de su trabajo y de su jefe que es un imbécil, incluso harta de las bodas y del amor. Lo segundo, se trató de un acontecimiento sucedido a principios del siglo xx, cuando la esposa de algún político porfirista, encantada con los lagos franceses llenos de lirio, trajo algunos ejemplares y los depositó en el lago de Chapala. Rápidamente se volvieron una plaga y provocaron una merma en la biodiversidad del lugar. Una decena de manatíes fueron traídos (no de Francia sino de otro lugar de México) para que devoraran los lirios, pero los pescadores, atemorizados por su aspecto, los mataron uno a uno. De esta manera, el terror de las tilapias asesinas y los monstruos se diluye en medio de la fantasía y el drama histórico, llevando el relato hacia situaciones inesperadas que mantienen la tensión todo el tiempo.

Esta mezcla termina por crear una novela en la que los géneros se desvanecen al pasar de uno a otro, eliminando los clichés ampliamente difundidos a través del romance y el terror,

dotando a los personajes de características que los vuelven complejos (no sólo víctima o victimario, sino ambos) y perfeccionando una historia que se siente única. Cecilia Magaña refresca un tipo de literatura que, antes de esta novela, parecía no poder ofrecer algo más. |

Demasiado tarde para ser otra cosa, de Cecilia Magaña. Nitro / Press, 2023.

JOSU LANDA: POETA, FILÓSOFO, SABIO



REBECA MALDONADO
RODRIGUERA



*Los poetas-filósofos
renuevan el orden de sentido
y permiten alojarse en él*
Josu Landa

.....
Tepic, Nayarit, 1962. Su libro más reciente es *Tránsito(s) y resistencia(s)*. *Ontologías de la historia* (UNAM, 2017).

Pareciera que Josu Landa se propuso, con este libro, sondear el radio de su ser como sabio poeta filósofo. Intrincada intimidad que se hace a cada momento y a la que obedece este libro. La aparición de *Filos de reserva* debe considerarse un acto poético-filosófico de toda una vida dedicada a crear sentidos de lo que no se dejan ver a las claras. Sus páginas nos indican y abren indicios de una vida que se hace desde un saber columbrar, vislumbrar, deslumbrar, pero también desde un saber vivir, pensar y crear, como ciclo indetenible, como las estrellas y planetas que, según Aristóteles, eran manifestación de una intelección que a la vez era uno con lo pensado. Ciertas personas transcurren en un ciclo que configura vida humana verdadera y de ahí la fuerza de sus palabras. Justamente Josu nos dice que «la investigación filosófica la realiza alguien que ha consagrado su vida a procurar la verdad», que se ha «preparado anímicamente para librarse de prejuicios». Pues toda producción de verdad conlleva un ethos. Para Josu «los efectos de experimentar la verdad noética alcanzan el ethos» y lo «transforman para bien». A lo largo de estas páginas se nos ha invitado a hacer de la investigación filosófica algo más que la mera actividad academicista. Estos minitratados son la vida y obra de un pensador que no ha permanecido quieto ante el mundo que tiene enfrente.

Aquí se condensan artículos de revistas y libros, ponencias, diálogos y, en general, inquietudes y profundizaciones sobre la situación del mundo actual y la producción poética de su entorno, acompañadas de una visión sólida y nutrida de la historia de la filosofía. Cuando uno lee a Josu logra comprender que hay personas que trascienden o buscan trascender toda relatividad pero desde una mirada amplia, y, en cierta medida, logran ser en el hacer-pensar y en la poiesis. Festejo este libro sobre los más diversos recorridos donde podremos encontrar los indicios de un pensar que explora la vida humana a través de los filósofos y poetas, sin olvidar estos tiempos convulsos en que tenemos que hacer nuestra vida junto con los demás. Cada filo de reserva, como escritura, nos abre a la experiencia del pensar y nos invita a renovar los sentidos con los que vivimos.

Josu Landa despliega en su parte intitulada «Columbres» una lectura de distintos eventos del pensar en la historia de la filosofía desde la Antigüedad hasta el siglo XXI a partir de un principio nietzscheano: el valor de tales y cuales conceptos para la vida. El nietzscheanismo de Josu Landa es atemperado por una perspectiva que le permite no desfallecer ante portentos filosóficos como Heidegger, Bergson, el mismo Nietzsche. Podemos ver que para él debemos armarnos ante la

monumentalidad de los pensadores con filos de reserva y exactamente preguntarnos por el valor de esa filosofía para la vida. En este sentido, podemos pensar las lecturas landianas «como impugnaciones de prestigiosas construcciones filosóficas»: no tienen desperdicio. Sus impugnaciones son minitratados situados en medio de las miriadas de filosofías y a través de todas ellas saca filos y filos de reservas ante posturas que pretenden un absolutismo, un cierre y un fundamento último. Josu Landa se coloca en un lugar entre el hambre de absoluto (que él confiesa) y la construcción de una morada para poder vivir como algo irrevocable. De ahí que en «Tiempo y prosopopeya» se distancie de las prosopopeyas del tiempo y de cualquier transformación de la temporalidad en sustancialización; se separe del ser para la muerte, «de todo fue», pero también del eterno retorno, y de un eterno ideal, proponiéndose en esta primera lectura landiana una temporalidad inmanente, donde el tiempo se vuelve espacio y el espacio, tiempo; en el tiempo del hacer y del vivir y del obrar, del cada segundo y cada día, irrenunciables, sin excluir la esperanza y la espera que brota desde ahí. Josu intenta no cerrar, agujera lo que arrebató la posibilidad de una buena vida, y también de una buena muerte.

De la misma manera, en la relación entre posturas filosóficas se adhiere a una apertura

de miras que, en lugar de seguir la lectura que Nietzsche hace de Sócrates, que lo excluye de lo dionisiaco, lo abre a un dionisismo, «porque Nietzsche pierde de vista que lo dionisiaco es una fuerza dinámica, en eterno proceso de adaptación a sus tiempos de referencia, con capacidad de ser otro y el mismo».

Si bien *Filos de reserva* nos da señas para elaborar nuevos sentidos y modos de ser en nuestras latitudes, en gran medida conforme a la idea del bien socrático-platónico, es importante desglosar las nociones que se entretienen en derredor. Por ejemplo, para entender mejor la propuesta ética de Josu no podemos dejar de lado la interpretación que hace tanto de Nietzsche en «Qué significa ser nietzscheano» y de Schopenhauer en «Más allá del materialismo». De ellos se vale para hablar de una propuesta ética que abraza el terreno existencial y material.

Con respecto al nihilismo de Nietzsche nos habla de la ruptura de las verdades eternas, fijas e inalcanzables y de nuestro paradero en medio de esa situación desoladora. Como bien apunta Josu: «ya no hay una realidad absoluta que se manifiesta en la *aletheia*; pues, ahora, la existencia, el mundo objetivo es una función de las operaciones subjetivas». Todo pasa y queda en los márgenes de la individualidad, y a la vez el individuo es un ser

en constante movimiento, es ético y político, de modo que su vida entera es un ir en la búsqueda de su reunificación con el todo, con esos otros con los que convive sin olvidar que el ethos de la temporalidad inmanente comprende una dimensión microcósmica y macrocósmica. Josu busca, en última instancia, deshacer la lejanía de las cosas. Para ello, nuestro filósofo retoma la idea de *embriaguez nietzscheana* y nos dice que esa embriaguez es «una de las posibilidades más efectivas de superación del desgarramiento de la individuación y de la expansión de la subjetividad en su reunificación con la Naturaleza absoluta». La embriaguez y también el dolor y el genio conforman el *espíritu libre nietzscheano*, que nos da jovialidad y nos permite «transgredir la miseria de la representación moderna», nos da anhelo en medio de «un mundo huérfano de dioses».

Así como Nietzsche le permite a Josu Landa encaminar su ética hacia lo existencial, Schopenhauer lo impulsa a la materia, a la corporalidad y a la práctica. Con él se «desmonta la divergencia acerca de si la base de la realidad es materia o idea». Josu abreva del concepto de *Voluntad* para hablar de una correlación entre sujeto y objeto, y no de una causalidad. La *voluntad* transgrede los límites de la *idea* y la *forma*, aspecto que por sí solo es suficiente para sumarlo a una propuesta ética. Sin embargo, Josu Landa lleva a

Schopenhauer más allá, ya que si «la materia es una función del entendimiento» es porque no piensa en una materia en sí, sino en que «la representación, la intuición y el objeto empírico constituyen la realidad del mundo, que sólo puede ser percibida por su intrínseca materialidad». Lo que implica que no podemos pensar, por ejemplo, en hacer un bien sin dotarlo a su vez de materialidad, esto es, de llevarlo a cabo. Por ello, el horizonte desde el que Josu configura su ética debe asumir que «toda esencia de la materia consiste en actuar». Así, el espíritu libre nietzscheano y la materia schopenhaueriana son bases aledañas que sostienen una ética que nos compromete a actuar y transgredir nuestro mundo.

En «Hacer para saber», la poiesis humana busca dar sentido al sinsentido, y en última instancia abre camino para una ética y una política que involucren la eudaimonia personal y social. Una tarea loable, ardua y compleja, que, sin embargo, siempre resulta honesta. No escatima en señalar los problemas de la investigación filosófica actual, pero tampoco se contenta con señalar sus males, va en constante búsqueda de remedios para tratar al academicismo y la esterilidad en donde suele y puede estancarse el pensar, y lo hace, al poner la labor filosófica en compromiso radical con la ética. Tal y como entiende Josu Landa la *verdad* socrático

-platónica no es un discurso sobre un objeto, sino un *evento generador de sentidos* que, por lo tanto, modifica las almas. La filosofía como búsqueda de la verdad es así un «saber para hacer». Ese hacer es siempre aquello que resulte lo mejor, lo más *bueno*. Entonces, esa generación de sentido, ese *hacer* que sabe el *bien*, tiene implicaciones «ético-pedagógicas». Por ello no debemos limitar nuestros esfuerzos al vivir de ella.

Josu remarca las diferencias en las distintas labores de la investigación filosófica, que en última instancia no son sino modos de proceder: como aquellas que se decantan por el amor a la verdad, la *zétesis*, así como aquellas de corte *academicista*. El proceder, el valor y el contexto de los distintos modos de hacer filosofía forman parte de nuestra contemporaneidad lo queramos o no. Sin embargo, ello no implica el descuido de la filosofía. Por eso se remite a la mayéutica para decir que «la investigación filosófica extrae verdades configuradas en el alma del investigador», y le permite «educarse y educar investigando». Como un filósofo que abreva del platonismo es consciente de que el filósofo existe como alguien dedicado al cuidado de la ciudad.

Y ¿qué es más humano que la política y el ansia ingobernable de poder? Como todo transcurso por los confines ético-filosóficos a los que

podemos voltear la mirada y dar señas de la condición humana, pocas resultan tan chocantes y crudas como las que nos ofrece Maquiavelo de la naturaleza malvada del hombre, siempre a contracorriente de nuestro anhelo de practicar y vivir el *bien*. Pero sin ser ilusos, la política tiene poco de franqueza y mucho de desenfado mezquino. En «Maquiavelo. Las trampas del poder» Josu nos confronta con el aspecto más duro de la realidad. Con su repaso al *Príncipe* de Maquiavelo, nos muestra cómo opera una política ilusoria en donde «los gobernantes se mueven por metas mezquinas con el fin de mantenerse en el poder y la gloria». Lo terrible, como nos advierte Josu, es que aquel que busca perpetuar su propio poder tiene como fin el control total y a partir de ello se da a sí mismo su falsa validación ético-política, que además se la da como un *a priori*. Ante los levantamientos de sectas totalitarias en todas partes del globo no podría haber algo menos grave y alarmante en la actualidad que atender «la falta de justificación de matanzas y atentados contra los derechos humanos fundamentales». Pues en concordancia con el camino de la filosofía: «no es posible llamar virtud a exterminar ciudadanos».

El modelo del príncipe maquiavelista es el de la *voluntad de dominio*. Él busca imponerse por la fuerza, por ello Josu nos habla de una «voluntad de

poder» que busca controlar al débil, y, sin embargo, en última instancia este dominio «es una mera nada», o bien, «una ilusión» que «se hace pasar por algo real y que juega con nosotros». Este dominio es, en palabras de Josu, un *espejismo* que se basa en una ficción subjetiva; la de creerle a alguien que tiene poder porque sobre la base de esa creencia nos doma a todos sin excepción ni vacilación. A Josu no se le escapa que por más ilusorio que pueda ser la *voluntad de dominio total*, esta es de hecho la ilusión sobre la que se codifica y oscila la historia de la humanidad: en esta «política de la nada, [que es] una pseudopolítica del poder por el poder». Ante esta forma de hacer política nos propone, en sentido inverso, una «política del ethos»: de relaciones interhumanas que sea capaz de «instaurar un ideal de justicia y prevenir el egoísmo y la desmesura».

La guía de la vida filosófica aquí expuesta es la que concierne a la existencia que tenemos enfrente. Los temas sobre cómo hay que vivir, cómo debemos ser y actuar resultan atinados y urgentes para las crisis que nos atañen hoy en día. Desde una reconstitución de la filosofía ética del pensamiento socrático-platónico, Josu ha buscado darle frescura a esta sabiduría milenaria. Y es ahí en donde entra una, de las muchas posibles, invitaciones para acercarse al libro. En su construcción de una ética va a

confrontarse con los laureles en donde la labor filosófica suele reposar, se confronta con las posiciones que se pierden en su lucha teórica y no terminan por aterrizar con la materialidad que nos impele constantemente.

El pensamiento de Josu a lo largo de *Filos de reserva* es claro, se propone una filosofía que «ofrece vías ético-políticas que buscan instaurar un orden político justo». Idea retomada de Sócrates con la que Josu sigue su compromiso con los efectos de tal pensar: la completa transformación del alma. Josu es muy consciente de que para transformar la política se deben «modificar las almas de la gente implicada». Basta con dar un vistazo a la política actual en el mundo para dar cuenta de cómo las cosas no cambian si las mismas personas, sus mismos valores, su misma corrupción, se siguen propagando sin modificarse.

En «Retorno de las éticas de crisis», Landa nos expone un ideal de vida que parece de botepronto inverosímil en el mundo contemporáneo donde actualmente el filósofo sólo «imparte clases, polemiza interpretaciones, publica escritos y da conferencias». Pero podemos decir que este ideal del filósofo va más allá de las tareas domésticas que indudablemente el mundo le exige para existir y ganarse el pan. Este ideal de vida del filósofo no busca la popularidad, ni el poder, quiere transformarse

a él y a su mundo, sólo así abrirá paso a nuevas formas de relacionarse con los otros que interpelen su existencia. Para Josu, «la filosofía como opción de vida comporta un constante ejercitarse y entrenarse, en pos de la conformidad con el mundo». Sin embargo, hay una tendencia a menospreciar saberes del pasado y excluirlos por considerarlos anticuados y poco útiles. Sin embargo, este pensamiento pragmatista obvia algo fundamental y que el mismo Josu reconoce: que «en la filosofía ningún sistema teórico anterior se anula por completo». Así, una de las ideas centrales del autor es que «hoy en día, las filosofías helenísticas son nuestras contemporáneas. Nos hablan a nuestras almas con sobrado sentido». Todo el pensar landiano oscila en su llamado a la ética y el bien para hacer frente a nuestras crisis sociales actuales. Para Josu es indudable que en la actualidad estamos ante la presencia del «retorno de las doctrinas sapienciales post-socráticas y las éticas de crisis y decadencia». Y nuestra tarea desde la filosofía es entrar en «un proceso de resignificación teórico-práctico de estas doctrinas». Sólo así se *fundarán*, entre otras cosas, nuevas éticas. Y con y desde ellas, se velará por la eudaimonia personal y social.

Filos de reserva es un buen acompañante para hacer un repaso a la historia de la filosofía, si a su vez no queremos dejar de tener presente el horizonte de

nuestro mundo contemporáneo. Esto es, si queremos escudriñar en saberes pasados para buscar luz en nuestro presente. Muchos de los tratados se encuentran llenos de buenas referencias a la discusión de estudios sobre los clásicos. Por otro lado, hay muchos que quisieran dar coherencia filosófica a ciertas inquietudes sociales presentes en la actualidad. En general, encontramos una afinidad con la filosofía que no sólo se piensa sino que se vive y actúa en conformidad con ella. Si las seiscientas páginas pueden abrumar, los invito a que se asomen a algunos de los tratados, que los inducirán de cualquier modo a seguir leyendo.

La profundidad del tratado «De camino al ser», del que agradezco profundamente la dedicatoria, se debe en parte a la discusión con la pregunta que guía toda la historia de la filosofía, ¿qué es la metafísica? «De camino al ser» debe ser leído por todos los estudiantes de metafísica. En estas páginas, el manejo del autor de las distintas corrientes del pensar es fluida y siempre afilada. Repasa con Aristóteles y Anaximandro esa *ciencia primera e indeterminada* que será un hilo conductor a lo largo de los siglos. También lo hace con las posturas de Tomas de Aquino y Descartes, para notar su transición en conceptos como *Dios* y *el yo pienso*, así como su evolución en el pensamiento kantiano en la *razón pura* y el *conocimiento trascendental*.

De igual modo explora la *diferencia ontológica* y las posibilidades que abre el trato heideggeriano a la condición de la metafísica en la actualidad. En suma, en estas páginas se ofrece un seguimiento de la comprensión de la metafísica en la historia de la filosofía y el cuidado a conceptos clave a los que aún ahora debemos seguir haciéndoles eco para pensar nuestras propias condiciones, tales como la *physis* y la *aletheia*.

Si bien las discusiones de Josu entran dentro del terreno de lo práctico, su reflexión ética busca ser siempre más honda, íntima y personal. Quiere dudar de los sentidos que cifran la vida que vivimos todos los días e instaurar nuevos que competan a algo más grande que la mezquindad o el egoísmo, por eso se adentra también al campo de la *pasión* y la *religión* de la mano de Unamuno. Sin embargo hay un intermediario casi omnipresente que circunda toda aproximación a la religión, y es que la modernidad se caracteriza por su desdén a la religiosidad y a Dios, y en su lugar se afianza sobre los terrenos de la razón y la subjetividad, ya Josu había hablado de «un mundo huérfano de dioses». Pero a la vez que la modernidad elige la muerte de Dios y, con él, del sentido, las pretensiones de cualquier sistema filosófico, incluida la ética de Josu, pueden parecer como imposibles o incapaces de adquirir solidez en la

realidad. Pero eso es así sólo si obviamos a la religión misma y permanecemos en la nulidad. Pues como bien apunta Josu en su trato de la religión unamuniana: no se piensa a Dios en relación con la verdad, sino como un vínculo unificante de la conciencia de cada uno de nosotros. Esta visión de la religión y el sentido es el punto de inflexión respecto a la tradición filosófica de la modernidad y el lugar en el que sitúa la propuesta landiana. En esta recuperación de Unamuno nos dice que: «El sentido de religión es algo que se siente, más que algo que se describe [...] Es un anhelo totalizante y de vida». La religión es inefable pero es algo que siempre se encuentra presente. Por eso, para Josu, recuperar este sentido de religión implicaría recuperar la importancia de «la pasión y la fe por sobre la razón». Ello implica tener un contacto más inmediato con la vida. Como vimos, en la propuesta ética de Landa se busca la coexistencia de una felicidad personal con una social, mientras que en la religión se busca unificar nuestras conciencias. Desde esa apertura de la individualidad que tiene sitio en la religión, la *religiosidad* se entiende «como desgarramiento interior». Trastoca esos márgenes del yo, y con ello da cuenta de que la incertidumbre y desesperación no son sólo individuales, sino también comunes, por eso el *desgarramiento interior* no

sólo es dolor y congoja, sino también compasión. Todos estos son estados de ánimos y modos de existir que nos abren a descubrir a Dios como el «Éros que unifica y personaliza todo lo existente».

La religiosidad hace más transitable el camino a una ética del bien, pues nos presenta a los otros como si fuésemos nosotros mismos. Dar un sentido desde esa noción de la religión es creer en esta comunión con todo lo real y también en las potencias de nuestra propia espiritualidad. Cuando se habla de dar una finalidad o un sentido a la realidad, lo que se hace, y nos lo dice Josu, es «hacer consciente y personal [al universo,] crear a Dios». En última instancia, la propuesta filosófica de Josu busca ligar lo personal con lo comunitario e ir de la congoja a la unión, y por ello, nos dice que la «religiosidad es en el fondo la desesperación esperanzada».

Josu Landa expone la labor del filósofo en relación con el buen vivir. Desde ahí es que encontramos la apertura a los mejores sentidos de la vida ética, social, teórica y política, en la actualidad. La tarea del filósofo radica en mantenerse firme en sus virtudes morales e intelectuales para fungir como ideal de vida. O como lo expresa Josu en las últimas líneas de la sección de Columbres: «Quien consagre su vida a la poesía-filosofía, a existir según su voluntad de

sentido, no debe desvivirse por la recepción social de su labor; al contrario: habrá de afirmarse en su destino y asumirlo con el fervor que acompaña toda promesa de redención».

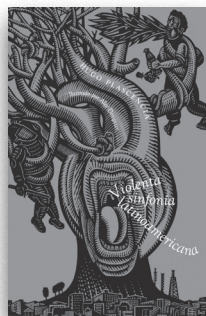
Gracias a Josu Landa por este libro, que invita a cuidar a los demás en el cuidado de uno mismo, y en el cuidado de uno mismo está el cuidado de los demás y de lo divino. |

Filos de reserva, de Josu Landa. Beyond Dimensions, 2023.

VIOLENTA SINFONÍA LATINOAMERICANA



SILVIA EUGENIA CASTILLERO



En la línea de *Tercera Tenochtitlan* de Eduardo Lizalde, ese canto a la grandeza de la Ciudad de México pero desde la caótica

Ciudad de México, 1963. Su libro más reciente es *Desde el enigma. Antología personal* (Doble Fondo XVI, Biblioteca Libanense de Cultura, 2023).

vida callejera, desde su historia violenta y desde enigmáticos paisajes, personajes mestizos y vulnerables, *Violenta sinfonía latinoamericana* de Hugo Plascencia interna al lector en las entrañas de América Latina.

A través de una sinfonía en tres movimientos, pieza poética que hace sonar al mismo tiempo voces distintas y distantes, volviendo el libro un coro de simultaneidades en una duración bergsoniana por medio de la cual los tiempos se cruzan, se yuxtaponen y, en algunos casos, se funden.

Desde sus días prehispánicos, días de obligada presencia de los dioses en la vida cotidiana y caóticos ríos de sangre alimentándolos. Días en que las estrellas y los pedernales eran una misma morada. Y los corazones goteando aún vida podían ser flores. Estas dimensiones grandiosas y bárbaras se van tiñendo de cálidas pinceladas de la modernidad, de la ciudad o ciudades surgidas a través de siglos pero surgidas en el libro como apariciones conocidas y sin embargo nuevas. Lugares y emociones visitadas por el lector que escucha la sinfonía, más que con sonidos, con vocablos de tintura diferente y significado original o tal vez originario. Como si se cavaran túneles en lo desconocido, en lo ignoto, en lo imposible de imaginar, el autor traza realidades que van desde México hasta el sur, mostrando una Latinoamérica genuina, casi inventada, aunque proviene de

su historia y de sus raíces. Estos cabos sueltos por desconocidos nos pintan un mundo nuestro asombroso, donde «la savia del útero cósmico del tequila será el pasaporte al deseo por el que amaste con todo tu alcohol; sentirás las sutilezas del vino agrio, el vinagre descompuesto como una pincelada de vitrales quemantes: leitmotiv Goya ámbar en tu nicho de Nierika...»

Así, el libro cierra los surcos de las distancias temporales y nos vuelve contemporáneos de las culturas prehispánicas como de las europeas, nos vuelve habitable una Edad Media oscura así como un halconazo en 1971.

Su mapa es el hoy, y para ello cava dentro de los mitos y los símbolos. La sinfonía se vuelve un rito para acercarnos la historia, los colores, sabores y lugares. Un rito cohesiona una comunidad, genera una comunidad sin comunicación, que es justo nuestra realidad en este mundo contemporáneo desoyuntado. Volver hacia atrás en la historia de nuestros símbolos es de alguna manera regresar al significado original de la palabra símbolo: encontrar una contraseña, un signo de reconocimiento. Hegel decía que todo re-conocimiento se desprende de la contingencia de la primera presentación y se eleva al Ideal. El re-conocer capta la permanencia de lo fugitivo. Esto es lo que el lector vive en *Violenta sinfonía latinoamericana*.

En su lectura se va decantando lo duradero hasta quedarnos con la permanencia

de nuestra propia historia.

Dentro del flujo inconsistente en que se ha convertido el tiempo humano, en que todo se precipita sin interrupción y nada es habitable, el poemario de Hugo Plascencia le da durabilidad al acontecer antiguo y contemporáneo. La repetición de ciertas palabras y ciertos versos estabiliza la mismidad del canto y de lo que cuenta. En este mundo veloz, la Sinfonía nos permite releer lo antiguo y entrar con mejores ojos y oídos, a la actualidad llena de violencia, dictaduras, migrantes expulsados de cualquier territorio, narcogobiernos y asesinatos a lo largo y ancho del mundo.

Violenta sinfonía latinoamericana busca la identidad a través de referencias explícitas de la comunidad y logra consistencia y veracidad. Logra ser una obra compleja y auténtica porque conserva su propia intimidad y su factura se desarrolla desde sí misma.

Quiero destacar el diálogo que entablan los poemas de Hugo Plascencia con los grabados de Alec Dempster. Logrando que la *sinfonía* penetre hondo y nos atraviese su esencia. Nos reúna en lo extremo y nos congrege en lo supremo. |

Violenta sinfonía latinoamericana, de Hugo Plascencia, con ilustraciones de Alec Dempster. Ediciones del Lirio / CEMCA, Ciudad de México, 2020.



LA GUERRA NO HA TERMINADO

«—La guerra terminó hace veintinueve años.

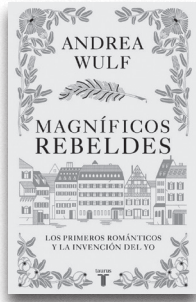
—Es imposible.

—Japón se rindió en agosto de 1945.

—La guerra no ha terminado. Hace unos días vi un portaaviones estadounidense acompañado de un destructor y una fragata.»

La maravillosa primera novela de Werner Herzog se basa en la historia real de Hiroo Onoda, un soldado japonés que no se enteró de que la Segunda Guerra Mundial terminó y mantuvo por décadas su misión de defender la isla de Lubang. Contada con prosa alucinante y narrativa simple, *El crepúsculo del mundo* comienza cuando Susuki, un joven cazador de mitos, se encuentra con el qui-jotesco teniente, considerado por muchos un fantasma y por otros, una ficción.

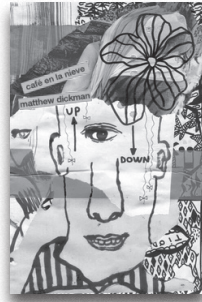
El crepúsculo del mundo, de Werner Herzog. Blackie Books, 2023.



LA INVENCIÓN DEL YO

En la década de 1790, Jena, una tranquila ciudad universitaria de Alemania, fue tomada por un grupo de escritores, filósofos, dramaturgos, editores y críticos que desde ahí desviaron el arte y el pensamiento universal hacia el yo. En ese pequeño lugar, en ese breve momento histórico, confluyeron Goethe, Novalis, Schiller, Fichte, Hegel, Von Humboldt, la formidable Caroline Schlegel... En su obsesión por ser libres en una época gobernada por monarcas, los primeros románticos vivieron a veces de maneras que aún hoy causarían escándalo y transformaron el mundo usando el poder creativo del yo. Andrea Wulf reconstruye minuciosamente el escenario y nos acerca a los protagonistas de una revolución existencial cuyos efectos y posibilidades aún vivimos.

Magníficos rebeldes, de Andrea Wulf. Taurus, 2022.



ENCONTRAR UNA VOZ

«Podías tirarle piedras a los tipos que pasaban / por la calle con el cerebro en una mano y el corazón en la otra / todo un desfile, con tremendo potencial, mientras sus madres / en la vereda los aplaudían y celebraban, agitando / en el aire frío sus pañuelitos azul bebé».

El suicidio de su hermano transformó la poesía de Matthew Dickman, hizo que se preguntara qué significa realmente encontrar una voz, como deseaba cuando era un poeta mucho más joven. «Decidí que no era una "Voz" lo que me interesaba sino una "Visión". No quería forzarme a tener una sola identidad, un solo estilo, una sola forma, o una sola manera de escribir un poema». Esta antología de Zindo&Gafuri es la bitácora de esa búsqueda y su primer libro traducido al español.

Café en la nieve (antología personal), de Matthew Dickman. Zindo&Gafuri, 2023.



HUMBOLDT ABRAZANDO AMÉRICA

William Ospina cumplió su sueño de escribir sobre el viaje del naturalista y explorador prusiano Alexander von Humboldt por América. Poeta, ensayista y narrador, conjugó todas sus artes literarias para acompañar a Humboldt por un continente poco conocido para los europeos de principios del siglo XIX. El autor colombiano insiste en que el libro «por su carácter fragmentario y personal, es una obra de ficción, no una monografía erudita ni una biografía», y aclara que recurrió «no sólo a la bibliografía sino a nuestra propia memoria». Así describe su esencia: «Palabras como Ilustración o Romanticismo tal vez se entiendan mejor cuando las vemos hacerse carne, sensaciones físicas y encuentros humanos».

Pondré mi oído en la piedra hasta que hable, de William Ospina. Random House, 2023.



TRÍPTICO DE LA CIENCIA

El dedo de Dios apunta hacia el lector desde este retablo formado por tres relatos que reflexionan sobre lo que la ciencia nos ha hecho a lo largo de la historia y aún nos podría hacer en el futuro. «Este libro es una obra de ficción basada en hechos reales», define su propio autor. El inicio está dedicado al físico austriaco Paul Ehrenfest y su pasión sufrida. El cuerpo principal está formado por múltiples voces que narran la vida y obra del matemático húngaro John von Neumann, quien ayudó a diseñar la bomba nuclear y creó la computadora moderna. El libro está coronado por la historia del surcoreano Lee Sedol, jugador de go, quien desafió a la inteligencia artificial que cambiará nuestro mundo.

Maniac, de Benjamin Labatut. Anagrama, 2023.



POEMAS DIVINAMENTE HUMANOS

Los poemas de Louise Glück se leen como oraciones. Escuchados una y otra vez adquieren consistencia, se iluminan, pero nunca se desgastan ni pierden su sentido, no suenan huecos debido a la repetición, al contrario, sus voces se enriquecen con nuevos tonos y significados, y así trascienden. Son divinamente humanos, se ofrecen a Dios desde oídos mortales: «Al final de mi sufrimiento / había una puerta. // Escúchame: eso que llamas muerte / yo lo recuerdo».

Así comienza *El iris silvestre*, quizá el libro más celebrado de la estadounidense Glück (1943-2023), Premio Nobel de Literatura 2020. Este título y prácticamente todos sus libros circulan en las ediciones bilingües preparadas con nuevas traducciones por Visor.

El iris silvestre, de Louise Glück, traducido del inglés por Andrés Catalán. Visor Libros, 2022.

LA ÓPERA VISTE A LA MODA



GAMALIEL RUIZ

Hace unos días tuve la oportunidad de ver en Arte.TV el montaje de *La coronación de Popea* de Claudio Monteverdi (1567-1643), que dirigió escénicamente Calixto Bieito para el Gran Teatro del Liceo de Barcelona y que tuvo seis funciones durante el mes de julio de 2023. Una coronación sin coronación de la cual estuvo musicalmente a cargo el gran Jordi Savall y su orquesta Le Concert Des Nations.

Pues bien, no es nada nuevo que el género operístico sea revisitado con propuestas escénicas de toda índole, desde representaciones fieles a la época en vestuario y escenografía, hasta escenificaciones de vanguardia que pueden ser interesantes, incómodas o hasta irrespetuosas al espíritu del compositor y libretista. Posiblemente ningún teatro resulte exento a algún montaje novedoso que, dependiendo de la inventiva, pueda o no revelar la esencia de la obra. Por ello, con los actuales recursos técnicos y de iluminación, la ópera está a la moda con planteamientos enunciados

por los actuales *régisseurs* alrededor del mundo. Y tal parece que la ópera barroca es especialmente elegida para vestirse a la moda.

Al respecto de la citada *L'Incoronazione*, la propuesta de Bieito contrasta con la mítica versión fílmica de Jean-Pierre Ponnelle en todo sentido. A finales de la década de los setentas, el regista francés dirigió la trilogía monteverdiana (*L'Orfeo*, *El retorno de Ulises a la Patria* y *La coronación de Popea*) con extraordinarios resultados, utilizando un pequeño escenario y dándole al trazo escénico una admirable fluidez y credibilidad dramática. Su complicidad con Nikolaus Harnoncourt para el impecable resultado musicoteatral es impresionante. En el caso de Bieito, un escenario circular y numerosas pantallas a los lados y parte trasera del escenario muestran un mundo romano de ambición, violencia y engaños, mientras que la orquesta habita en un reducido círculo. Todo es moderno: el vestuario con trajes, corbatas y vestidos de noche para casi todo el elenco, a excepción de Cupido (Amor), La Fortuna y La Virtud que en pijama interpretan el prólogo y luego están presentes el resto de la obra, atestiguando las acciones de Nerón, Popea, Séneca, Drusila, Otón, Octavia... roles magistralmente cantados casi por todos. El contratenor australiano David Hansen posee una alta tesitura, sin

embargo, se mostró extenuado y con un canto apresurado y debilitado en su ascensión de un sensual Nerón. Su escena con el poeta Lucano (el tenor Thobela Ntshanyana) resultó incómoda para el público que, a pocos centímetros de los artistas, presenció su homoerótico dúo *Or che Séneca e morto*. La soprano francesa Julie Fuchs, sin embargo, fue una espléndida Popea, con una voz fresca y hermosa, virtudes que también la mezzo checa Magdalena Kozèna mostró a raudales, brindando al rol de Octavia su particular dramatismo y belleza. Jordi Savall dirigió a su pequeña orquesta con afinidad y temperamento, aun así, el hermoso dueto final *Pur ti miro, pur ti godo* sucedió aprisa y entre las partes recortadas estuvo precisamente la escena de la coronación en que la cortesana y *femme fatale* Popea es designada emperatriz. El maestro Savall tuvo sus razones para modificar lo musical, al igual que Calixto Bieito, Ole Anders Tandberg, Jean François Sivadier, Robert Carsen y otros más que han hecho de las suyas escénicamente en esta obra maestra de Monteverdi.

Otro ejemplo de propuestas vanguardistas y escandaloso resultado sucedió con *Tosca*, de Giacomo Puccini, en la controvertida propuesta de Rafael R. Villalobos también para el Liceo barcelonés a principios de este año. El joven director de escena trasladó los acontecimientos de la ópera al siglo xx, adicionando

Guadalajara, Jalisco, 1977.

Escribió el monólogo *Inmarcesible María* (escenificado en el Conjunto Santander en 2023).

a la trama la presencia de Pier Paolo Pasolini, provocando una gran confusión: Pasolini participa desde el principio, como niño o adulto interactuando con los personajes. Así, durante el primer acto fotografía a *Tosca* (caracterizada como la célebre María Callas, quien participó por cierto en el filme *Medea* del mencionado cineasta). Para el segundo acto añadieron música moderna a la partitura de Puccini, al igual que una larga escena en que Pasolini se relaciona con su amante y asesino, además de incluir jóvenes desnudos sin oficio ni beneficio en la sala del Palacio Farnese, que recordaron a más de uno aquella famosa cinta *Saló*.

La orquesta fue dirigida por Henrik Nánasi con un atractivo elenco: Michael Fabiano (Mario Cavaradossi), María Agresta (Floria Tosca) y Zeljko Lucic (Scarpia), quienes cantaron con positiva entrega. Aun así, los abucheos y muestras de desaprobación llegaron al finalizar la ópera ante la presencia del regidor Villalobos, culpable de una producción tal vez interesante, pero ajena al arte de ese gran genio que fue Giacomo Puccini.

Otra perla en la lista podría ser *La Traviata* transgénero acontecida en el Gran Teatro de Brescia (Italia) a finales del año 2022. En la propuesta del joven director Luca Baracchini, Violetta Valery, la célebre cortesana parisina, tiene un pasado como hombre. Pero decide transformarse en mujer y vivir una vida

de lujos y alegrías en un ambiente de recurrentes alusiones sexuales. Esta propuesta escénica estuvo a cargo del Team Duphol, equipo ganador del concurso internacional para directores menores de treinta y cinco años cuyo premio consistió en el montaje de su ofrenda escénica (elegida entre más de cincuenta proyectos provenientes de todos los países europeos). El elenco estuvo compuesto por la soprano Cristin Arsenova en el rol titular, mientras que su amado Alfredo Germont fue el tenor Valerio Borgioni y el joven director musical Enrico Lombardi guio a la agrupación Orchestra i Pomeriggi Musicali con resultados medianamente memorables.

Otro renovador de la escena operística es el italiano Stefano Poda, creador de la reciente producción de la ópera *Aída* (Verdi) para conmemorar el centésimo aniversario de la Arena de Verona, durante junio pasado. Para este montaje utilizó luces láser LED para formar la gran pirámide, colocando una enorme mano de alambre sobre el escenario en representación, tal vez, del poder egipcio sobre los etíopes, o en palabras de Poda: «la mano representa el poder humano y su capacidad para crear, levantar, derribar o matar». Veinte mil personas asistieron al estreno y admiraron una atmósfera más cercana a *La Guerra de las Galaxias* que al Egipto de los faraones, con cientos de extras, bailarines y el trillado elenco de moda en

varios de los mejores teatros del mundo, usted ya sabe quiénes lo conforman. Otros célebres montajes de Poda, disponibles en video son *Turandot* (Puccini), *La fuerza del destino* (Verdi) y *Thais* (Massenet), este último con la impresionante soprano Barbara Frittoli.

Recuerdo aquel Rinaldo de Handel en que la batalla entre los ejércitos cristiano y musulmán del acto final sucede con un partido de fútbol estudiantil (pueril idea en el Festival de Glyndebourne). Así como la innovadora idea del regista alemán Claus Guth para la Ópera Nacional de París al representar *La Bohemia* (Puccini) en el espacio exterior (con naves y astronautas) y no en el París de 1830. O *Lohengrin* (Wagner) en que el coro es una comunidad de ratones, sin olvidar *La Valquiria*, que sucede en un estacionamiento.

Para terminar, debo mencionar el reciente montaje de *Turandot* (Puccini) de Robert Wilson, cuya estática y minimalista creación fue un gran éxito en el Teatro Real de Madrid hace unos días. A pesar de ello, colocar casi inmóviles a los personajes podría funcionar si el espectador desea solamente concentrarse en la textura lumínica, los vestuarios, maquillaje y voces, ignorando la gestualidad y el aspecto dramático indispensables en el teatro musical del compositor italiano.

¿Qué ideas seguirán? Sin duda el maravilloso universo

operístico seguirá siendo inspiración para nuevos directores de escena, susceptibles a ofrecer su talento e inventiva en un espectáculo que parece no tener límites. |

BREVÍSIMO ENSAYO SOBRE LAS MODAS DEL CINE



HUGO HERNÁNDEZ VALDIVIA

El cine ha sido sensible a las modas por necesidad y por conveniencia. Recurre a ellas para hacer referencias a tiempos y espacios específicos para identificar y caracterizar, para particularizar ambientes y personajes (incluso el cliché resulta conveniente para dar cuenta con celeridad de un contexto determinado). El departamento de diseño de arte investiga los estilos que requiere la historia y por medio de la puesta en escena (luces, escenografías, vestuarios y maquillajes) procura crear o recrear, para dar verosimilitud e identidad, las locaciones donde se ubica la historia, así como los personajes que habrán de transitar por ella. Resulta casi inevitable cuando se trata del llamado «cine de época»; las películas de este género, en francés, se denomi-

Guadalajara, Jalisco, 1965. Crítico de cine y profesor en el ITESO, colaborador de la revista *Magis*.

nan *films de costumes*, que se traduciría literalmente como «filmes de ropa». No es raro, sin embargo, que la moda de la época en la que se realiza una película termine por imponerse a la época en la que se ubica la historia, como sucede en *Naranja mecánica* (*A Clockwork Orange*, 1971) de Stanley Kubrick, cuya acción transcurre en un futuro indeterminado pero que presenta vestuarios y elementos de escena que son ostensiblemente setenteros. Asimismo, abundan las películas que tienen como sujeto y objeto a la moda. Entre ellas cabría mencionar *Prêt-à-Porter* (1994) de Robert Altman y algunas cintas más o menos biográficas que giran alrededor de célebres diseñadores, como Coco Chanel o Yves Saint Laurent.

Por otra parte, en su que-hacer el cine tampoco ha sabido escapar a las emulaciones y las repeticiones. Ya encaminados en aspectos técnicos es conveniente —y apasionante— revisar algunas modas que son perceptibles en el manejo de la cámara (y, recordemos, el cine, como dicen los que saben —entre ellos numerosos realizadores—, se cuenta con la cámara). Es posible observar que, a lo largo de su historia, han llegado a convertirse en moda algunos recursos que a menudo se circunscriben a una época. Así sucedió con el *zoom*. El lente con el que se lleva a cabo tiene distancia focal variable y le da nombre al movimiento aparente que provoca. Cuando

va de una distancia focal menor a una mayor se llama *zoom in* y aparentemente hay un acercamiento a lo que está frente a la cámara; el cambio inverso, el *zoom out*, provoca el efecto opuesto. En los años sesenta y setenta se utilizó de manera frecuente. Es posible constatarlo en películas de Luchino Visconti, como *El extranjero* (*Lo straniero*, 1967), en la que a menudo «nos acercamos o nos alejamos» por medio de este recurso a Mersault (Marcello Mastroianni), el protagonista; o se hacen rápidos *zooms* en escenas dialogadas. De esta manera se hace hincapié en aspectos físicos o se da énfasis a los diálogos. Lo mismo sucede en *Muerte en Venecia* (*Morte a Venezia*, 1971) en la que *zoom ins* y *zooms out* mediante se subraya la enfermiza condición del artista Gustav von Aschenbach (Dirk Bogarde) o se resalta al joven Tadzio (Björn Andrésen) y su belleza. Así, además se da cuenta de que ambos aspectos devienen inalcanzables.

Desde sus inicios, las cámaras de video contaban con un lente *zoom*, por lo que hubo una época (años noventa) en la que era habitual observar su uso, a veces indiscriminado. Es singularmente ostensible en las películas que realizó uno de los pioneros más notables del video en México, Rafael Corkidi. El ritmo de las películas que grabó en su paso por Guadalajara (donde encabezó algunos cursos y producciones y, de su mano, se vivieron memorables

momentos y se alcanzaron valiosos resultados en el video), se sustenta en el vaivén del *zoom*. Es posible constatarlo lo mismo en *Murmullos* (1991) que en *Rulfo aeternum* (1992). El uso (y abuso) del *zoom* pasó de moda y hoy día es más bien raro que lo llegemos a ver. Cuando aparece, por lo general es un efecto para dar fuerza a la acción; a veces ofrece escasas revelaciones... y ya parece anacrónico. Como la minifalda y las patillas, tuvo su efecto y su momento; y pasó de moda.

Alfred Hitchcock inventó el *trombone shot* (plano de trombón) porque buscaba que el espectador de *Vértigo* (*Vertigo*, 1958) tuviera más que una idea de lo que experimenta el protagonista, quien padece el trastorno del título. De ahí que también se conozca como *Vertigo effect*. Consiste en el acompasamiento de un *zoom* y un *travel* (desplazamiento de la cámara) en sentido inverso: un *zoom in* con un *travel* hacia atrás o un *zoom out* con un *travel* hacia adelante. En el primer caso tenemos un ejemplo notable en *El Señor de los Anillos: La Comunidad del Anillo* (*The Lord of the Rings: The Fellowship of the Ring*, 2001) de Peter Jackson; en el segundo, *Tiburón* (*Jaws*, 1975), de Steven Spielberg. El efecto es sorprendente, pues lo que vemos es lo mismo, pero no lo vemos de la misma manera porque la perspectiva y la profundidad de campo cambian. Este enrarecimiento es provechoso para dar presencia

a una amenaza invisible y para provocar más de un sobresalto, por lo que el cine de terror lo utilizó a destajo. Aunque esta recurrencia «abarató» el efecto, no ha dejado de utilizarse. En algunos casos, como los mencionados, con resultados plausibles.

El cine tridimensional (3D) va y viene. Desde los años cuarenta del siglo pasado hubo intentos de industrializar la estereoscopia, de emular en pantalla lo que hacen nuestros ojos, es decir, ver en tres dimensiones. En los años cincuenta se explotó con cierto éxito. Entre los años sesenta y ochenta aparecían y desaparecían las propuestas cinematográficas que hacían uso del recurso. A principios del siglo XXI vivimos una especie de *boom*, con sistemas que permitían la tridimensionalidad con mayor eficacia que sus antepasados. Se volvió habitual que los complejos cinematográficos ofrecieran versiones en 2D y, con una tarifa mayor, en 3D. Toda innovación tecnológica en el cine tiene como principal objetivo la renta económica, pero también se «descubren» valores artísticos. Así, tres grandes realizadores apostaron con justificaciones valiosas por hacer uso del 3D en proyectos documentales: Werner Herzog en *La cueva de los sueños olvidados* (*Cave of Forgotten Dreams*, 2010); Wim Wenders en *Pina* (2011) y Jean-Luc Godard en *Adiós al lenguaje* (*Adieu au langage*, 2014). Los dos primeros hicieron posible

un acercamiento más íntimo al sujeto de sus películas: Herzog a una prodigiosa cueva prehistórica y Wenders a las maravillosas coreografías de Pina Bausch. Godard lleva a cabo una apuesta experimental que, fiel a su ánimo reflexivo, le permite explorar los alcances del cine como una herramienta para pensar. En ficción habrá que recordar *La invención de Hugo* (*Hugo*, 2011), en la que Martin Scorsese hace un sentido homenaje a Georges Méliès, el pionero mago del cine. Wenders volvió recientemente a trabajar con 3D en *Anselm* (2023) con el propósito de dar cuenta de mejor forma de la obra del pintor y escultor Anselm Kiefer, pero ya no es habitual que aparezcan propuestas en 3D.

El 4D no merece mayores comentarios. Ha sido una moda más bien efímera. No obstante, sigue habiendo propuestas que mantienen activas las costosas salas que se implementaron para «atacar» al espectador con olores, vientos, salpicaduras de agua y zarandeos a las butacas. Baste decir que con el 4D, el cine, que en sus orígenes era un espectáculo de feria, llevó la feria a la sala oscura.

El *travel* circular o *travel 360* consiste en un giro en torno al sujeto que se registra, por lo general, algún o algunos personajes. Su efecto es revelador, pues permite ver todo lo que hay alrededor del sujeto; y es maravilloso cuando el pretexto y el propósito se conjugan narrativa y dramáticamente. Es el caso,

por ejemplo, del plano final de *Flores rotas* (*Broken Flowers*, 2005) de Jim Jarmusch, que muestra la situación en la que se encuentra en ese momento el protagonista, en quien creció a lo largo de la cinta algo que cabría llamar «necesidad de un hijo». El recurso se sigue utilizando de forma desmesurada, con propósitos supuestamente estéticos (diría más de algún estudiante de cine que «se ve chido»). La misma gratuidad es perceptible en el uso del dron, y hoy es habitual ver sobrevuelos que no necesariamente hacen aportes dramáticos o descubrimientos narrativos.

Algunas modas son bienvenidas y se agradece que vuelvan, como la minifalda o el *trombone shot*. ¿Las patillas o el *zoom*? Chau. |

NARRATIVA EXTRATERRITORIAL



ARMANDO GONZÁLEZ TORRES



Ciudad de México, 1964. Uno de sus libros más recientes es *La lectura y la sospecha* (Cal y Arena, 2020).

Por la elegancia y densidad poética de su prosa, así como por el despliegue exacto de su trama, nadie pensaría que *Cuando los gatos esperan*, de Adriana Ortega, es una primera novela. Este libro denota una madurez extraña y una voluntad deliberada de extraterritorialidad que la aleja de los paisajes locales, de las alusiones a la violencia, de las pasiones políticas y de todos los temas de coyuntura que resultan tan rentables para cierta narrativa mexicana. Adriana Ortega prefiere situar su historia en dos países ajenos, en una época pasada, vagamente finisecular, y elige como personaje a un hombre. Todos estos rasgos, aunados a su gusto por la orfebrería de la prosa, hacen de su novela una aventura tan riesgosa como estimulante y la vuelven una verdadera bocanada de aire fresco en el panorama narrativo.

La anécdota de *Cuando los gatos esperan* es sencilla: Álvaro, un brillante bioquímico argentino que nunca ha salido de su país natal, parte a Francia, donde ha conseguido un puesto en un importante laboratorio. El trayecto en barco, lleno de expectativas y aderezado por la amistad con un parisino, Alexandre, comienza a nublarse cuando llega a Versalles a la casa donde acordó alojarse y no encuentra a sus anfitriones, la familia Berthier. En su lugar, sólo halla un escueto mensaje que le anuncia su ausencia y le indica dónde está la llave y,

en el interior de la casa, avista tres gatos desconcertados por el abandono, que se convertirán en su única y alucinante compañía.

Aunque Álvaro maneja con fluidez el francés, el problema no es el idioma, sino las limitaciones de la comunicación instrumental que impiden la mínima intimidad entre interlocutores consuetudinarios. Son claras las restricciones de la llamada conversación ortodoxa, es decir, esta comunicación meramente pragmática que se utiliza para gestionar la rutina cotidiana, pero estas limitaciones se exacerban cuando alguien enfrenta un ambiente desconocido en otra ciudad u otro país; quienes hayan hecho viajes largos o estancias en el extranjero pueden reconocer esta situación temporal de desconcierto y desapego que, en el caso de este personaje, llega hasta la pesadilla. Álvaro comienza a experimentar un proceso de aislamiento que amenaza con trastornar su percepción e intelección. Inmerso en un trabajo solitario, con compañeros huraños que se limitan al contacto estrictamente profesional y vecinos hostiles, reacio a escribir a su familia y amante para no preocuparlos y alojado en una casa cuyos caseros nunca aparecen, este libro relata una experiencia que gradualmente va descendiendo desde la ilusión hasta la total alienación. En un breve lapso, el motivado profesionista

se va transformando en un personaje fantasmal que malcome, se embriaga, abandona su trabajo y comienza a dudar de la existencia de los demás y de su propia materialidad.

Álvaro Lucero es un individuo que confía en el orden, el sentido común y la urbanidad. Su extrañamiento del mundo comienza por lo que él considera una descortesía y una anomalía, que sus anfitriones no estén presentes el día de su llegada. Desde entonces, sus expectativas y su razón se van derrumbando a partir de pequeños detalles y ese universo inteligible en que habitaba se vuelve oscuro, caótico y macabro. En todas las peripecias se hacen evidentes las dificultades del personaje para establecer comunicación y romper las opacidades y barreras con otros individuos, así como el carácter enfermizo y ominoso de su retraining que lo va apartando de la realidad y de sus semejantes. No hay, sin embargo, en esta transición ningún elemento sobrenatural sino, simplemente, una transformación del rostro amigable de la cotidianidad en el gesto tan monstruoso como enigmático de lo desconocido. El libro es un dechado de estilo que juega con diversos géneros y atmósferas, desde el terror en sus mejores exponentes decimonónicos hasta la literatura del absurdo, pasando por el *thriller* psicológico. La penetración en la mente delirante de su personaje,

el amor por la minucia y la perspicacia marcan este relato poético y gótico con gran poder de perturbación, que culmina de manera tan trágica como inesperada y que nos restituye a los lectores esa sensación simultánea de encantamiento y estupefacción que nos dejan los grandes relatos. |o

Cuando los gatos esperan, de Adriana Ortega. Universidad Veracruzana, 2023.

AVIESC WHO? ES LA PIEZA DE ARTE

○
VÍCTOR ORTIZ PARTIDA

Aviesc Who? puede ser una jovencita de pelo rubio y extravagante vestido rosa, el más sexy monstruo come-galletas, una alienígena de seis brazos, una Doña Florinda sadomasoquista, un osito de peluche que inspira más terror que ternura... Este artista, diseñador y *drag queen* es La Perra de la Moda. Su amor por las telas, el maquillaje, los zapatos, los accesorios y todo aquello que adorna y le da aún más significado al cuerpo lo llevaron al *drag*.

.....
*Puerto de Veracruz, 1970. Su libro más reciente es *Hacia días felices simples rastros* (Mano Santa, 2020).*

Aviesc Who? es el alter ego de Luis Jessy Ávila Escamilla (Tonalá, Jalisco, 1986), quien estudió Diseño Gráfico y Diseño de Moda en la Universidad de Guadalajara. Es dueño de la marca Aviesc. Lleva más de diez años en la industria de la moda. En 2020, ganó la tercera temporada de *La más draga*, programa de televisión transmitido por YouTube. La obtención de esta corona ha ayudado a que su arte y su moda, llevados al más refinado extremo en su *drag*, sean cada vez más reconocidos en México y el extranjero. Ha seguido los pasos de diseñadores como Alexander McQueen y de dragas como Leigh Bowery. «Fue uno de mis primeros referentes del *drag*. Básicamente era una *drag queen*, pero la incluían en los libros de arte. Yo no entendía por qué estaba entre una pintura, una ilustración y una escultura. Ahora, después de consumir y hacer tanto *drag*, entiendo que él era la pieza de arte. Y eso es lo que yo quiero hacer».

En mi entorno, en Tonalá, como en cualquier pueblito o ciudad pequeña, no sabía que me podía vestir diferente. Cuando estaba por terminar la carrera de Diseño Gráfico, encontré una revista en la que descubrí la moda, yo no sabía ni siquiera que existía el término. En la prepa tuve un noviecito que me dijo: «tú algún día vas a ser un gran diseñador de modas». Mi fuerte es la ilustración, y yo siempre hacía monas con vestidos exuberantes,

inspirados en los videojuegos. Cuando me dijo eso hasta me ofendí porque pensé: «ya me está diciendo *joto*», y es que en mi cabeza estaba el estereotipo de que el diseñador de modas era una loca, de personalidad muy fuerte (que al final terminé siendo eso, y me alegro), y yo era muy tranquilo, lo sigo siendo, pero con muchos matices.

Yo pintaba. Pintar fue mi primer trabajo. Mis hermanos a eso se dedican. Siempre tuve la pintura, lo artístico era mi referente. Cuando vi las primeras pasarelas en YouTube, en un cibercafé, descubrí su relación con las pinturas. Eran equiparables porque me contaban historias y me daban sensaciones. Pero para mí era un sueño inalcanzable poder vestir eso que veía, por la cuestión de género y por lo económico. Cuando vi *La chica danesa*, vi que un hombre se podía vestir de mujer, era una historia que ya estaba desde hacía muchísimo tiempo, y caí en la cuenta de que en este momento también se puede hacer.

Desde los veinte tenía la inquietud, quería usar tacones. Cuando cumplí treinta, me dije que no quería que se me fuera la vida sin hacerlo. Cuando cumplí veintiocho y veintinueve, hice fiestas de disfraces, así que cuando cumplí treinta el tema fue villanos y héroes, y yo me disfracé de Cruella de Vil; fue un parteaguas, me veía horrenda, pero yo estaba viviendo mi fantasía.

Me metí a estudiar Diseño de Modas y empecé a tener mis primeras colecciones en Intermoda. Pero yo siempre me disfrazaba porque me daba pena que me vieran, me ponía una máscara, una careta, algo que medio tapara mi rostro.

En las pasarelas que yo hacía me gastaba mis ahorros, no quería presentar ropa común, que yo sabía que podía vender, sino presentar cosas que me contaran historias fantásticas. Yo siempre hacía colecciones colaborando con algún artista o con un arquitecto, como Alejandro Valenzuela, con quien hice una colección. Cuando la presenté me la compró una empresa de productos para cabello. Yo no creía que pudiera vender eso. La siguiente colección también me la compraron completa. Después me mandaban hacer las colecciones. Descubrí que sí había quien comprara esa ropa, así que empecé a alocarme más. El nombre Aviesc comenzó a sonar en publicaciones y escenarios, con artistas como Javiera Mena, Denisse (de Belanova), Alejandra Guzmán.

Cuando vi que había un lugar para lo que yo hago, lo empecé a hacer más. Hacer lo que yo quiera de ropa se fusionó con vestirme de mujer. Me comenzaron a buscar las dragas, vestí a algunas de *RuPaul's Drag Race*, y ahora visto a medio mundo, porque básicamente todos buscan eso: piezas especiales, que te cuenten una historia.

La moda es un sistema muy complejo. Afortunadamente puedo entenderlo porque lo soñé y lo he vivido. Cuando veía las pasarelas me preguntaba quién usa esas piezas; pero qué bueno que se hacen, hay una intersección entre el arte y la moda. En las colecciones de Alexander McQueen había muchas piezas que eran imposibles de usar. Algunas están diseñadas así. Pero finalmente veías a Björk usando alguna pieza de McQueen, y tenía sentido.

Me pregunté cómo crear todo lo que yo quiero si tengo que venderlo. Al principio me frustraba, pensaba en sacar playeras negras porque sé que se van a vender, pero después descubrí que lo que se vendía eran los vestidos de osito de peluche. Yo hacía los vestuarios para mí, pero luego veía que las personas los querían. Así funcionan las pasarelas en el sistema de la moda: ves la colección, y a partir de ahí comienza a haber referencias; a lo mejor no vendes ese maquillaje, concepto o idea, pero se va a transformar en algo que sí van a querer.

Tengo un archivo de nombres de películas, directores, fotógrafos, ilustradores, pintores... Cuando quiero tomar algún tema, por ejemplo, lo floral, me pregunto cómo lo puedo abordar, y regreso, por ejemplo, a un boceto de Dalí, «Mujer con cabeza de flores», que me impactó, y lo recreo en mi estilo.

Si voy a hacer a un teletubi, le agrego un dildo en la cabeza. Me gusta jugar con conceptos que son cercanos a las personas, que reconocen al personaje, pero el mío es diabólico, y les genera otras emociones. Como draga, con este teletubi di un show en el que el personaje prepara una dona y al final tiene un acto sexual con esa pieza de pan; es algo absurdo, sí; hay gente a la que le choca, y esa es la idea.

En una ocasión iba escuchando el «Invierno» de *Las cuatro estaciones*, en el que el violín es muy agresivo, como para cortarse las venas, y a partir de ahí creé un vestuario ensangrentado, con tripas; y en el show el personaje comienza tocando el violín, luego manipula a alguien como vudú, y termina degollando a la persona con el instrumento. A la gente que le gusta mi *drag*, cuando ve ese tipo de shows dice «qué feo», pero el arte es así, genera estas historias y sensaciones. |

Instagram: @aviescwho
y @aviescmx
Youtube: @AVIESCWHO



PÁGINA 14
Omicrón, 2021
Charol, resina y cristalería
Foto: Martín Garcor
Máscara: Daniel Mindiola
Iluminación: Aldo Coronel



PÁGINA 97
Sin título, 2023
Mica, mesh, vinipiel
Foto: Andrés Blanco



PÁGINA 134
Ravenna, 2022
Vestido de scuba
y tocado de plumas
Foto: Laus Black
Tocado de plumas: Helguera
Tocado: Marlene Costuma



PÁGINA 21
Don't stop the music, 2022
Vinilo satinado, imitación
Comme des Garçons
Foto: Andrés Blanco



PÁGINA 105
Flowers for spring, 2023
Vestido elaborado
con flores sintéticas
Foto: Andrés Blanco



PORTADA
MET, 2022
Reproducción de abrigo Guo Pei
Foto: Andrés Blanco



PÁGINA 29

Coatlicue, 2020
Resina, vinipiel y plumas
Foto: Laus Black
Pechera y hombreras:
Aldo Coronel



PÁGINA 115

MET, 2022
Reproducción de abrigo Guo Pei
Foto: Andrés Blanco



PÁGINA 34

Sin título, 2022
Vestido hecho de carne
Foto: Laus Black



PÁGINA 119

Ravenna, 2022
Vestido de scuba y tocado
de plumas
Foto: Laus Black
Tocado de plumas: Helguera
Tocado: Marlene Costuma



PÁGINA 62

Penetubi, 2022
Foto: Andrés Blanco



PÁGINA 126

Ravenna, 2022
Vestido de scuba y tocado
de plumas
Foto: Laus Black
Tocado de plumas: Helguera
Tocado: Marlene Costuma



escritura
escritura
escritura
escritura
escritura
escritura
arte
& arte

¿Cómo
y por qué
escriben
los artistas?

Convocamos a artistas visuales, estudiantes de arte, investigadores de los fenómenos artísticos, curadores, etc., a escribir artículos, ensayos académicos, ensayos visuales o dossiers, alrededor de la escritura y el arte.




Registro: ornitorrincotachado.uaemex.mx

Universidad Veracruzana 80 ANIVERSARIO

66 LAPALABRA Y EL HOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA



- Dante, Villaurrutia, De la Colina, tres miradas al amor
- Amparo Dávila, maestra del horror
- Nona Fernández y las imágenes de la memoria
- Los emojis, una lengua de signos muy política
- Pedro José Márquez: la arquitectura como reivindicación del México autóctono
- Distinto amanecer de Julio Bracho
- Dossier de Libertad Alcántara: 80 m2
- Interiores de Yumali Torres y Pedro Jesús Orea Reyes

 @Palabrayhombre
 /lapalabayelhombreoficial
 /lapalabayelhombreoficial

Sitio web: lapalabayelhombre.uv.mx



BIOGRAFÍA ESCÉNICA:

**La Sensacional Orquesta Lavadero:
semillero de clowns**

PERFIL:

Morris Gilbert

ESTRENO DE PAPEL:

Tornaviaje, de Diana Sedano

ENCUÉTRALA EN LA **LIBRERÍA PASO DE GATO**
LLAMANDO O ESCRIBIENDO A:

libreriapaso.degato01@gmail.com
55 5981 6993
www.pasodegato.com



Restaurante
Kamilos 333
DESDE 1975

LA CASA DE LA KARNE EN SU JUGO

Desayuno Comida Cena Bar

*Tradición, sabor y poesía
¡A la tapatía!*



José Clemente Orozco 333 • Santa Teresita • 333-825-7869



Facilidades



Festejo



Factura



Menú Infantil



Salones Privados



Televisión



Area de Llevar

